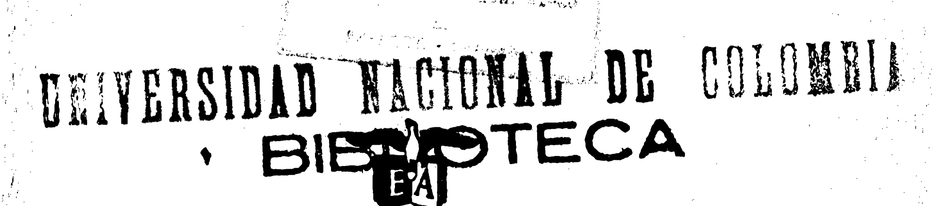
MAX-MULLER

LA CIENCIA DEL LENGUAJE

Traducción por

JOSE DE CASO
Profesor de la Universidad de Madrid



EDITORIAL ALBATROS
MAIPU 391 BUENOS AIRES

EDICIÓN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

Se terminó de imprimir en Artes Gráficas *Concordia*,
Rondeau 3062, Buenos Aires, Rep. Argentina,
el 15 de Enero de 1944.

DEDICADA

A los miembros de la Universidad de Oxford

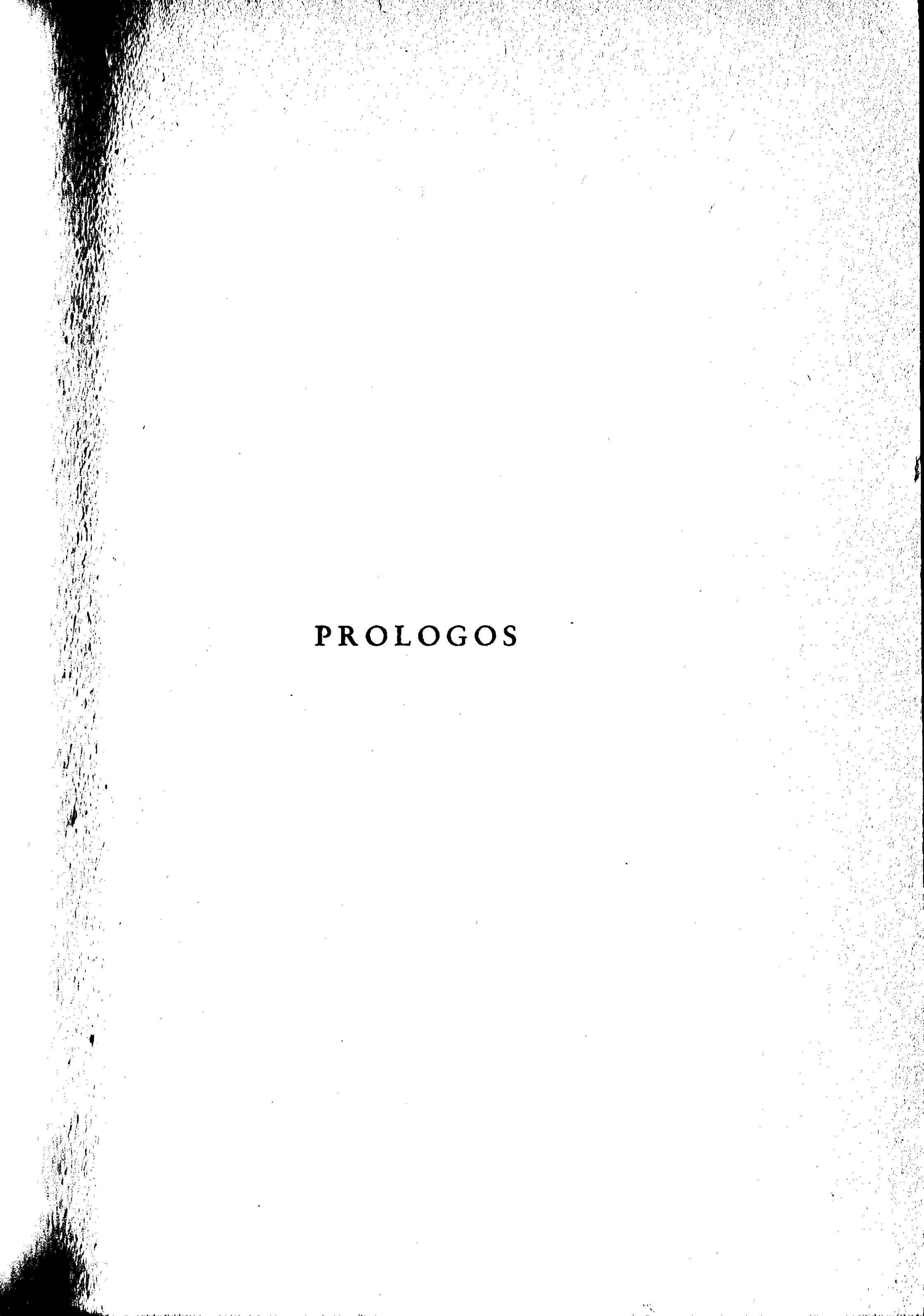
RESIDENTES Y NO RESIDENTES

A aquellos

DE QUIENES HE RECIBIDO TANTAS PRUEBAS DE SIMPATÍA Y DE BONDAD DURANTE LOS DOCE ÚLTIMOS AÑOS

Testimonio de gratitud

POR EL GENEROSO APOYO QUE LES DEBO



PROLOGOS

PROLOGO DEL EDITOR

Al publicar esta nueva edición de la célebre obra de Max Müller "La Ciencia del Lenguaje", de la cual se llevan efectuadas cinco ediciones con el más merecido de los éxitos, es nuestro propósito que esta sexta y primera edición argentina depurada y excelentemente presentada, que constituye un notable esfuerzo editorial sea debidamente apreciado por los eruditos de la materia.

Max Müller, verdadero maestro consagrado al estudio de la filología, autor de importantísimas obras, no necesita recomendaciones, su obra cumbre "La Ciencia del Lenguaje", fuente informativa completísima sobre la historia y naturaleza de la lengua comprende parte principalísima en la evolución de los pueblos de la Humanidad, es por consiguiente un verdadero tesoro de cultura inapreciable para todas las personas estudiosas.

Entendiendo prestar un servicio cultural en una de sus bases esenciales, éstas han sido los propósitos básicos que tuvimos en cuenta al iniciar la publicación de esta obra. Si hemos conseguido este fin consideramos pagado con creces el esfuerzo realizado por nuestra editorial para aportar nuestro grano de arena a la divulgación de la presente obra, acervo valioso para la instrucción y la cultura en general.

EL EDITOR.

PROLOGO DE LA QUINTA EDICION

Como advertía en la primera edición entregaba al público mis *Lecciones sobre la Ciencia del lenguaje,* según las había preparado en manuscrito para la Institución Real de la Gran Bretaña. Cuando llegué a dar mi curso, tuve que omitir necesariamente una buena parte de lo que había escrito, y, al publicar estas *Lecciones,* cedo de buen grado al deseo de un gran número de mis oyentes. Bajo su forma actual, resumen en breves términos el curso de filología comparada que he dado en Oxford, y no ambicionan otra cosa que servir de introducción a una ciencia demasiado vasta para poder encerrarse en marco tan estrecho.

Como quiera que sea, habré conseguido mi objeto si soy bastante afortunado para atraer la atención, no sólo de los eruditos, sino también de los filósofos, de los historiadores y de los teólogos, sobre una ciencia que les interesa a todos, y que, haciendo profesión de no ocuparse más que de las palabras, nos enseña que hay en las palabras mucho más de lo que había sospechado en un principio nuestra filosofía. Creemos, dice Bacon, que nuestra razón gobierna soberanamente nuestras palabras; pero también ocurre que las palabras reobran, a su vez, sobre la inteligencia. *Verborum praestigiae et incantationes vim quamdam intellectui faciunt, et impetum suum*

(more Tartarorum sagittationis) retro in intellectum, unde profecta sunt, retorquent (1).

He revisado cuidadosamente la quinta edición de mis lecciones sobre la *Ciencia del lenguaje,* pero sin alterar las líneas principales de la otra. He añadido algunos nuevos hechos, que me parecían esenciales para robustecer ciertos argumentos, y he suprimido o modificado todo lo que ya no podía sostenerse. Pero no he tratado de rehacer ninguna parte de mis lecciones, ni de darles la forma que desearía, si tuviese que escribirlas ahora de nuevo.

Sólo en algún que otro caso, en que mi pensamiento había sido mal comprendido aun por críticos imparciales, he procurado traducirle de una manera más clara y precisa. Así, en mi última lección, en que tenía que hablar del origen de las raíces, cité la opinión del difunto profesor Heyse, de Berlín, pero sin el menor propósito de dar a entender que la adoptaba. La consideraba como una simple ilustración, y nada más; no se me ocurría, ni por asomo, aceptar la responsabilidad de la misma.

Tampoco pensaba atribuir ninguna significación misteriosa a la definición puramente preliminar que di de las raíces, al designarlas con el nombre de tipos fonéticos. Lo mismo hubiera podido llamarlas moldes fonéticos o sonidos típicos, que tipos fonéticos; y todo lo que deseaba hacer comprender con esa expresión, es que las raíces eran como sólidos moldes en que se vaciaban todas las palabras, como caracteres salientes de que se han sacado numerosos ejemplares; porque, en efecto, allí cada consonante y cada vocal son elementos fijos, y, por consiguiente, no es admisible ninguna etimología, si no se tiene en cuenta todos los anillos de la larga cadena de metamorfosis que liga, por ejemplo, la raíz sánscrita *vid,* conocer, al abverbio *históricamente.* El carácter bien determinado de esas raí-

(1) *De Augmentis scientiarum,* lib. V, cap. IV.

ces es lo único que ha dado un objeto preciso a las investigaciones etimológicas; y ese carácter claramente definido de las raíces es lo que yo quería hacer ver a mis oyentes, al servirme de la expresión *tipos fonéticos*. En las investigaciones etimológicas importa poco la opinión que nos formemos sobre el origen de las raíces, siempre que reconozcamos que, a excepción de cierto número de expresiones puramente imitativas, todas las palabras, tales y como se nos ofrecen, ora en sánscrito, ora en inglés, con su acompañamiento de prefijos y de sufijos, y descomponiéndose bajo la acción de la corrupción fonética, deben referirse en último lugar, mediante leyes fonéticas definidas, a esas formas primeras que designamos habitualmente con el nombre de raíces. Esas últimas se alzan como barreras entre el caos y la palabra humana plenamente desenvuelta, y sólo ellas pueden prevenir la confusión y el desorden en que se ha caído siempre que se ha intentado derivar las palabras de la imitación de los sonidos de la naturaleza o de las interjecciones.

No quiere esto decir que yo no reconozca como cosa de un orden más elevado el interés que lleva al filósofo a investigar la naturaleza de esos tipos fonéticos, y que le induce a traspasar los estrechos límites en que se encierra la ciencia del lenguaje mientras quiere ver una ciencia positiva. Aprecio tanto como el que más los trabajos de Mr. Wedgwood y del Reverendo F. W. Farrar, y sus esfuerzos por seguir las raíces hasta las interjecciones imitativas, hasta lo que ellos llaman los *gestos vocales*. Creo que uno y otro han difundido mucha luz sobre un problema muy difícil; y, mientras sus investigaciones se concreten al génesis de las raíces, sin tocar a la etimología, es decir, a la formación y a la historia de las palabras, Mr. Farrar tendrá perfecto derecho para considerarse, no como un adversario, sino como un neutral, cuando no como un aliado.

LECCIONES
SOBRE
LA CIENCIA DEL LENGUAJE

PRIMERA LECCION

A que orden de ciencias pertenece la ciencia del lenguaje.

Importancia de la ciencia del lenguaje. Su fecha reciente; diversos nombres que se le han dado: *filología comparada, etimología científica, lingüística, fonología, glosología.* — Ojeada sobre la historia de las ciencias inductivas. Tres períodos en esa historia: período empírico, período de la clasificación, período de la teoría. — Período empírico. — Humildes comienzos de las diversas ciencias: de la geometría, de la botánica, de la astronomía, etimología de la palabra inglesa *moon;* de las palabras *Pléyadas* o *Vergiliae, Híadas* o *Pluviae.* — Necesidad de que las ciencias hagan servicios prácticos. — La mitología. Etimología de *Eos, Tithonos, Fatum, Zeus, Luna, Lucina, Hécate, Pyrrha.* — El lenguaje levanta una infranqueable barrera entre el hombre y los animales. — La clasificación en las ciencias. — Papel de la imaginación y de la adivinación en el progreso de la ciencia: Copérnico, Kepler. — La teoría. — Dos grandes divisiones de los conocimientos humanos: las *ciencias de la naturaleza,* que tratan de las obras de Dios; las *ciencias históricas,* que tratan de las obras del hombre. — Distinción profunda entre la filología propiamente dicha y la filología comparada o lingüística. — Origen del nombre de *filología comparada.* — Siendo el lenguaje obra de la naturaleza, y no invención del hombre, la filología comparada debe incluirse entre las ciencias que hemos llamado *ciencias de la naturaleza.* — Necesidad de estudiar la ciencia que constituye el objeto de este curso en los tres períodos ya enumerados: el período empírico, el de la clasificación y el de la teoría.

Cuando se me pidió, hace algún tiempo, que diese una serie de lecciones sobre la Filología comparada ante el público que frecuenta los cursos de esta *Institución,* me apresuré a deferir a ese deseo. Estaba convencido de que las investigaciones que se han hecho en Inglaterra, en

Francia y Alemania, sobre la historia de las lenguas y la naturaleza del lenguaje, merecían atraer más atención y encontrar más simpatía que las que han obtenido hasta aquí; y, hasta donde yo podía juzgar, me parecía que los resultados alcanzados en esta nueva mina de la ciencia no cedían en nada, ni en importancia, ni en novedad, a los descubrimientos más brillantes de nuestra época. Sólo después de haber empezado a escribir mis lecciones conocí todas las dificultades de la tarea que me había impuesto.

La ciencia del lenguaje es tan vasta que, en nueve lecciones, apenas cabe dar más que una exposición sumarísima; y, como uno de los mayores atractivos de la filología comparada consiste en el análisis minucioso de cada lengua, de cada dialecto, de cada voz y de cada forma gramatical, comprendí que me sería casi imposible responder a las exigencias de mi asunto, y dar a conocer en todo su valor los trabajos de los que han creado esta ciencia y contribuido a su desarrollo. Es otra dificultad la aridez de muchas de las cuestiones que tendré que discutir.

No es muy fácil convertir en cosas amenas las declinaciones y las conjugaciones, y yo no puedo aprovecharme de las ventajas de que disfrutan otros profesores que animan sus cursos con experimentos y figuras. Si, a pesar de tales dificultades y de tales inconvenientes, me decido a empezar hoy estas lecciones sobre las palabras, sobre los verbos, los nombres y las partículas; si me atrevo a dirigirme a un auditorio acostumbrado a escuchar en este mismo sitio los relatos maravillosos del físico, del químico y del geólogo, y a ver los últimos resultados de las ciencias inductivas adornados por la elocuencia con todos los encantos de la poesía y de la imaginación, es porque, si desconfío de mí mismo, tengo plena confianza en mi asunto. Puede ser penoso para el escolar estudiar las palabras, como para el peón caminero partir piedras; mas,

para la mirada atenta del geólogo, esas piedras están llenas de interés: ve prodigios en las carreteras, y en cada trinchera lee una página de historia. El lenguaje tiene también sus maravillas, que revela a las miradas escrutadoras del trabajador laborioso: hay fastos ocultos bajo su superficie, y cada vocablo contiene una enseñanza. Se ha dicho que es un suelo sagrado, porque es el depósito del pensamiento. No podemos determinar aún lo que es el lenguaje; puede ser obra de la naturaleza, una invención del arte humano o un don celeste; pero, pertenezca a la esfera que quiera, nada parece superarle ni aun igualarle. Si es una creación de la naturaleza, es su obra maestra la coronación de todo lo demás, reservada para el hombre solo; si es una invención artificial del espíritu humano, parecería elevar al inventor casi al nivel de un creador divino; si es un don de Dios, es el don más grande, porque, gracias a él, Dios ha hablado al hombre, y el hombre habla a Dios en la meditación, la oración y la adoración.

Por largo y penoso que sea el camino que se abre ante nosotros, el término a que lleva parece digno de todo nuestro interés; y yo creo poder prometer a ustedes que el cuadro que se desarrollará ante nuestros ojos, cuando hayamos llegado a la cima de nuestra ciencia, indemnizará con usura de sus fatigas a los viajeros pacientes, y acaso les decida a disculpar la audacia del que se ha atrevido a servirles de guía.

La ciencia del lenguaje es de fecha muy reciente: no se remonta mucho más allá del comienzo de nuestro siglo, y las otras ciencias, sus hermanas mayores, apenas la admiten en un pie de igualdad. Su nombre mismo es aún indeterminado, y las diversas denominaciones que ha recibido en Inglaterra, en Francia y en Alemania, son tan vagas y tan móviles que dan margen, en el público, a las ideas más confusas sobre las materias reales de esta nueva ciencia. La oímos llamar *Filología comparada, Eti-*

mología científica, Fonología y *Glosología.* En Francia se conoce bajo el nombre cómodo, pero un poco bárbaro, de *Lingüística.* Si deseamos a todo trance una denominación griega, podríamos sacarla, bien de *mythos,* palabra, bien de *logos,* discurso; pero *mitología* tiene ya su acepción particular, y *logología* heriría sobremanera los oídos clásicos. Es inútil, por otra parte, perder el tiempo en hacer la crítica de estos nombres, puesto que ninguno de ellos ha recibido aún esa sanción universal que se ha dado a los de las otras ciencias modernas, como la *Geología* y la *Anatomía comparada;* y no será muy difícil encontrar un nombre para nuestra joven ciencia, en cuanto hayamos determinado su origen, parentesco y carácter. Por lo que hace a mí, prefiero la simple designación de *Ciencia del lenguaje,* aunque un nombre tan modesto no tenga grandes probabilidades de ser generalmente aceptado en este siglo de títulos sonoros.

Pasemos ahora del nombre al asunto de nuestra ciencia; pero, antes de dar una definición, y de trazar el método que debemos seguir en nuestras investigaciones, será conveniente dirigir una mirada a la historia de las otras ciencias, entre las cuales viene a reclamar su puesto la nuestra por primera vez, y examinar su origen, su desarrollo gradual y la manera cómo han llegado a constituirse definitivamente. La historia de una ciencia es, por decirlo así, su biografía, y, como la experiencia menos costosa es la que adquirimos estudiando la vida de los demás, haremos bien en procurar preservar a nuestra joven ciencia de algunas de las locuras y de los excesos inseparables de la juventud, aprovechando las lecciones que otras han pagado más caras.

Hay cierta uniformidad en la historia de la mayoría de las ciencias. Si leemos obras como la *Historia de las ciencias inductivas,* de Whewell, o el *Cosmos,* de Humboldt, vemos que el origen, el desarrollo y los mo-

tivos de prosperidad o de fracaso han sido los mismos en casi todas las ramas de nuestros conocimientos: hay en cada una tres períodos o edades diferentes, que llamaremos el período del *empirismo*, el de la *clasificación* y el de la *teoría*. Por poco lisonjero que sea decirlo, podemos hacer remontar todas las ciencias, que llevan hoy nombres tan sonoros, a las ocupaciones más humildes y más vulgares de tribus semisalvajes. No fué el amor a la verdad, a la belleza y al bien, lo que llevó a los primeros filósofos a las investigaciones profundas y a los descubrimientos atrevidos. Los cimientos de los más nobles edificios que el genio del hombre debía elevar en los siglos futuros fueron sentados por las necesidades imperiosas de una sociedad patriarcal y casi bárbara. Los nombres mismos de varias de las más antiguas ciencias nos descubren su punto de partida. La geometría se declara ahora emancipada de todas las impresiones de los sentidos, y mira sus puntos, sus líneas y sus planos como concepciones puramente ideales que no deben confundirse con las representaciones toscas e imperfectas que hieren nuestros ojos en el papel; pero, como indica su nombre, derivado de *ge*, tierra, suelo, y de *metron*, medida, empezó por medir un campo o un huerto. La botánica, la ciencia de las plantas, era originariamente la ciencia de *botane*, que no significa en griego planta en general, sino hierba, forraje, de *boskein*, nutrir; la ciencia de las plantas se hubiese llamado *fitología*, de *fyton*, planta. Los inventores de la astronomía no fueron ni los poetas ni los filósofos, sino los marinos y los labradores. Los primeros poetas pudieron admirar el coro planetario y sus majestuosas evoluciones; los filósofos pudieron especular sobre las armonías de los cielos; pero sólo para el marinero era cuestión de vida o muerte el conocimiento de esos guías que brillan en el firmamento. El fué el que calculó su salida y su puesta con la exactitud de

un comerciante y la sagacidad de un explorador de regiones desconocidas; y los nombres que llevaban los astros y las constelaciones denotan claramente que fueron dados por los que surcaban las olas y la tierra. La luna, por ejemplo, que se destaca como una manecilla brillante en la sombría esfera del cielo, era llamada por los primeros padres de la raza aria el astro que mide, el *medidor* del tiempo: porque el tiempo se contó por noches, lunas e inviernos, antes de contarse por días, soles y años. *Moon,* la voz inglesa que designa la luna, es muy antigua [1]: era *môna* en anglosajón, donde ese nombre pertenecía al género masculino, como en todas las lenguas teutónicas; sólo por imitación de las lenguas clásicas se ha hecho a *moon* del género femenino, y a *sun,* sol, del masculino; y no anduvo muy acertado Harris cuando afirmó en su *Hermes* que, en todos los pueblos, el nombre del sol es masculino y el de la luna femenino. En gótico, luna se dice *mena,* que es del género masculino. Para mes tenemos, en anglo-sajón, *mônâdh,* y, en gótico, *menoth,* los dos masculinos. En griego, *men,* mes, es masculino, y *mene,* luna, femenino; en latín encontramos el derivado *mensis,* y en sánscrito *mâs,* luna, y *mâsa,* mes, nombres todos masculinos. Ese sánscrito *mâs* procede evidentemente de la raíz *mâ,* medir: yo mido se dice en sánscrito *mâ-mi,* tú mides *mâ-si,* él mide *mâ-ti* o *mi mî-te,* y un instrumento de medición *mâ-tram,* el griego *metron,* metro. Si la luna se llamaba primitivamente el medidor de los días, de las semanas y de las estaciones, el regulador de las fiestas y de las mareas y el heraldo de las asambleas públicas, era muy natural que ese astro se mirase como un astro viril, y no como la doncella soñadora que ha puesto la

(1) En el Edda la luna se llama *ârtali,* la que cuenta los años. Uno de los nombres que lleva en vasco la luna es *argiizari,* "medida por la luz".

moderna poesía en lugar de la antigua concepción de nuestros padres.

El marino era el que, antes de confiar su vida y su fortuna a los vientos y a las olas, esperaba la salida de esas estrellas que llamaba las estrellas de la navegación o *Pléyadas,* de *plein,* navegar. La navegación por las aguas griegas se miraba como segura después de la vuelta de las Pléyadas, y cesaba cuando desaparecían. El nombre latino de las *Pléyadas* es *Vergiliae,* de *virga,* ramita o brote. Les dieron ese nombre los labradores italianos, porque en Italia, donde eran visibles hacia el mes de mayo, marcaban la vuelta del estío. Otra constelación, las siete estrellas colocadas en la frente del Toro, recibió el nombre de *Híadas* (en latín *Pluviae),* porque, cuando salía el sol, se creía que anunciaba la lluvia.

El astrónomo ha conservado esos nombres y otros muchos; habla aún de los polos del cielo, de las estrellas errantes o fijas; pero olvida con harta facilidad que esos términos no eran debidos a observaciones y clasificaciones científicas, sino tomados de la lengua de los que erraban por el mar o el desierto, y para quienes las estrellas fijas eran realmente lo que implica su nombre: estrellas fijas en el cielo e inmóviles, a las cuales podían asirse en el Océano como áncoras celestes.

Pero aunque, hablando históricamente, tengamos el derecho de decir que el primer geómetra fué un labrador, el primer botánico un hortelano y el primer mineralogo un minero, se nos podrá objetar con razón que, en ese estado primitivo, una ciencia no merece tal nombre, que la medición de una tierra no es la geometría, que el cultivo de las legumbres está muy lejos de ser la botánica, y que un carnicero no tiene ningún derecho al título de anatómico. Esa objeción es perfectamente fundada; con todo, bueno es recordar a cada ciencia sus

humildes comienzos y las necesidades prácticas que, en su origen, estaba destinada a satisfacer. Según la expresión de Bacon, una ciencia debe ser un rico almacén para servir a la gloria de Dios y al bienestar del hombre; y, aunque parece que, en nuestra avanzada civilización, las personas estudiosas pueden consagrar su tiempo a la investigación de los hechos y de las leyes de la naturaleza, o a la contemplación de los misterios del mundo de pensamiento, sin pensar en los resultados prácticos de sus trabajos, no hay que perder de vista que ninguna ciencia y ningún arte han prosperado y florecido mucho tiempo en el mundo, a menos de servir de un modo o de otro a los intereses materiales de la sociedad. Verdad es que el botánico recoge y ordena, que el físico pesa y analiza, que el anatómico diseca y compara, que el astrónomo observa y calcula, sin que ninguno de ellos piense en el resultado inmediato y apreciable de sus labores; pero hay un interés general que sostiene y anima las investigaciones de todos, y ese interés se cifra en las ventajas prácticas que reportan a la sociedad sus estudios científicos. Pruébese que la sucesión de las capas terrestres, tal como la comprende y la expone el geólogo, no sirve más que para extraviar al minero; que las tablas astronómicas no son de ninguna utilidad para el navegante; que la química no es más que un entretenimiento costoso, inútil para el fabricante y para el agricultor, y la astronomía, la química y la geología no tardarán en participar de la suerte de la alquimia y de la astrología. Mientras la ciencia egipcia alimentó las esperanzas del paciente con prescripciones misteriosas (y apuntaré de pasada que Champollion ha hecho remontar los signos jeroglíficos de nuestras prescripciones modernas a los verdaderos jeroglíficos de Egipto), y mientras excitó la avidez de sus protectores con la promesa del descubrimiento del oro, halló animaciones generosas en

la corte de los príncipes y bajo el techo de los monasterios; pero si la alquimia no encontró el oro, preparó el camino para descubrimientos mucho más preciosos. Lo mismo ocurre con la astrología, que no ha sido sólo una grosera impostura, como generalmente se supone: pasaba por una ciencia a los ojos de un sabio tan profundo y tan juicioso como Melanchthon, y el mismo Bacon la asigna su puesto entre los conocimientos humanos, aun admitiendo "que se dirige a la imaginación del hombre más que a su razón". Mucho después de la condenación que pronunció Lutero contra ella, la astrología continuó influyendo en los destinos de Europa, y cien años más tarde el astrólogo era aún el consejero de los príncipes y de los generales, mientras el fundador de la astronomía moderna moría en medio de la pobreza y de la desesperación. En nuestro tiempo se han perdido y olvidado los rudimentos mismos de la astrología. Hasta artes prácticas se extinguen en cuanto cesan de ser útiles, y sus decretos desaparecen, a veces para siempre. Cuando, después de la Reforma, se despojó a las iglesias de su ornato artístico, a fin de recordar, hasta en la forma exterior, la sencillez de los primeros tiempos del cristianismo, los colores de las vidrieras pintadas empezaron a palidecer, y nunca han vuelto a recobrar su antigua viveza y su antigua armonía. La invención de la imprenta fué el golpe de muerte para el arte de las letras historiadas y para la pintura en miniatura aplicada a la iluminación de los manuscritos; y los mejores artistas de nuestra época desesperan de igualar la perfección, la delicadeza y el brillo que sabía reunir el humilde pincel que adornaba los misales de la Edad Media.

Insisto un poco sobre la necesidad en que se hallan todas las ciencias de poseer un objeto práctico, porque sé que la ciencia del lenguaje no tiene mucho que ofrecer al espíritu positivo de nuestro siglo. No promete ayu-

darnos a aprender las lenguas más pronto, y no nos da ninguna esperanza de ver realizarse nunca el sueño de una lengua universal: sólo quiere darnos a conocer la naturaleza del lenguaje, lo cual no parece gran cosa para granjear a una ciencia naciente la simpatía y el favor del público. Hay, sin embargo, problemas que, aunque abstractos y puramente especulativos al parecer, han ejercido un gran influjo, en bien o en mal, sobre la historia de la especie humana. Antes de nosotros los hombres han combatido ya por una idea, y han dado su vida por una palabra; y muchos de esos problemas que han agitado al mundo desde los tiempos más remotos hasta nuestros días pertenecen propiamente a la ciencia del lenguaje.

La mitología, esa plaga de la antigüedad, es en realidad una enfermedad del lenguaje. Un mito significa una palabra, pero una palabra que al comienzo no era más que un nombre o un atributo, y a la cual se ha dejado adquirir después una existencia más sustancial. La mayoría de las divinidades griegas, romanas o indias no son más que nombres poéticos, a los cuales se ha dejado tomar gradualmente una personalidad divina que jamás había existido en el pensamiento de sus primeros inventores. *Eōs* era un nombre de la aurora, antes de hacerse una diosa, mujer de Tithonos, el día expirante. *Fatum*, la fatalidad, significaba primitivamente "lo que se ha dicho"; y, antes de que la fatalidad se hiciese un poder superior al soberano mismo de los dioses, esa palabra significaba lo que ha sido dicho por Júpiter, y que el mismo Júpiter no podía nunca alterar. *Zeus* significaba en el origen el cielo brillante, en sánscrito *Dyaus;* y muchos de los relatos de que es héroe en los poetas no pueden explicarse más que si se refieren al cielo brillante, cuyos rayos, como una lluvia de oro, caen sobre el seno de la tierra, la *Danae* antigua, retenida por su padre en

la sombría prisión del invierno. Para nadie es dudoso que *Luna* fué simplemente un nombre de la luna; pero lo mismo puede decirse de *Lucina*, y los dos nombres se derivan de *lucere*, brillar. *Hécate* era también un antiguo nombre de la luna, y el femenino de *Hekatos* y *Hecatebolos*, el sol que dispara lejos sus dardos; *Pyrrha*, la Eva de los griegos, no era más que un nombre de la tierra roja, que se aplicaba muy particularmente al suelo de Tesalia. Esa enfermedad mitológica, si se puede hablar así de las palabras, aunque menos violenta en las lenguas modernas, está lejos de haber desaparecido completamente.

Durante la Edad Media, la lucha entre el nominalismo y el realismo, que agitó durante siglos a la iglesia, era también, como lo denotan las expresiones mismas, una controversia sobre los nombres, sobre la naturaleza del lenguaje, y sobre la relación de las palabras y de nuestras concepciones con las realidades del mundo externo. Se calificaba de heréticos a hombres que creían que palabras como *justicia* y *verdad* no expresan más que concepciones de nuestra mente, y no seres reales existentes en el mundo.

En los tiempos modernos se ha apelado a la ciencia del lenguaje para decidir algunas de las cuestiones políticas y sociales más complicadas. "Las naciones y las lenguas contra las dinastías y los tratados": he ahí lo que ha rehecho, y lo que rehará todavía el mapa de Europa; y en América se ha estimulado a la filología comparada a demostrar la imposibilidad de la unidad primitiva de las lenguas y de las razas, a fin de justificar con argumentos científicos la impía teoría de la esclavitud. No recuerdo haber visto nunca más degradada la ciencia que en la portada de una publicación americana, donde, entre los perfiles de las diferentes razas de hombres, se introducía el perfil del mono, al cual se había dado una apariencia más humana que al del negro.

En fin, el problema de la posición del hombre en los confines del mundo de la materia y del mundo del espíritu ha ocupado un gran puesto, en nuestros días, entre los problemas de las ciencias físicas y psicológicas. Ha absorbido todos los pensamientos de sabios que, después de una larga vida empleada en recoger hechos, en observarlos y analizarlos, ha consagrado al estudio y a la solución de esa cuestión facultades y tesoros de conocimientos como nunca habían visto las edades precedentes: y, a juzgar por el calor que ha animado debates que se sostenían ordinariamente con la calma de un juez y no con la pasión de litigantes, parecería, después de todo, que las grandes cuestiones de nuestro ser, de la verdadera nobleza de nuestra sangre, de nuestro origen divino o terrestre, aunque, inmediatamente no se liguen a todo lo que se ha convenido en llamar práctica, tienen, sin embargo, un encanto propio, que jamás perderá su imperio sobre la inteligencia y el corazón del hombre. Ahora bien: por mucho que se hayan dilatado los límites del reino animal, y aunque la línea de demarcación entre el animal y el hombre pareciese depender, por un instante, de un pliegue de más o de menos en el cerebro, hay *una* barrera a que nadie se ha atrevido a tocar aún; es la del lenguaje. Aun esos filósofos para quienes pensar es sentir (1), que reducen todo pensamiento a la sensación, y sostienen que las facultades que engendran las ideas nos son comunes con los animales, se ven obligados a confesar que *hasta el presente* ninguna raza de animales

(1) "El hombre tiene dos facultades o dos potencias pasivas, cuya existencia es reconocida generalmente: 1ª, la facultad de recibir las diferentes impresiones causadas por los objetos exteriores, la sensibilidad física; 2ª, la facultad de conservar las impresiones causadas por esos objetos, y que se llama la memoria o la sensación debilitada. Esas facultades, causas productores del pensamiento, nos son comunes con los animales... Todo puede reducirse a la sensación." — *Helvecio.*

ha producido un lenguaje. Lord Monboddo, por ejemplo, admite que hasta el día no se ha descubierto ningún animal en posesión del lenguaje, que no le posee ni aun el castoro; y sin embargo, dice, "de todos los animales que conocemos, y que no son, como los orangutanes, de nuestra especie, el castor es aquel cuya sagacidad se acerca más a la del hombre".

Locke, a quien generalmente se incluye en el número de esos filósofos materialistas, y que, en efecto, reivindicaba para los sentidos una gran parte de lo que se había atribuído a la inteligencia, reconocía, sin embargo, muy explícitamente la barrera que el lenguaje levanta entre los animales y el hombre. "De una cosa estoy bien seguro, dice: de que no existe en los animales la facultad de la abstracción, y de que la posibilidad de tener ideas generales establece una distinción completa entre ellos y el hombre. Porque es evidente que nosotros no observamos en el animal ningún vestigio del empleo de signos generales para ideas universales; de modo que hay motivos para pensar que no tiene la facultad de la abstracción o de engendrar ideas generales, puesto que no se sirve de *palabras* ni de otros signos generales."

Sí, pues, la ciencia del lenguaje nos permite penetrar en lo que, por confesión de todos, distingue al hombre de los demás seres vivos; si abre entre nosotros y los animales un abismo que nada podrá colmar nunca, parece tener en nuestros días derechos particulares a la atención de los que, aun siguiendo con admiración sincera los progersos de la fisiología comparada, miran como un deber protestar con todas sus fuerzas contra una reproducción de las miserables teorías de lord Monboddo.

Pero volvamos a nuestro estudio de la historia de las ciencias físicas. Hemos examinado el período empírico que cada ciencia debe atravesar; hemos visto que

en botánica, por ejemplo, un hombre que ha viajado por comarcas remotas, que ha reunido una porción de plantas, que conoce sus nombres, su anatomía y sus virtudes medicinales, no es aún un botánico, sino sólo un herborista, un aficionado a plantas, o lo que los italianos llaman un *dilettante,* de *dilettare,* complacerse. La verdadera ciencia de las plantas, como todas las demás, empieza por el trabajo de clasificación: el conocimiento práctico de los hechos se eleva hasta la ciencia en cuanto el espíritu descubre, en medio de la multiplicidad de los hechos individuales, la unidad de un sistema orgánico. Ese descubrimiento se efectúa por medio de la comparación y de la clasificación: cesamos de estudiar cada flor por sí misma, y, agrandando continuamente la esfera de nuestras observaciones, tratamos de percibir los caracteres esenciales y comunes a varias, sobre los cuales podemos fundar los grupos o las clases naturales; luego comparamos esas clases entre sí, en sus rasgos más generales, y aparecen a nuestra vista nuevos puntos de semejanza o de diferencia, que nos permiten descubrir clases de clases o familias. Después de haber estudiado de ese modo todo el reino vegetal, y de tender sobre el jardín de la naturaleza un tejido de nombres, cuando podemos, por decirlo así, recogerle y traerle hacia nosotros, para contemplar en nuestro interior todas las plantas como formando un conjunto y un sistema bien definido y completo, entonces hablamos de la ciencia que hoy se llama *botánica;* entonces también entramos en una nueva esfera de conocimientos, en que se subordina el individuo a lo general, los hechos a las leyes; descubrimos el pensamiento, el orden y el designio difundidos por la naturaleza entera, y vemos el sombrío caos de la materia iluminado por el reflejo del espíritu divino. Tales divisiones pueden ser verdaderas o falsas; asociaciones precipitadas, distinciones demasiado estrechas han podido impedir al

observador abarcar los amplios contornos del plan de la naturaleza; sin embargo, todo sistema, por insuficiente que llegue a ser con el tiempo, es un verdadero progreso. Una vez penetrado el hombre de que en todas partes deben reinar el orden y la ley, no descansa ya mientras no elimina todo lo que parece irregular, mientras no contempla toda la belleza y armonía del universo. Los fracasos del pasado preparan los triunfos del porvenir.

Así, para volver a nuestro primer ejemplo, la ordenación sistemática de las plantas que lleva el nombre de Linneo, y que descansa en el número y el carácter de los órganos de la reproducción, no ha logrado hacer resaltar el orden natural difundido en todo lo que vegeta y florece: amplias líneas de demarcación que unen o dividen grandes clases y familias de plantas, eran invisibles para quien se colocaba en su punto de vista; pero, sin embargo, su obra no ha sido inútil. Quedó establecido de una vez para todas el hecho de que las plantas de todas las regiones del globo pertenecen a un solo gran sistema; y aun en los métodos siguientes se han conservado la mayoría de las clases, y de sus divisiones, porque se ha visto que la conformación de los órganos reproductores de las plantas correspondía regularmente a otros signos más característicos de un verdadero parentesca [1].

La historia de la astronomía nos ofrece un ejemplo semejante. Aunque el sistema de Ptolomeo fuese erróneo en lo que atañe al centro del mundo, no dejó de servir, por eso, para descubrir las leyes que rigen los movi-

---

[1] "Como los órganos de la generación son los que menos se relacionan con las costumbres y la alimentación de los animales, los he mirado siempre como cosa que presentaba indicios muy claros de su verdadera afinidad." — Owen, citado por Darwin, *Origin of species*, pág. 414.

mientos reales de los cuerpos celestes. La certidumbre de que queda aún algo por explicar no puede menos de traer el descubrimiento del error cometido. En la naturaleza todo error es imposible; si existe en alguna parte, debe ser en nuestro espíritu. Esa convicción alentada en el corazón de Aristóteles, cuando, a pesar de su conocimiento imperfecto de la naturaleza, declaraba que no hay en el mundo nada adventicio, "sin lazo con el resto, como en una mala tragedia"; y desde su tiempo todos los nuevos hechos y todos los nuevos sistemas han probado la verdad de su creencia.

El objeto de la clasificación es manifiesto: nosotros comprendemos las cosas si podemos abarcarlas, es decir, si podemos abrazar y reunir los hechos aislados, recoger las impresiones dispersas, distinguir entre lo que es esencial y lo que no es más que accidental, afirmar así del individuo los caracteres generales que posee, e incluirle en la clase que determinan esos caracteres; tal es la condición necesaria de todo conocimiento científico. Muchas ciencias, al atravesar este segundo período, el de la clasificación, reciben la denominación de comparadas. Cuando el anatómico ha terminado la disección de numerosos cuerpos, cuando ha dado un nombre a cada uno de los órganos y descubierto sus funciones distintivas, llega a percibir la semejanza allí donde al pronto no había visto más que la desemejanza. Descubre en los animales inferiores lineamientos de la organización más perfecta de los animales superiores, y se penetra de la convicción de que hay en el reino animal el mismo orden y el mismo designio que encontramos en la variedad infinita de las plantas o en cualquier otro reino de la naturaleza. Aprende, si ya no lo sabía, que el mundo no ha sido creado a la ventura, sino que hay una escala que conduce por grados imperceptibles desde los últimos infusorios hasta el hombre, el rey de la creación; que todas

las cosas reflejan un solo pensamiento creador, y son obra de un Dios de sabiduría infinita.

De este modo el período de la clasificación nos conduce naturalmente al tercero y último, al de la teoría o de la metafísica. Si la obra de la clasificación se ejecuta como es debido, nos enseña que nada existe en la naturaleza como por accidente; que cada individuo pertenece a una especie, y cada especie a un género; que hay leyes ocultas que rigen la libertad aparente y la variedad que contemplamos en la creación. Esas leyes revelan un designio en la mente del Creador; y, mientras los filósofos antiguos miraban el mundo material como ilusión pura, o como una aglomeración de átomos, o como obra del principio del mal, nosotros leemos en él, como en un libro, la revelación del poder, de la sabiduría y del amor de Dios. El estudio de la naturaleza ha adquirido así un carácter completamente nuevo: cuando el observador ha recogido sus hechos y el sabio los ha clasificado, el filósofo se pregunta cuáles son su origen y significación; y, por medio de la inducción, y a veces de adivinación, procura elevarse a regiones adonde nunca puede llegar el simple coleccionista. En esa tentativa el espíritu humano ha sufrido muchas veces la suerte de Faetón, pero, sin dejarse desanimar por sus caídas, vuelve a pedir siempre los corceles de su padre. Se ha dicho que esa supuesta filosofía de la naturaleza no ha hecho nunca nada, que se ha limitado a demostrar que las cosas deben ser exactamente tales como la observación nos las muestra; sin embargo, las ciencias físicas no habrían llegado nunca al punto en que se encuentran, sin el impulso que les han dado los filósofos y aun los poetas. "En los límites de los conocimientos exactos, dice Humboldt, como desde una alta ribera, los ojos se complacen en dirigirse hacia las regiones lejanas. Las imágnes que ven pueden ser ilusiones; pero, como

aquellas imágenes engañadoras que creían percibir, mucho antes del tiempo de Colón, los habitantes de las Canarias o de las Azores, pueden traer el descubrimiento de un nuevo mundo."

Copérnico, en la dedicatoria de su obra al Papa Paulo III (fué empezada en 1517, terminada en 1530 y publicada en 1543) confiesa que fué conducido al descubrimiento de la posición del sol en el centro del mundo, y del movimiento diurno de la tierra, no por la observación ni por el análisis, sino por lo que llama el sentimiento de una falta de simetría en el sistema de Ptolomeo. Pero ¿quién le había enseñado que debe haber simetría en los movimientos de todos los cuerpos celestes, o que la complicación no es más sublime que la sencillez? La simetría y la sencillez, antes de ser descubiertas por el observador, fueron supuestas, sin prueba, por el filósofo. La primera idea de la revolución que Copérnico debía operar en los cielos se la sugirió, como él mismo nos lo dice, un antiguo filósofo griego: Filolao el pitagórico. Sin duda, en Filolao el movimiento de la tierra no era más que una conjetura, o, si se quiere, una feliz intuición; no era, como en Tycho-Brahe o su amigo Kepler, resultado de largas y fatigosas observaciones sobre la órbita del planeta Marte. Con todo, si hemos de creer a Copérnico, es muy posible que, sin esa especie de adivinación, no hubiésemos oído hablar nunca de su sistema.

No se llega a la verdad sólo por la adición y la multiplicación. Hablando de Kepler, cuyo método de razonamiento ha sido reputado quimérico y peligroso por sus contemporáneos y por astrónomos posteriores, sir David Brewster afirma con mucha verdad "que, como instrumento de investigación, el influjo de la imaginación ha sido harto desatendido por los que se han consagrado a dar leyes a la filosofía".

En la historia de las ciencias físicas los tres períodos que acabamos de describir se presentan generalmenten en el orden cronológico. Digo *generalmente*, porque ha habido casos, como en el ejemplo que he citado de Filolao, en que los resultados que pertenecen propiamente al tercer período han sido presentidos en el primero. Para la mirada penetrante del genio un solo hecho puede valer por mil, y un experimento bien elegido puede llevar al descubrimiento de una ley absoluta. Y luego hay grandes lagunas en la historia de la ciencia: la tradición de las generaciones se ve interrumpida por las convulsiones de los Estados y de los pueblos, y la obra, a punto de concluir, ha debido rehacerse por entero, cuando se ha formado una nueva superficie para sustentar una nueva civilización. No obstante, la sucesión de esos tres períodos, es sin ninguna duda, conforme al orden de la naturaleza, y con razón se sigue en el estudio de cada ciencia. El futuro botánico empieza por recoger plantas, estudia cada una aparte, observa sus caracteres, la región en que brota, la estación en que florece, y su nombre popular. Aprende a distinguir las raíces, el tallo, las hojas, el cáliz, los estambres y los pistilos; se ejercita, por decirlo así, en la gramática práctica antes de poder empezar las comparaciones, la ordenación y la clasificación. No se puede luego abordar con éxito el tercer período de una de las ciencias de la naturaleza sino después de haber atravesado el segundo: nadie podría estudiar la planta en sí misma, ni comprender el alcance de una obra como la de Schleiden sobre la *Vida de la planta,* sin haber estudiado la vida de las plantas en la maravillosa variedad, y el orden, aun más maravilloso, de la naturaleza. Estos últimos resultados de la filosofía inductiva, más admirables que todos los otros, no son posibles sino cuando la clasificación ha allanado el camino: el filósofo debe dominar sus clases, como un general sus

regimientos; sólo así puede ganarse la batalla y conquistarse la verdad.

Después de haber dirigido esta ojeada a la historia de las demás ciencias físicas, volvamos ahora a la que nos ocupa, para ver si merece realmente este nombre, y si puede entrar en la categoría de las ciencias inductivas. Queremos preguntarnos si ha atravesado o si atraviesa aún las tres fases de las investigaciones físicas; si su marcha ha sido regular o irregular; si su método ha sido bueno o malo. Pero, antes de responder a estas preguntas, creo que tenemos aún que hacer alguna cosa. Quizá se habrá notado que yo he supuesto siempre que la ciencia del lenguaje, mejor conocida en este país bajo el nombre de *filología comparada,* es una de las ciencias de la naturaleza, y que, por consiguiente, su método debe ser idéntico al que se ha seguido con tanto éxito en botánica, en geología, en anatomía, y las demás ramas del estudio de la naturaleza. Pero, en la historia de las ciencias físicas, sería en balde buscar un puesto asignado a la filología comparada; su nombre mismo parece indicar que pertenece a una esfera muy distinta de los conocimientos humanos, que, según su objeto, se distribuyen en dos grandes divisiones: las *ciencias de la naturaleza* y las *ciencias históricas,* que tratan respectivamente de las obras de Dios y de las obras del hombre (1). Ahora bien; a juzgar por su nombre, la filología comparada, como la filología misma, parece deber clasificarse entre las ciencias históricas, y el método que conviene aplicar en ella parece deber ser el que se sigue en la historia del arte, del derecho, de la política y de la

(1) Así, la ciencia de la óptica, que abraza todas las leyes de la luz y del color, es una ciencia natural, mientras que la ciencia de la pintura, con todos sus procedimientos de manipulación y los diferentes medios empleados para obtener el color, en cuanto se refiere a un arte inventado por el hombre, es una ciencia puramente histórica. (*Intellectual Repository,* pág. 247).

religión. No nos dejemos extraviar, sin embargo, por ese nombre de filología comparada; es difícil determinar a quién se debe, pero todo lo que puede decirse en su favor es que los creadores de la ciencia del lenguaje fueron principalmente humanistas y filólogos, y que sus investigaciones sobre la naturaleza y las leyes del lenguaje se fundaron en la comparación de los pocos hechos que podían reunir en el círculo restringido en que se encerraban sus estudios. Tal denominación no ha sido adoptada ni en esa Alemania, que bien se puede llamar la cuna de esta ciencia, ni en Francia, donde se ha cultivado con brillante éxito; y no será difícil probar que, aunque la ciencia del lenguaje deba mucho a los humanistas, y les haya prestado, en cambio, grandes servicios, la filología comparada no tiene absolutamente nada de común con la filología en el sentido ordinario de la palabra. La filología clásica ú oriental, ocúpese de las lenguas antiguas o modernas, cultas o bárbaras, es una ciencia histórica, y no trata el lenguaje más que como un instrumento. El helenista se sirve del griego, y el orientalista del hebreo, del sánscrito o de cualquier otra lengua, como de una clave para la inteligencia de los monumentos literarios que nos ha legado la antigüedad, y como de una fórmula mágica para evocar de la tumba los pensamientos de los grandes hombres que han honrado países y siglos diferentes; por el estudio de esos idiomas y de los monumentos que nos han conservado, se proponen poner al historiador en situación de trazar de una manera definitiva la marcha social, intelectual, moral y religiosa de la humanidad. De igual manera, en el estudio de las lenguas vivas, no aprendemos las gramáticas y los vocabularios por sí mismos, sino por su utilidad práctica: los empleamos como cartas de introducción cerca de la mejor sociedad y de la mejor literatura de las principales naciones de Europa.

En la filología comparada el caso es muy distinto: aquí el lenguaje no se considera ya como un medio, sino como el objeto mismo de la investigación científica; dialectos que jamás han producido una obra literaria, las jergas de tribus salvajes, los chasquidos de lengua de los hotentotes y las modulaciones vocales de los indo-chinos, son tan importantes, y para ciertos problemas más importantes que la poesía de Homero o la prosa de Cicerón. Tenemos que estudiar el lenguaje, y no las lenguas; queremos saber lo que es y cómo puede servir de órgano al pensamiento; queremos conocer su origen, su naturaleza y sus leyes; y con la mira de llegar a ese conocimiento, reunimos, para ordenarlos y clasificarlos, todos los hechos del lenguaje que están a nuestro alcance.

Y aquí, al comienzo mismo de estas lecciones, debo protestar contra la suposición de que, para estudiar el lenguaje, se necesite absolutamente ser un gran lingüista. Yo tendré que hablar a ustedes, en el curso de estas lecciones, de cientos de lenguas, cuyos nombres mismos les serán desconocidos quizá; no se suponga por eso que yo sepa tales lenguas como saben ustedes el griego o el latín, el francés o el alemán; en este sentido, yo sé muy pocas lenguas, y jamás he aspirado al renombre de un Mitrídates o de un Mezzofanti. El que estudia la filología comparada no puede adquirir un conocimiento práctico de todas las lenguas de que tiene que ocuparse: no siente ningún deseo de hablar la lengua kachikale, de que acaba de fundarse una cátedra en la Universidad de Guatemala, ni de aprender las delicadezas del idioma de los cheremises; tampoco le impulsa su ambición a explorar la literatura de los samoyedos o de los habitantes de Nueva Zelandia; lo que estudia y somete a un análisis minucioso es la gramática y el diccionario; pero no carga su memoria de paradigmas de nombres y de verbos, ni de largas listas de voces que jamás se han empleado en

una obra literaria. Es muy cierto que ninguna lengua revelará jamás todas las maravillas de su mecanismo sino al sabio que la haya estudiado a fondo, y de una manera crítica, en cierto número de obras literarias que representen los diversos períodos de su desarrollo; pero también es cierto que, en muchos casos, todo lo que podemos esperar poseer para ayuda de nuestras investigaciones son cortas listas de vocablos y bosquejos incompletos de la gramática. De esos informes esparcidos y limitados, la lingüística debe aprender a sacar el mejor partido posible, como la anatomía comparada se aprovecha de los restos de huesos fósiles o de los dibujos imperfectos de animales que suministran los viajeros extranjeros a la ciencia. Si nos fuese preciso tener un conocimiento crítico o práctico de todas las lenguas que han de servir a nuestras investigaciones, la ciencia del lenguaje sería sencillamente imposible; pero ni el botánico tiene necesidad de ser un hábil hortelano, ni el ictiólogo un diestro pescador. Tampoco sería razonable negar a nuestra ciencia la división del trabajo, sin la cual no se podrían tratar con éxito asuntos mucho menos extensos. Aunque una gran parte de lo que podemos llamar el *reinado* del lenguaje esté por siempre perdida para nosotros; aunque períodos enteros de su historia se sustraigan necesariamente a nuestra observación, no obstante, la masa de palabras que descubrimos, ya en las capas petrificadas de las literaturas antiguas, ya en la infinita variedad de las lenguas vivas, nos ofrece un campo tan vasto como ninguna otra rama de las ciencias de la naturaleza, si no más. Es imposible determinar el número exacto de las lenguas conocidas; pero difícilmente puede bajar de novecientas. Que una materia tan rica jamás haya excitado, antes del comienzo de nuestro siglo, la curiosidad de los filósofos que estudian la naturaleza, es cosa bien extraña: debe asombrarnos más todavía que la

indiferencia con que las generaciones anteriores habían tratado las enseñanzas que las piedras mismas parecían ofrecer sobre la vida que palpita aún en las venas de nuestro planeta y que rebosa en la superficie del suelo. El antiguo dicho de qua "la familiaridad engendra el menosprecio" venía de molde al asunto de esas dos ciencias. La grava de nuestros caminos parecía poco digna de ocupar a los sabios, y se necesitaba un esfuerzo para elevar a la dignidad de un problema científico el lenguaje que saben hablar los rústicos. El hombre había estudiado todas las partes de la naturaleza, los tesoros minerales en las entrañas de la tierra, las flores de todas las estaciones, los animales de todos los continentes, las leyes de las tempestades y los movimientos de los cuerpos celestes; había analizado todas las sustancias y disecado todos los cuerpos organizados; conocía cada hueso y cada músculo, cada nervio y cada fibra, hasta los últimos elementos de que se componen su carne y su sangre; había meditado sobre la naturaleza de su alma, sobre las leyes de su inteligencia, y tratado de penetrar hasta las causas finales de todas las cosas; y, con todo, el lenguaje, sin cuya ayuda no hubiese podido darse el primer paso en esa vía gloriosa, no era estudiado por nadie: como un velo que cae demasiado cerca de los ojos, pasaba casi inadvertido. En un tiempo en que el estudio de la angüedad atraía las inteligencias más vigorosas; en que se cernían las cenizas de Pompeya para descubrir las joyas que habían adornado la cabeza de las damas romanas o los juguetes con que se entretenían sus hijos; en que, mediante procedimientos químicos, se hacían reaparecer en el pergamino los pensamientos borrados de los escritores griegos; en que se registraban las tumbas de Egipto para sacar sus sagrados depósitos, y en que se obligaba a los palacios de Babilonia y de Nínive a entregar los diarios de arcilla de

Nabucodonosor; en que se buscaba, en fin, con ardimiento y se conservaba piadosamente, en los museos y en las bibliotecas, todo lo que parecía traernos algún vestigio de la vida primitiva de la humanidad, el lenguaje, que por sí mismo nos lleva mucho más allá de la literatura cuneiforme de Asiria y de Babilonia y de los documentos jeroglíficos de Egipto, que nos une por una cadena no interrumpida a los primeros antepasados de nuestra raza, y cuya vida se liga aún, por una transmisión hereditaria y continua, a las primeras articulaciones salidas de la boca del hombre, el lenguaje, que es el testimonio vivo y elocuente de toda la historia de nuestra raza, no ha sido estudiado nunca por el historiador, ni constreñido a revelar sus secretos, hasta que fué interrogado, y, por decirlo así, llamado a la conciencia de sí mismo, por el genio de Humbdolt, de Bopp, de Grimm, de Bunsen y de otros que sería demasiado largo citar. Si se considera que, sean las que quieran las ideas que adoptemos sobre el origen del lenguaje y sobre la manera que ha tenido de difundirse, nada nuevo se ha añadido a su sustancia; que todos sus cambios han recaído sobre la forma; que ninguna raíz, ningún radical, han inventado las generaciones posteriores, del propio modo que no se ha añadido un solo elemento al mundo material en que vivimos; si se recuerda que, en cierto sentido y en un sentido perfectamente verdadero, nosotros nos servimos de las mismas palabras que empleó el hombre cuando, al salir de las manos de Dios, dió nombres "a todas las bestias, a las aves del aire y a los animales de los campos", se convendrá en que la ciencia del lenguaje tiene tales títulos a nuestra atención, que pocas ciencias podrán presentarlos superiores, ni aun iguales.

Después de haber explicado así de qué manera me propongo estudiar nuestra ciencia, pienso examinar en la próxima lección las objeciones de los filósofos, que miran

el lenguaje como inventado por la inteligencia humana para proporcionar a los hombres los medios de comunicarse más rápidamente sus pensamientos, y que quisieran verle tratar, no como un producto de la naturaleza, sino como una obra artificial del espíritu humano.

SEGUNDA LECCION

De la distinción que debe hacerse entre el desarrollo del lenguaje y la historia del lenguaje.

Objeciones contra la teoría que clasifica la ciencia del lenguaje entre las ciencias de la naturaleza. Primera objeción: el lenguaje es obra artificial del hombre. — Opiniones de diversas escuelas de filosofía sobre el origen del lenguaje. Segunda objeción: el lenguaje es susceptible de desarrollo y perfeccionamiento, y por ello se distingue de los productos de la naturaleza. — El desarrollo del lenguaje se debe a dos operaciones distintas: la alteración fonética y la renovación dialectal. Lo que se entiende por *alteración* o *corrupción fonética;* etimología de *viginti,* veinte, derivado de las dos palabras de donde vienen *dos* y *diez;* estragos de la alteración fonética. *Renovación dialectal.* Importancia del estudio de los dialectos para entrever la vida real del lenguaje. Número infinito de dialectos en el Asia central, en Africa, en América, en la Polinesia y aun en Europa. Los dialectos conservan a menudo formas más primitivas que las lenguas literarias. Rapidez extraordinaria con que se transforman los dialectos, comprobada por los misioneros en América; el mismo hecho observado en Asia y en Africa. Cómo se forman las lenguas nacionales. En qué sentido pueden aplicarse a las lenguas los términos de *madre* y de *hija:* el latín y el italiano. Historia del latín. Influencia de los dialectos en el desorrollo de las lenguas: el lenguaje llevado a Islandia por los refugiados noruegos ha permanecido casi estacionario desde hace siete siglos, mientras que en su suelo natal se ha dividido en dos lenguas distintas, el sueco y el danés. Riqueza de los dialectos. Leyes que han presidido al paso del latín a las lenguas romances. En qué sentido hablamos del *desarrollo* del lenguaje. Comparación del desarrollo del lenguaje, no con la vegetación de un árbol, sino con la formación sucesiva de las capas terrestres. Los individuos no pueden influir nada sobre el desarrollo del lenguaje. — Tercera objeción: la ciencia del lenguaje debe clasificarse entre las ciencias *históricas,* puesto que no podemos darnos cuenta de la vida y del desarrollo de nin-

guna lengua sin conocer la historia del pueblo en que se ha formado, y, sobre todo, la historia de sus relaciones con los demás pueblos.—La ciencia del lenguaje no depende, de ninguna manera, de la historia; diferencia entre la historia del lenguaje de Inglaterra y la historia del inglés. La gramática es el elemento esencial y la base de toda clasificación de las lenguas: la gramática es la que nos hace incluir el turco entre las lenguas tártaras o turanias, y el inglés entre las lenguas teutónicas, a pesar del vario origen de las palabras que componen el vocabulario de cada una de esas dos lenguas.

Al reclamar un puesto para la filología comparada entre las ciencias que he llamado ciencias naturales, estaba preparado a encontrar muchas objecciones. Parecía que el círculo de esas ciencias estaba cerrado, y no era de presumir que una advenediza fuese acogida con solicitud entre los miembros reconocidos de la antigua aristocracia de la ciencia.

La primera objeción que no podían menos de suscitar ciencias como la botánica, la geología o la fisiología, es que el lenguaje es obra del hombre, que ha sido inventado por el hombre como medio de comunicar sus pensamientos, cuando fueron insuficientes las miradas y la mímica, y que, progresivamente y por las sucesivas generaciones, ha sido elevado al grado de perfección que admiramos en el idioma de la Biblia, de los Vedas, del Korán, y en la poesía de Homero, de Virgilio, de Dante y de Shakespeare. Es perfectamente cierto que, si el lenguaje fuese obra del hombre en el sentido en que lo son una estatua, un templo, un poema o una ley, la ciencia del lenguaje debería clasificarse entre las ciencias *históricas*. Tendríamos una historia del lenguaje, como tenemos una historia del arte, de la poesía y de la jurisprudencia, pero no podríamos pretender colocar el lenguaje al lado de las diversas ramas de la historia natural. Es cierto también que, si se consulta a los filósofos modernos más distinguidos, se verá que, siempre que hablan del lenguaje, dan por supuesto que

es una invención humana, que las palabras son signos artificiales, y que las variedades del lenguaje provienen de que las diversas naciones se han fijado en diferentes sonidos para representar sus ideas. Esta explicación del origen del lenguaje fué sostenida con tanta fuerza por los principales filósofos del siglo XVIII, que aún es aceptada sin discusión, aun por aquellos que, en casi todos los demás puntos, son adversarios declarados de la filosofía de ese siglo. Verdad es que se han levantado algunas voces para protestar contra semejante teoría; pero su celo por demostrar el origen divino del lenguaje parece haberlas llevado a contradecir el texto formal de la Biblia, porque, en el Génesis, quien da nombres a todas las cosas no es el Creador, sino Adán: "Formó, pues, Jehová, Dios de la tierra, toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y llevólas a Adán para que viese cómo las llamaría; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre (1)". Pero, excepto en esta clase poco numerosa de filósofos más ortodoxos que la Biblia, la opinión generalmente admitida es la que siguió Locke, la que defendió vigorosamente Adam Smith en el *Ensayo sobre el origen del lenguaje*, añadido a su *Tratado de los sentimientos morales*, y la que adoptó, con ligeras modificaciones, Dugald Stewart (2). Según estos filósofos, el

(1) *Gen.*, II, 19.

(2) Eunomio acusaba a San Basilio de negar la Providencia, porque no quería admitir que Dios hubiese creado los nombres de todas las cosas, sino que atribuía la invención del lenguaje a las facultades que Dios había puesto en el hombre. San Gregorio, obispo de Nisa en Capadocia (331-396), defendió a San Basilio: "De que Dios haya dado a la naturaleza humana sus facultades no se sigue (escribía) que Dios produzca todas las acciones que realizamos nosotros. El nos ha dado la facultad de edificar una casa y de hacer toda otra obra; pero, seguramente, los constructores somos nosotros, y no él. De igual modo, la facultad de hablar es obra del que ha formado así nuestra naturaleza; pero la invención de las palabras para nombrar cada objeto es obra de nuestro espíritu".

hombre debió vivir cierto tiempo en un estado de mutismo, siendo sus únicos medios de comunicación ciertos movimientos del cuerpo y ciertas expresiones de la fisonomía, hasta que, al fin, habiéndose multiplicado las ideas y no pudiendo ya indicarse con el dedo sus objetos, "se sintió la necesidad de inventar signos artificiales cuya significación fuese determinada de común acuerdo". Es inútil hacer resaltar todos los matices que encontramos en las opiniones de esos filósofos sobre la marcha exacta que ha seguido la formación de ese lenguaje artificial. Adam Smith quisiera hacernos creer que los verbos fueron creados ante todo; mira los nombres como de una necesidad menos urgente, en atención a que las cosas pueden indicarse o imitarse, mientras que no puede hacerse lo mismo con simples acciones, como las que los verbos expresan. Supone, pues, que, al ver venir un lobo, se le señalaría con el dedo, gritando sólo: "Viene". Dugald Stewart piensa, al contrario, que las primeras palabras artificiales fueron nombres, y que la mímica suplía los verbos; que, por consiguiente, al ver venir un lobo, no se gritaba: "¡Viene!" sino: "¡lobo! ¡lobo!" dejando hacer lo demás a la imaginación.

Nos importa muy poco determinar si el nombre fué creado antes que el verbo o el verbo antes que el nombre: y, al principio de nuestras investigaciones sobre la naturaleza del lenguaje, nos es imposible entrar en un examen profundo de una teoría que le representa como inventado por los hombres y establecido, de común acuerdo, como medio de comunicación. Admitiendo plenamente que, si esa teoría fuese cierta, la ciencia del lenguaje no entraría en el círculo de las ciencias naturales, me contentaré con hacer notar por el momento que nadie ha explicado aún cómo era posible sin el lenguaje la discusión que debió preceder, en esa hipótesis, a la elección de cada palabra. Pero, como es objeto de estas lecciones el probar que el

lenguaje no es una invención en el mismo sentido que la pintura, la arquitectura, la escritura o la imprenta, se me permitirá protestar simplemente, en esta introducción a nuestros estudios, contra una teoría que, por más que se enseñe aún en nuestras escuelas, no puede citar, que yo sepa, un solo hecho en apoyo de sus asertos.

Pero hay otras objeciones que parecen negar a nuestra ciencia un lugar entre las ciencia naturales. Se ha dicho, con gran apariencia de verdad, que, sea el que quiera su origen, el lenguaje tiene su propia historia, como el arte, el derecho y la religión, y que, por este motivo, la filología comparada debe incluirse entre las ciencias *históricas* o *morales,* como se las llama comúnmente, en oposición a las ciencias *físicas.* Es una verdad bien conocida, no contradicha por las recientes investigaciones, que la naturaleza no es susceptible de progreso o perfeccionamiento: la flor que el botánico estudia hoy era lo mismo de perfecta desde el principio; los animales que están dotados de lo que se llama un instinto artístico, jamás han elevado ese instinto a un grado más alto de perfección; las celdas exagonales de la abeja no son más regulares en este siglo que en épocas precedentes, y nuestros ruiseñores no tienen un canto más armonioso que la Filomela de los griegos. "La historia natural, tratada sistemáticamente, dice el doctor Whewell, excluye todo lo que es histórico, porque clasifica los objetos según sus propiedades permanentes y universales, y no tienen nada que ver con el relato de hechos particulares o acidentales". Ahora bien: si consideramos el número prodigioso de lenguas que se hablan en las diferentes partes del mundo, con todas sus variedades de dialectos; si observamos los grandes cambios que ha sufrido cada uno de esos idiomas en el curso de los siglos, cómo el latín se ha convertido en italiano, español, portugués, francés, válaco y rumano; cómo el latín, el griego, el

céltico y las lenguas teutónicas y eslavas, así como los antiguos dialectos de la India y de Persia, debieron salir de una lengua primitiva, madre común de toda la familia indo-europea o aria; si notamos que el hebreo, el árabe, el siriaco y otros dialectos menos importantes no son más que reproducciones de un mismo tipo y han tenido necesariamente un mismo origen, la lengua primitiva de la raza semítica; si añadimos a esas dos familias, aria y semítica, otro grupo, por lo menos, muy bien determinado, el grupo turanio, que comprende los dialectos de las razas nómadas diseminadas por el Norte y el centro de Asia, el tungús, el mongol, el turco, el samoyedo y el finés, todos los cuales son como radios que parten de un centro común; si, remontando hacia los orígenes oscuros, vemos desarrollarse al través de las edades ese gran río del lenguaje, dividido en esos tres brazos inmensos que, antes de desaparecer en el lejano horizonte, nos dejan ver claramente que derivan de una fuente común, parecería casi que hay una vida histórica inherente al lenguaje, y que la voluntad del hombre y el poder del tiempo pueden influir, si no en su sustancia, al menos en su forma. Y aunque las variaciones puramente locales no se mirasen como razones suficientes para excluir el lenguaje del dominio de las ciencias naturales, siempre quedaría una dificultad mayor: la tarea de conciliar los principios reconocidos de esas ciencias con los cambios que modifican a la larga cada uno de esos dialectos. Todas las partes de la naturaleza, los minerales, las plantas o los animales, permanecen los mismos en su especie, desde el principio hasta el fin de su existencia, mientras que pocas lenguas podrían reconocerse después de un simple lapso de mil años. La lengua de Alfredo es tan diferente del inglés moderno, que tenemos que estudiarla como estudiamos el griego o el latín. Podemos leer a Milton y a Bacon, a Shakespeare y a Hooker; con atención podemos llegar a

comprender a Wycliffe y a Chaucer; pero cuando llegamos al inglés del siglo xiii, no podemos más que adivinar su sentido, y ni aún eso podemos hacer siquiera con los textos anteriores al Ormulum y a Layamon. Esos cambios que el tiempo efectúa en el lenguaje son más o menos rápidos, pero existen en todas las épocas y en todos los países: han reducido la rica y enérgica lengua de los poetas de los Vedas a la pobre e insignificante jerga de los cipayos de hoy; han transformado el idioma del Zend-Avesta y de los anales de la montaña de Behistun, en el de Firdusi y de los persas modernos; la lengua de Virgilio en la de Dante, la lengua de Ulfilas en la de Carlomagno y la lengua de Carlomagno en la de Goethe. Tenemos motivos para creer que, en los dialectos de las tribus salvajes, se verifican, con más vilolencia y más rapidez aún, cambios análogos, aunque, a falta de una literatura escrita, sea sumamente difícil obtener informes dignos de fe; pero en los pocos casos en que se han hecho observaciones exactas sobre este intresante asunto, se ha visto que, en las tribus salvajes de Siberia, de Africa y de Siam, bastan dos o tres generaciones para cambiar todo el aspecto de sus dialectos. Las lenguas de las naciones muy civilizadas tienden, al contrario, a fijarse cada vez más, y casi parecen perder a veces la facultad de modificarse: allí donde hay una literatura clásica cuya lengua se difunde por todas las ciudades y todas las aldeas, los cambios parecen imposibles. Sin embargo, la lengua de Roma, que durante tantos siglos fué soberana del mundo civilizado, ha sido como destituída y reemplazada por los dialectos romances, y el griego antiguo ha concluído por ser suplantado por el romaico moderno. Entre nosotros, aunque el arte de la imprenta y la extensa circulación de los periódicos y de los libros hayan servido de diques a la corriente del lenguaje, vemos que los libros publicados hace trescientos años no fueron escritos

en la lengua que hablamos hoy. En el *Scripture and Prayerbook Glossary,* de Hooker, el número de palabras o de significaciones de palabras que han envejecido desde 1611 se eleva a trescientas ochenta y ocho, cerca de una quinta parte de las voces empleadas en la traducción inglesa de la Biblia. Cambios más débiles, cambios de acento y de sentido, la introducción en la lengua de nuevas palabras y la desaparición de palabras antiguas: he ahí fenómenos que ocurren aún a nuestra vista diariamente. Rogers dice: "*Cóntemplate* está bastante mal, pero *bálcony* se me indigesta"; mientras que ahora ningún oído extraña *cóntemplate* en vez de *contémplate,* y *bálcony* se ha hecho más usual que *balcóny.* Algunos viejos, representantes rezagados de la antigua cortesía, persisten en decirse *obleeged,* y no *obligéd. Force,* en el sentido de caída de agua, y *gill,* en el sentido de barranco, no se usaban en el inglés clásico antes de Woodworth. *Handbook,* a pesar de ser una antigua palabra anglo-sajona, no ha reemplazado hasta hace poco a *manual;* y un gran número de voces, tales como *cab* para birlocho, *buss* para ómnibus, y aun verbos, como *to shunt,* flotan aún en la frontera que separa la lengua escrita de la lengua hablada por el pueblo. Aunque los cambios gramaticales que han ocurrido desde la publicación de la versión autorizada de las Sagradas Escrituras sean menos numerosos, aún podemos, no obstante, indicar algunos. La terminación de la tercera persona de singular en *th,* ha sido reemplazada por *s.* Ya no se dice nunca en la lengua usual *he liveth,* sino sólo *he lives.* Varios de los imperfectos y de los participios irregulares han adquirido una nueva forma. Nadie emplea ahora *he spake* ni *he drave* en vez de *he spoke* y *he drove; holpen* es reemplazado por *helped, holden* por *held, shapen* por *shaped.* El inglés moderno ha dejado también extinguirse la distinción que se hacía antiguamente entre *ye* y *you,* empleándose la primera de esas

formas para el nominativo, y la segunda para todos los demás casos; una voz, que parece ser una forma gramatical nueva, el pronombre posesivo *its,* tuvo nacimiento después de principios del siglo XVII. Jamás le encontramos en la Biblia, y, aunque se lee tres o cuatro veces en Shakespeare, Ben Jonson no le reconoce aún en su gramática inglesa.

Se sostiene, pues, que el lenguaje, estando sujeto a cambiar con el tiempo, y diferenciándose por eso de todos los demás productos de la naturaleza, no debe ser tratado como los objetos de las otras ciencias naturales. La objeción tiene mucho de especiosa, pero, si miramos más de cerca, veremos que descansa enteramente en una confusión de términos. Hay que distinguir entre el cambio que se efectúa con el tiempo y el desarrollo natural: el arte, la ciencia, la filosofía y la religión tienen una historia que comprende sus variaciones y sus progresos; el lenguaje, como los demás productos de la naturaleza, no admite más que el desarrollo.

Notemos desde luego que, aunque haya en el lenguaje un cambio continuo, no está en el poder del hombre ni producirle ni impedirle. Pensar en cambiar las leyes del lenguaje o en inventar nuevas palabras a nuestro capricho sería como pensar en modificar las leyes que rigen la circulación de nuestra sangre o añadir una pulgada a nuestra estatura. De igual manera que el hombre no es el rey de la creación sino en tanto que conoce sus leyes y se somete a ellas, el poeta y el filósofo no se hacen reyes del lenguaje sino en tanto que conocen sus leyes y se someten a ellas también. Cuando Marcelo corrigió a Tiberio, por haberse equivocado en una palabra, otro gramático, llamado Capito, que se hallaba presente, hizo notar que la palabra empleada por el emperador era latina, y que, si no lo era, no tardaría en serlo. Marcelo, más gramático que cortesano, repuso: "Capito es un em-

bustero: porque tú, César, tienes el poder de dar el derecho de ciudadanía a los hombres, pero no a las palabras". Se cuenta una anécdota semejante del emperador de Alemania Segismundo. Cuando presidía el concilio de Constanza, pronunció ante la asamblea un discurso latino, exhortándola a extirpar la herejía de los hussitas: "Videte, Patres (dijo), ut eradicetis schismam Hussitarum". Un fraile, sin andarse en rodeos, le llamó al orden, exclamando: "Serenissime Rex, schisma est generis neutri". El emperador, sin perder su aplomo, preguntó al audaz interruptor: "¿Quién te lo ha dicho?" — Alexander Gallus (contestó el viejo maestro de escuela bohemio). — ¿Y quién es ese Alexander Gallus? (preguntó el emperador). — Es un fraile. — Pues bien (dijo Segismundo): yo soy emperador de Roma, y supongo que mi palabra vale tanto como la de un fraile". Los aduladores estuvieron, sin duda, de parte del emperador; pero, a pesar de todo, *schisma* se ha quedado neutro, y ni aun un emperador pudo cambiar su género ni su desinencia.

La idea de que el lenguaje puede ser modificado y perfeccionado por el hombre no tiene nada de nueva. Sabemos que Protágoras, uno de los antiguos filósofos griegos, después de haber dado reglas sobre los géneros, se puso a criticar el texto de Homero, porque no veía en él observadas sus reglas. Pero allí, como en todas partes, la empresa fracasó. Trátese de alterar la menor regla en francés o en inglés, y se verá que es materialmente imposible. Al parecer, hay muy poca diferencia entre *beacoup* y *fort,* como entre *much* y *very;* y, sin embargo, casi nunca puede ser sustituída una de esas palabras por la otra; se dice "je suis fort heureux", y no "je suis beaucoup heureux"; y "cet enfant grandit beaucoup", y no "cet enfant grandit fort". De igual manera, entre los dialectos romances, el español, el portugués y el válaco no pueden emplear más que la palabra latina

magis para formar los comparativos: esp. *más dulce;* port. *mais dolce;* vál. *mai dulce;* mientras que el francés, el provenzal y el italiano no admiten más que *plus* en los mismos casos: ital., *piu dolce;* prov., *plus doux;* franc., *plus doux*. No es, con todo, imposible, ni mucho menos, que con el tiempo desaparezca esa distinción entre *very,* que no precede más que a adjetivos, y *much,* que no se emplea más que con participios; y, en efecto, *very pleased* y *very delighted* son locuciones que se empiezan ya a oir en Inglaterra en más de un salón; pero, si ese cambio se hace un día, no será por la *voluntad* de un individuo, ni por *común acuerdo* de un gran número de hombres; se hará más bien a pesar de los esfuerzos de los gramáticos y de las academias. Aquí, pues, se ve la primera diferencia que existe entre los cambios realizados por el tiempo y el desarrollo natural. Un emperador puede modificar las leyes de la sociedad, las formas de la religión, las reglas del arte; está en el poder de una generación, y aun de un individuo, elevar un arte al más alto grado de perfección, de donde la generación siguiente podrá dejarle declinar hasta que un nuevo genio vuelva a levantarle con un nuevo impulso. En todos estos casos se trata de actos reflexivos de individuos, y nos encontramos, por consiguiente, en el terreno de la historia. Si comparamos las creaciones de Miguel Angel o de Rafael con las estatuas y los frescos de la Roma antigua, podemos hablar de una historia del arte. Por las obras de los que han transmitido de siglo en siglo las tradiciones del arte podemos ligar una a otra dos épocas separadas por millares de años; pero el desarrollo continuo y espontáneo que liga la lengua de Plauto a la de Dante se sustraerá siempre a nuestras miradas. En la operación por cuya virtud se fija una lengua y en la operación que la hace variar se combinan los dos elementos contrarios de la necesidad y del libre arbitrio. Aunque el individuo pa-

rezca representar el papel de agente principal en la producción de nuevas palabras y de nuevas formas gramaticales, no tiene ese poder sino cuando su individualidad llega como a fundirse en la acción común de la familia, del pueblo o de la nación a que pertenece. Solo, no puede nada; y el primer impulso para la creación de una nueva forma en el lenguaje, aunque dado por un individuo, lo es generalmente, si no siempre, sin premeditación y sin conciencia de ese acto. El individuo, en cuanto individuo, es impotente, y los efectos que parece producir dependen de leyes no sometidas a su albedrío, y de la cooperación de todos los que forman con él una sola clase, un solo cuerpo o un conjunto orgánico.

Pero aunque sea fácil mostrar, como acabamos de hacerlo, que el lenguaje no puede ser alterado, ni vaciado en un nuevo molde, por el gusto, el capricho o el genio del hombre, es muy difícil explicar las causas del desarrollo del lenguaje. Desde el tiempo de Horacio se ha solido comparar la vegetación de las lenguas con la de los árboles; pero las comparaciones son pérfidas: ¿qué sabemos nosotros de las causas por cuya acción se desarrolla un árbol, y qué podemos ganar comparando cosas que no comprendemos bien con otras que ocmprendemos menos aún? Muchos hablan, v. gr., de las desinencias del verbo como si saliesen del radical de la misma manera que las ramas salen del tronco; pero ¿qué ideas pueden asociar a tales expresiones? Si a toda costa queremos comparar el lenguaje con el árbol, hay un punto que puede aclararse mediante esa comparación, y es: que ni el lenguaje ni el árbol pueden existir ni crecer enteramente solos. Sin el suelo, sin el aire y la luz, el árbol no podría vivir; ni siquiera podríamos concebirle viviendo sin esas condiciones. Lo mismo sucede con el lenguaje, que no puede existir solo: necesita un suelo donde brotar, y ese suelo es el alma humana. Hablar del lenguaje como

de un ser aislado, que disfrutase de una vida propia, que llegase a la madurez, que se reprodujese y que muriese de suyo, es hacer pura mitología; nosotros no podemos evitar, ciertamente, las expresiones metafóricas, pero debemos siempre estar en guardia, y no dejarnos extraviar, en investigaciones como las que nos ocupan por las palabras mismas que empleamos.

Ahora bien: lo que llamamos el desarrollo del lenguaje resulta de dos operaciones que hay que distinguir cuidadosamente una de otra, aunque obren simultáneamente. Llamo a estas dos operaciones:

1. *La renovación dialectal.*
2. *La alteración fonética.*

Empiezo por la última, como la más aparente, aunque sea de ordinario posterior a la regeneración dialectal; y, por el momento, ruego que se suponga, sin pruebas, que en el lenguaje todo poseía originalmente una significación. Como el lenguaje no puede tener otro objeto que expresar nuestras ideas, la consecuencia casi necesaria de este principio parecería ser que no puede contener, ni más ni menos, que lo que es indispensable para ese fin. Parecería también desprenderse que, si el lenguaje no contiene más que lo que es indispensable para expresar ciertas ideas, sería imposible modificar ninguna parte suya sin perjuicio de su objeto mismo, y es lo que sucede con algunas lenguas. En chino, por ejemplo, diez se dice *shi;* si se introdujese la menor modificación en *shi,* esta sílaba no podría ya significar *diez:* pronunciemos, por ejemplo, *tsi* en vez de *shi,* y esa palabra no significará ya *diez,* sino siete. Pero supongamos que quisiésemos expresar la cantidad doble de diez, dos veces diez o veinte; tomaríamos en chino *eúl,* dos, y colocando este vocablo delante de *shi,* diríamos *eúl shi,* veinte. La misma precaución que era necesaria para *shi,* lo es igualmente para *eúl-shi;* si se

modifica ese compuesto, añadiendo u omitiendo una sola letra, no quiere ya decir *veinte;* tiene alguna otra significación o no tiene ya ninguna. Encontramos exactamente la misma formación de palabras en otras lenguas que, como el chino, se llaman monosilábicas: en tibetano *chu* significa diez, *nyi* dos, *nyi-chu* veinte; en birmán *she* significa diez, *nhit* dos, *nhit* she veinte.

Pero ¿cómo pasan las cosas en francés o en inglés, en griego, en latín o en sánscrito? No se dice *deux-dix* en francés, ni *two ten* en inglés, ni *duo-decem* en latín, ni *dvi-dasa* en sánscrito. Encontramos en:

sánscrito	*griego*	*latín*	*francés*	*inglés*
vinsati	eikati	viginti	vingt	twenty

Aquí vemos, primeramente, que las formas citadas para el sánscrito, el griego, el latín y el francés, no son más que modificaciones locales de una sola y misma palabra primitiva, en tanto que el inglés *twety* es un compuesto nuevo (el gótico *tvai tigjus* significa dos décadas, y de ahí ha salido el anglosajón *tuêntig),* formado de materiales teutónicos, y producido, como veremos más adelante, por la operación que hemos llamado *renovación dialectal.*

Notamos, en segundo término, que la primera parte del latín *viginti* y la del sánscrito *vinsati* encierran el mismo numeral, que de *dvi* se ha reducido a *vi.* No hay en esta alteración nada de extraordinario, porque el latín *bis,* dos veces, reemplaza a la forma primitiva *dvis,* el griego *dis,* el inglés *twice.* Encontramos aún ese *dis* en latín, como preposición, con el sentido de *en dos;* así, por ejemplo, *discusión* significa, en realidad, la acción de partir un hueso para llegar a la almendra, como *percusión* significa propiamente la acción de herir de parte a parte. Pues bien: ese mismo nombre *dvi* o *vi* es el que vemos en el latín *viginti* y en el sánscrito *vinsati.*

Podemos probar igualmente que la segunda parte de *viginti* es una corrupción de la palabra que significa diez. Diez se dice en sánscrito *dasan,* de donde se deriva *dasati,* década; ese *dasati* se redujo ulteriormente a *sati,* que, *vi* por *dvi,* dos, nos da el sánscrito *visati* o *vinsati,* veinte. El latín *viginti* y el griego *eikati* deben su origen a la misma operación.

Nótese ahora la gran diferencia que existe, no quiero decir de sonido, sino de naturaleza, entre el chino *eúl shi,* dos-diez o veinte, y esas palabras desfiguradas y estropeadas que hemos encontrado en sánscrito, en griego y en latín. En chino no hay nada de más ni de menos; la palabra habla por sí misma, y no ha menester comentario; en sánscrito, a la inversa, han desaparecido las partes más esenciales de los dos elementos componentes, y lo que queda está tan transformado, que no se comprende ya más que con ayuda de un minucioso análisis. Tendremos, pues, aquí un ejemplo de lo que se entiende por *alteración fonética,* y podremos ver cómo corrompe y destruye, no sólo la forma, sino la naturaleza misma de las palabras. Una lengua en que empieza a manifestarse la alteración fonética, pierde inmediatamente lo que hemos mirado como el carácter más esencial de toda lengua, a saber: que cada una de sus partes tenga una significación. Las personas que hablaban sánscrito distaban tanto de saber que *vinsati* significaba *dos veces diez,* como un francés de reconocer en *vingt* los restos de las raíces de *dos* y *diez.* El lenguaje, pues, en cuanto se deja invadir por la alteración fonética, entra en un nuevo período; en las palabras o porciones de palabras en que esa corrupción hace sus primeros estragos, se debilita y se extingue la vida; en adelante, esas palabras o porciones de palabras no pueden conservarse ya más que artificialmente o por la tradición, y, cosa que importa observar sobre todo, desde ese momento se establece una distinción entre lo que

es sustancia y radical, y lo que es gramatical o de pura forma.

Tomemos otro ejemplo que nos hará ver más claramente aún cómo la primera aparición de lo que se llama las formas gramaticales es debida a la alteración fonética. Nosotros no tenemos la costumbre de mirar a *veinte* como el plural o el dual de *diez;* pero, ¿cómo se formaba originariamente un plural? En el chino, que desde el comienzo se ha preservado más cuidadosamente que ninguna otra lengua de toda alteración fonética, el plural se forma de la manera más razonable. Así: teniendo *gin,* que significa hombre, y *kiai* el todo o la totalidad, el plural de *hombre* se expresa por *gin kiai.* Existen en chino otras palabras que se emplean con ese mismo fin, por ejemplo: *pei,* clase; *i,* extranjero, seguido de *pei,* nos da *i-pei,* extranjeros. En inglés tenemos plurales análogos, pero no los contamos como formas gramaticales distintas. Así: *mankind* (especie humana) está formado exactamente como *i-pi* (especie extranjera), y *christendom* (la cristiandad) responde a la perífrasis: conjunto de los cristianos. Encontramos el mismo procedimiento en otras lenguas congéneres: en tibetano el plural se forma mediante la adición de palabras tales como *kun,* todos, y *t'sogs,* multitud, y con ayuda de los numerales *nueve* y *ciento.* Aquí también, mientras estas voces son perfectamente comprendidas y gozan de plena vida, la alteración fonética no tiene sobre ellas ninguna acción; pero en cuanto pierden, por decirlo así, la conciencia de sí mismas, aparece la corrupción fonética, y desde entonces las porciones de palabra a que alcanza no conservan ya más que una existencia artificial o un valor convencional, y se reducen a desinencias gramaticales.

Yo temería abusar de la paciencia de ustedes si empezase aquí el análisis de las desinencias gramaticales en sánscrito, en griego o en latín, para mostrar cómo han

salido de palabras independientes, que la frotación continua del lenguaje y el desgaste han como reducido a polvo. Más, para comprender cómo el principio de la alteración fonética produce la formación de las terminaciones gramaticales, dirijamos los ojos á lenguas que nos son más familiares, y examinemos, por ejemplo, la desinencia *ment,* que termina la mayoría de los adverbios franceses. Esa terminación no existe en latín, donde encontramos, sin embargo, expresiones como *bona mente,* de buena fe, y dónde leemos en Ovidio: *"insistam forti mente,* insistiré con ánimo vigoroso, fuertemente". Las glosas en los manucritos de la Edad Media van antecidas de las palabra *aut, vel, seu, id est, hoc est,* o de *in alia mente,* y esta última locución llega así a ser sinónima del adverbio francés *autrement,* derivado de *altera mente.* He aquí, pues, lo que ha sucedido en la evolución natural del latín o en el paso del latín al francés: en frases como *forti mente,* la última palabra acabó por no dejarse sentir ya como palabra independiente, y perdió al mismo tiempo su pronunciación propia; *mente,* el ablativo de *mens,* se convirtió en *ment,* que cesó de ser una palabra independiente, y no existió ya más que como terminación de los adverbios, aun en casos en que el recuerdo del sentido original de *mente* (con ánimo) hubiese hecho imposible su uso. Si decimos en francés que un martillo cae *lourdement* (pesadamente), estamos muy lejos de pensar que atribuimos a un pedazo de hierro un espíritu pesado. En italiano, aunque la desinencia *mente,* en el adverbio *chiaramente* (por *clara mente)* haya perdido su carácter de palabra propia, no ha sufrido hasta hoy la alteración fonética; en español se usa aún como palabra independiente.

Es difícil figurarse hasta qué punto puede alterar toda la superficie de un idioma lo que hemos llamado la alteración fonética: piénsese que en *veinte* tenemos los mismos elementos que en *dos* y *diez;* que la segunda

parte de *doce* representa el latín *decim* en *duodecim;* que el *ta* final de *treinta* fué originariamente el latín *ginta* en *triginta,* y *ginta* había sido una derivación y abreviación del sánscrito *dasa* o *dasati,* diez. Considérese luego lo temprano que ha debido manifestarse esa enfermedad fonética: porque, así como *vingt* en francés, *veinte* en español y *venti* en italiano, presuponen la forma más primitiva *viginti,* que encontramos en latín, así también ese latín *viginti,* el griego *eîkati* y el sánscrito *vinsati,* presuponen una lengua primera de donde se han derivado, y que debía contener la forma más primitiva *dvi-ginti,* que a su vez, debió ir precedida de otro compuesto tan claro y tan inteligible como el chino *eúl-shi,* y formado de los antiguos nombres arios de dos y diez, *dvi* y *dasati.* Tal es la fuerza destructora de esa corrupción fonética, que corroe a veces todo el cuerpo de una palabra, y no deja subsistir más que algunos restos imposibles de reconocer. Así: el sánscrito *svasar,* hermana, se encuentra en pehlvi y en oseta bajo la forma *cho.* El sánscrito *duhitar,* en griego *thugater,* en inglés *daughter,* hija, se ha reducido en bohemio a *dci,* que se pronuncia *tsi.* ¿Quién creería que el inglés *tear* y el francés *larme* (lágrima) tienen un origen común; que el francés *même* (mismo) contiene el latín *semetipsissimus;* que en *aujourd' hui* tenemos dos veces la palabra latina *dies?* (1) ¿Quién reconocería el francés *père* en el armenio *hayr?* No obstante, identificamos sin trabajo *père* con *pater;* y como una *h* inicial corresponde a menudo, en armenio, a una *p* primitiva (*het* = *pes, pedis,* pie; *hing* = gr. *pente,* cinco; *hour* = gr. *pyr,* fuego), resulta que *hayr* es idéntico a *pater.*

Solemos llamar a estos cambios la *evolución natural* del lenguaje; pero sería más exacto darles el nombre de *degeneración,* para distinguirlos de la otra operación que

(1) *Hui* = *hodiè,* italiano *oggi y oggidi; jour* = *diurnum,* de *dies.*

hemos llamado *renovación dialectal*, es decir: la regeneración de una lengua por sus dialectos. De esta segunda operación es de la que vamos a ocuparnos ahora, y en ella encontraremos un principio más real de desarrollo.

Para comprender bien el sentido de la expresión *renovación dialectal*, hay que empezar por comprender bien lo que entendemos por *dialecto*. Ya hemos visto que el lenguaje no tiene existencia independiente en sí: existe en el hombre; vive al ser hablado; muere con cada palabra que se pronuncia y que no se oye ya. Que el lenguaje se haya puesto alguna vez por escrito y se haya hecho la expresión de una literatura, no es más que un hecho accidental; hoy aún la mayoría de las lenguas no han producido ninguna obra literaria. En los innumerables pueblos del centro de Asia, de Africa, de América y de Polinesia, el lenguaje existe en el estado natural, en una continua revolución; y allí es donde hay que ir, si queremos observar el desarrollo del lenguaje antes de verse entorpecido y detenido por monumentos escritos. Los idiomas literarios de Grecia, de Roma y de las demás naciones civilizadas, para los cuales reservamos ordinariamente el nombre de lenguas, deben mirarse como formas artificiales más bien que naturales del lenguaje; donde se manifiesta la vida real, la vida elemental y natural del lenguaje es en los dialectos; y, a pesar de la tiranía de los idiomas clásicos o literarios, aún está muy lejos el día en que se vean desaparecer enteramente los dialectos, aun de lenguas tan cultivadas como el italiano y el francés. Una veintena de los dialectos italianos han sido escritos, y están representados hoy por textos impresos; Champollion-Figeac hace subir a catorce el número de los dialectos franceses principales. Algunos autores cuentan hasta setenta dialectos del griego moderno; muchos apenas deben ser más que variedades locales; algunos, sin embargo, como el tzaconio, difieren de la lengua literaria tanto

como difería el dorio del ático. En la isla de Lesbos, pueblos que no están a más de dos o tres horas de marcha unos de otros, tienen a menudo palabras peculiares y su pronunciación propia. Pero tomemos una lengua que, aunque no desprovisto de una literatura, haya sufrido menos que el italiano o el francés la influencia de los autores clásicos, y veremos inmediatamente lo que se multiplican los dialectos. El frisón, que se habla desde hace más de dos mil años en un espacio muy reducido de la costa Noroeste de Alemania, entre el Escalda y Futlandia, y en las islas adyacentes, y que posee obras literarias que se remontan al siglo XII, se ha dividido en innumerables dialectos. "Los nombres más comunes (dice Kohl en sus *Viajes*), que son casi idénticos en todos los países de Europa, se diferencian completamente en las diversas islas de Friesland; así: *Padre* se dice *aatj* en la isla de Amrum, *baba* o *babe* en las islas Hallings, *foder* o *vaar* en la isla de Sylt, *tate* en muchos distritos del continente, y *oti* u *ohitj* en la parte oriental de la isla de Föhr. Aunque esas poblaciones estén unas de otras a dos millas alemanas, tales palabras difieren más entre sí que el italiano *padre* y el inglés *father*. Los nombres mismos de sus distritos y de sus islas son completamente desemejantes en diferentes dialectos: la isla de *Sylt* se llama *Söl, Sol y Sal*". Cada uno de esos dialectos, aunque no extraño en realidad para un sabio frisón, no es inteligible más que para los campesinos del pequeño distrito en que se habla. Por consiguiente, lo que se llama la lengua frisona, cuyas formas y reglas nos dan las gramáticas frisonas, no es en rigor sino la gramática del más importante de esos numerosos dialectos; y eso ocurre igualmente con todas las lenguas que han recibido la denominación de literarias.

Es un error creer que los dialectos son en todas partes corrupciones de la lengua literaria. Aun en Inglaterra tienen formas más primitivas que la lengua de Shake-

speare, y la riqueza de su vocabulario supera muchas veces a la del vocabulario de los autores clásicos de cualquier período. Los dialectos han sido siempre las fuentes en que ha bebido la lengua literaria más bien que canales deribados alimentados por ella; por lo menos, puede decirse que han sido como corrientes paralelas que marchaban la una al lado de la otra, mucho antes de que una adquiriese sobre las demás esa primacía que es consecuencia de la cultura literaria.

Lo que Grimm dice del origen de los dialectos en general no se aplica más que a los producidos por la alteración fonética. "Los dialectos, dice (1), se desarrollan progresivamente, y cuanto más retrocedemos en la historia del lenguaje, menor es su número, y menos determinados son sus caracteres. Toda multiplicidad proviene de una unidad primitiva". Eso es, en efecto, lo que podemos creer, si fundamos exclusivamente nuestras teorías en los materiales que nos proporcionan idiomas literarios como el sánscrito, el griego, el latín y el gótico. Sin duda, esas lenguas son las testas coronadas que representan los primeros papeles en la historia del lenguaje; pero, así como la historia política debe contener otra cosa que los anales de las casas soberanas, el historiador del lenguaje no debe perder de vista nunca las capas más humildes del lenguaje popular de donde han salido los idiomas literarios, y donde tienen su sostén y alimento.

Pero aquí se presenta una dificultad: ¿cómo seguir la historia de los dialectos? La antigüedad no nos suministra documentos más que sobre los idiomas literarios; apenas si los autores antiguos mencionan siquiera la existencia de los dialectos que no eran más que hablados.

Verdad es que Plinio nos dice que en la Cólquida había más de trescientas tribus que hablaban dialectos

(1) *Geschichte der deutschen Sprache*, pág. 833.

diferentes, y que los romanos tenían que emplear ciento treinta intérpretes para comerciar y tratar con ellas. Eso es probablemente una exageración; pero no tenemos motivos para poner en duda la exactitud de lo que nos dice Estrabón sobre las setenta tribus que habitaban esa comarca, la cual se llama aún en nuestros días "la montaña de las lenguas". Además, en los tiempos modernos, cuando los misioneros se han entregado al estudio de las lenguas de tribus salvajes, rara vez han conseguido aprender más de un sólo dialecto entre un gran número, y, cuando el éxito coronaba sus esfuerzos, el dialecto que habían puesto por escrito, y que se había hecho en sus manos un instrumento de civilización, no tardaba en adquirir una especie de supremacía literaria sobre los otros, los cuales permanecían en una situación inferior y quedaban en el estado de jergas bárbaras. Sin embargo, a los misoneros debemos en muy gran parte, si no enteramente, lo que sabemos sobre las lenguas de los salvajes, y es muy de desear que consagren su atención a ese interesante problema de la vida de los dialectos, que sólo ellos tienen medios de ilustrar. Gabriel Sagard, que fué enviado en calidad de misionero al país de los hurones, en 1626, y que publicó en París, en 1631, su *Gran viaje al país de los hurones,* afirma que, entre las tribus de la América del Norte, apenas si se pueden encontrar dos pueblecillos que hablen la misma lengua, y que en un mismo pueblo no hay dos familias cuya lengua no se diferencie más o menos. Añade, e importa notarlo, que su lenguaje cambia continuamente, hasta el punto de que su lengua actual apenas se parece ya a la de los antiguos hurones. Otro autor sostiene que, durante los doscientos años que acaban de transcurrir, no han variado nada las lenguas de los hurones y de los iroqueses. En la América central ciertos misioneros trataron de poner por escrito el lenguaje de tribus salvajes, y compusieron un vocabulario de todas

las palabras que podían apropiarse. Al volver a la misma tribu al cabo de diez años, vieron que ese vocabulario había envejecido y se había hecho inútil (1); palabras antiguas habían caído en desuso, habían aparecido palabras nuevas, y, según todas las apariencias, la lengua estaba completamente cambiada.

Nada sorprendió tanto a los misioneros jesuítas como el número infinito de dialectos hablados por los indígenas de América. Lejos de ser prueba de una civilización adelantada esa multiplicidad de lenguas, revelaba más bien

---

(1) S. R. Waldeck, *Carta a M. Jomard desde los alrededores de Palenque, América central.*

"La mayoría de los hombres notables tienen un estilo propio. Si la sociedad es numerosa y muchos de sus miembros hacen un estudio del lenguaje, sólo subsisten las innovaciones que tienen un mérito real. Si la sociedad es reducida, un solo hombre eminente, sobre todo allí donde es desconocida la escritura, puede introducir grandes cambios: no habiendo nadie en situación de discutir el valor de sus innovaciones, empiezan por estar de moda y acaban por ser consagradas por el uso. El antiguo vocabulario, que es el mejor, desaparece. Si Inglaterra, v. gr., hubiese sido un país pequeño, sin otro escritor distinguido que Carlyle, no es dudoso que éste hubiese modificado mucho nuestra lengua; en el caso presente, aunque Carlyle tenga sus imitadores, no es muy probable que ejerza una influencia sensible sobre la lengua común. He aquí por qué en los países donde es desconocida la escritura, si la sociedad se divide en pequeñas tribus, la lengua cambia rápidamente, y siempre para deteriorarse. Las fracciones que se desprenden de un pueblo indio, llegan a hablar, después de varias generaciones, una lengua que no comprende ya la tribu de que salieron. De ahí proviene el gran número de lenguas habladas por las pequeñas tribus de cazadores indios de la América septentrional y meridional, y que tienen evidentemente un origen común, porque sus principios son idénticos. En consecuencias: cuanto más numerosa es una sociedad, más duración tiene la lengua que habla; cuanto menos numerosa es la sociedad, menos durable es la lengua y más rápida es su decadencia. Cuanto más reducida es la sociedad, cuanto más restringido es el número de ideas, y menor, por consiguiente, el de palabras necesarias, más fácilmente disminuye el vocabulario y pierde gran número de términos"

El doctor Rae, Polynesian, núm. 23,1862.

que las diversas razas de América no se habían sometido nunca, durante cierto espacio de tiempo, a una poderosa concentración política, y que jamás habían llegado a fundar grandes imperios nacionales. Cierto que Hervás reduce todos los dialectos de América a once familias, cuatro al Sur y siete al Norte; pero esa distribución no ha podido hacerse más que por medio de una comparación atenta y minuciosa, y gracias a ese método que permite clasificar en la misma familia los idiomas hablados en Islandia y en la isla de Ceilán. En la práctica, y para cualquiera que sea un hábil filólogo, los dialectos de América son distintos; las tribus que los hablan no pueden entenderse entre sí.

Oimos hacer las mismas observaciones dondequiera que la libre y exuberante vegetación de los dialectos ha sido estudiada por observadores inteligentes. Si dirigimos los ojos hacia Birmania, vemos que el birmán ha producido una literatura importante, y que es la lengua adoptada generalmente, no sólo en el Birmán propiamente dicho, sino en el Pegu y en el Arracán. Pero las montañas casi inaccesibles de la península del Irauaddy ofrecen un asilo seguro a muchas tribus independientes que hablan dialectos propios, y, sólo en las inmediaciones de Manipura, el capitán Gordon no ha recogido menos de doce dialectos distintos, "algunos de los cuales —dice— no son hablados por más de treinta o cuarenta familias, y que son, sin embargo, tan diferentes de los otros, que son completamente ininteligibles para los más próximos vecinos de los que los emplean". Brown, el excelente misionero americano, que ha pasado toda su vida predicando el Evangelio en esa parte del mundo, cuenta que varias partidas de emigrantes, que habían abandonado el pueblo natal para ir a establecerse en otro valle, no podían ya hacerse entender de la tribu madre, después de dos o tres generaciones.

En el Norte de Asia, según Messerschmidt, los ostiakos, aunque hablan una lengua, que, en el fondo, es la misma en todas partes, han creado tantas formas y tantas palabras particulares de cada tribu, que, a la distancia de doce o veinte millas alemanas, se hacen muy difíciles las relaciones entre ellos. Castrén, el animoso explorador de las comarcas y de las lenguas del Asia septentrional y central, nos asegura que varios de los dialectos mongoles empiezan a entrar en un nuevo período de vida gramatical, y que, mientras la lengua literaria de los mongoles no tienen desinencia para las personas del verbo, esa nota característica de la familia turania ha aparecido últimamente en los dialectos de los buriatos y en los idiomas tunguses, cerca de Njertschinsk, en Siberia.

Citemos otra observación análoga, que leemos en los *Cuadros y trabajos de la vida de un misionero en el Sur de Africa,* por Roberto Moffat. "La pureza y la armonía de su lengua —dice— son conservadas por sus *pitchos* o asambleas públicas, por sus fiestas y sus ceremonias, así como por sus cantos y sus relaciones diarias. Muy otra es la situación de los habitantes diseminados del desierto; entre ellos no existen esas reuniones, y muchas veces se ven obligados a salir de su pueblo natal y a marcharse a gran distancia al través de las soledades; en esas ocasiones, los padres, las madres y todos los que pueden llevar una carga parten para semanas frecuentemente, dejando los niños al cuidado de dos o tres viejos achacosos. Entre esos niños, unos empiezan a balbucir algunas palabras, otros saben ya expresarse y formar frases enteras, y, jugando todos juntos desde la mañana hasta la noche, *se habituan a un lenguaje suyo;* los más adelantados se ponen al alcance de los más jóvenes, y de esa Babel nace un dialecto nuevo, compuesto de palabras híbridas unidas sin ninguna regla, y así, *en el curso de una sola generación, resulta cambiado todo el carácter de la lengua.*

Tal es la vida del lenguaje en el estado de naturaleza, y tenemos el derecho de inferir que así se han desenvuelto las lenguas que nos es imposibles observar antes de haber sufrido el yugo de la literatura. No es menester una literatura escrita o clásica para dar a un dialecto la primacía sobre otros muchos, y a sus caracteres particulares una legítima influencia; los discursos pronunciados en las asambleas públicas, las baladas populares, las leyes nacionales, los oráculos religiosos producen el mismo efecto, aunque en grado menor; sirven como de diques a la corriente del lenguaje y la impiden esparcirse sin cesar en los innumerables canales de los dialectos, y dan la permanencia a ciertas formas que, sin esas influencias exteriores, no hubiesen tenido más que una existencia efímera. Aunque no haya llegado aún el momento de profundizar el problema del origen del lenguaje, hay una cosa que desde ahora podemos ver claramente: es que, cualquiera que haya sido ese origen, la primera tendencia del lenguaje ha sido hacia una variedad sin límites. Contra esa tendencia, sin embargo, ha habido desde el comienzo un freno natural que ha preparado el desarrollo de las lenguas nacionales y literarias: la lengua del padre se hizo la de una familia; la lengua de una familia se hizo la de una tribu. En una sola y misma tribu las diferentes familias conservaban entre sí sus expresiones y sus formas familiares; creaban nuevas voces, algunas de ellas tan extrañas y tan raras que apenas podía comprenderlas el resto de la comunidad. Tales expresiones se suprimían naturalmente en las grandes reuniones adonde todos los miembros de la tribu iban a discutir los intereses generales, como las locuciones de nuestras provincias se excluyen de nuestros salones; pero eso mismo era una razón para que, en torno del fuego de cada tienda, se acentuase el apego hacia esas palabras, a medida que el dialecto general de la tribu adquiria un

carácter más determinado. Luego aparecían los dialectos de las diferentes clases, de los criados, de los palafreneros, de los pastores, de los soldados; las mujeres tenían también sus palabras para las cosas domésticas, y una nueva generación no dejaba de formarse una fraseología más viva y en que había puesto su sello. Nosotros mismos, en este siglo literario, y separados como estamos, por millares de años, de esos primeros padres del lenguaje, no hablamos en nuestra casa como hablamos en público. Las mismas circunstancias de donde sale la lengua general de una tribu, en cuanto difiere de los dialectos de las familias, producen, en una escala más vasta, las lenguas de confederaciones de tribus, de colonias o de nacionalidades nacientes. Antes de que haya una lengua nacional, hay siempre centenares de dialectos en los distritos, las ciudades, los pueblos, las tribus y las familias, y, aunque los progresos de la civilización y de la centralización tienden a reducir su número y a debilitar sus caracteres, no los han hecho desaparecer todavía aún en nuestro tiempo.

Examinemos ahora de nuevo lo que se llama comúnmente la historia, pero que debería llamarse el desarrollo natural del lenguaje, y nos será fácil ver que ese desarrollo es, en gran parte, consecuencia de las dos operaciones que acabamos de estudiar, la *alteración fonética* y la *renovación* o el *desarrollo dialectal.* Tomemos las seis lenguas románicas que se acostumbran a llamar hijas del latín. Yo no veo inconveniente en aplicar a las lenguas esos nombres de *madre* y de *hija,* siempre que no dejemos a términos, tan claros y tan sencillos en apariencia, encubrir concepciones vagas y obscuras. Ahora bien: si llamamos a la lengua italiana hija del latín, no queremos de ningún modo atribuir al italiano un nuevo principio de vida, porque no se ha creado, para formarle, un solo radical nuevo: es latín bajo una nueva forma,

latínmoderno, o bien el latín es italiano antiguo. Los nombres de *madre* y de *hija* no marcan más que períodos en el desarrollo de una lengua cuyo fondo es el mismo. Decir que el latín murió al dar nacimiento a su hija es volver otra vez a la mitología; y fácilmente se podría probar que el latín era aún una lengua viva cuando ya hacía tiempo que el italiano había aprendido a volar con sus propias alas. Procuremos, si no, ver claramente lo que entendemos por latín. El latín clásico es uno de los numerosos dialectos hablados por los habitantes arios de Italia: era el dialecto del Lacio; en el Lacio, el dialecto de Roma; en Roma, el dialecto de los patricios. Fué fijado por Livio Andrónico, Ennio, Nevio, Catón y Lucrecio, y pulido por los Escipiones, los Hortensios, los Cicerones; fué la lengua de una clase limitada, de un partido político y de una escuela literaria. Antes de la edad en que brillanron esos oradores y esos poetas, la lengua de Roma debió experimentar fluctuaciones y cambios considerables: Polibio nos dice (III, 22) que los romanos más instruídos no podían traducir sin dificultad los antiguos tratados entre Roma y Cartago; Horacio confiesa *(Ep.*, II, 1, 86) que no comprendía los antiguos poemas salios, y da a entender que ninguno de sus contemporáneos estaba más adelantado que él en ese punto; Quintiliano (IV, 40) nos asegura que los mismos sacerdotes salios apenas podían comprender sus himnos sagrados. Si los plebeyos hubiesen tenido el predominio en vez de los patricios, el latín hubiese sido muy diferente de lo que es en Cicerón, y sabemos que el mismo Cicerón, habiéndose educado en Arpinum, cuando empezó a frecuentar la alta sociedad y tuvo que escribír para sus nuevos amigos los nobles, necesitó corregirse de algunos provincialismos, entre los cuales se cita la costumbre que tenía de dejar caer la *s* al fin de las palabras. Después de haber sido

adoptado como lengua de la legislación, de la religión, de la literatura y de la civilización general, el latín clásico se fijó e inmovilizó. No podía ya desenvolverse, porque no le era ya permitido cambiar ni apartarse de su corrección clásica; se veía como perseguido por su propio fantasma. Los dialectos literarios, o lo que se llama generalmente las lenguas clásicas, compran su imperio temporal al precio de una ruina inevitable. Se los podría comparar a lagos de agua estancada que se abriesen al lado de grandes ríos y les sirviesen de desahogo; son como vastos receptáculos que reciben y retienen todo lo que era en otro tiempo palabra viva y móvil; la gran corriente del lenguaje ha cesado de arrastrar consigo esas ondas inmóviles y como adormecidas. Parece a veces que el río entero se pierde en esos lagos, y apenas si podemos distinguir los pobres hilos de agua que corren aún por el fondo del lecho principal; pero, si más abajo, es decir, si más tarde, en la historia, encontramos un nuevo lago inmóvil, completamente formado o en vías de formación, podemos estar seguros de que sus afluentes han sido esos mismos arroyuelos que casi se sustraían a nuestra vista.

Más exacto sería quizá comparar un idioma clásico o literario al hielo que se forma en la superficie de un río, y que es terso y transparente, pero frío y duro. Las conmociones políticas suelen ser las causas más frecuentes de que ese hielo de las lenguas cultas y pulimentadas se rompa y sea arrastrado por las aguas que crecen bajo él: cuando las clases superiores de la sociedad son anonadas en luchas religiosas y sociales, o se alían a las clases inferiores para rechazar la invasión extranjera; cuando se desestiman los trabajos del espíritu, se incendian los palacios, se saquean los monasterios y se destruyen las moradas de la ciencia, entonces los dialectos populares o vulgares, como se los llama, que jamás ha-

bían dejado de formar una corriente de agua viva bajo la diáfana superficie del lenguaje literario, suben de pronto y acarrean como las aguas primaverales los pesados témpanos de la época precedente. En tiempos más tranquilos surge una literatura nueva y popular en una lengua que *parece* deber su existencia a las conquistas y a las revoluciones, pero que, en realidad, existía y se desarrollaba ya desde hacía mucho tiempo, y que los acontecimientos históricos no han hecho más que sacar a luz cuando estaba enteramente formada. Desde este punto de vista, fácil nos es comprender que ninguna lengua literaria puede llamarse nunca la madre de otra lengua. En cuanto un idioma se preocupa de sus formas y de sus palabras perdidas, en cuanto cesa de poder modificarse indefinidamente y de poder responder al punto a todas las necesidades de la inteligencia y del corazón, su vida natural se trueca en una existencia puramente artificial. Todavía puede vivir mucho tiempo; pero, aunque se le considera como el tronco del árbol, no es realmente más que una rama rota y marchita que insensiblemente se separa del tronco de donde había salido. No es en la literatura clásica de Roma, sino en los dialectos populares de Italia, donde hay que buscar las fuentes del italiano. El inglés no se ha formado sólo del anglo-sajón de Wessex, sino de los dialectos hablados en todas las partes de la Gran Bretaña con todas sus diferencias locales y con las modificaciones que ha aportado, en diversas épocas, la introducción de elementos extranjeros, del latín, del danés, del normando y del francés. Varios de los dialectos que se hablan hoy en Inglaterra tienen una gran importancia para el estudio crítico del inglés, y un príncipe francés, que habita en este momento en Inglaterra [1] se ha enaltecido grandemente recogiendo lo

---

[1] El príncipe Luciano Bonaparte.

que puede salvarse aún de los dialectos del país. La lengua conocida bajo el nombre de indostani no es hija del sánscrito, tal y como le encontramos en los Vedas o en la literatura posterior de los brahmanes: es una rama del idioma hablado en la India, nacida del mismo tronco de donde salía el sánscrito en el momento en que conquistó su independencia literaria.

Al esforzarme en patentizar cómo alimentan y renuevan el lenguaje los dialectos, quizá parezca a algunos de mis oyentes que he exagerado su importancia. Claro es que, si mi objeto hubiese sido otro, me hubiese sido fácil probar que, sin el cultivo literario, el lenguaje no hubiera adquirido nunca ese carácter determinado que es esencial para la comunicación del pensamiento, que jamás hubiera alcanzado su fin más noble, sino que hubiese seguido siendo la jerga de salvajes trogloditas; pero, como no es de temer que se desconozca la importancia de las lenguas literarias, mientras que nadie había hecho resaltar aún la importancia de los dialectos en tanto que contribuyen al desarrollo del lenguaje, me ha parecido más util encarecer los beneficios que las lenguas literarias obtienen de los dialectos, que detenerme en los servicios prestados a estos últimos por las lenguas literarias. Además, mi principal objeto hoy era explicar el desarrollo del lenguaje, y para esto no se encarecerá nunca bastante la importancia de la vegetación, aunque apenas aparente, de los dialectos. Arránquese un idioma de su suelo natal, aléjesele de los dialectos que le alimentan, e inmediatamente se detendrá su crecimiento. La alteración fonética seguirá haciendo sus estragos, pero la influencia reparadora de la regeneración dialectal no se dejará ya sentir. La lengua que los refugiados noruegos llevaron consigo a Islandia, no ha variado casi desde hace siete siglos, mientras que, en su suelo natal y rodeada de dialectos, se ha desarrollado y dividido en dos

lenguas distintas: el sueco y el danés. Se cree que, en el siglo XI, era idéntico el lenguaje en Suecia, en Dinamarca y en Islandia, y no ha habido conquista ni mezcla de sangre extranjera por cuya virtud se expliquen las modificaciones que ese lenguaje ha sufrido en Suecia y en Dinamarca, mientras en Islandia no experimentaba ninguna.

Es casi imposible formarse una idea de la inagotable fecundidad de los dialectos: allí donde las lenguas literarias han estereotipado un término general, sus dialectos nos ofrecen cincuenta, cada uno con su matiz de significación. Si a consecuencia de los progresos de la sociedad nacen y se desarrollan nuevas ideas, los dialectos suministran inmediatamente los términos necesarios recurriendo a sus tesoros de palabras, a esos tesoros que pasan por inútiles. No hay sólo los dialectos de las localidades y de las provincias, sino también los de las clases y de las profesiones, como, por ejemplo, los de los pastores, de los cazadores, de los soldados, de los labriegos. Entre los que me escuchan hay quizá bastantes personas que no podrían decir cuál es la significación exacta de la cruz, la ranilla, la cuartilla, la corona de un caballo; y, mientras la lengua literaria habla de los hijuelos de toda clase de animales, los ganaderos, los pastores y los cazadores se avergonzarían de emplear un término tan general.

"El idioma de las tribus nómadas (dice Grimm) es muy rico en expresiones diversas para designar las diferentes especies de espadas y de armas de que se sirven, y para indicar los diferentes períodos de la vida de su ganado. En una lengua más culta, esas expresiones llegan a ser fatigosas y superfluas; pero el campesino conserva términos particulares para designar la gestación, el parto y la matanza, según se trata de tal o cual animal, de igual modo que el cazador da diferentes nombres al porte y a

los miembros de las diferentes especies de caza. Los ojos de los pastores, que viven al aire libre, son más penetrantes que los nuestros, y más finos sus oídos: ¿cómo no hubiese adquirido su lenguaje ese carácter de viva exactitud y esa pintoresca variedad?"

Pero lo que a mí me interesaba sobre todo mostrar en esta lección es que ni la una ni la otra de las causas que producen el desarrollo, o que constituyen, según otros, la historia del lenguaje, dependen de la voluntad del hombre. La alteración fonética de las lenguas no es un resultado fortuito; es regida por leyes precisas, como veremos cuando lleguemos a estudiar los principios de la gramática comparada; pero esas leyes no han sido hechas por el hombre; el hombre, por el contrario, ha tenido que someterse a las mismas, aun antes de conocer su existencia.

En el tránsito del latín a las lenguas romances no sólo puede percibirse una tendencia general a la simplificación y una disposición natural a evitar el esfuerzo que exige la pronunciación de ciertas consonantes y más aún de los grupos de consonantes, sino que puede descubrirse, en cada uno de los dialectos románicos, leyes que nos permiten decir, por ejemplo, que el latín *patrem* debía dar naturalmente *père* en francés. Las lenguas neo-latinas dejan caer siempre la *m* final, como ocurría, por otra parte, en el mismo latín; obtenemos, pues, primeramente, *patre* en lugar de *patrem;* ahora: una *t* latina entre dos vocales, en palabras como *pater,* se suprime invariablemente en francés; esa es una ley constante que nos permite decir en seguida que *catena* debe dar *chaîne; fata* (forma femenina más reciente del antiguo neutro *fatum*), *fée; pratum, pré.* De *pratum* derivamos *prataria,* que se convierte en el francés *prairie;* de *fatum, fataria,* que se convierte en el inglés *fairy.* De igual manera, todos los participios en *atus,* como *amutus,* deben terminar en francés en *é, aimé.* Pues la misma ley ha transformado

patre (pronunciado *patere)* en *paere* o *père; matrem* en *mère, fratrem* en *frère.* Estos cambios se hacen de una manera insensible, pero irresistible, e importa notarlo: no están sometidos, de ninguna manera, al capricho o a la voluntad del hombre.

El desarrollo de los dialectos es más independiente todavía de la voluntad de los individuos, porque, aunque un poeta pueda inventar a sabiendas y con intención una nueva palabra, el éxito de esa palabra y su admisión en el uso dependen de circunstancias sobre las cuales no tiene ningún imperio el inventor. Hay ciertos cambios en la gramática que, a primera vista, parecerían deber atribuirse en gran parte al capricho; concediendo, por ejemplo, que la pérdida de las desinencias latinas fuese consecuencia de una pronunciación más descuidada, y que el signo moderno del genitivo francés, *du,* es una corrupción natural del latín *de illo,* sin embargo, la elección de *de,* en vez de cualquier otra palabra, para expresar el genitivo, y la elección de *illo,* en vez de cualquier otro pronombre, para expresar el artículo, parecería probar que el hombre ha obrado libremente en la formación del lenguaje; pero no es así. Ningún individuo hubiese podido proceder deliberadamente a abolir el antiguo genitivo latino para sustituirle con la perífrasis de *illo.* Era menester que el inconveniente de no tener ningún signo distintivo para el genitivo se hiciese sentir al pueblo que hablaba un dialecto latino vulgar. Era preciso que el mismo pueblo hubiese empleado ya la preposición *de,* perdiendo completamente de vista su significación originaria de adverbio de lugar (vemos en Horacio, por ejemplo, *una de multis,* una entre muchas). Era preciso aún que el mismo pueblo hubiese sentido la necesidad de un artículo, y empleado ya *ille* en una multitud de locuciones donde esa palabra parecía haber perdido su fuerza primitiva como pronombre. Era necesaria la reunión de todas esas

condiciones para que un individuo, y, tras él, otro, y luego centenares, millares y millones de personas pudiesen emplear *de illo* como signo del genitivo, y transformale en el italiano *dello, del,* y en el francés *du.*

Los esfuerzos de los gramáticos y de los puristas por perfeccionar el lenguaje son enteramente vanos, y es muy probable que no volvamos a oír hablar de proyectos para podar las lenguas y despojarlas de sus irregularidades. Es muy verosímil con todo, que la desaparición gradual de las declinaciones y de las conjugaciones irregulares sea debida, en las lenguas literarias, como en las no cultivadas, al habla de los niños. Su lengua, en efecto, es más regular que la nuestra: ¿Quién no ha oído a niños ingleses decir *badder* y *baddest,* en vez de *worse* y *worst, I comd,* en vez de *I Came,* o a niños franceses servirse de expresiones como *plus bon, il venira, il a ouvri la porte?* En el ardú el sufijo del adjetivo posesivo era antiguamente *rá, ré, rí.* Ahora es *ká, ké, ki,* excepto en *hamárá,* mío, nuestro, y en *tumkárá,* vuesto, así como en otras pocas palabras, todas pronombres. Mi amigo el doctor Fitz Edward Hall, me dice que ha oído a niños de la India crear y emplear las formas *hamká* y *tumká.* Ese sentido de precisión gramatical, ese instinto de lo que debería ser, es el que ha eliminado, en el curso de los siglos, tantas de esas formas que se llaman irregulares. El verbo auxiliar en latín, v. gr; era muy irregular: si *sumus* es la primera persona del plural, y *sunt* la tercera, la segunda, al menos, según la lógica rigurosa de los niños, hubiera debido ser *sutis.* Verdad es que esta forma suena como bárbara a un oído clásico acostumbrado a *estis,* y vemos que el francés ha conservado exactamente las formas latinas en *nous sommes, vous êtes, il sont;* pero en español encontramos *somos, sois, son,* y ese *sois* reemplaza a *sutis.* Hallamos vestigios semejantes de nivelación gramatical en el italiano, *siamo, siete sono,* formado por analogía con

los verbos regulares, como *crediamo, credete, credono.* La segunda persona *sei,* en lugar de *es,* es igualmente de la gramática propia de los niños, así como las formas válacas *súntemu,* somos, *súnteti,* sois, que traen su origen de la tercera persona del plural *sunt,* son. ¡Y qué decir de una monstruosidad como *essendo,* gerundio, derivado, según principios perfectamente justos, de un infinitivo *essere,* como *credendo* de *credere!* No nos asombremos mucho, sin embargo, porque barbarismos semejantes encontramos en inglés. Aun en anglo sajón, la tercera persona del plural *sind,* ha prestado su forma, por una falsa analogía, a la primera y a la segunda persona, y ha tomado una nueva terminación, *on,* que pertenece propiamente al plural del imperfecto. En el antiguo dialecto nortumbrio, la primera persona del plural fué empleada por la segunda y la tercera con esa misma terminación en *on* del imperfecto.

Ingles	Nortumbrio	Antiguo nórdico	Anglo-sajón	Gótico
we are	aron	ër-un	sindon	sijun
you are	aron	ër-udh	sindon	sijuth
they are	aron	ër-u	sindon	sind.

Oímos en los dialectos *I be* por *I am,* como en Francia *j'avions* por *j'avais,* y mil formas semejantes.

Estas diversas influencias que presiden al desarrollo y a los cambios del lenguaje, son como las olas y los vientos que arrastran depósitos al fondo del mar; allí esos depósitos se acumulan, y acaban al fin, por aparecer en la superficie de la tierra después de haber formado una capa, cuyas partes constitutivas podemos analizar perfectamente. Esa capa, es verdad, no ha sido producida por un principio interno de crecimiento, y el orden en que se han depositado sus materias componentes, no ha obedecido a las leyes inmutables de la naturaleza; pero no se puede decir, sin embargo, que todo eso sea un efec-

to del azar o resultado del capricho y de fuerzas ciegas. Esforcémonos en definir bien el sentido que queremos dar a las palabras que empleamos. Hablando rigurosamente, ni la palabra *historia,* ni la palabra *desarrollo* pueden aplicarse a los cambios de la móvil superficie de la tierra. *Historia* se aplica a las acciones de agentes libres; *desarrollo* a la expansión natural de seres orgánicos. Hablamos, no obstante, del desarrollo de la corteza terrestre, y, cuando hablamos del *desarrollo* del lenguaje, esta palabra expresa en nuestro pensamiento algo como la formación sucesiva de las capas terrestres, y no, en manera alguna como el modo de crecimiento de la planta. Si nos es lícito llamar *desarrollo* a la modificación que se realiza con el tiempo merced a combinaciones siempre nuevas de elementos dados, que se sustrae a la influencia de agentes libres, y que puede finalmente ser reconocida como producto de las fuerzas de la naturaleza, entonces podremos aplicar esa palabra al lenguaje, y estaremos autorizados para clasificar la filología comparada entre las ciencias *naturales,* y no entre las ciencias históricas o morales.

Hay otra objeción que tenemos que examinar, y cuyo examen nos ayudará a comprender más claramente el carácter real del lenguaje. Los grandes períodos que se distinguen en la formación de las capas terrestres, períodos cuyos límites se han fijado con ayuda de las investigaciones geológicas, terminan próximamente cuando descubrimos las primeras huellas de la vida humana, y cuando principia la historia del hombre en el sentido más extenso de la expresión. Los períodos que hay que distinguir en el desarrollo sucesivo del lenguaje empiezan, al contrario, con la historia del hombre y son paralelos a esta historia. Se ha dicho, pues, que, aunque quizá el lenguaje no sea puramente una obra artificial, sería imposible, sin embargo, comprender la vida y el desarrollo

de ninguna lengua sin el conocimiento histórico de los tiempos en que esa lengua se ha desenvuelto. Hay que saber, se nos dice, si la lengua que queremos estudiar al través de la lente de la gramática comparada se ha desenvuelto sin cultura, en pueblos salvajes desprovistos de toda literatura oral o escrita, en prosa o en verso, o si ha sido cultivada por poetas, sacerdotes y oradores, y si ha recibido y conservado la impresión de una edad clásica. Además, sólo los anales de la historia política pueden decirnos si una lengua ha entrado en contacto con otra, cuánto ha durado ese contacto, cuál de las dos naciones era la más adelantada en civilización, cuál fué conquistadora y cuál conquistada, cuál fundó las leyes, la religión y las artes del país, y cuál ha producido el mayor número de filósofos y de poetas populares, y de demagogos afortunados. Todas esas cuestiones son de un orden puramente histórico, y la ciencia que tanto tiene que pedir a la historia debería considerarse como una anomalía en el círculo de las ciencias *naturales.*

Si inquirimos ahora qué respuesta puede darse a esta objeción, hay que reconocer desde luego que, entre las ciencias *naturales,* ninguna se liga tan estrechamente a la historia del hombre como la ciencia del lenguaje; pero se puede demostrar que una conexión análoga existe, aunque en menor grado, entre la historia del hombre y otras ramas de los conocimientos físicos. En zoología, por ejemplo, no carece de importancia saber en qué momento de la historia, en qué país y para qué usos, fueron domesticados ciertos animales. En la etnología, que es, para decirlo de pasada, una ciencia enteramente distinta de la del lenguaje, sería difícil explicar la existencia del tipo caucásico entre la raza mongola de Hungría, o entre la raza tártara de Turquía, si los documentos escritos no nos diesen a conocer las emigraciones de las tribus mongolas y tártaras y su establecimiento en Europa. A un

botánico, que tuviese que comparar diversos ejemplares de centeno, le sería difícil darse cuenta de sus diferentes calidades, si no supiese que esa planta se cultiva desde hace siglos en ciertas regiones del globo, mientras que en otras, como por ejemplo, en el monte Cáucaso, crece aún en el estado salvaje. Las plantas tienen su dominio propio, su cuna natural, lo mismo que las razas, y el cultivo del cohombro en Grecia, de la naranja y de la cereza en Italia, de la patata en Inglaterra y de la vid en el Cabo de Buena Esperanza, no puede explicarse más que por el historiador. Así, pues, las relaciones más íntimas que existen entre la historia del lenguaje y la historia del hombre no bastan para excluir nuestra ciencia del círculo de las ciencias naturales.

Podríamos demostrar aún que, si se la define con rigor, la ciencia del lenguaje puede proclamarse completamente independiente de la historia. Si hablamos del lenguaje de Inglaterra, no cabe duda de que, para comprender el estado actual de esa lengua, es necesario cierto conocimiento de la historia política de las Islas Británicas. Su historia empieza con los antiguos bretones, que hablaban un dialecto céltico; nos conduce después al establecimiento de los sajones en la isla, a las invasiones de los daneses y a la conquista de los normandos, y vemos cómo cada uno de esos acontecimientos políticos ha contribuído a formar el carácter de la lengua. Se puede decir que el lenguaje de Inglaterra ha sido sucesivamente céltico, sajón, normando e inglés; pero, si hablamos de la historia de la lengua inglesa, nos colocamos en un terreno enteramente diferente. La lengua inglesa no ha sido nunca céltica, el céltico no se convirtió nunca en sajón, ni el sajón en normando, ni el normando en inglés. La historia de la lengua céltica prosigue hoy aún; importa poco que sea hablada por todos los habitantes de las Islas Británicas o por una pequeña minoría del país de Gales, de

Irlanda y de Escocia; mientras una lengua es hablada, así no fuese más que por una sola persona, vive y tiene su existencia propia: la última vieja que hablaba el córnico (y a cuya memoria se trata ahora de erigir una tumba) representaba por sí sola la antigua lengua de Cornualles. Un celta puede convertirse en inglés; la sangre céltica y la sangre inglesa pueden mezclarse, y ¿quién podría decir con alguna exactitud, a la hora que es, lo que ha suministrado cada una a la sangre mixta que corre por las venas de nuestra población? Pero las lenguas no se mezclan jamás. Importa poco el nombre dado a la lengua que se habla en las Islas Británicas, importa poco que se llame inglés, bretón o sajón: para la filología comparada el inglés es teutónico, y nada más que teutónico. Ya puede protestar el fisiólogo, y demostrar que, en muchos casos, el cráneo, que es el asiento material de la lengua inglesa, pertenece al tipo céltico; ya puede protestar el genealogista, y probar que las armas de muchas familias inglesas son de origen normando; nuestro filólogo deberá proseguir su camino. Podrá aprovecharse de las indicaciones que le suministra la historia sobre esa raza céltica que forma como la capa primordial de la población de nuestras islas, y sobre las invasiones que llevaron a la Gran Bretaña a los sajones, a los daneses y a los normandos; pero, aunque se quemasen todos los archivos, y se redujesen a polvo todos los cráneos, la lengua inglesa, en boca del último campesino, revelaría su propia historia, si se analizase según las reglas de la gramática comparada. No tendríamos necesidad del auxilio de la historia para reconocer que el inglés es teutónico; que, como el holandés y el frisón, pertenece a la rama del bajo alemán; que esa rama, con el alto alemán, el gótico y las lenguas escandinavas, constituye la clase teutónica; se junta con las lenguas eslavas, célticas, helénicas, itálicas, iranias e indias, para formar la

gran familia indo-europea o aria. En el vocabulario inglés la ciencia del lenguaje puede descubrir, por sus propios procedimientos, los elementos célticos, normandos, griegos y latinos; pero en el sistema orgánico del idioma inglés no ha entrado una sola gota de sangre extranjera. La gramática, que es el alma misma del lenguaje, ha permanecido tan pura de toda mezcla, en el inglés que se habla hoy de un extremo al otro de las Islas Británicas, como lo estaba en esa misma lengua en la época en la que hablaban, a orillas del océano germánico, los anglos, los sajones y los jutos del continente.

Al examinar y refutar, como acabamos de hacer, las objeciones que se han opuesto o que podrían oponerse contra la admisión de la ciencia del lenguaje en el círculo de las ciencias *naturales*, hemos llegado a ciertas conclusiones, que quizá será útil resumir ahora, antes de continuar nuestros estudios.

Hemos visto, en primer lugar, que, mientras la filología propiamente dicha se sirve del lenguaje como de un instrumento, la filología comparada hace de él el objeto mismo de sus investigaciones científicas: el fin que se propone esta nueva ciencia no es el estudio de una sola, sino de muchas lenguas, y, a la larga, de todas las lenguas de la tierra; y, en el examen científico del lenguaje, la lengua de Homero no tiene más importancia ni más interés que los dialectos de los hotentotes.

Hemos visto, en segundo término, que, después de haber empezado por recoger y analizar detenidamente los hechos y las formas de una lengua cualquiera, lo más importante que hay que hacer en seguida es clasificar todas las variedades del lenguaje: sólo después de esa clasificación se pueden abordar sin peligro las grandes cuestiones de la naturaleza, del origen y de la razón de ser del lenguaje.

Hemos visto, en tercer lugar, que existe una distin-

ción entre la *historia* y lo que llamamos el *desarrollo*. Hemos precisado la significación exacta de la palabra *desarrollo* aplicada al lenguaje, y hemos visto que ese desarrollo no depende del capricho del hombre, y que es regido por leyes que una observación atenta puede descubrir y hacer remontar a otras de un orden superior que gobiernan los órganos del pensamiento y de la voz humana. Reconociendo que la ciencia del lenguaje se liga más estrechamente que ninguna otra ciencia física a lo que se llama la historia política del hombre, hemos reconocido también que, en rigor, nuestra ciencia podría pasarse perfectamente sin esa ayuda, y que, para analizar y clasificar las lenguas, bastan las indicaciones que proporcionan ellas mismas, sobre todo su estructura gramatical, sin que sea menester ocuparse de los individuos, de las familias, de los pueblos, de las naciones o de las razas que las hablan o las hablaron.

En el curso de estos estudios hemos debido sentar dos axiomas, a los cuales tendremos que remitir a menudo en lo sucesivo. El primero afirma que la gramática es el elemento más esencial, y, por consiguiente, la base de la clasificación, en todas las lenguas que han producido un sistema gramatical determinado; el segundo niega que sea posible una lengua mixta.

Esos dos axiomas no forman, en realidad, más que uno solo, como veremos cuando los examinemos más de cerca. Apenas hay lengua que, en cierto sentido, no pueda llamarse mixta: ninguna nación o tribu ha estado jamás tan completamente aislada que no haya dejado introducirse en su seno cierto número de palabras extranjeras. En varios casos esas palabras han cambiado todo el aspecto primitivo de la lengua y han predominado, aun en número, sobre el elemento indígena. Así: el turco es un dialecto turanio, y su gramática es puramente tártara o turania; pero la lengua turca, tal y como la

hablan hoy en Constantinopla las clases superiores, y, sobre todo, tal y como la escriben, continene tan gran número de voces persas y árabes, que un aldeano de la Anatolia no comprenderá, por decirlo así, una palabra de esa lengua que se reputa suya, aunque la gramática del idioma hablado por los jefes de la raza de los turcos osmanlíes sea la misma que la transmitida al campesino por la tradición de su tosco dialecto tártaro.

La presencia, en la lengua turca, de esas palabras persas y árabes debe explicarse más bien por influencias literarias y políticas que por influencias religiosas. La civilización persa influyó sobre los árabes desde sus primeras conquistas religiosas y militares; y, aunque los persas hayan debido aceptar necesariamente un gran número de términos religiosos y políticos de origen árabe, es decir, semítico, un examen atento de las diferentes voces persas adoptadas en árabe nos muestra que la antigua civilización aria de Persia, a que los sasánidas dieron nuevo impulso, ejerció una reacción poderosa, aunque menos aparente, sobre las costumbres primitivas de los árabes nómadas. El mismo Corán contiene expresiones persas, y en él encontramos una reprobación de las novelas persas que circulaban entre los musulmanes instruídos. Los turcos abrazaron una religión semítica, y adoptaron al mismo tiempo una terminología religiosa semítica, pero esa religión no llegó a ellos sino después de haber pasado por Persia: de ahí el gran número de palabras persas que encontramos en turco, y el sello evidente de la construcción y de la lengua persas que llevan las palabras árabes usadas en el idioma turco. Palabras arias, tales como *din,* fe; *gaur,* infiel; *oruj,* ayuno; *namáz,* oraciones, empleadas por una raza turania que adopta en su culto las fórmulas de una religión semítica, dicen más sobre la historia de la civilización que medallas, inscripciones o crónicas.

De todas las lenguas, el inglés es quizá la que contiene mayor número de palabras, derivadas, a todas luces, de las fuentes más diversas. Todas las regiones del globo parecen haber contribuído a enriquecerle: voces latinas, griegas, hebreas, célticas, sajonas, danesas, francesas, españolas, italianas, alemanas, y hasta indias, malayas y chinas, andan mezcladas en el vocabulario inglés. Si no tuviésemos más que las palabras para guiarnos, sería imposible ligar el inglés a ninguna de las ramas conocidas del lenguaje. Dejemos a un lado los elementos menos importantes, y comparemos las palabras teutónicas del inglés con sus palabras latinas, neo-latinas o normandas; veremos que esta segunda categoría supera en número a la que se compone de los términos de origen sajón. Este hecho puede parecer increíble; y, si nos contentásemos con pasar la vista por una página cualquiera de un libro inglés, y contar las voces derivadas del sajón y del latín que contuviese, a buen seguro que el elemento sajón alcanzaría la mayoría: los artículos, los prononmbres, las preposiciones y los verbos auxiliares, palabras todas de origen sajón, se reproducen sin cesar en una misma página; así Hickes sostenía que las nueve décimas del léxico inglés procedían del sajón, porque en la oración dominical no hay más que tres palabras que se deriven del latín. Sharon Turner, que extendió sus observaciones a un campo más vasto, llegó a estimar que la relación del normando al sajón era como de cuatro a seis. Otro autor, que cifra en 38.000 el número total de las palabras inglesas, refiere 23.000 al sajón y 15.000 a las lenguas clásicas. Haciendo, no obstante, un inventario más exacto, y contando todas las voces de los diccionarios de Webster y de Robertson, Mr. Thommerel consigna que, de un total de 43.566 palabras, 29.853 proceden de las lenguas clásicas, 13.230 de las lenguas teutónicas, y el resto de diversas fuentes. De modo que,

si no juzgásemos más que por su vocabulario, y tratando el inglés como una lengua mixta, deberíamos clasificarle con el francés, el italiano y el español, entre los dialectos románicos o neo-latinos. Pero, si el vocabulario de una lengua puede ser mixto, su gramática no puede serlo nunca; así los misioneros contaron a Hervás, a mediados del siglo XVII, que los araucanos no empleaban ya casi una sola palabra que no fuese española, aunque hubiesen conservado la gramática y la sintaxis de su antigua lengua nacional (1). He ahí por qué se toma la gramática por criterio del parentesco, y por base de la clasificación, en casi todas las lenguas; y se sigue, como consecuencia necesaria, que, en la clasificación y en la ciencia del lenguaje, es imposible admitir la existencia de un idioma mixto. Podemos formar en inglés frases enteras compuestas exclusivamente de palabras latinas o neo-latinas; sin embargo, todo lo que queda de gramática en inglés lleva, de la manera más patente, el sello teutónico. Ese nombre de gramática apenas puede aplicarse en la lengua inglesa más que a las desinencias del plural y del genitivo singular de los nombres, de los grados de comparación, y de algunas personas y de ciertos tiempos del verbo; y, sin embargo, la sola letra *s*, usada como signo de la tercera persona del singular del presente de indicativo, es una prueba irrefragable de que, en una clasificación científica de las lenguas, aunque el inglés no hubiese conservado una sola palabra de origen sajón,

(1) "En este estado, que es el primer paso que las naciones dan para mudar de lengua, estaba cuarenta años ha la Aracaucana en las islas de Chilue (como he oído a los jesuítas sus misioneros), en donde los araucanos apenas proferían palabra que no fuese española; mas la proferían con el artificio y orden de su lengua nativa, llamada araucana." —Hervás, *Catálogo*, t. I, p. 16. "Este artificio ha sido en mi observación el primer medio de que me he valido para conocer la afinidad o diferencia de las lenguas conocidas, y reducirlas a determinadas clases." —*Ibid.*, p. 23. (En español en el original. —*N. del T.*)

debería considerarse, no obstante, como procedente del sajón, y como formando una rama del gran brazo teutónico del tronco ario. En las lenguas primitivas, que no son resultado de la descomposición de lenguas más antiguas, y que no han sufrido influencias tan diversas, la gramática (y entendemos por ese término toda la parte formal del lenguaje), se halla mucho más desenvuelta y es más rica que en inglés; es entonces un indicio mucho más seguro para descubrir la semejanza entre los miembros dispersos de una misma familia. Hay lenguas, como el antiguo chino, por ejemplo, en que no existe ninguna huella de lo que acostumbramos a llamar gramática; hay otras en que podemos seguir aún el desarrollo de la gramática, o, para hablar más correctamente, la transformación gradual de los radicales en formas puramente gramaticales. En esas lenguas habrá que recurrir a nuevos principios de clasificación, tales como los puede sugerir el estudio de la historia natural; y deberemos contentarnos con los indicios que suministra una semejanza de formas, cuando no podamos descubrir la pruebas de un parentesco real.

Creo haber respondido a algunas de las objeciones que pretendían negar a la ciencia del lenguaje el puesto a que aspira en el orden de las ciencias *naturales*. En la próxima lección veremos cuál ha sido la historia de nuestra ciencia desde su nacimiento hasta nuestros días, y veremos también hasta qué punto se puede decir que ha atravesado los tres períodos del empirismo, de la clasificación y de la teoría, que representan la infancia, la juventud y la madurez de cada una de las ciencias naturales.

TERCERA LECCION

Período empírico

Especulaciones metafísicas sobre la naturaleza del lenguaje en las escuelas de la India y de Grecia: terminología de Platón, de Aristóteles y de los estoicos. — La gramática propiamente dicha debe empezar naturalmente con el estudio de las lenguas extranjeras. Indiferencia de los griegos por la lengua de los *bárbaros*. Los intérpretes en la antigüedad. Viajes de los antiguos filósofos griegos. — Beroso, Menandro de Tiro y Manetòn escriben en griego la historia de sus patrias respectivas, Babilonia, Fenicia y Egipto. — Estudio crítico de la lengua griega en la escuela de Alejandría. Los filósofos alejandrinos inventan nuevos términos gramaticales. Zenodoto, Dionisio el Tracio, discípulo de Aristarco, abandona a Alejandría y se establece en Roma, hacia el tiempo de Pompeyo, para enseñar allí la lengua griega: compone la primera gramática de esta lengua, para uso de sus discípulos. — Influjo de Grecia en Italia desde los tiempos más remotos. Los italianos reciben de los griegos su alfabeto, así como los rudimentos mismos de la civilización. Desde el tiempo de Catón todos los romanos instruídos saben hablar el griego. — La primera historia de Roma es escrita en griego por Fabio Pictor. — Livio Andrónico, Nevio, Plauto, Ennio, Terencio, Polibio, los Escipiones. Creencias religiosas de los romanos. Crates de Pérgamo da las primeras lecciones de gramática en Roma hacia el año 159 a. de J. C. Lucio Elio Stilon: Varrón, Lucilio, Cicerón. Tratado de César de *Analogía*. Llegada de Dionisio El Tracio a Roma: la terminología gramatical que emplea en su gramática griega es la misma de que aún nos servimos hoy. — Los gramáticos de los siglos siguientes: M. Verrio Flaco, Quintiliano, Scauro, Apolonio, Probo, Donato, Prisciano.

Empezaremos hoy a estudiar la historia de la ciencia del lenguaje en sus tres períodos: el período del *empirismo*, el de la *clasificación* y el de la *teoría*. Es una regla general que todas las ciencias naturales principian

por el análisis, pasan después a la clasificación, y acaban por la teoría; pero, como he advertido en mi primera lección, esta regla sufre frecuentes excepciones, y vemos que, en las ciencias naturales, se han solido intentar especulaciones filosóficas pertenecientes al período de la teoría, mucho antes de recoger y ordenar los hechos que hubiese sido necesario conocer. Así vemos que la ciencia del lenguaje, en los dos únicos países en que podemos examinar su origen y su historia, en la India y en Grecia, se lanza desde el principio al campo de las teorías sobre la naturaleza misteriosa del lenguaje, y se ocupa tan poco de los hechos como aquel naturalista que escribió la descripción del camello sin haber visto nunca el animal ni el desierto. Los brahmanes, en los himnos de los vedas, elevaron la palabra al rango de una divinidad, como hacían con todas las cosas cuya naturaleza les era desconocida. La dirigían himnos en que se dice que ha habitado con los dioses desde el comienzo, realizando cosas maravillosas, y que jamás ha sido revelada al hombre sino en parte. En los *Bráhmanas* se llama a la palabra la vaca, al soplo el toro, y el espíritu humano se presenta como su progenitura. Se dice que Bráhman, el más grande de los seres, es conocido por la palabra, y se denomina a ésta el Bráhman supremo. Pero los brahmanes no tardaron en volver del entusiasmo que les inspiraba el lenguaje, y se pusieron a hacer la disección de su cuerpo sagrado con una habilidad asombrosa. Sus trabajos de análisis gramatical, que datan del siglo VI antes de Jesucristo, no han sido superados aún por los trabajos del mismo género en ninguna nación. La idea de reducir una lengua entera a un pequeño número de raíces, que Enrique Étienne intentó realizar por primera vez en Europa en el siglo XVI, era perfectamente familiar a los brahmanes quinientos años, por lo menos, antes de Jesucristo.

Los griegos, sin elevar el lenguaje a la categoría de una divinidad, le tributaban, sin embargo, los mayores honores en sus antiguas escuelas filosóficas. Apenas hay uno de sus sabios que no haya dejado algún pensamiento sobre la naturaleza del lenguaje. El mundo exterior, o la naturaleza, y el mundo interior, o el espíritu, no causaron en los primeros filósofos de Grecia un asombro más grande, ni les hicieron pronunciar más notables oráculos que el lenguaje, donde se reflejan la naturaleza y el espíritu. "¿Qué es el lenguaje?" fué una pregunta que se hicieron tan temprano como las otras dos: "¿Qué soy yo?" y "¿Qué es este universo que me rodea?" El problema del lenguaje fué, en realidad, una liza siempre abierta a las diferentes escuelas filosóficas de Grecia, y tendremos ocasión de ver cuáles fueron sus conjeturas sobre tan interesante asunto, cuando lleguemos a estudiar el tercer período de la historia de nuestra ciencia.

Al presente debemos buscar las huellas más antiguas del primer período, llamado período empírico. Aquí podría haber algunas dudas, y cabría preguntarse qué es en realidad el trabajo que, en la historia del lenguaje, representa este período. ¿Cuál es la significación del término *empirismo* aplicado al lenguaje?

¿Quiénes fueron los hombres que hicieron por el lenguaje lo que el marino por sus estrellas, el minero por sus minerales, el jardinero por sus flores? ¿Quién fué el primero que se ocupó del lenguaje, que distinguió sus partes constitutivas, los nombres y los verbos, los artículos y los pronombres, el nominativo y el acusativo, la activa y la pasiva? ¿Quién inventó estos términos, y para qué fin se inventaron?

Hay que proceder con gran circunspección al responder a estas preguntas, porque, como ya he dicho, el análisis puramente empírico del lenguaje fué precidido

en Grecia de investigaciones más generales sobre la naturaleza del pensamiento y de la expresión; de donde ha resultado que muchos de los términos técnicos que componen la nomenclatura de la gramática empírica existían en las escuelas filosóficas mucho antes de que el gramático los recibiese enteramente formados. La distinción entre el nombre y el verbo, o, para hablar más correctamente, entre el sujeto y el atributo, fué obra de los filósofos. Aun los términos técnicos para *caso*, *número* y *género*, fueron inventados en una época muy lejana a fin de penetrar en la naturaleza del pensamiento, y no para alcanzar un objeto práctico, analizando las formas del lenguaje; una generación posterior los aplicó a la lengua hablada de Grecia. El primero que comparó las categorías del pensamiento con el conjunto de hechos de que se componía el griego, fué el profesor de lenguas; él fué quien transportó del pensamiento al discurso, de la lógica a la gramática, la terminología de Aristóteles y de los estoicos, y quien abrió así los primeros caminos en el inmenso e impenetrable desierto del lenguaje hablado. Al hacerlo, el gramático debió modificar la acepción rigurosa de muchos de los términos que tomaba del filósofo, e inventar otros, antes de poder abarcar, aun de la manera más imperfecta, todos los hechos del lenguaje, cuyo análisis científico no adelanta gran cosa con la distinción entre el verbo y el nombre, entre la activa y la pasiva, o entre el nominativo y el acusativo. El empleo de esos términos no nos permite dar más que un primer paso; no pueden compararse sino a lo más elemental que existe en la terminología de las otras ciencias. Fué, sin embargo, un comienzo, y un comienzo muy importante; y, si conservamos en nuestras historias los nombres de los Thales, de los Anaxímenes y de los Empédocles, a quienes la tradición atribuye el descubrimiento de los elementos del mundo físico, no debería-

mos olvidar los nombres de esos primeros gramáticos que descubrieron los elementos del lenguaje, y fundaron una de las partes más útiles y más fecundas de la filosofía.

La gramática, pues, en el sentido ordinario de la palabra, o el análisis empírico de las formas del lenguaje, debe su origen, como todas las otras ciencias, a una necesidad natural y práctica. El primer gramático práctico fué el primero que enseñó una lengua extranjera, y, si queremos conocer los comienzos de la ciencia del lenguaje, hay que procurar determinar en qué época de la historia del mundo, y en qué circunstancias, pensaron los hombres por primera vez aprender otra lengua que la suya: en esa época, y no antes, encontraremos la primera gramática. Claro es que pudieron preparar el camino las investigaciones más desinteresadas de los fiósofos, y también los estudios críticos de los sabios alejandrinos sobre las formas antiguas de su lengua conservadas en los poemas homéricos; pero las reglas de la declinación y de la conjugación, los paradigmas de los nombres y de los verbos regulares e irregulares, las observaciones sobre la sintaxis, y todo lo restante, fueron obra de los maestros de lenguas, y de nadie más. Ahora: esta profesión, que ocupa hoy a tantas personas instruídas, es de fecha relativamente reciente. Jamás pensó un antiguo griego en aprender una lengua extranjera. ¿Y cómo lo hubiese pensado? Para él, el mundo entero se dividía en griegos y bárbaros, y hubiese creído rebajarse adoptando el traje, las costumbres o la lengua de los bárbaros sus vecinos. Miraba como un privilegio hablar griego, y trataba de puras jergas aun dialectos estrechamente emparentados con el suyo. Hace falta tiempo para que los hombres conciban la idea de que es posible de expresarse de otro modo que en la lengua de su infancia: los polacos llamaban a sus vecinos los alemanes *Niemiec (niemy*

significa *mudo),* exactamente como los griegos llamaban a los bárbaros *Aglossoi,* o *los que no tienen lengua.* Se supone que el nombre que daban los germanos a sus vecinos los celtas, *walh* en antiguo alto alemán, *vealh* en anglo-sajón, de donde derivan el inglés *welsh* y el francés *gaulois,* es idéntico al sánscrito *mlechchha,* y que esta palabra significa una persona que habla de un modo confuso.

Aun en el instante en que los griegos empezaron a comprender la necesidad de comunicarse con las naciones extranjeras, y a sentir el deseo de aprender sus idiomas, el problema estaba lejos de ser resuelto: porque ¿cómo aprender una lengua extranjera mientras unos y otros no hablaban más que la suya? Es de presumir que los griegos empezaron por aprender las lenguas extranjeras sobre poco más o menos como los niños aprenden la suya. Los intérpretes, de que hacen mención los historiadores antiguos, eran probablemente hijos de padres que hablaban lenguas distintas. Ciaxares, rey de Media, al llegar a sus Estados una tribu de escitas, envió con ellos niños, para que aprendiesen su lengua y se ejercitasen en el manejo del arco. El hijo de un bárbaro y de una griega aprendía, naturalmente, el habla de su padre y de su madre, y el provecho que sacaba de los servicios que podía prestar como intérprete debía estimular a otras personas a seguir sus huellas. Sabemos, aunque más por la leyenda que por la historia, que los griegos se asombraron de la multiplicidad de lenguas que encontraron durante la expedición de los argonautas, y que se vieron en grandes apuros por falta de intérpretes hábiles. No hay ahí nada que deba sorprendernos, porque el ejército inglés no ha sido a menudo mucho más afortunado que el de Jasón; y tal es la diversidad de los dialectos hablados en el istmo caucásico, que hoy aún le llaman los habitantes "la montaña de las lenguas". Si apartamos los ojos de esas edades fabulosas para dirigirlos

a las edades históricas de Grecia, vemos que los primeros estímulos para la profesión de intérprete se debieron al comercio. Herodoto nos cuenta (IV, 24) que las caravanas de comerciantes griegos que remontaban el curso del Volga hasta los montes Urales iban acompañadas de siete intérpretes que hablaban siete lenguas distintas, entre las cuales debían figurar dialectos eslavos, tártaros y fineses, que se hablaban, sin duda, en esas comarcas en tiempo de Herodoto como en nuestros días. Las guerras médicas fueron las que familiarizaron a los griegos primeramente con la idea de que las otras naciones poseían también lenguas que merecían ese nombre. Temístocles estudió el persa, y hasta se dice que llegó a hablarle con facilidad. La expedición de Alejandro contribuyó mucho más a hacer conocer a Grecia las naciones y las lenguas extrañas; pero, cuando Alejandro tuvo que conversar con los brahmanes, que, aun entonces, eran mirados por los griegos como los depositarios de una antigua y misteriosa sabiduría, las respuestas de sus interlocutores debieron ser traducidas por tantos intérpretes, que uno de los brahmanes dijo que debían ser como agua que hubiese corrido por muchos canales impuros. Se nos habla, es verdad, de viajeros griegos más antiguos, y es difícil comprender cómo se hubiese podido viajar en esas remotas edades, sin cierto conocimiento de la lengua del pueblo cuyos campos, aldeas y ciudades había que atravesar; pero muchos de esos viajes, sobre todo los que se supone que se extendieron hasta la India, no son sino fábulas inventadas por autores más recientes. Licurgo pudo viajar por España y por Africa, pero no fué ciertamente hasta la India, y la primera mención que encontramos de sus relaciones con los gimnosofistas indios se halla en Aristócrates, que vivía alrededor de cien años antes de Jesucristo. Los viajes de Pitágoras tienen también un carácter puramente fabuloso: fueron inventados por los escritores alejandrinos, que pensaban que toda sabiduría

había debido emanar del Oriente. Tenemos mejores razones para creer que Demócrito visitó el Egipto y Babilonia, pero su lejano viaje a la India pertenece igualmente a la leyenda. Aunque Herodoto viajase por Egipto y por Persia, no nos da a entender en ninguna parte que supiese hablar ninguna lengua extraña.

Por lo que sabemos, parece que los bárbaros tuvieron en general más facilidad, para aprender las lenguas, que los griegos o los romanos. Poco tiempo después de la conquista macedónica encontramos a Beroso en Babilonia, a Menandro en Tiro y a Manetón en Egipto, compilando, según los documentos originales, los anales de sus patrias respectivas. Escribieron en Griego y para griegos, pero la lengua materna de Beroso era el babilonio, la de Menandro el fenicio y la de Manetón el egipcio. Beroso sabía leer los documentos cuneiformes de Babilonia tan corrientemente como leía Manetón los papiros de Egipto. Es un hecho muy significativo ver aparecer al mismo tiempo esos tres hombres, bárbaros de lengua y de nacimiento, que deseaban salvar del olvido la historia de sus países confiándola a la custodia de sus conquistadores; pero lo que no es menos significativo, lo que no redunda de ninguna manera en honor de esos conquistadores griegos o macedonios, es el poco caso que parecen haber hecho de esos escritos, perdidos todos, y no conocidos hoy más que por fragmentos; sin embargo, no cabe duda de que la obra de Beroso hubiese sido de un valor inestimable para el estudio de las inscripciones cuneiformes y de la historia de Babilonia, y que la de Manetón, si hubiese llegado íntegra hasta nosotros, nos hubiese ahorrado muchos volúmenes de polémica sobre la cronología egipcia. Lo cierto es que la publicación casi simultánea de esos tres escritos revela que, poco tiempo después de la época de las conquistas de Alejandro, en el Oriente, la lengua griega era estudiada y cultivada por escritores de origen bárbaro; pero en vano

buscaríamos un griego de aquel tiempo que haya compuesto obras en lengua extranjera. No oímos hablar de ningún comercio intelectual entre los griegos y los bárbaros antes de la época de Alejandro y de Alejandría. En Alejandría se hallaban reunidas diversas naciones, extrañas las unas a las otras por la lengua y por las creencias religiosas. Aunque la especulación comercial fuese el primer motivo de su reunión, todos esos comerciantes, en sus ratos de ocio, debían conversar, naturalmente, acerca de sus patrias, de sus dioses, de sus reyes, de sus poetas y de sus legisladores. Había, por otra parte, en Alejandría, griegos que se entregaban al estudio de la antigüedad, y que sabían buscar informes cerca de los extranjeros de cualquier país. Las pretensiones de los egipcios a una antigüedad fabulosa, la creencia de los judíos en el carácter sagrado de su ley, la fe de los persas en los libros de Zoroastro, eran temas muy a propósito para ser discutidos en las escuelas y en las bibliotecas de Alejandría. A ese espíritu de curiosidad literaria, mantenido y favorecido por los Ptolomeos, debemos probablemente la versión del Antiguo Testamento llamada de los Setenta (1). Los escritos de Zoroastro, el Zend-Avesta, parecen también haber sido traducidos en griego hacia la misma época: porque ese Hermippo, que, al decir de Plinio, tradujo a Zoroastro, era, según todas las probabilidades, Hermippo el filósofo peripatético, discípulo de Calímaco y uno de los sabios alejandrinos más profundos.

---

(1) Cuéntase que Ptolomeo Filadelfo (287-246 antes de J. C.), a instancias de su principal bibliotecario, Demetrio Falero, envió a Jerusalén a un judío llamado Aristeas, para pedir al gran sacerdote un manuscrito de la Biblia y setenta intérpretes. Otros autores sostienen que los judíos helenistas que habitaban en Alejandría, y que habían olvidado su lengua, mandaron hacer esa traducción para su uso. Lo cierto es que, hacia principios del siglo III, a. de J. C. (285), encontramos traducida al griego por diferentes manos una gran parte de la Biblia hebraica.

Pero, aunque encontremos en Alejandría esas y otras huellas semejantes de un interés general excitado por las literaturas de las demás naciones, nada nos permite suponer que también sus lenguas se hubiesen hecho objeto de investigaciones científicas. No fué el examen de las lenguas extrañas, sino el de los antiguos dialectos de su propia lengua, el que llevó primeramente a los sabios griegos de Alejandría a lo que llamamos los estudios críticos y filosóficos. El estudio crítico del griego nació en Alejandría, y se basó principalmente en el texto de Homero. En una época anterior existía, como ya he dicho, una especie de bosquejo de la gramática: era debido a las escuelas de los filósofos griegos. Platón conocía el nombre y el verbo como las dos partes constitutivas del discurso. Aristóteles unió a ellas las conjunciones y los artículos; observó igualmente las distinciones de números y de casos; pero ni Platón ni Aristóteles prestaron gran atención a las formas del lenguaje que respondían a esas formas del pensamiento; nada los invitaba, por otra parte, a reducir esas formas del lenguaje a reglas prácticas.

Para Aristóteles, el verbo o *rhema* no es mucho más que el atributo, y, en frases como "la nieve es blanca", habría llamado a *blanca* verbo. Los primeros que establecieron cierto orden en las formas reales del lenguaje fueron los sabios de Alejandría. Siendo su ocupación principal dar textos correctos de los clásicos griegos, y sobre todo de Homero, se veían obligados a prestar atención a las formas de la lengua, procurando determinarlas con la mayor exactitud posible. Los manuscritos enviados de las diversas partes de Grecia a Alejandría y a Pérgamo contenían variantes muy numerosas, y sólo un estudio minucioso podía decidir cuáles eran las formas que debían conservarse en Homero. Las ediciones de su poeta no eran sólo *ekdoseis,* palabra griega traducida literalmente en latín por *editio* (como si dijésemos: emisiones de libros),

sino *díorthōseis*, es decir, ediciones críticas. Había escuelas diferentes, opuestas unas a otras en sus ideas sobre el texto de Homero. Era preciso defender cada lectura adoptada por Zenodoto o por Aristarco, y establecer, a ese fin, reglas generales para la gramática de los poemas homéricos. ¿Conoció Homero el artículo? ¿le usó delante de los nombres propios? Tal era el género de cuestiones que había que resolver; y los editores, según la opinión que adoptaban, modificaban los textos de esos antiguos poemas, violentándolos más o menos. Nuevos términos técnicos se hacían necesarios para las nuevas partes del discurso cuya existencia se admitía para el *artículo*, por ejemplo, distinguido del pronombre demostrativo. *Artículo* es la traducción literal de la palabra griega *arthron* (el latín *artus)* que significa la articulación o la juntura de los huesos. Encontramos este término por primera vez en Aristóteles, en quien no podía expresar más que las palabras que sirven, por decirlo así, de coyunturas a los miembros de una frase. En una frase como "quien la haga, ese la pagará", los gramáticos griegos hubiesen llamado al pronombre demostrativo *ese* la primera coyuntura, y al pronombre relativo *quien* la segunda coyuntura; y antes de Zenodoto, el primer bibliotecario de Alejandría (250 antes de Jesucristo), todos los pronombres se clasificaban simplemente como articulaciones o *artículos* del discurso. Zenodoto fué el primero que estableció una distinción entre los pronombres personales o *antonymiai* y los simples *artículos* a que se reservó en adelante el nombre de *arthra*. Esa distinción era muy necesaria, y fué, sin duda, sugerida a su inventor por sus correcciones del texto de Homero, pues por él fué restablecido el artículo delante de los nombres propios en la *Ilíada* y en la *Odisea*. ¿Quién de nosotros piensa hoy, cuando habla del artículo definido o indefinido, en el origen y en la significación primitiva de esta palabra, y en el tiempo que se necesitó antes de que

llegara a ser lo que es ahora, un término técnico familiar a todos los escolares?

Pasemos ahora a otro ejemplo de la influencia que ha tenido el estudio crítico de Homero en Alejandría sobre el desarrollo de la terminología gramatical. Hemos visto que la primera idea de los números, de un singular y de un plural, fué concebida y definida por el filósofo; pero Aristóteles no conoce estos términos técnicos de *singular* y de *plural*, y no hace alusión siquiera al dual. Sólo habla de los casos que expresan uno o varios, aunque, para él, *caso* o *ptosis* tuviese una significación muy diferente de la que nosotros le asociamos. Los términos de *singular* y de *plural* no se inventaron hasta que los primeros gramáticos sintieron la necesidad de los mismos. Zenodoto, el editor de Homero, fué el primero que notó el empleo del dual en los poemas homéricos, y, con la debilidad que suelen tener los hombres por sus propios descubrimientos, transformó muchos plurales en duales, sin necesidad ninguna, en el texto de que daba una edición.

Los sabios de Alejandría y sus rivales de la escuela de Pérgamo fueron, pues, los primeros que estudiaron el griego de una manera crítica, es decir, que analizaron la lengua, la distribuyeron en categorías generales, distinguieron las diferentes partes del discurso, inventaron términos técnicos para las diferentes funciones de las palabras, observaron la mayor o menor correción del estilo de ciertos poetas, separaron las formas envejecidas de las formas clásicas, y publicaron sobre todos estos asuntos largas y doctas obras. Sus tratados señalan una era importante en la historia de la ciencia del lenguaje. Pero aún había que dar un paso antes de que pudiera esperarse ver aparecer una verdadera gramática griega práctica o elemental. La más antigua de todas es la de Dionisio el Tracio, y ha llegado hasta nosotros: cierto es que algunos

autores han discutido su autenticidad; pero se ha respondido victoriosamente a sus objeciones.

¿Qué era ese Dionisio el Tracio? Su padre, como su nombre indica, era tracio; pero Dionisio habitaba en Alejandría, y había seguido las lecciones del célebre crítico y editor de Homero, Aristarco. Después fué a Roma, donde enseñaba hacia la época de Pompeyo. He aquí, pues, una nota nueva en la historia: un griego, discípulo de Aristarco, se establece en Roma, y compone una gramática práctica de la lengua griega, para uso, se supone, de sus discípulos los jóvenes romanos. No fundó la ciencia gramatical; casi todo el cuadro de la gramática, según hemos visto, se le ofrecían los trabajos de sus predecesores desde Platón hasta Aristarco; pero él fué el primero que aplicó a un objeto práctico los descubrimientos de los antiguos filósofos y de los críticos de Alejandría, que se sirvió de sus observaciones y de las categorías que habían establecido, para enseñar el griego, y, lo que importa notar sobre todo, para enseñar el griego, no a griegos que sabían ya su lengua, y a quienes no faltaba más que conocer su teoría, sino a romanos a quienes había que enseñar las declinaciones y las conjugaciones, regulares e irregulares. Su tratado fué uno de los conductos principales por donde la terminología griega, después de haber pasado de Atenas a Alejandría, llegó a Roma para difundirse desde allí por todo el mundo civilizado.

Pero, aunque Dionisio compusiese la primera gramática práctica, distaba mucho de ser el primer profesor de lengua establecido en Roma. En su tiempo se hablaba más generalmente el griego en Roma que hoy el francés en Londres. Los hijos de las familias ricas aprendían el griego casi antes que el latín, y Quintiliano, en su tratado sobre la educación, aunque desaprobando que durante mucho tiempo no se enseñase a los niños más que el griego, "como hoy, añade, es moda casi general", recomienda, no obstan-

te, enseñar a los niños primero el griego, y después el latín. Este hecho puede parecer extraño; pero la verdad es que, desde los tiempos más lejanos en que Italia nos es conocida, encontramos allí instalado el griego como en su patria, casi con las mismas prerrogativas que el latín. Italia se lo debió casi todo a Grecia, no sólo en tiempos más próximos a nosotros, cuando el ocaso de la civilización griega confundió sus rayos con la aurora de la grandeza romana, sino desde aquellas edades remotas en que los primeros colonos griegos tomaron el camino de Occidente en busca de una nueva patria. Los griegos fueron los que dieron a los italianos su alfabeto, y les enseñaron a leer y a escribir. Los nombres de la balanza, de la regla de agrimensor, de las máquinas en general, de la moneda, muchos términos de marina, la palabra que designa el mareo, *nausea* o, más antiguamente, *nautea,* son voces tomadas del griego, y demuestran hasta qué punto es exacto decir que los italianos debieron a los helenos los rudimentos mismos de la civilización. Es verdad que los italianos tenían sus dioses nacionales, pero no tardaron en convertirse a la mitología de los griegos. Identificaron algunos de los dioses griegos con los suyos, y reconocieron otros como divinidades nuevas: así el italiano *Herculus,* el dios de las cercas y de los muros, se confundió con *Herakles* y *Saturnus,* originariamente un dios italiano de la siega, se identificó con el griego *Kronos;* siendo Kronos hijo de *Uranos,* se inventó una divinidad nueva, y la Fábula representó a *Saturnus,* como hijo de *Cœlus. Castor* y *Pollux,* los dos de origen puramente griego, fueron aceptados sin dificultad por los marinos italianos como dioses de los novegantes; eso son los primeros dioses griegos que tuvieron su templo en Roma: el templo fué elevado en 485 después de la batalla del lago Regilo. En 431 erigieron los romanos otro templo en honor de Apolo, cuyo oráculo de Delfos había sido consultado siempre por los italianos des-

de la llegada a Italia de la primera colonia griega. Los oráculos de la famosa Sibila de Cumas estaban escritos en griego, y se concedía a los sacerdotes *(duoviri sacris faciundis)* dos esclavos griegos para traducir esos oráculos.

Cuando los romanos, en 454 antes de Jesucristo, quisieron darse un Código de leyes, empezaron por enviar delegados a Grecia para estudiar las leyes de Solón en Atenas y la legislación de las demás ciudades griegas. A medida que Roma crecía en poder político, acogía con solicitud las artes, las costumbres, la lengua y la literatura de Grecia. Antes del principio de las guerras púnicas muchos hombres de Estado romanos comprendían y hasta hablaban el griego; los niños no aprendían sólo el alfabeto romano con sus maestros los *literatores*, sino que se les enseñaban a la par los caracteres griegos; se llamaba *grammatici* a los que daban lecciones de griego, y eran generalmente esclavos o libertos griegos.

Para la generación nueva, que Catón veía formarse en torno suyo, saber el griego era el distintivo del hombre de buena sociedad: esos jóvenes leían libros griegos; conversaban y hasta escribían en griego. Tiberio Graco, cónsul en 177 antes de nuestra era, pronunció en Rodas un discurso en griego, y le publicó después. Cuando los griegos cumplimentaron a Flaminio en latín, él correspondió a su cortesía componiendo versos griegos en honor de sus dioses. La primera historia romana fué escrita en Roma en griego por Fabio Pictor hacia el año 200 antes de Jesucristo; y probablemente para protestar contra esa obra y contra las de Lucio Cincio Alimentus y de Publio Escipión, escribió Catón en latín su Historia romana. Las clases inferiores se apresuraron a seguir el ejemplo de las altas, y bien lo prueban las comedias de Plauto: porque el empleo afectado de palabras griegas es allí a veces tan evidente com el ridículo alarde de palabras francesas en los autores alemanes del siglo XVIII. Ciertamente, no todo era

bueno en la herencia que Grecia legó a Roma; pero; ¿qué hubiese sido Roma sin las lecciones de Grecia? Los padres mismos de la literatura romana fueron griegos, que se ganaban la vida dando lecciones, y traduciendo libros de clase u obras teatrales. Livio Andrónico, enviado de Tarento como prisionero de guerra en el año 272 antes de Jesucristo, se estableció en Roma en calidad de profesor de griego. Su traducción de la *Odisea* en versos latinos, que es como la inauguración de la literatura romana, fué escrita, seguramente, por él para uso de sus alumnos. Su estilo, aunque premioso y duro sobre toda ponderación, pasaba por un modelo a los ojos de los jóvenes poetas de la capital. Nevio y Plauto fueron contemporáneos suyos y sus inmediatos sucesores. Todas las comedias de Plauto no eran más que traducciones o arreglos de comedias griegas, y ni siquiera se le permitía transportar la escena de Grecia a Roma. El público romano quería contemplar, las costumbres y la depravación de los griegos, y hubiese castigado al poeta que se hubiese atrevido a sacar a escena a un patricio o a una matrona romana. Las tragedias griegas fueron igualmente traducidas al latín. Ennio (239-169), contemporáneo de Nevio y de Plauto, pero un poco más joven que ellos, fué el primero que tradujo a Eurípides. Era, como Andrónico, un griego de Italia, que se estableció en Roma como profesor de lengua y traductor de griego. Encontró protectores en el partido liberal, en Publio Escipión, en Tito Flaminino y en Marco Fluvio Nobilior, y se hizo ciudadano romano. Pero Ennio era más que un poeta y un profesor; se le ha llamado un innovador, y lo era, sin duda, en ciertos límites. Tradujo en latín dos escritos de un espíritu sumamente hostil contra la religión de Grecia y contra la existencia misma de los dioses griegos. El uno, era la filosofía de Epicarmes (470 antes de Jesucristo en Megara), que enseñaba que Zeus no era más que el aire, y los otros dioses nombres dados a las fuerzas de la na-

turaleza; el otro escrito era el de Evemeres de Messene (300 antes de Jesucristo), que probaba bajo forma de novela que los dioses griegos no habían existido nunca, y que aquellos a quienes se honraba bajo sus nombres no habían sido más que hombres. Esas dos obras no fueron traducidas sin intención, y sus argumentos, aunque de lo más endeble, eran la ruina de los sistemas más superficiales aún de la teología romana. El nombre de griego vino a ser sinónimo de impío, y Ennio no se hubiese librado quizá del castigo infligido a Nevio por sus sátiras políticas, si no hubiese disfrutado de la protección y de la estima de los personajes más importantes de Roma. Aun Catón, el enemigo implacable de la filosofía y de la retórica griegas, era amigo del peligroso Ennio; y hasta tal punto crecía en Roma la importancia de la lengua griega, que el mismo Catón tuvo que aprenderla en su vejez, para hacer leer a su hijo las partes de esa literatura que consideraba, si no como útiles, al menos como inofensivas. Se ha ridiculizado muchas veces la oposición sañuda que hizo Catón a todo lo que era griego, pero sus invectivas eran harto legítimas. También nosotros hemos oído hablar muchas veces de la *joven Bengala,* de esos jóvenes indos que leen a Byrón y a Voltaire, juegan al billar, hacen befa de sus sacerdotes, protegen a los misioneros, y no creen en nada; la descripción que nos da Catón de la juventud ociosa de Roma nos recuerda en más de un punto a nuestra joven Bengala.

La antorcha de la ciencia, cuando Roma la tomó de las manos desfallecidas de Grecia, había cesado de proyectar su más vivo resplandor. Crisipo y Caneades habían sucedido a Platón y Aristóteles; Esquilo y Aristófanes habían sido reemplazados por Eurípides y Menandro. Al hacerse depositaria de la chispa de Prometeo, que había brotado primeramente en Grecia, y que estaba destinada a iluminar, no sólo a Italia, sino a toda Europa, Roma

perdió mucho de aquella virtud nativa que había sido la fuente de su grandeza. A la frugalidad y a la gravedad, a la abnegación y al patriotismo, a la pureza y a la piedad del pueblo romano sustituyeron el lujo y la ligereza, la intriga y el egoísmo, el vicio y la impiedad de los griegos. La censura y la reprobación no sirvieron de nada, porque las ideas griegas jamás parecieron tan seductoras como cuando hubieron sido condenadas por Catón y sus amigos. Todas las generaciones nuevas se hallaron más invadidas cada vez por el elemento griego. En 131 oímos hablar de un cónsul, Publio Craso, que, como otro Mezzofanti, sabía hablar los diferentes dialectos del griego. Sila permitió a los embajadores extranjeros hablar griego delante del Senado romano. El filósofo estoico Panecio fué huésped de los Escipiones, cuya casa fué durante mucho tiempo el punto de reunión de todos los escritores célebres de Roma. Allí el historiador griego Polibio y el filósofo Clitomaco, Lucilio el satírico, Terencio el poeta africano (196-159) y el improvisador Arquias (102 a. de J. C.) estaban seguros siempre de una acogida amistosa. En esa reunión escogida se leían y comentaban las obras maestras de la literatura griega, se discutían los problemas de la filosofía griega, y los más graves intereses de la vida humana formaban el asunto de las conversaciones serias. Aunque ese círculo no produjese ningún poeta de genio, no dejó de ejercer una influencia poderosa sobre los progresos de la literatura romana: constituyó un tribunal de buen gusto, y la corrección, la sencillez y el vigor del latín clásico se deben en gran parte a esa especie de círculo cosmopolita que se reunía bajo el techo hospitalario de los Escipiones.

Con las generaciones nuevas el conocimiento del griego se difundió cada vez más en Roma. Cicerón arengó en griego ante el Senado de Siracusa, y Augusto en la ciudad de Alejandría. Ovidio cuenta que los jóvenes y las jóvenes

leían las obras de Menandro: *Solet pueris virginibusque legi*, y Juevenal exclama:

"Omnia Græce
Cum sit turpe magis nostris nescire latine.
Hoc sermone pavent, hoc iram, gaudia, curas,
Hoc cuncta effundunt animi secreta."
Sat. IV, 186 y sig.

La vida religiosa de la sociedad romana, al fin de las guerras púnicas, tenía más de griega que de romana. Todos los que habían reflexionado seriamente sobre las cuestiones religiosas eran discípulos de Zenón o de Epicuro, o abrazaban las doctrinas de la Nueva Academia, negando la posibilidad de tener ningún conocimiento de lo infinito, y poniendo la probabilidad en lugar de la verdad. Aunque las doctrinas de Epicuro y de la Nueva Academia fuesen consideradas siempre como innovaciones peligrosas, se toleraba la filosofía estoica, y se llegó a una especie de acomodamiento entre la filosofía y la religión: hubo una filosofía del Estado como una religión del Estado. Los sacerdotes romanos, no obstante haber conseguido hacer expulsar de la ciudad en 161 a todos los retóricos y filósofos griegos, comprendieron que había que llegar a las concesiones. Se reconoció abiertamente que, para las clases ilustradas, la filosofía debía ocupar el puesto de la religión, pero que, para mantener el orden en las masas, era indispensable la creencia en los prodigios y en los oráculos. Catón mismo, el jefe del partido religioso, nacional y conservador, se preguntaba cómo un arúspice podía encontrarse con uno de sus colegas sin soltar la risa. Hombres como Scipión Emiliano y Lelio hacían profesión de creer en los dioses populares; pero a sus ojos, Júpiter no era más que el alma del Universo, y las estatuas de los dioses obras de arte. Sus dioses, como el pueblo les decía, no tenían ni cuerpo, ni espíritu, ni pasiones. El filósofo estoico y el sacerdote ortodoxo vivían, no obstante en paz, hacien-

do profesión de creer en los mismos dioses, pero reclamando la libertad de creer en ellos cada uno a su manera.

Me he detenido un poco en los cambios que sufrió la atmósfera intelectual de Roma hacia el fin de las guerras púnicas, y me he esforzado en mostrar lo impregnada que estaba de ideas griegas, a fin de explicar lo que de otro modo hubiera parecido casi incomprensible: el ardor con que, no sólo algunos sabios y algunos filósofos, sino los primeros hombres de Estado de Roma se entregaron al estudio de la gramática griega. A nosotros nos es difícil no asociar a las discusiones sobre los nombres y los verbos, sobre los casos, los géneros, las conjugaciones regulares e irregulares, el recuerdo del hastío que nos causaban esas cuestiones cuando estábamos en el colegio, y nos cuesta trabajo comprender cómo la gramática propiamente dicha hubiese podido excitar en Roma el interés general y formar un asunto de conversación en la sociedad más distinguida. Sin duda, esos estudios gramaticales de los romanos podían amenizarse y animarse con citas de los autores clásicos de Grecia; con todo, su objeto principal era puramente el lenguaje. Cuando uno de los primeros gramáticos de la época, Crates, de la escuela de Pérgamo, fué enviado a Roma como embajador del rey Atalo, fué recibido con los mayores honores por todos los personajes ilustrados de la capital. Era discípulo de Diógenes el Babilonio, que lo había sido de Crisipo; sosteniendo resueltemente Crisipo la teoría de la *Anomalía*, la filosofía del lenguaje, tal y como Crates la enseñaba (αἵϛεσις Κϛατήτειος), tenía el mismo carácter. Un día que se paseaba por el monte Palatino, habiendo metido un pie en la reja de una alcantarilla, cayó y se rompió la pierna. Viéndose, pues, obligado a permanecer en Roma más tiempo del que pensaba, consintió en dar sobre la gramática algunas lecciones públicas, o *akroaseis*; y de esas lecciones, dice Suetonio, data el estudio de la gramática en Roma. Pasaba esto hacia el año 159 antes de

Jesucristo, entre la segunda y la tercera guerra púnica, poco tiempo después de la muerte de Ennio, y dos años después de la famosa expulsión de los retóricos y de los filósofos griegos (161). Cuatro años más adelante Catón impidió dar sesiones de filosofía a Carneades, que había sido enviado también a Roma en calidad de embajador.

Después de esas lecciones de Crates, llegaron a ser sumamente populares los estudios gramaticales y filosóficos. Encontramos a Lucio Elio Stilo dando un curso de lengua latina, como Crates le había dado de griego: entre sus alumnos se contaban Varrón, Lucilio y Cicerón. Varrón compuso veinticuatro libros sobre la lengua latina, y dedicó cuatro a Cicerón. A Cicerón se le cita también como autoridad en materia de gramática, aunque no conozcamos del él ningún tratado puramente gramatical. Lucilio consagró el noveno libro de sus sátiras a la reforma de la ortografía. Pero nada demuestra más claramente el vivo interés de las clases superiores de la sociedad romana por los estudios gramaticales que el tratado de César sobre la lengua latina. Le compuso durante la guerra de las Galias, y le dedicó a Cicerón, que bien podía estar orgulloso del homenaje que le tributaba el gran capitán y el gran hombre de Estado. La mayoría de esos tratados se han perdido para nosotros, y no podemos juzgar de ellos más que por algunas citas dispersas. Así: un fragmento de la obra de César *De analogía* nos induce a creer que a él debemos quizá el término *ablativo.* Esta palabra no se encuentra en ningún escrito anterior, y claro es que no pudo tomarse, como los nombres de los otros casos, de los gramáticos griegos, puesto que la gramática griega no había admitido ablativo. Si nos representamos a César combatiendo a los bárbaros de la Galia y de Germania, siguiendo a distancia los movimientos de los partidos políticos de Roma, pronto a empuñar el cetro del mundo, y prosiguiendo a la vez sus estudios filosóficos y gramaticales con su secretario, el

griego Didimo, ese hombre extraordinario se nos ofrece bajo un nuevo aspecto, y comprendemos mejor la época en que vivía. Cuando César llegó a ser omnipotente, uno de sus proyectos favoritos fué fundar en Roma una biblioteca griega y latina, y ofreció su dirección a Varrón, el primer sabio del tiempo, a pesar de haber combatido este último contra él y a favor de Pompeyo.

Y ahora llegamos a la época en que, como hemos visto hace poco, Dionisio el Tracio publicó en Roma la primera gramática griega elemental. La gramática empírica se vería así transportada a Roma, la terminología griega era traducida al latín, y bajo esta forma latina recorre todo el mundo civilizado desde hace cerca de dos mil años. Aún en la India, donde había nacido en las escuelas de los brahmanes una terminología diferente, y en ciertos sentidos más perfecta, se oye emplear hoy a maestros europeos, dirigiéndose a los indígenas que tienen por alumnos, palabras como *caso*, *género*, *voz activa* y *voz pasiva*. Curiosa es en verdad la suerte de las palabras; y, al recorrer últimamente algunas listas de los temas de examen en los colegios del gobierno en la India, me parecía que una pregunta como esta: "¿Cuál es la forma de Siva en genetivo?" compendiaba en una sola frase volúmenes de historia. ¿Cómo han llegado a la India las palabras *caso* y *génitivo*? Han llegado de Inglaterra, y a Inglaterra de Roma, a Roma de Alejandría, a Alejandría de Atenas. En Atenas el término *caso* o *ptosis* tenía una significación filosófica; en Roma *casus* no era más que una traducción literal: la significación primera de *caída* se había perdido, y la palabra no era ya más que un término puramente técnico. En Atenas la filosofía del lenguaje era paralela a la del pensamiento. La terminología de las formas lógicas y la de las formas gramaticales se confundían. La lógica de los estoicos se dividía en dos partes: la *retórica* y la *dialéctica*, y esta última trataba, en primer lugar, "de lo que significa,

o del lenguaje"; en segundo lugar, "de lo significado, o de las cosas". En su lengua filosófica, *ptosis,* que los romanos tradujeron por *casus,* significaba realmente *caída,* es decir: la referencia de una idea a otra idea, el acto por el cual una palabra cae y se apoya en otra. Entablábanse largas y vivas discusiones sobre la cuestión de si el término *ptosis* o *caída* era aplicable al nominativo; y todo buen estoico hubiese rechazado enérgicamente la expresión de *casus rectus,* porque, según los gramáticos de esa escuela, el sujeto o el nominativo no recaía ni se apoyaba sobre nada, sino que se erguía para servir de punto de apoyo a las demás palabras de la proposición. Todo eso ha desaparecido para nosotros, cuando hablamos de caso. Vemos a Cobbet, en su *Gramática inglesa,* proponer su explicación de la palabra *caso* en estos términos: "La palabra *caso,* aplicada a los acontecimientos de la vida, tiene una gran variedad de significaciones o de matices de significaciones; pero su significación general es *estado de cosas,* o *el estado de alguna cosa.* Así decimos: *en ese caso* estoy de acuerdo con usted. Lo que equivale a decir: "siendo tal *el estado de las cosas,* o *el estado de la cosa en cuestión,* estoy de acuerdo con usted." Se dice de los legistas "que comprenden o no comprenden el *caso,* es decir: el *estado,* la naturaleza de las cosas que se han propuesto dilucidar". Así, cuando decimos de un enfermo que *su caso es grave, queremos decir que su estado es grave.* Los nombres pueden hallarse en *estados* o situaciones diferentes con respecto a otros nombres o a otras palabras. Por ejemplo: un sustantivo puede ser el nombre de una persona que *pega* a un caballo, o de una persona que *posee* un caballo, o de una persona a quien un caballo da una coz. Esas diversas situaciones, esos diversos estados, se llaman, por consiguiente, casos".

¿Y cómo pueden adivinar la significación de la palabra *genitivo* los jóvenes indos de nuestros colegios de la India? El latín *genitivus* es un verdadero error, porque la palabra

griega *genike* no ha podido significar nunca *genitivus.* Si ese caso hubiese estado destinado a expresar el origen o el nacimiento, se hubiese llamado en griego *gennetikê* y no *genikê.* El genitivo no expresa tampoco la relación de hijo a padre: porque, si podemos decir "el hijo del padre", podemos decir igualmente "el padre del hijo". *Genikê* tenía en griego una significación mucho más extensa y mucho más filosófica. Significaba *casus generalis,* el caso general, o, más bien, el caso que expresa el género o la especie: tal es la fuerza real del negativo. Si yo digo "un ave del agua", *del agua* determina el género a que pertenece cierta ave, la incluye en la categoría de las aves acuáticas. "El hombre de los montañas" significa un montañés. En estas expresiones "hijo del padre", o "padre del hijo", los genitivos, tienen exactamente la misma significación: afirman algo del hijo o del padre; y si distinguiésemos los hijos del padre y los de la madre, los genitivos expresarían la clase o el género a que los hijos pertenecen respectivamente, y responderían a los hijos *paternos* y *maternos.* Por la etimología podemos demostrar que la desinencia del genitivo es idéntico generalmente a los sufijos derivativos mediante los cuales se convierten los sustantivos en adjetivos.

Apenas hay que seguir, fuera de Roma, la historia de lo que yo llamo el estudio empírico o el análisis gramatical de la lengua. Con Dionisio el Tracio estaba completo el cuadro de la gramática: los escritores posteriores le han mejorado y perfeccionado, pero no han añadido nada verdaderamente nuevo y original. Podemos seguir el desarrollo de la ciencia gramatical desde Dionisio el Tracio hasta nuestro tiempo en una sucesión no interrumpida de autores griegos y romanos. Encontramos a M. Verrio Flaco, preceptor de los nietos de Augusto, y a Quintiliano, en el siglo I; en el II, a Scauro, Apolonio y a su hijo Herodiano; en el IV, a Probo y a Donato, el maestro de San Jerónimo. Luego que Roma dejó de ser, bajo Constantino, el asiento

del Gobierno, la ciencia gramatical encontró una nueva patria en la escuela de Constantinopla. Hubo allí hasta veinte gramáticos griegos y latinos que ocupaban cátedras en la capital del Imperio. Bajo Justiniano, en el siglo VI, el nombre de Prisciano proyectó un nuevo brillo sobre los estudios gramaticales, y su obra constituyó autoridad durante la Edad Media, y casi hasta nuestros días. A nosotros mismos se nos ha enseñado la gramática con arreglo al método seguido por Dionisio en Roma, por Prisciano en Constantinopla, por Alcuino en York; y dígase lo que se quiera de las mejoras introducidas en nuestro sistema de instrucción, las gramáticas griegas y latinas usadas en nuestros colegios se fundan principalmente en el primer análisis del lenguaje, preparado por los filósofos de Atenas, realizado por los sabios alejandrinos, y aplicado por los profesores griegos de Roma a una tarea enteramente práctica: a la enseñanza de una lengua extranjera.

CUARTA LECCION

Período de la clasificación

Observaciones sobre la gramática empírica. — Origen de las formas gramaticales. — Necesidad de establecer la filiación de las lenguas, para poder hacer remontar las formas gramaticales hasta su origen. — La idea de una clasificación de las lenguas, desconocida en la antigüedad. — Para los griegos, los hombres se dividían en griegos y bárbaros. — Influencia de la palabra *bárbaros,* primero entre los griegos, y después entre los romanos. — El cristianismo, al proclamar el origen común de la humanidad, prepara las vías al estudio comparado de las lenguas. — Primera división de las lenguas en lengua sagrada y lenguas profanas. — El estudio del árabe, del caldeo y del siríaco, conduce al reconocimiento de la familia semítica. — La filología en el siglo XVI: Bibliander, Enrique Estienne, Roccha, Megiser, Guichard, J. J. Escalígero, Duret, Thomassin. — El prejuicio que hacía mirar el hebreo como la lengua primitiva de la humanidad detiene durante mucho tiempo los progresos de la ciencia del lenguaje. — Leibniz es el primero que combate ese prejuicio. Sus continuos esfuerzos por obtener ejemplares de todas las lenguas del mundo, para fundar la filología comparada sobre los únicos cimientos verdaderamente sólidos. — La emperatriz Catalina y sus estudios filológicos: su *Diccionario comparado,* con una lista de doscientas ochenta y cinco palabras traducidas en doscientas lenguas, aparece en 1785. — Las dos grandes obras que resumen a principios del siglo XIX, todos los trabajos anteriores son el *Catálogo de las lenguas,* de Hervás, y el *Mitrídates,* de Adelung. — Vida de Hervás. — Descubrimiento del sánscrito. — Historia de esa lengua, que cesó de ser hablada trescientos años antes de Jesucristo. — Los dialectos nacidos de él, el pàli, el prâkrit, los cuales se han transformado, con el tiempo, en los idiomas modernos de la India, el indui, el indostani, el mahratta, el bengali. — La alta antigüedad del sánscrito se demuestra por los nombres sánscritos que se encuentran en los autores griegos, latinos y chinos; los *Viajes de los peregrinos budhistas.* — Estudio del sánscrito después de la conquista de la India por los mahometanos. — Bajo el califa Almanzor

Mohammed ben Ibrahim Alfazarí traduce en persa el gran *Sindhind*, hacia 771 de Jesucristo. — Trabajos de Albiruni. — Traducción de diversas obras sánscritas en persa y en árabe. — Reinado de Akbar; manda traducir en persa el *Mahâbhârata*, el *Râmâyana*, el *Amarakosha*, pero no puede obtener de los brahmanes una traducción de los *Vedas*. — Leyenda de Freizi. — Dárá, bisnieto de Akbar, da en 1657 una traducción en persa de los *Upanishads*, la cual fué traducida al francés por Anquetil-Duperron en 1795. — Trabajos de San Francisco Javier y de sus compañeros en la India. — Filippo Sassetti. — Vida de Roberto de Nobili, el primer europeo que poseyó un conocimiento profundo de la lengua y de la literatura sánscritas. — Heinrich Roth. — Correspondencia de los Padres Cœurdoux, Calmette y Pons con la Academia de inscripciones y bellas letras. — Primera gramática sánscrita publicada en 1790 por Paulino de Saint-Barthélemy. — Fundación de la Sociedad Asiática en Calcuta en 1784: trabajos de William Jones, de Carey, de Wilkins, de Forster, de Colebrooke. — Descubrimiento de la afinidad entre el sánscrito y el griego y el latín. — Federico Schlegel. — Reconocimiento de la familia de las lenguas indo-germánicas.

En la lección precedente hemos trazado el cuadro del origen y de los progresos del estudio empírico de las lenguas, desde los tiempos de Platón y Aristóteles hasta nuestra propia infancia. Hemos visto en qué época y en qué circunstancias se hizo el primer análisis gramatical del lenguaje; cómo recibieron sus denominaciones las diversas partes del discurso, y cómo, con ayuda de una terminología semi-filosófica y semiempírica, se compuso, para la enseñanza de las lenguas, un sistema gramatical, que, sea el que quiera su valor intrínseco, ha tenido el mérito, por lo menos, de llenar el objeto para que fué ideado.

La manera cómo se elaboró ese sistema de ciencia gramatical no nos permite esperar de él una gran luz sobre la naturaleza del lenguaje. La división en nombres y en verbos, en artículos y en conjunciones, los cuadros de las declinaciones y de las conjunciones, no eran más que una simple red artificial tendida sobre el cuerpo vivo del lenguaje. No es a la gramática de Dionisio el Tracio a la

que hay que pedir que reproduzca y muestre, con toda la variedad de sus articulaciones, el esqueleto del lenguaje humano. Es curioso, no obstante, observar las notables coincidencias que encontramos entre la terminología gramatical de los griegos y la de los indos: coincidencias que parecen probar que el sistema, tantas veces criticado, de la gramática clásica, debe fundarse en algo real y tener sus raíces en la naturaleza misma de nuestra inteligencia. Los indos fueron la única nación que cultivó la ciencia gramatical sin recibir directa ni indirectamente ningún impulso de los griegos. Con todo, encontramos en sánscrito el mismo sistema de casos llamados *vibhakti* o inflexiones, las voces activa, pasiva y media, los tiempos, los modos y las personas, que se distribuyen allí, no exactamente como en griego, pero casi de la misma manera. En sánscrito la gramática se llama *vyâkarana,* que significa análisis o descomposición. De igual modo que la gramática griega debió su origen al examen crítico de Homero, la gramática sánscrita nació del estudio de los Vedas, los más antiguos poemas de los brahmanes. Las diferencias entre el dialecto de esos himnos sagrados y el sánscrito literario de las edades posteriores fueron anotadas y conservadas con un cuidado religioso. Tenemos aún los primeros ensayos de los brahmanes en la ciencia gramatical, los *prâtisâkĥyas:* esos tratados, aunque sólo se proponen dar reglas sobre la pronunciación correcta del antiguo dialecto de los Vedas, nos ofrecen al mismo tiempo observaciones del orden gramatical, y sobre todo esas preciosas listas de palabras irregulares o notables por cualquier otra razón, los *Ganas;* sobre esta sólida base levantaron las generaciones sucesivas de los sabios indos ese edificio prodigioso, de que ha sido coronación la gramática de Pânini. No hay en toda la lengua sánscrita forma regular o irregular que no encuentre su puesto y su explicación en la gramática de Pânini y en sus comentadores. Es la perfección de un análisis

puramente empírico del lenguaje, y la literatura gramatical de las demás naciones no ofrece nada superior, ni aun comparable siquiera a ese trabajo. Con todo, sobre la naturaleza real y sobre el desarrollo natural del lenguaje nada nos enseña la gramática de Pânini.

¿Qué sabemos, pues, del lenguaje después de haber aprendido la gramática del sánscrito o del griego, o después de haber extendido sobre nuestra propia lengua la red de la gramática clásica?

Conocemos ciertas formas del lenguaje, que responden a ciertas formas del pensamiento. Sabemos que el sujeto debe tomar la forma del nominativo, y el complemento la del acusativo; que el complemento indirecto puede ser puesto en dativo, y que el atributo, bajo su forma más general, puede ser expresado por el genitivo. Se nos dice que, mientras en inglés el genitivo se denota por una *s* final o por la preposición *of*, como se denota en francés por la preposición *de*, ese caso se expresa en griego por la desinencia *os*, y en latín por la desinencia *is*; pero ¿qué representan ese *os* y ese *is*; de dónde reciben el poder de trocar un nominativo en un genitivo, un sujeto en un atributo? Todo eso es un enigma para nosotros. No hay que decir que todas las lenguas, para alcanzar su objeto, deben poder distinguir el sujeto del complemento, el nominativo del acusativo; pero que un simple cambio de terminación baste para expresar una distinción tan importante, he ahí un fenómeno que parece casi incomprensible. Si por un instante dirigimos la vista más allá del griego y del latín, vemos que no hay, en realidad, sino muy pocas lenguas que tengan formas distintas para esas dos categorías del pensamiento. Aun en griego y en latín no hay distinción aparente entre el nominativo y el acusativo de los sustantivos neutros. Se dice comúnmente que el chino no tiene gramática, es decir: que no tiene inflexiones, declinaciones ni conjugaciones, en el sentido

que nosotros damos a estas palabras; no establece ninguna distinción de forma entre las diferentes partes del discurso, el nombre, el verbo, el adjetivo, el adverbio, etc.; y, sin embargo, no hay matiz del pensamiento que esa lengua no pueda traducir. Tan fácil es para los chinos distinguir entre "Pedro pega a Juan" y "Juan pega a Pedro", como lo era para los griegos y romanos, o como lo es para nosotros: cierto es que no tienen una desinencia determinada para marcar el acusativo, pero consiguen el mismo resultado colocando siempre el sujeto delante, y el régimen después del verbo, o bien empleando, antes o después del nombre, palabras que indican claramente que debe ser mirado como complemento. Existen otras lenguas que son más ricas en desinencias que el griego mismo y el latín. En finés hay quince casos que expresan todas las relaciones posibles entre el sujeto y el complemento; pero no hay acusativo, no hay caso consagrado únicamente al régimen directo. En inglés y en francés las desinencias distintivas del nominativo y del acusativo han desaparecido a consecuencia de la alteración fonética, y esas lenguas tienen que indicar el sujeto y el complemento, como el chino, por la posición de las palabras. Lo que aprendemos en el colegio, cuando se nos dice que el nominativo *rex* hace *regem* en el acusativo, no es, pues, más que una regla enteramente práctica. Sabemos en qué caso hay que decir *rex,* y en qué caso hay que decir *regem;* pero por qué el rey, en cuanto sujeto, debe llamarse *rex,* y, en cuanto régimen, *regem,* cosa es que queda sin ninguna explicación. Se nos dice igualmente que *amo* significa "yo amo", y *amavi* "yo amé"; pero cómo ese cambio del corazón, ese tránsito del amor actual al recuerdo del amor pasado y quizá extinguido, puede indicarse por el simple cambio de *o* en *avi,* o en inglés por la adición de una *d,* es una cuestión que no está planteada ni resuelta. Ahora: si hay una ciencia del lenguaje, de esa clase de cuestiones debe dar la solución;

si no puede, si hemos de contentarnos con paradigmas y con reglas, y mirar las desinencias de los nombres y de los verbos como signos convencionales o como excrecencias misteriosas, entonces la ciencia del lenguaje no existe, y debemos atenernos a lo que se ha llamado el arte (τέχνη) del lenguaje o la gramática.

Antes de emprender la solución de un problema cualquiera, o de renunciar a ella, conviene determinar si existen los elementos necesarios para llevar la empresa a buen fin. Empezando por el inglés, debemos preguntarnos si nos es posible descubrir por qué *I love* significa yo amo en este momento, mientras que *I loved* denota que ese sentimiento no existe ya. O bien, tomando lenguas más ricas en flexiones que el inglés, hay que tratar de explicar por virtud de qué operación, y en qué circunstancias, el latín *amo,* yo amo, se ha transformado por la simple adición de una *r* en *amor,* yo soy amado. ¿Han brotado y se han desplegado las declinaciones y las conjugaciones como las flores de un árbol? ¿Las ha recibido el hombre de algún poder misterioso enteramente hechas? ¿O las han inventado algunos sabios, asignando ciertas letras a ciertas fases del pensamiento, de igual modo que los matemáticos expresan las cantidades por signos algébricos, a que dan un valor arbitrario? Henos aquí ante el más importante y más difícil problema de nuestra ciencia: el origen del lenguaje; mas, por ahora, haremos bien en apartar los ojos de las teorías, para ocuparnos únicamente de los hechos.

Fijémonos en el pretérito inglés *I loved* comparado con el presente *I love.* Nos es imposible abarcar de una sola ojeada toda la gramática inglesa; pero si podemos hacer remontar una de sus formas a su verdadera fuente, veremos quizá el camino que hay que seguir para descubrir el origen de todas las otras. Si nos preguntamos cómo la adición de una *d* final ha podido expresar el tránsito del amor a la indiferencia, lo primero que hay que hacer,

antes de aventurar ninguna explicación, es buscar la forma más antigua de *I loved,* la forma verdaderamente primitiva del pretérito inglés. Esa es una regla que el mismo Platón reconocía en su filosofía del lenguaje, aunque hay que confesar que rara vez la practicaba. Sabemos los estragos que la alteración fonética puede hacer en el vocabulario y en la gramática de un idioma, y no hay para qué perderse en conjeturas sobre el origen de una forma cuya explicación puede encontrarse consultando la historia de la lengua. Ahora bien: aun sólo un conocimiento superficial de la historia de la lengua inglesa nos enseña que la gramática del inglés moderno no es la misma que la gramática de Wycliffe. La lengua de Wycliffe pertenece a lo que llamaremos, con Sir Frederik Madden, el inglés del período intermediario (1500-1330); nos remontamos después al inglés del primer período (1330-1230); de 1230 a 1100 encontramos el semi-sajón a que había precedido el anglo-sajón. Es patente que si debemos descubrir la significación primera de la sílaba que convierte *I love* en *I loved,* será examinando la forma original de esa sílaba en cualquier época en que la encontremos. Jamás se hubiese sabido que *prêtre* significaba primitivamente *un anciano,* si no se hubiese restituído la palabra a su forma original *presbyter,* en que toda persona que sepa griego reconoce inmediatamente el comparativo de *presbys,* anciano. Si no tuviésemos para guiarnos más que el francés moderno, podríamos tratar de ligar *prêtre* a *prêcher* o a *prier,* pero no llegaríamos a su verdadera derivación. Tampoco vemos la significación literal de la palabra inglesa moderna *gospel;* pero, en cuanto la restituímos a su forma primera *goddspell,* vemos que es una traducción exacta de *evangelium* o buena nueva. *Lord* no sería más que un vano título en inglés, si no descubriésemos su forma y significación originales en el anglo-sajón *hlâf-ord,* fuente de pan, de *hlâf,* pan, y *ord,* sitio.

Pero cuando hemos seguido este camino y hemos referido al anglo-sajón una palabra inglesa moderna, no hay que creer de ningún modo que debamos encontrar en anglo-sajón su forma y su significación primeras. El anglo-sajón no es una lengua original o indígena: su nombre mismo nos transporta a los sajones y a los anglos del continente. Tenemos, pues, que seguir nuestra palabra anglo-sajona al través de los diversos dialectos del sajón y del bajo alemán, hasta que lleguemos al período más antiguo del alemán a que podemos remontarnos, el gótico del siglo IV después de Jesucristo. Aun entonces no podemos detenernos todavía, porque, aunque nos sea imposible ligar el gótico a una lengua teutónica más antigua, podemos descubrir a primera vista que es también una lengua moderna, y que ha debido atravesar diversas fases antes de ser tal y como la encontramos en lo que nos queda de los escritos del obispo Ulfilas.

¿Qué hacer entonces? Lo que hacemos cuando se trata de las lenguas romances modernas. Si no pudiésemos hacer remontar al latín un vocablo francés, buscaríamos en italiano la forma correspondiente y trataríamos de seguirla hasta su origen latino. Si estuviésemos en duda, v. gr., respecto al origen de la palabra *feu,* no tendríamos más que recordar el italiano *fuoco,* para ver inmediatamente que las dos palabras derivan del latín *focus.* Es posible ese cotejo, porque sabemos que el francés y el italiano son dialectos congéneros, y nos hemos cerciorado de antemano del grado exacto de parentesco que los une. Si hubiésemos buscado en el alemán, y no en el italiano, la explicación de la palabra *feu,* habríamos errado el camino: porque el alemán *feuer,* aunque más parecido a *feu* que el italiano *fuoco,* jamás hubiera podido dar en francés la forma *feu.*

Podemos igualmente determinar la etimología de la proposición *hors,* cuando sabemos que *hors* responde al

italiano *fuora* y al español *fuera.* El latín no proyecta ninguna luz sobre la palabra *fromage;* pero en cuanto la ponemos en parangón con el italiano *formaggio,* vemos que *formaggio* y *fromage* se derivan de *forma,* porque el queso se hace en Italia, como en todas partes, en moldes o formas donde la leche se endurece poco a poco. El adjetivo *faible* se deriva evidentemente del latín; pero sólo viendo el italiano *fievole,* pensamos en el latín *flebilis.* Nunca se hubiese encontrado la etimología de *payer* que ha dado el inglés *to pay,* si no se hubiesen consultado los diccionarios de los dialectos congéneres, como el italiano y el español. Allí vemos que *payer* se dice en italiano *pagare,* en español *pagar,* mientras que en provenzal encontramos las dos formas *pagar* y *payar.* Ahora: *pagar* nos transporta inmediatamente al latín *pacare,* que significa pacificar, aplacar. Joinville usa *payer* en los dos sentidos de aplacar y de pagar. Aplacar a un acreedor era pagarle: de igual suerte *quittance* tiene por forma original *quietantia,* de *quietus,* tranquilo.

Si queremos, pues, continuar nuestras investigaciones, si no contentos con haber seguido una palabra inglesa hasta el gótico, queremos conocer su forma en una época anterior de su existencia, tenemos que inquirir si hay dialectos que sean con relación al inglés lo que el italiano y el español con relación al francés; tenemos que restablecer, hasta donde sea posible, el árbol genealógico de las diferentes familias de lenguas. Con eso entramos en el segundo período de nuestra ciencia, el de la clasificación: porque la genealogía, cuando es posible, es la forma más perfecta de la clasificación.

Antes de llegar a los resultados que han dado, en esta rama de la ciencia del lenguaje, los trabajos recientes de Schlegel, Humboldt, Pritchard, Bopp, Burnouf, Grimm, Pott, Benfey, Kuhn, Curtius, Schleicher y otros sabios, conviene dirigir una ojeada a lo que se había hecho antes

de su tiempo en punto a la clasificación de los innumerables dialectos de la humanidad.

Los griegos no pensaron nunca en aplicar los principios de la clasificación a las variedades del lenguaje. No establecían distinción más que entre el griego, por una parte, y, por otra, todas las lenguas diferentes del griego, que comprendían bajo el nombre cómodo de lenguas *bárbaras*. Lograron, es verdad, clasificar cuatro de sus propios dialectos con bastante precisión, pero aplicaron tan generalmente esa denominación de *bárbaras* a las otras lenguas menos estrechamente emparentadas con el griego (los dialectos de los pelasgos, de los carios, de los macedonios, de los tracios y de los ilirios), que es casi imposible utilizar, para una clasificación científica, los informes que nos proporcionan los escritores de la antigüedad sobre esos idiomas que llaman bárbaros. Verdad es que Platón, en el *Cratilo,* da a entender que los griegos habían recibido quizá sus palabras de los bárbaros, puesto que estos últimos eran más antiguos que los griegos; pero no podía ver él mismo todo el alcance de esta observación. Se limita a notar que ciertas palabras, como los nombres del *fuego,* del *agua* y del *perro,* eran idénticas en frigio y en griego, y supone que los griegos las habían tomado de los frigios; pero jamás se presentó a su espíritu la idea de que la lengua de los griegos y la de los bárbaros podían tener un origen común. Es extraordinario que un genio tan vasto como el de Aristóteles, no percibiese en las lenguas algo de esa regla y de ese orden que trataba de descubrir en todos los reinos de la naturaleza; pero no es asombroso que un hecho que había pasado inadvertido para Aristóteles no haya llamado la atención de nadie durante dos mil años. Los romanos, en todo lo tocante a las ciencias, no eran más que imitadores de los griegos. Después de haber sido llamados bárbaros, se acostumbraron pronto a dar el mismo nombre a todas las otras naciones, exceptuando, por su-

puesto, a los griegos sus maestros. Ahora bien: *bárbaros* es uno de esos epítetos de aplicación fácil, que, pareciendo decirlo todo, no dicen, en rigor, absolutamente nada; y ese término se prodigó tanto como el de *herético* en la Edad Media. Si los romanos no hubiesen recibido enteramente hecho ese nombre cómodo de bárbaro, hubiesen tratado a sus vecinos, los germanos y los celtas, con más consideraciones y simpatía; en todo caso, los hubiesen mirado con más atención, y, si lo hubiesen hecho, hubiesen descubierto que, a pesar de las diferencias aparentes, esos bárbaros eran parientes suyos bastante próximos. La lengua de César se parecía tanto a la de los bárbaros que combatía en las Galias y en Germania como a la lengua de Homero; y es lo que un hombre de la sagacidad de César no hubiese dejado de ver, si no le hubiese cegado la fraseología tradicional. Para demostrar que no hay nada de exagerado en mi aserto, tomemos un ejemplo; si examinamos un verbo de uso tan frecuente como el verbo *haber*, veremos sus paradigmas casi idénticos en latín y en gótico:

	En latín:	*En gótico:*
yo he,	habeo,	haba,
tú has,	habes,	habais,
él ha,	habet,	habaith,
nosotros hemos,	habemus,	habam,
vosotros habéis,	habetis,	habaith,
ellos han,	habent,	habant.

Se necesitaba seguramente ser ciego, o, más bien, sordo, para no notar tal semejanza, y yo estoy convencido de que la causa única de la inadvertencia era la simple palabra *bárbaro*. Sólo cuando esa palabra se borró del diccionario de la humanidad, y se reemplazó por la de *hermano;* sólo cuando se reconoció el derecho que tienen todas las naciones del mundo a ser miradas como parte de un mismo género, o, más bien, de una misma especie, sólo entonces pudo nacer nuestra ciencia: ese cambio es debido al cris-

tiánismo. Para los indos, todo hombre que no había nacido dos veces, es decir, que no era de casta superior, era un *mlechchha;* para los griegos, el que no hablaba su lengua era un bárbaro; para los judíos, los incircuncisos eran gentiles; para los musulmanes, todos los que no creían en Mahoma eran *kiâfirs,* incrédulos, o *ghiaurs,* infieles adoradores del fuego. El cristianismo fué el que derribó las barreras que separaban a los judíos y a los gentiles, a los griegos y a los bárbaros, a la raza blanca y a la raza negra. La *humanidad* es una palabra que en vano se buscaría en Platón o en Aristóteles: la idea de la humanidad como una sola familia, compuesta de los hijos de un mismo Dios, es una idea cristiana, y, sin el cristianismo, la ciencia de la humanidad y de las lenguas que habla no hubiese nacido nunca. Cuando se aprendió a mirar a todos los hombres como hermanos, entonces, y sólo entonces, la variedad del lenguaje humano se presentó como un problema que exigía una solución a los ojos de los observadores inteligentes, y por eso hago yo datar del primer día de la Pentecostés el verdadero comienzo de la ciencia del lenguaje. A partir de ese día en que las lenguas de fuego se separaron y descendieron sobre los apóstoles, una luz hasta entonces desconocida se difunde por el mundo, y proyecta sus resplandores sobre objetos que habían permanecido invisibles para la antigüedad. Antiguas palabras adquieren nuevo sentido, antiguos problemas nuevo interés y antiguas ciencias un nuevo objeto. El origen común de la humanidad, las diferencias entre las razas y las lenguas, la posibilidad que tienen todas las naciones de llegar al más alto grado de la cultura intelectual, son problemas que, en el mundo nuevo en que vivimos, preocupan a los sabios por lo mismo que son de un interés superior a la ciencia. No es una objeción seria recordar el largo espacio de tiempo que transcurrió antes de que produjese resultados visibles el espíritu de que ha animado el cristianismo todas las investigaciones

científicas. En la flota de roble que boga por el Océano nuestro pensamiento sabe ver la bellotita confiada a la tierra hace varios siglos; así también en la filosofía de Alberto el Grande, cerca de mil doscientos años después de la muerte de Jesucristo, en las aspiraciones de Kepler, y en los trabajos de los más grandes filósofos de nuestra época, reconocemos el eco de aquellas palabras que por primera vez se oyeron en labios del apóstol de los gentiles: "Porque las perfecciones invisibles de Dios, su poder eterno y su divinidad se han hecho visibles desde la creación del mundo, gracias al conocimiento que de él nos dan sus criaturas".

Pero veremos que el cristianismo ha hecho más aún por la ciencia del lenguaje, y que no se ha contentado con darle el primer impulso. Los que abrieron el camino a nuestra ciencia fueron esos mismos apóstoles que recibieron la orden de predicar por todo el mundo. y sus sucesores, los misioneros de toda la Iglesia cristiana; y aun hoy las traducciones de la Biblia y de la oración dominical en todas las lenguas de la tierra suministran a la filología comparada sus más preciosos materiales. Mientras no se conoció más que un corto número de lenguas, apenas se pensó en clasificarlas por grupos o familias, porque la necesidad de una clasificación no se deja sentir más que cuando la inteligencia se pierde en la multiplicidad de los hechos. Cuando no se estudiaba más que el griego, el latín y el hebreo, cabía contentarse con la simple división en lengua sagrada y lenguas profanas, o en lenguas clásicas y lenguas orientales. Pero, desde el día en que los teólogos extendieron sus estudios al árabe, al caldeo y al siriaco, se dió un gran paso hacia el reconocimiento de una clase o de una familia de lenguas (1). Era manifiesto para todo el

(1) Hervás (*Catálogo,* I, 37) cita las siguientes obras publicadas en el siglo XVI, y que tenían por objeto la ciencia del lenguaje: *Introductio in Chaldaicam linguam, Syriacam, atque Ar-*

mundo que esas lenguas estaban muy estrechamente emparentadas las unas con las otras, y que diferían del latín y del griego en todos los puntos en que concordaban entre sí. En 1606 vemos a Guichard, en su *Harmonie étymologique*, formar una familia separada del hebreo, el caldeo y

---

menicam, et decem alias linguas, a Theseo Ambrosio, Piapiæ, 1539. — *De Ratione communi omnium Linguaron et Litterarum Commentarius,* a Theodoro Bibliandro, Tiguri, 1548. Esta última obra contiene la oración dominical en catorce lenguas. Bibliander deriva del griego la lengua del país de Gales y la de Cornualles; según él, el griego fué llevado a esas regiones de Marsella, atravesando Francia. Nos asegura que el armenio se diferencia poco del caldeo, y cita a Postel que miraba a los turcos como procedentes de los armenios, porque en Armenia se hablaba en turco. Mira a los persas como descendientes de Sem, y liga su lengua al siriaco y al hebreo; para él, el serbio y el georgiano no son más que dialectos del griego.

He aquí los títulos de algunas otras obras sobre el lenguaje publicadas en el siglo XVI: Perion: *Dialogorum de Linguæ Gallicæ origine ejusque cum græca cognatione, libri quatuor,* Parisis, 1554. Dice que el francés, no hallándose comprendido entre las setenta y dos lenguas procedentes de la torre de Babel, debe derivar del griego. ¡Cita a César (*De Bello Gallico,* VI, 14) para probar que los druidas hablaban el griego, de donde deriva después el francés moderno!

Los trabajos de Enrique Etienne (1528-1598) tienen otra base mucho más sólida. Se le ha acusado injustamente de haber pretendido derivar el francés del griego: véase su *Traicté de la conformité du Langage françois avec le grec,* publicado hacia 1566. Ese libro contiene principalmente observaciones de sintaxis y de gramática, y tiene por objeto demostrar que giros y expresiones griegas que parecen irregulares y difíciles se comprenden perfectamente bien cuando se comparan con expresiones francesas semejantes.

La oración dominical había sido publicada en 1548, en catorce lenguas, por Bibliander; fué publicada en 1591, en veintiséis lenguas, por Roccha (*Bibliotheca Apostolica vaticana,* a fratre Angelo Roccha, Romæ, 1591); en 1592, en cuarenta lenguas, por Megiser (*Specimen XL Linguarum et Dialectorum ab Hieronymo Megisero a diversis auctoribus collectorum quibus oratio Dominica est expressa,* Francofurti, 1592); en 1593, en cincuenta lenguas, por el mismo autor (*Oratio Dominica L diversis linguis,* curâ H. Megiseri, Francofurti, 1593).

el siriaco, y distinguir, además, los dialectos románicos de los dialectos teutónicos (1).

Pero lo que impidió durante mucho tiempo los progresos de la ciencia del lenguaje fué la convicción de que el hebreo era la lengua primitiva de la humanidad, y que, por consiguiente, todas las otras lenguas debían derivar del hebreo. Sobre este punto jamás habían expresado la menor duda los Padres de la Iglesia. San Jerónimo dice, en una de sus epístolas a Dámaso: "La antigüedad entera *(universa antiquitas)* nos enseña que el hebreo, que es la lengua del Antiguo Testamento, fué el principio de todo lenguaje humano". Orígenes, igualmente, en su undécima homilía sobre el libro de los *Números*, no teme afirmar que "la lengua hebraica, que había sido dada primitivamente al hombre en la persona de Adán, se conservó en aquella parte del género humano, que Dios guardó para herencia suya, y que no confió a ninguno de sus ángeles. Cuando empezó a pensarse, pues, en la clasificación de las lenguas, he aquí bajo qué forma se presentó el problema a sabios como Guichard y Thomassin: siendo el hebreo, sin ninguna duda, el origen de todas las otras lenguas, ¿cómo

(1) A principios del siglo XVII apareció el *Trésor de l'Histoire des Langues de cet univers*, por Claudio Duret, 2ª edic., Iverdon, 1619. Hervás critica a Duret por repetir los errores de Postel, de Bibliander y de otros escritores del siglo XVI.

A Duret había precedido Estienne Guichard: *L'Harmonie étymologique des langues hébraïque, chaldaïque, syriaque, — grecque, — latine, française, italienne, espagnole, — allemande, flamande, anglaise,* etc., París, 1606.

Hervás no conoce más que la segunda edición, París, 1618, y cree que la primera se publicó en 1608. El título de esta obra indica que Guichard distinguía cuatro clases de lenguas, a las cuales daríamos hoy los nombres de semítica, helénica, itálica y teutónica; deriva, sin embargo, el griego del hebreo.

J. J. Scaliger, en *Diatriba de Europœrum Linguis (Opuscula varia,* Parisiis, 1610), p. 119, distingue once clases de lenguas: el latín, el griego, el teutón, el eslavo, el epirota o albanés, el tártaro, el húngaro, el finés, el irlandés, el bretón hablado en el país de Gales y en Bretaña, y el vasco o cántabro.

explicar el procedimiento por el cual se ha dividido en tantos dialectos diversos, y cómo hacer remontar todos esos dialectos, como el griego, el latín, el copto, el persa y el turco, al hebreo, su fuente común?

No es posible figurarse todo al talento y toda la ciencia que se derrochó sobre esta cuestión en los siglos XVII y XVIII. Quizá no podemos encontrar nada semejante más que en las construcciones y los cálculos laboriosos de los antiguos astrónomos que tenían que dar cuenta de los movimientos de los cuerpos celestes, suponiendo siempre que la tierra permanecía inmóvil en el centro de nuestro sistema planetario. Pero, aunque sepamos ahora que los trabajos de esos filólogos han sido y no podían menos de ser estériles, sería una manera muy poco animadora de mirar los progresos humanos suponer que los esfuerzos de nuestros ilustres antecesores, aun en los momentos de su más falsa dirección, no fueron más que vana tortura de la mente. No hay que olvidar que el fracaso de hombres tan eminentes contribuyó más que todo a convertir la atención hacia el fondo mismo del problema, hasta que, al fin, un genio más atrevido cambió la posición de ese problema, y por ese sólo hecho le resolvió. Después de componerse libros tras libros para mostrar cómo se derivaban del hebreo el griego, el latín y todas las demás lenguas, y después de abandonarse un sistema tras otro, se acabó por preguntar por qué todas las lenguas debían derivarse *necesariamente* del hebreo, y esa sola pregunta cortó la dificultad [1]. Nosotros podemos comprender perfectamente que los teólogos de los siglos IV y V, muchos de los cuales no conocían el hebreo ni ninguna lengua más que la suya, supusieron que el hebreo era el origen de todo lenguaje;

(1) Guichard llegaba a sostener que, escribiéndose el hebreo de derecha a izquierda, y el griego de izquierda a derecha, se podían hacer remontar las palabras griegas al hebreo leyéndolas de derecha a izquierda.

pero ni en el antiguo ni en el Nuevo Testamento hay una sola palabra de donde derive necesariamente esa doctrina. Respecto de la lengua de Adán, no sabemos absolutamente nada; pero, si el hebreo bajo su actual forma nació de la confusión de las lenguas en la torre de Babel, es difícil admitir que fuese la lengua de Adán o de toda la tierra "cuando en toda la tierra no había aún más que una sola lengua".

He aquí por qué, si los sabios semitizantes del siglo XVII hicieron ciertos servicios a la clasificación de las lenguas, retardaron, por otra parte, los progresos de esa clasificación, despojándola de su carácter puramente científico y propagando ideas erróneas cuyo influjo se deja sentir aún en nuestros días.

El primero que se deshizo realmente del prejuicio que convertía al hebreo en origen de todo el lenguaje fué Leibniz (1), el contemporáneo y el émulo de Newton. Tanta razón hay, decía, para reputar el hebreo la lengua primitiva de la humanidad como para adoptar la opinión de Goropio que publicó una obra en Amberes, en 1580, para demostrar que el holandés fué la lengua hablada en el Paraíso (2). En una carta a Tenzel dice Leibniz: "Lla-

(1) Como se me ha censurado varias veces por haber escrito *Leibniz* sin *t*, séame lícito decir, en mi defensa, que, si he adoptado esta ortografía, no ha sido por negligencia, ni por ignorancia, ni por afectación —cargos todos que se me han dirigido— sino por la sencilla razón de que el mismo *Leibniz jamás* escribió su nombre *Leibnitz* ni en sus cartas ni en sus obras impresas.

(2) *Hermathena Joannis Goropii Becani*, Antuerpiæ, 1580. *Origines Antverpianæ*, 1569. Andrés Kempe, en su obra sobre la lengua del Paraíso, sostiene que Dios habló a Adán en sueco, que Adán respondió en danés, y que la serpiente habló a Eva en francés.

Chardín dice que, según la tradición persa, se hablaron tres lenguas en el Paraíso: el árabe por la serpiente, el persa por Adán y Eva, y el turco por el arcángel Gabriel.

J. B. Erro, en *El Mundo primitivo*, Madrid, 1814, quiere que la lengua de Adán fuese el vasco.

mar al hebreo la lengua primitiva es como si se llamase primitivos a troncos de árboles, o como si se dijese que en ciertas comarcas crecen troncos en vez árboles. Tales ideas se pueden concebir, pero no están en armonía con las leyes de la naturaleza ni con el orden del universo, es decir: con la sabiduría divina".

Pero Leibniz no se contentó con desembarazar el umbral de nuestra ciencia de ese gran obstáculo. Fué el primero que aplicó los principios de una inducción rigurosa a un asunto que hasta entonces se había estudiado sin método. Indicó la necesidad de empezar por recoger el mayor número posible de hechos. Se dirigió a los misioneros, a los viajeros, a los embajadores, a los príncipes y a los emperadores, solicitando su concurso para una obra que le inspiraba tanto interés. Los jesuítas trabajaron para él en China. Witsen, el viajero, le envió un presente de un valor inestimable: la traducción de la Oración dominical en hotentote. Después de haber entablado conocimiento con Pedro el Grande, Leibniz le escribió la siguiente carta, fechada en Viena el 26 de Octubre de 1713:

"Me he permitido sugerir que se pongan por escrito las numerosas lenguas, hasta aquí casi enteramente desconocidas y no estudiadas, que se hablan en el imperio de Vuestra Majestad y en sus fronteras; quisiera también que se reuniesen diccionarios, o, por lo menos, pequeños vocabularios, y que se tradujesen a esos idiomas los diez Man-

---

Hace unos doscientos años se entabló en el cabildo metropolitano de Pamplona una curiosa discusión cuyas conclusiones, conservadas en los archivos del cabildo, son las siguientes: —1. ¿Fué el vasco la lengua primitiva de la humanidad? Los doctos miembros declaran que, sea la que quiera su íntima convicción sobre ese punto, no se atreven a dar a esa pregunta una respuesta afirmativa. — 2. ¿Fué el vasco la única lengua hablada en el Paraíso por Adán y por Eva? Sobre este punto declaran los opinantes que no podría existir duda en su espíritu, y "que es imposible oponer a esa opinión ninguna objeción seria ni razonable". V. Hennequin, *Essai sur l'analogie des langues*, Burdeos, 1838, p. 60.

damientos, la Oración dominical, el Símbolo de los Apóstoles y otras partes del Catecismo, *ut omnis lingua laudet dominum.* Todo eso acrecentaría la gloria de Vuestra Majestad, que reina sobre tantas naciones, y que desea tan vivamente verlas marchar por las sendas del progreso. A la vez, comparando esos diferentes lenguajes, nos hallaríamos en situación de descubrir el origen de esas naciones que desde la Scitia, que os está sometida, avanzaron a otros países. Pero, sobre todo, eso contribuiría a difundir el cristianismo entre las naciones que hablan tales dialectos, y, con esta idea, he escrito sobre el mismo asunto al reverendísimo metropolitano". Leibniz trazó una lista de los términos más sencillos y más usados que deberían tomarse como puntos de comparación entre las diferentes lenguas. En su propia patria, mientras estaba ocupado de sus investigaciones históricas, recogió todo lo que podía proyectar alguna luz sobre el origen de la lengua alemana, y estimuló a Eccard y otros sabios al mismo trabajo. Hizo resaltar la importancia de los dialectos para ilustrar las cuestiones relativas al origen de las lenguas y a la etimología de sus palabras. Leibniz no emprendió nunca una clasificación sistemática de todo el dominio del lenguaje, y no fué afortunado cuando quiso clasificar los dialectos que había podido estudiar. Distinguió, es cierto, una clase jafética y una clase aramea, que ocupaban respectivamente el Norte y el Mediodía de Asia y Europa; creyó en el origen común de las lenguas y en la emigración de la raza humana de Oriente a Occidente; pero no supo determinar los grados exactos de parentesco entre las lenguas, y confundió con las lenguas jaféticas varios dialectos turanienses, como el finés y el tártaro. Si Leibniz hubiese tenido tiempo de ejecutar todos los planes concebidos por su vasto y fértil genio, o si hubiese sido comprendido y secundado por los sabios contemporáneos, la ciencia del lenguaje, en cuanto ciencia inductiva, hubiera podido fundarse un siglo antes.

Pero un espíritu, que se ocupaba al mismo tiempo y con el mismo éxito, de la erudición, de la teología, de la jurisprudencia, de la historia, de la filosofía y de las matemáticas, apenas podía hacer más que bosquejar el método que debe seguirse en el estudio del lenguaje. Leibniz descubrió el cálculo diferencial, y fué uno de los primeros que observaron, con ayuda de la naciente geología, las capas terrestres. Construyó una máquina de calcular, cuya primera idea había tenido en su infancia, y elaboró un proyecto de expedición a Egipto, que sometió a Luis XIV, a fin de apartar su atención de las fronteras de Alemania. El mismo hombre mantuvo una larga correspondencia con Bossuet para conseguir una reconciliación entre los protestantes y la Iglesia de Roma, y en su *Teodicea,* y en otras obras, se esforzó en defender la causa de la verdad y de la religión contra las invasiones de la filosofía materialista que tendía a desenvolverse en Francia y en Inglaterra. Se ha sostenido que los descubrimientos de Leibniz nunca han sido fecundos en resultados, y que casi siempre ha habido que rehacerlos; pero eso no es verdad a buen seguro en lo que toca a la ciencia del lenguaje. El interés que despertó por el estudio de las lenguas no se ha extinguido desde entonces, y no ha cesado de hacerse más vivo y más ardiente. Desde que se ha comprendido lo mucho que importa reunir, si así puede decirse, como un herbario completo de las lenguas de la humanidad, los misioneros y los viajeros han mirado como un deber formar listas de palabras y componer gramáticas, siempre que se han hallado en contacto con una raza nueva. Las dos grandes obras de principios del siglo XIX que nos presentan los frutos de esas investigaciones (quiero hablar del *Catálogo de las lenguas,* de Hervás, y del *Mitrídates,* de Adelung) proceden directamente de la influencia de Leibniz. Hervás había leído a Leibniz con el mayor detenimiento. y, aunque difiere de él en ciertos puntos, reconoce plenamente todo lo

que le debe el estudio filosófico de las lenguas. Del *Mitrídates,* de Adelung, y de lo que debe a Leibniz, tendremos que ocuparnos dentro de poco.

Hervás, nacido en España en 1735, murió en 1809. Entró en la Compañía de Jesús, y mientras predicaba el Evangelio, como misionero, entre los indios de América que hablan innumerables dialectos, consagró su atención a un estudio sistemático de las lenguas. A su vuelta, residió ordinariamente en Roma, en medio de los numerosos misioneros jesuítas que en aquella época habían regresado de todas las partes del mundo, y los datos que le suministraron sobre los dialectos de los pueblos, en cuyo conversión acababan de trabajar, le prestaron un valioso servicio para sus investigaciones.

Las más de sus obras fueron escritas en italiano, y traducidas después al español. Nos es imposible ocuparnos aquí de todos sus trabajos literarios que abrazan los más vastos asuntos, y de que él quería formar una especie de *Cosmos,* a que dió el título de *Idea del Universo.* Lo interesante para nosotros son las obras en que trata del hombre y del lenguaje como parte del universo, y, sobre todo, su *Catálogo de las lenguas,* en seis volúmenes, publicado en español el año 1800.

Si comparamos la obra de Hervás con otra del mismo género que hizo gran ruido hacia fines del siglo XVIII, el *Mundo primitivo,* de Court de Gébelin, cuyo nombre, aun hoy es más conocido que el de Hervás, veremos inmediatamente toda la superioridad del jesuíta español sobre el filósofo francés. Gébelin mira el persa, el armenio, el malayo y el copto como dialectos del hebreo; habla del vascuence como si fuese una rama del céltico, y trata de descubrir palabras hebreas, griegas, inglesas y francesas en los idiomas de América. Hervás, al contrario, aunque comprendiendo en su catálogo un número de lenguas cinco veces mayor que el que conocía Gébelin, se cuida mucho

de no aventurar nunca ninguna teoría que no descanse sobre hechos. Es fácil ahora citar errores e inexactitudes en Hervás, pero me parece que sus más severos críticos han sido los que más motivos tenían para estarle agradecidos. No era un servicio pequeño reunir ejemplares y noticias de más de trescientas lenguas; pero Hervás no se limitó a eso: él mismo compuso las gramáticas de más de cuarenta idiomas, y fué el primero que demostró que la verdadera afinidad de las lenguas debe determinarse sobre todo por los hechos gramaticales, y no por una simple semejanza de las palabras (1). Probó, mediante un cuadro comparativo de las declinaciones y de las conjugaciones, que el hebreo, el caldeo, el siriaco, el árabe, el etíope y el amhárico no son más que dialectos de una misma lengua primitiva, y componen una misma familia de lenguas: la familia semítica. Rechazó la idea de derivar todos los idiomas de la humanidad del hebreo. Había descubierto señales evidentes de afinidad entre el húngaro, el lapón y el finés, tres dialectos que se incluyen ahora en la familia turania (1). Había probado, contra la opinión común, que el vascuence no era un dialecto céltico, sino una lengua independiente que hablaban los primeros habitantes de España, como lo

(1) "Mas se deben consultar gramáticas para conocer su carácter propio por medio de su artificio gramatical". (En español en el original.—*(N. del T.)*—*Catálogo,* I, 65. El mismo principio sentó lord Monboddo, hacia 1795, en su *Ancient Metaphisics,* vol. IV, p. 326. "Mi última observación es que, siendo el mecanismo de una lengua menos arbitrario y estando más sometido a regla que la pronunciación o la significación de las palabras, tenemos en él un excelente criterio para determinar la afinidad de las lenguas entre sí. Por eso, cuando vemos a dos lenguas emplear del mismo modo los grandes procedimientos del lenguaje, la derivación, la composición y la inflexión, podemos inferir con certidumbre, a mi juicio, que la una deriva de la otra, o que las dos son dialectos de una misma lengua primitiva."

(1) *Catálogo,* I, 49. En una carta a Leibniz, fechada en 22 de Mayo de 1698, Witsen hace igualmente alusión a la afinidad entre el tártaro y el mongol.

prueban los nombres de las montañas y de los ríos del país ([2]). Más aún: uno de los bellos descubrimientos de la ciencia del lenguaje, el reconocimiento de la familia de las lenguas malayas y polinésicas, que abarca 208 grados de longitud, desde la isla de Madagascar, al Este de Africa, hasta la isla de las Pascuas, al Oeste de América, fué hecho por Hervás mucho antes de ser anunciado al mundo por Humboldt ([3]).

Hervás no ignoraba tampoco la gran conformidad gramatical que une al sánscrito y el griego; pero los datos incompletos que pudo proporcionarle su amigo, el misionero carmelita Fra Paolino a Santo Bartholomeo, autor de la primera gramática sánscrita, publicada en Roma en 1790, no le permitieron conocer todo el alcance de ese descubrimiento. Podemos comprender cuánto se acercó Hervás a la verdad, cuando le vemos comparar palabras como *Theos,* Dios, en griego, y *Deva,* Dios, en sánscrito. Reconoció la identidad del verbo auxiliar griego *eimi, eis, esti,*

([2]) Leibniz sostenía la misma opinión (véase Hervás, *Catálogo,* I, 50), aunque consideraba a los celtas de España como descendientes de los iberos.

([3]) *Catálogo,* I, 30. "Verá que la lengua llamada *malaya,* la cual se habla en la península de Malaca, es matriz de innumerables dialectos de naciones isleñas, que desde dicha península se extienden por más de doscientos grados de longitud en los mares Oriental y Pacífico."

Catálogo, II, 10. "De esta península de Malaca han salido enjambres de pobladores de las islas del mar Indiano y Pacífico, en las que, aunque parece haber otra nación, que es de negros, la *malaya* es generalmente la más dominante y extendida. La lengua malaya se habla en dicha península, continente del Asia, en las islas Maldivar, en la de Madagascar (perteneciente al Africa), en las de Sonda, en las Molucas, en las Filipinas, en las del archipiélago de San Lázaro y en muchísimas del mar del Sur desde dicho archipiélago hasta islas que, por su poca distancia de América, se creían pobladas por americanos. La isla de Madagascar se pone a 60º de longitud, y a los 268º se pone la isla de Pascua o de Davis, en la que se habla otro dialecto malayo; por lo que la extensión de los dialectos malayos es de 208 grados de longitud." (En español en el original. —*N. del T.*)

yo soy, tú eres, él es, con el sánscrito *asmi, asi, asti;* hasta mostró que las desinencias de los tres géneros en griego, *os, e, on,* son las mismas que el sánscrito *as, á, am* (1); pero, como creía que la filosofía y la mitología griega habían tenido su origen en la India, supuso que los griegos habían tomado también de los indios algunas de sus palabras, y aun el arte de distinguir los géneros.

La segunda obra que representa la ciencia del lenguaje a principios del siglo XIX, y que es debida mucho más aún al impulso dado por Leibniz, es el *Mitrídates* de Adelung. La obra de Adelung está basada, en parte, en el *Catálogo* de Hervás, en parte en las listas de palabras recogidas bajo los auspicios del gobierno ruso, gracias a las instigaciones de Leibniz. Aunque Pedro el Grande no tuviese tiempo ni gusto para ocuparse de estudios filológios, el gobierno de Rusia no perdió nunca de vista el proyecto de una vasta colección de todos los idiomas del imperio. Pero la ciencia del lenguaje debía de ver días mejores aún: después de haber tenido el patronato de César en Roma, encontró una protectora mucho más devota en la gran tsarina del Norte, en la gran Catalina (1762-1796). Cuando Catalina no era aún más que gran duquesa, consagró todo su pensamiento a la compilación de un Diccionario universal, con arreglo al plan propuesto por Leibniz. Animó a Daniel Dumaresq, capellán de la factoría inglesa de San Petersburgo, a emprender ese trabajo, y se dice que éste publicó, a instancias suyas, un *Vocabulario comparativo de las lenguas orientales.* Sin embargo, si esa obra ha existido, se ha perdido completamente. El supuesto autor murió en Londres, a una edad avanzada, en 1805. Cuando Catalina subió al trono, sus estudios filológicos la ocuparon casi tanto como sus proyectos de conquista; y una vez se encerró durante cerca de un año, para consagrarse por entero a su

(1) *Catálogo,* II, 134.

Diccionario comparativo. Se podrá leer con interés una carta que escribió en esa época a Zimmermann, y que está fechada en 9 de Mayo de 1785:

"Vuestra carta me ha sacado de la soledad en que me había confinado casi hace cerca de nueve meses, y de que me ha costado trabajo salir. Difícilmente sospecharéis lo que hacía; por la rareza del hecho, os lo diré. He hecho un registro de doscientas a trescientas palabras radicales de la lengua rusa, y las he mandado traducir en todas las lenguas y dialectos que he podido encontrar: el número pasa ya de la segunda centena. Todos los días tomaba una de esas palabras, y la escribía en todas las lenguas que podía reunir. Esto me ha enseñado que el *celta* se parece al *ostiaco;* que lo que quiere decir *cielo* en una lengua significa *nube, niebla, bóveda,* en otras; que la palabra *Dios* significa, en ciertos dialectos, el altísimo o el muy bueno, y, en otros, el fuego o el sol. *Dieses Steckenpferdchens wurde ich überdrüssig, nachdem das Buch von der Eeinsankeit durchgelesen war* (1). Pero, como hubiese sentido arrojar al fuego tan gran masa de papel —sobre que la sala de diez varas de largo, que habitaba a guisa de gabinete en mi ermita, estaba bastante caliente— supliqué al profesor Pallas que viniese aquí, y después de la confesión exacta de mi parte de este pecado, hemos convenido en imprimir esas traducciones para utilidad de los que tengan ganas de ocuparse de la obsesión ajena; no se espera ya, para ese fin, más que algunos dialectos de la Siberia oriental. Allí verá, o no verá, el que quisiere, cosas luminosas de más de un género; eso dependerá de la respectiva disposición de espíritu de los que se ocupen del asunto, y no va conmigo para nada."

Cuando una emperatriz tiene una manía, no falta gente que la secunde. No sólo se invitó a todos los embajadores

(1) Me he cansado de mi manía después de haber leído vuestro libro sobre la soledad.

rusos a acopiar materiales, no sólo proporcionaron gramáticas y diccionarios profesores de Alemania, sino que el mismo Washington, por dar gusto a la emperatriz, envió su lista de palabras a todos los gobernadores y a todos los generales de los Estados Unidos, con orden de dar las voces equivalentes en los dialectos americanos. En 1787 apareció el primer volumen del diccionario imperial, con una lista de doscientas ochenta y cinco palabras en cincuenta y un lenguas de Europa y en ciento cuarenta y nueve lenguas de Asia (1). Sin desconocer todo el mérito de Catalina, justo es no olvidar al filósofo que, cerca de cien años antes, sembró la semilla que había caído en una buena tierra.

Como colecciones de palabras, las obras de Hervás, de la emperatriz Catalina y de Adelung tiene un gran valor, y, sin embargo, la ciencia de la clasificación de las lenguas ha hecho tales progresos de cincuenta años a esta parte, que pocas personas las consultan en nuestros días. El principio en que se basa su trabajo de clasificación apenas merece llamarse científico, puesto que adoptaron la división geográfica, distribuyendo las lenguas en lenguas de Europa, de Asia, de Africa, de América y de Polinesia, aunque reconociendo afinidades naturales entre los dialectos hablados a doscientos ocho grados uno de otro. Los diferentes idiomas parecían flotar como islas en el océano del lenguaje humano; no se aglomeraban para formar más vastos continentes. He ahí un período muy crítico en la historia de toda ciencia; y, si no hubiese sobrevenido un feliz accidente que, como

(1) *Glossarium comparativu Linguarum totius Orbis*, Petersburgo, 1787. En 1790-91 publicó Jankiewitsch de Miriewo, en cuatro volúmenes, una segunda edición en que las palabras aparecen colocadas por orden alafbético. Esa obra contiene 279 lenguas, a saber: 171 en Asia, 55 en Europa, 30 en Africa y 23 en América. Según Pott, *Ungleichheit*, p. 230, contiene 277 lenguas: 185 en Asia, 22 en Europa, 28 en Africa y 15 en América; lo cual daría 280. Es un libro muy raro.

una chispa eléctrica, hizo cristalizar en formas regulares todos esos elementos flotantes, es más que dudoso que esas largas listas de lenguas y de dialectos enumerados y descritos en las obras de Hervás y de Adelung hubiesen podido continuar excitando mucho tiempo el interés de los filólogos. Esa chispa eléctrica fué el descubrimiento del sánscrito.

El sánscrito es la antigua lengua de los indos, que cesó de hablarse trescientos años, por lo menos, antes de Jesucristo. En esa época los habitantes de la India hablaron diferentes dialectos que eran con relación al antiguo sánscrito bédico lo que el italiano en relación al latín. Algunos de esos dialectos (porque había varios en diversas comarcas de la India) nos son conocidos por las inscripciones que el célebre rey Asoka mandó grabar en los peñascos de Dhauli, de Girnar y de Kapurdigiri, y que han sido descifradas por Prinsep, Norris Wilson y Burnouf. Podemos seguir el desarrollo de esos dialectos locales en el *pali,* lengua sagrada del budhismo en la isla de Ceilán, y antiguo idioma popular del país que fué la cuna de esa religión: el Behár moderno, la antigua Magadha. Reconocemos los mismos dialectos en lo que se llama los idiomas prâkrits, empleados más tarde en el drama indo, en la literatura sagrada de los Djainas y en un pequeño número de composiciones poéticas; y vemos, en fin, modificarse todos esos dialectos, al contacto de los diferentes conquistadores de la India, por la adopción de palabras árabes, persas, mongolas y turcas, y por la corrupción de su sistema gramatical, hasta que llegan a ser a la larga el indui, el indostani, el mahrata y el bengali, lenguas modernas de la península. Durante todo ese período, el sánscrito siguió siendo la lengua literaria de los brahmanes. Esa lengua, como el latín, no expiró, al dar nacimiento a sus numerosos vástagos, y hoy aún un brahmán docto escribe más corrientemente en sánscrito que en bengali. El sánscrito ha sido absolutamente lo que fueron

el griego en Alejandría y el latín en la Edad Media: es a la vez la lengua sagrada y la lengua clásica de los brahmanes, en que se compusieron sus himnos sagrados, los Vedas, y obras posteriores como las leyes de Manú y los Puranas.

En todo tiempo se ha conocido la existencia de la lengua que fué el antiguo idioma de la India y el instrumento de una rica literatura; y, si aún quedan algunas dudas sobre su antigüedad y su autenticidad, como las expresadas por Dugald Stewart en sus *Conjeturas respecto al origen del sánscrito,* basta, para desvanecerlas, dirigir una ojeada a la historia de la India, y a los relatos que nos han dejado los autores de las diferentes naciones que conocieron el lenguaje y la literatura de ese país.

El hecho de que casi todos los nombres de personas y de lugares mencionados por los autores griegos y latinos son sánscrito puro ha sido tan evidenciado ya por la erudición moderna, que sobre este punto no podríamos añadir nada.

La nación más antigua, después de los griegos, en que encontramos el conocimiento de la lengua y de la literatura de la India, son los chinos. Aunque el budhismo no fuese reconocido como una tercera religión de Estado anteriormente al año 65 antes de Jesucristo, bajo el emperador Ming-ti, ya en el siglo III antes de nuestra era habían ido de la India a la China misioneros budhistas. En los anales de la China se hace mención de un misionero budhista en el año 217; y hacia el año 120 antes de Jesucristo un general chino, después de haber derrotado a las tribus bárbaras, al Norte del desierto de Gobi, llevó, como trofeo de su victoria, una estatua de oro, la estatua de Budha. El nombre mismo de Budha, transformado en chino en Fo-tó y Fo, es sánscrito puro, y procede de la India, así como todas las palabras y todos los pensamientos de esa religión. El sánscrito era lo que los peregrinos chinos iban a estudiar a la India, a fin de tener la clave de la literatura sagrada del budhismo. Llaman a esa lengua *fan,* pero *fan,* como ha de-

mostrado M. Stanislas Julien, es una abreviación de *fanlanmo*, la única traducción posible en chino del sánscrito *brahmâ*. Cuéntase que el emperador Ming-ti, de la dinastía de los Han, envió a Tsai-in y otros altos funcionarios a la India, para que se instruyesen en la doctrina de Budha. Con ayuda de dos sabios budhistas, Matânga y Chu-falan, tradujeron en chino algunas de las obras más importantes del budhismo. Las relaciones intelectuales entre la península india y las regiones septentrionales de Asia continuaron sin interrupción durante varios siglos. De China se enviaban a la India sabios, para que estudiasen su geografía, su religión, su estado político y social; pero lo que constituía, ante todo, el objeto de sus estudios, y lo que atraía a los peregrinos chinos allende el Himalaya, era la religión de Budha.

Unos trescientos años después de haber sido reconocido el budhismo públicamente por el emperador Ming-ti, empezaron a dirigirse de la China a la India las corrientes de los peregrinos budhistas. La más antigua relación de esas peregrinaciones que ha llegado a nosotros se encuentra en el *viaje* de Fa-hian, que visitó la India hacia fines del siglo IV de nuestra era. Después de Fa-hian tenemos los viajes de Hoei-seng y de Songyun, que fueron a la India en 518 por orden de la emperatriz para recoger reliquias y libros sagrados. Viene luego Hiuen-thsang, cuya vida y viajes, de 629 a 645, ha hecho tan populares la excelente traducción de M. Stanislas Julien. Después de Hiuen-thsang las principales obras de los peregrinos chinos son el itinerario de los cincuenta y seis monjes, publicado en 730, y los viajes de Ji-nie, que visitó la India en 964 a la cabeza de trescientos peregrinos. Que durante todo ese período el sánscrito era la lengua sabia de la India es un hecho que prueban, no sólo los nombres propios y todos los términos de filosofía y de teología citados en los viajes de los peregrinos chinos, sino también un corto paradigma de declinación y de conjugación sánscritas que Hiuen-thsang incluyó en su diario.

Inmediatamente después de la entrada de los mahometanos en la India, vemos traducir obras sánscritas en persa y en árabe. En el reinado del segundo califa abasida Almanzor, en el año 773 de J. C., un indio versado en la astronomía visitó la corte del califa, llevando consigo tablas de las ecuaciones de los planetas, calculadas según los movimientos medios, y también observaciones relativas a los eclipses de sol y de luna, así como al orto de los signos del zodíaco, que decía haber sacado de las tablas astronómicas de un príncipe indio, a quien el autor árabe llama Phighar. El califa, apresurándose a aprovechar esa feliz coyuntura, mandó que se tradujese el tratado indio para que sirviese de guía a los árabes en su estudio de los astros. Esa traducción, debida a Mohammed-bem-Ibrahim-Alfazári, es conocida de los astrónomos con el título de gran *Sind-hind* o *Hind-sind*, porque de los dos modos se encuentra escrita la palabra.

Hacia la misma época, Yacub, hijo de Tharec, compuso un tratado de astronomía fundado en el Sindhind. Harum-al-Rashid (786-809) tenía en su corte dos médicos indios, Manka y Saleh. Manka tradujo del sánscrito al persa el tratado clásico de medicina titulado *Susruta,* y un tratado de los venenos atribuído a Chânakya. Bajo el califa Al-Mamum, Mohammed-ben-Musa tradujo del sánscrito al árabe un tratado célebre de álgebra.

Abu- Rihan-al-Biruni (nacido en 970, muerto en 1031) pasó cuarenta años en la India, y compuso su excelente obra el *Tariju-l'Hind,* que nos presenta un cuadro fiel de la literatura y de las ciencias de los indos en esa época. El sultán de Jawarazm agregó a Albiruni a una embajada que envió a Mahmud el Ghaznevida y a Masud de Lahora, y de que se negó a formar parte el sabio Avisena. Albiruni debió poseer a parte la lengua sánscrita, porque no sólo tradujo del sánscrito al árabe dos tratados, uno sobre la filosofía Sânkhya, y otro sobre la filosofía Yoga, sino que también hizo trasladar dos obras del árabe al sánscrito.

Hacia 1150 Abu Saleh tradujo del sánscrito al árabe un escrito sobre la educación de los reyes.

Se cuenta que dos siglos más tarde, después de la toma de Nagarcote, Firoz Shah, hizo que Mauléna Izzu-d-din Jalid Jani tradujese varios tratados de filosofía compuestos en sáscrito. En 1381 se tradujo igualmente del sánscrito un tratado de veterinaria atribuído a Sâlotar, preceptor, se dice, de Susruta. La Biblioteca real de Lucknow poseía un ejemplar de esta obra.

Avanzando otros dos siglos, llegamos al reinado de Akbar (1556-1605), y podemos decir que nunca ocupó el trono de la India hombre más extraordinario. Después de haber sido educado en el mahometismo, renunció a la religión del Profeta como una vana superstición, y consagró toda su vda a la investigación de la verdad. Llamó a su corte brahmanes y adoradores del fuego, y les mandó discutir en su presencia las pruebas de su religión con los doctores mahometanos. Cuando supo la presencia de los jesuítas en Goa, los invitó a ir a su capital, y, durante muchos años, se creyó que se había convertido en secreto al cristianismo. Pero, en realidad, no fué más que un deísta, y él mismo declaró que jamás había creído nada, fuera de lo que su razón podía comprender. La religión de que fué fundador, y que se ha llamado *Ilahi,* es simplemente el deísmo, al cual añadió el culto del sol, considerando como el más puro y noble emblena de la divinidad. Aunque Akbar, por su parte, no sabía leer ni escribir, su corte fué el centro de reunión de los sabios de todas las creencias. Todos los libros de distintos idiomas, de que podía esperar sacar alguna luz para ilustrar los problemas que le preocupaban, eran traducidos al persa por orden suya. Tenía traducciones del Nuevo Testamento, del *Mahâbhârata,* del *Râmâyana,* del *Amarakosha* y de otras obras clásicas de la literatura sánscrita; pero, a pesar de su deseo de poseer los libros sagrados de las diferentes naciones, no

parece que lograse obtener de los brahmanes una traducción de los Vedas. Verdad es que Hadjl Ibrahim Sirhindi tradujo para el emperador el *Atharvaveda;* pero, sobre que ese Veda no ha gozado nunca de la misma autoridad que los otros tres, es dudoso que por *Atharva-veda* se haya entendido otra cosa que los *Upanishads,* varios de los cuales pudieron ser compuestos para edificación de Akbar. La leyenda siguiente nos muestra de qué modo guardaban los brahmanes el depósito sagrado de su religión bajo los emperadores mongoles. Cuéntase que, no habiendo podido arrancar a los brahmanes el secreto de su religión ni súplicas ni amenazas, Akbar decidió recurrir a la astucia. Por orden suya se confió al cuidado de esos sacerdotes un niño llamado *Fiezi,* a quien se daba por un pobre huérfano de la casta sacerdotal, única que puede ser iniciada en sus ritos sagrados. Preparado Fiezi para el papel que debía representar, fué conducido secretamente a Benarés, el centro de los estudios en el Indostán; allí fué acogido en la casa de un sabio brahmán, que le educó como si hubiese sido su hijo. Cuando llevaba diez años estudiando, Akbar quiso volver a tenerle cerca de sí; pero el joven se había enamorado de la hija de su maestro. El viejo brahmán vió esa inclinación sin disgusto, porque quería a Fiezi, y le ofreció su hija en matrimonio. Fluctuando algún tiempo entre el amor y la gratitud, el joven se dicidió al fin a confesarlo todo, y, echándose a los pies del brahmán, le descubrió la estratagema a que se había prestado, suplicándole que le perdonase su ofensa. El sacerdote, sin dirigirle reconvenciones, cogió un puñal que llevaba al cinto, y se le hubiese hundido en el corazón, a no retenerle Fiezi el brazo. El joven trató de ablandarle por todos los medios, declarándose dispuesto a todo para expiar su perfidia. El brahmán, deshaciéndose en lágrimas, prometió perdonarle, a condición de que hiciese juramento de no traducir jamás los *Vedas* o libros sagrados, y de no revelar jamás a nadie

el símbolo de la religión de Brahma. Fiezi hizo el juramento inmeditamente; la historia no dice hasta qué punto fué fiel a él, pero es lo cierto, añade el autor de quien tomamos este relato, que hasta el presente "jamás se han traducido los libros sagrados de los indos".

Acabamos de comprobar la existencia del sánscrito como lengua de la literatura y de la religión de la India desde la época de Alejandro hasta el reinado de Akbar. Cien años después de Akbar, el hijo mayor del shah Jehan, el infortunado Dárá, se entregó a los estudios religiosos con el ardimiento que había distinguido a su antecesor. Aprendió el sánscrito, y en 1657, un año antes de recibir la muerte de su joven hermano el fanático Aurengzebe, tradujo al persa los *Upanishads,* esos tratados filosóficos que siguen a los *Vedas*. La traducción de ese príncipe fué vertida al francés por Anquetil Duperron en 1795, y durante mucho tiempo fué la fuente principal en que los sabios de Europa adquirían su conocimiento de la literatura sagrada de los brahmanes.

En el tiempo a que hemos llegado ahora, es decir, bajo el reinado de Aurengzebe (1657-1708), el contemporáneo y émulo de Luis XIV, la existencia de la lengua y de la literatura sánscritas era conocida, si no de los sabios de Europa, por lo menos de los europeos que residían en la India, y, sobre todo, de los misioneros; pero cuál es el primer europeo que aprendiese el sánscrito, cosa es difícil de determinar. Cuando Vasco de Gama desembarcó en Calicut el 9 de mayo de 1498, el P. Pedro empezó inmediatamente a predicar a los indios, y había sufrido el martirio antes de que el explorador de esas lejanas regiones estuviese de vuelta en Lisboa. Cada buque que llegaba a la India llevaba nuevos misioneros; pero durante mucho tiempo sus cartas y sus relatos no hacen ninguna mención del sánscrito ni de la literatura sánscrita. El primero que organizó la grande obra de la predicación del Evangelio en la India fué San

Francisco Javier (1542); y tales fueron su celo, su abnegación y su fortuna para ganar todos los corazones, los de los ricos como los de los pobres, que, entre otros dones milagrosos, le atribuyeron sus amigos el don de las lenguas. Sin embargo, hay que llegar al año 1559 para ver a los misioneros de Goa estudiar, con la ayuda de un brahmán converso, la literatura teológica y filosófica del país, y desafiar a los brahmanes a disputas públicas.

De 1581 a 1588 vivió en Goa un sabio italiano, Filippo Sassetti, que ocupaba un eminente puesto entre los eruditos de la época. Sus cartas se han publicado recientemente en Florencia, y en una de ellas afirma que todos los libros de ciencia que poseen los indos están escritos en una sola y misma lengua, que lleva el nombre de *Sánscruta.* Este término, añade, significa "una lengua bien articulada". Se aprende, prosigue, como nosotros aprendemos el griego y el latín, y se necesitan seis o siete años para llegar a poseerla. Nadie sabe cuándo se habló esa lengua, pero tiene muchas palabras que le son comunes con los idiomas hablados en el país y aun con el italiano. Esta última relación es notable, sobre todo en lo que atañe a los numerales 6, 7, 8, 9, a los términos que designan Dios, la serpiente y a otras muchas más palabras. Luego añade: "Yo hubiese debido venir aquí a los diez y ocho años para volver a Europa con algún conocimiento de todas estas bellas cosas."

El primer misionero europeo que poseyó realmente a fondo la lengua sánscrita pertenece a un período más reciente, que se puede llamar la época de Roberto de Nobili, para diferenciarla de la que domina el genio de Francisco Javier. Roberto de Nobili fué a la India en 1606. Noble de nacimiento, y de un espíritu culto y delicado, comprendió fácilmente el desvío de las castas superiores, y en particular de los brahmanes, respecto de las comunidades cristianas establecidas en Madura y en otros puntos, y compuestas, casi en su totalidad, de pobres gentes sin educación ni

cultura. Concibió entonces el proyecto atrevido de presentarse como brahmán, a fin de tener acceso cerca de los sabios y de los grandes del país. Se encerró durante años, entregándose a un estudio profundo, no sólo del tamul y del teluga, sino también del sánscrito; y cuando, después de un estudio paciente de la lengua y de la literatura de los brahmanes, se sintió fuerte para luchar con sus antagonistas, se presentó en público con el traje de los brahmanes, llevando su cinto y su marca en la frente, siguiendo su régimen de vida, y hasta sometiéndose a las mil observancias de su casta. A pesar de las persecuciones de los brahmanes, que le temían, y de sus compañeros, que no sabían comprenderle, el éxito coronó sus esfuerzos. Su vida en la India, donde murió ciego y en una edad evanzada, está llena de interés para el misionero; pero aquí no puede ocuparnos más que como el primer europeo que venció todas las dificultades del sánscrito. El que podía citar a *Manú,* los *Purânas* y aun escritos como los *Âpastamba Sûtras,* que no son conocidos aún, en nuestro tiempo, más que por el pequeño número de indianistas que pueden leer los manuscritos sánscritos, debió tener un conocimiento muy extenso de la lengua y de la literatura de los brahmanes; y cuando anunció que venía a predicar un nuevo y cuarto Veda que se había perdido, esa idea revelaba lo bien que conocía el fuerte y el flaco del sistema teológico que quería destruir. Es un hecho sorprendente que no hayan atraído la atención de los sabios las memorias que dirigió a Roma para sincerarse de la acusación de idolatría formulada contra él, y en las cuales pinta fielmente el cuadro de la religión, de las costumbres y de la literatura de los brahmanes. La cuestión de los acomodamientos, como se la llamaba, ocupó a los cardenales y a los Papas durante años, pero ninguno de ellos parece haber comprendido el interés extraordinario inherente a una antigua civilización bastante vivaz y poderosa para que hasta los misioneros de Roma creyesen

deber guardar con ella miramientos. En un instante en que el descubrimiento de un solo manuscrito griego hubiese sido saludado con júbilo por todos los sabios de Europa, el descubrimiento de toda una gran literatura pasó inadvertido. La hora del sánscrito no había sonado aún.

Hay otro misionero jesuíta del siglo XVII que consiguió aprender el sánscrito, Heinrich Roth. Hallándose establecido en Agra, logró, a fuerza de instancias, que un brahmán le enseñase los elementos del sánscrito; después de seis años de laboriosos estudios llegó a poseer a fondo esa difícil lengua. Estando en Roma el año 1666, redactó esa interesante reseña del alfabeto sánscrito que Athanasius Kircher publicó en su *China illustrata* (1667).

Nos acercamos ahora al siglo XVIII, y entonces es cuando vemos, al fin, a los sabios europeos empezar a dirigir su atención hacia ese descubrimiento extraordinario de que ya no había medio de dudar, hacia el descubrimiento de una rica literatura india, cuya antigüedad parecía exceder a la de toda otra literatura conocida. Los jesuítas franceses que Luis XIV mandó a la India después del tratado de Ryswick sostuvieron una correspondencia literaria con individuos de la Academia de inscripciones y bellas letras. Los miembros de esa docta corporación les dirigieron preguntas, y sus respuestas fueron impresas, ya en las *Memorias de la Academia* (antigua serie), ya en las *Cartas edificantes*. Las respuestas que el Padre Cœurdoux dió en 1767 a las preguntas que le había dirigido el abate Barthélemy, y la correspondencia que mantuvo después con Anquetil Duperron, contienen muchos materiales interesantes. Tendremos que volver a hablar de este sabio misionero como uno de los primeros que comprendieron el verdadero carácter de la semejanza entre la antigua lengua de la India y los diferentes idiomas de Europa. Uno de sus colegas, el Padre Calmette, en una carta fechada en Vencataguiry, reino de Carnate, el 24 de enero de 1733, nos dice

que en esa época los jesuítas tenían misioneros que, no sólo poseían bien los elementos del sánscrito clásico, sino que podían leer algunas partes de los Vedas. Estaban formando una biblioteca oriental de que empezaban, dice, a sacar gran partido en interés de su propaganda religiosa. De ese arsenal del paganismo sacaban las armas que hacían en los brahmanes las heridas más profundas. Poseían su filosofía, su teología, y particularmente los cuatro *Vedas,* que contienen la ley de los brahmanes, y que los indos miraban desde tiempo inmemorial como sus libros sagrados, como libros de una autoridad irrefragable, e inspirados por el mismo Dios.

"Desde que hay misioneros en la India (continúa) jamás se ha creído que fuese posible encontrar ese libro tan respetado de los indos. Y, en efecto, no lo habríamos logrado nunca, a no tener brahmas cristianos ocultos entre ellos. Porque ¿cómo le hubiesen comunicado a Europa, y, sobre todo, a los enemigos de su culto, quienes, a reserva de su casta, no le comunican a la India misma?... Lo maravilloso es que la mayoría de los depositarios del *Vedan* no comprenden su sentido: porque está escrito en una lengua muy antigua, y el *Samuscrutam,* que es tan familiar a los sabios como el latín para nosotros, no basta para conseguirlo, si no es con ayuda de un comentario, tanto para los pensamientos como para las palabras, que llaman *Mahabachiam,* o "el gran comentario". Los que se consagran al estudio de esta última clase de libros son entre ellos los sabios de primer orden".

Más lejos (p. 437), añade: "Desde que el *Vedam,* que contiene sus libros sagrados, está en nuestras manos, hemos sacado de él texto a propósito para convencerles de las verdades fundamentales que arruinan la idolatría: porque la unidad de Dios, los caracteres del verdadero Dios, la salvación y la reprobación están en el *Vedam;* pero las verdades que se encuentran en este libro aparecen

diseminadas en él como granos de oro en montañas de arena..."

En otra carta, fechada el 16 de setiembre de 1737, escribe el mismo misionero: "Pienso como vos, mi reverendo Padre, que hubiese convenido consultar con más detenimientos los libros originales de la religión de los indos; pero hasta aquí esos libros no estaban en nuestras manos, y se ha creído mucho tiempo que no era posible encontralos, sobre todo los principales, que son los cuatro *Vedam.* Sólo hace cinco o seis años, con motivo de un sistema de biblioteca oriental para el rey, se me encargó buscar libros indos que pudiesen formarla. Hice entonces descubrimientos importantes para la religión, entre los cuales encuentro los cuatro *Vedam* o libros sagrados. Pero esos libros, que apenas entienden a medias los más hábiles doctores, que un brahma no se atrevería a explicarnos por temor de tener que sentir con su casta, y cuya clave no nos da aún el uso del Samscrutam o de la lengua sabia, porque están escritos en una lengua más antigua, esos libros, digo, son por más de una razón libros sellados para nosotros. Textos de ellos se ven explicados, no obstante, en sus libros de teología. Algunos son inteligibles a favor del Samscrutam, particularmente los sacados de los últimos libros del *Vedam,* que, por la diferencia de la lengua y del estilo, son posteriores a los primeros en más de cinco siglos."

Algunos años después de Calmette, el Padre Pons trató de presentar, en un cuadro de conjunto, la indicación de todos los tesoros literarios de los brahmanes, y su reseña, fechada en Karikal, en el Madure, el 23 de noviembre de 1740, y dirigida al Padre Du Halde, se publicó en las *Cartas edificantes.* El Padre Pons da allí una descripción muy interesante, y, en general, muy exacta de las diferentes ramas de la literatura sánscrita, de los cuatro Vedas, de los tratados gramaticales, de los seis sistemas de filoso-

fía y de la astronomía de los indos. Se anticipa, en varios puntos, a las investigaciones de sir William Jones.

Las cartas de los Padres Pons, Cœurdoux, Calmette y otros excitaron un vivo interés, pero ese interés debía necesariamente quedar estéril mientras no se tuviese ni gramáticas, ni diccionarios, ni textos que permitiesen estudiar el sánscrito como se estudiaba el griego y el latín. El abate Barthelémy, en 1763, había pedido al Padre Cœurdoux que le enviase, ante todo, una gramática de la lengua sánscrita, aunque ya entonces, a lo que parece, la Biblioteca Real de París poseía una gramática sánscrita escrita en latín, y que daba las palabras sánscritas en caracteres bengalís. La única parte que faltaba era la sintaxis, y posteriormente llenó esa lengua el Padre Cœurdoux. En Roma también parece haber existido en la biblioteca del Colegio romano los materiales de una gramática sánscrita, debidos a la pluma de H. Roth; los documentos de la misma naturaleza parecen haberse encontrado también entre los preciosos papeles que había dejado el jesuíta J. Hansleden, a quien remiten a menudo Paulinus a Santo-Bartholomeo, Hervás (1) y otros. El primero, sin embargo, que consiguió publicar en Europa una gramática sánscrita fué un carmelita alemán, Johann Philip Wesdin, más conocido bajo el nombre de Paulinus a Santo-Bartholomeo. Habitó en la India de 1776 a 1789, y publicó en Roma la primera gramática sánscrita en 1790. Algunos años después imprimió una gramática más completa; y escribió también varios ensayos sobre las antigüedades, la mitología y la religión de la India; en todos sus escritos se sirvió de los papeles dejados por Hansleden que, a juzgar por las citas que da

(1) Hervás, *Catálogo de las lenguas*, II, p. 132. "Este jesuita, según me ha dicho el referido Fray Paulino, llegó a hablar la lengua malabar, y a entender la samscreda con mayor perfección que los brahmanes, como lo demuestran sus insignes manuscritos en dichas lenguas."

Hansleden, debió tener un conocimiento muy profundo del sánscrito. Aunque no se hayan ahorrado las críticas contra este trabajo, y aunque apenas se le consulte ya, justo es no perder de vista que la primera gramática de cualquier lengua es incomparablemente más difícil de componer que todas las que la siguen.

Hemos visto, pues, que la existencia de la lengua y de la literatura sánscritas era conocida desde el primer descubrimiento de la India por Alejandro y su ejército. Pero lo que no se sabía era que esa lengua, tal como era hablada en tiempo de Alejandro y en tiempo de Salomón, y durante siglos antes de él, estaba estrechamente emparentada con el griego y el latín, y era exactamente con respecto a ellos lo que el francés con respecto al italiano y al español. La historia de lo que se puede llamar la filología sánscrita entre los europeos data de la fundación de la sociedad asiática de Calcuta en 1784. Aunque algunos de los antiguos misioneros parecen haber tenido del sánscrito un conocimiento mucho más serio de lo que antes se suponía, los trabajos, no obstante, que abrieron a los sabios de Europa el acceso de la lengua y de la literatura de los brahmanes —y sería difícil decir si fué la lengua o la literatura lo que excitó el interés más profundo y duradero— fueron los trabajos de William Jones, de Carey, de Wilkins, de Forster, de Colebrooke y de otros miembros de esa ilustre sociedad.

Era imposible, aun sin más que una rápida ojeada a las declinaciones y las conjugaciones, no advertir la semejanza extraordinaria y a veces la perfecta identidad entre las formas gramaticales del sánscrito, el griego y el latín. Hemos visto que en 1588 Filippo Sassetti había notado la semejanza de los numerales del italiano y del sánscrito, así como de los términos que designaban a Dios, la serpiente y otras muchas cosas. La misma observación debieron hacer otros, pero jamás evidenció nadie esa semejanza

mejor que el Padre Cœurdoux. En el año 1767 ese jesuíta francés escribió desde Pon dichery al abate Berthélemy, que le había pedido una gramática y un diccionario del sánscrito, amén de informes generales sobre la historia y la literatura de la India, y añadió a su carta una Memoria, que deseaba ver presentada a la Academia. Esa Memoria llevaba el título siguiente: *Cuestión propuesta al abate Barthélemy y a los demás miembros de la Academia de Bellas Letras e Inscripciones: "¿A qué se debe que en la lengua sanscrutana exista un gran número de voces que le son comunes con el latín y el griego, y sobre todo con el latín?"* El misionero jesuíta empieza por citar hechos, algunos muy interesantes. Compara, v. gr., *deva* y *deus*, dios; *mrityu* y *mors*, muerte; *janitam* y *genitum*, producido; *jânu* y *genu*, rodilla; *vidhavâ*, de *vi*, sin, y *dhava*, hombre, con *vidua*, viuda; *na* y *non*, no; *madhya* y *medius*, medio; *dattam* y *datum;* dado; *dânam* y *donum*, don, así como otras muchas comparaciones que han hecho de nuevo los filósofos posteriores. Algunas, hay que confesarlo, son infundadas; pero, en conjunto, esa nota merecía más atención de la que parece haber obtenido de la Academia. Las comparaciones que establece sobre todo entre las formas gramaticales hacen honor a su inteligencia. Compara el indicativo y el subjuntivo del verbo auxiliar en sánscrito y en latín:

Sánscrito	Latín.	Sánscrito.	Latín.
asmi	sum	syâm	sim
asi	es	syâs	sis
asti	est	syât	sit
smas	sumus	syàma	simus
stha	estis	syâta	sitis
santi	sunt	santu	sint

Entre los pronombres compara *aham* y *ego*, *me* y *me*, *mahyam* y *mihi*, *sva* y *suus*, *tvam* y *tu*, *tubhyam* y *tibi*, *kas quis*, *ke qui*, *kam* y *quem*. Hace resaltar también las

notables analogías que presentan los numerales, de uno a ciento, en sánscrito, en griego y en latín.

Pero, no contentándose con establecer esas concordancias, procede al examen de las diferentes hipótesis que se ofrecen al espíritu para explicar esos hechos; demuestra que ni el comercio, ni las relaciones literarias, ni el proselitismo, ni la conquista, bastarían para dar cuenta de ese fondo común de palabras que se encuentra en el sánscrito, el griego y el latín; concluye diciendo que hay que mirar esas palabras comunes como restos del lenguaje primtivo de la humanidad, restos conservados por las diferentes tribus en sus emigraciones hacia el Norte y el Sur, después de la gran catástrofe de la confusión de las lenguas en Babel.

Cuando se piensa que ese ensayo fué escrito hace una centena de años, maravilla que excitase tan poca atención, y que jamás se haya citado hasta el momento en que le ha desenterrado M. Michel Bréal en las Memorias de la Academia de las Inscripciones, reclamando para ese modesto misionero el honor, que le corresponde, de haberse anticipado, en cincuenta años por lo menos, a algunas de las conclusiones más importantes de la filología comparada.

Halhed indicaba esas relaciones, en 1778, en el prólogo de su gramática del bengalí: "Me ha asombrado mucho (decía) encontrar esa semejanza entre palabras sánscritas y palabras persas y árabes, y hasta latinas y griegas; y eso, no en términos técnicos o metafóricos, que podrían creerse tomados de las artes o de las ciencias de otros países, sino en el fondo mismo de la lengua, en monosílabos, en los numerales y en los nombres de las cosas que debieron recibir una apelación distinta en la aurora misma de la civilización." Sir William Jones (muerto en 1794), después de la primera ojeada que dirigió al sánscrito, declaró que esa lengua, cualquiera que fuese su antigüedad, tenía un mecanismo maravilloso; que era más perfecta

que el griego, más abundante que el latín, más culta y delicada que esas dos lenguas, con las cuales tenía, sin embargo, una gran afinidad. "Ningún filósofo, dice, podría examinar el sánscrito, el griego y el latín, sin pensar que han salido de un tronco común, que acaso no exista ya. Hay una razón del mismo género, aunque menos evidente, para suponer que el gótico y el céltico han tenido el mismo origen que el sánscrito. Podemos comprender también en esta familia el antiguo persa."

Pero ¿cómo explicar esa afinidad? Esa era la pregunta a que nadie estaba preparado para responder. Los teólogos no auguraban nada bueno de los nuevos estudios; los humanistas afectaban la incredulidad; los filósofos se entregaban a las conjeturas más extravagantes, a fin de eludir la única consecuencia que podía deducirse de los hechos conocidos, pero que amenazaba destruir sus sistemas sobre la historia del mundo. Lord Monboddo acababa de terminar su famosa obra (1), en que saca todo el género humano de una pareja de monos, y todos los dialectos del mundo de una lengua formada en el origen por dioses del Egipto, cuando llegó como un rayo la noticia del descubrimiento del sánscrito. No obstante, hay que decir, en honor suyo, que comprendió en seguida la suma importancia de ese descubrimiento. Hubiese sido pedirle mucho hacerle renunciar a sus monos primordiales o a sus ídolos egipcios; pero, salvo eso, las conclusiones que supo sacar de los nuevos hechos que le dió a conocer su amigo Mr. Wilkins, autor de una de nuestras primeras gramáticas sánscritas, honran ciertamente la perpicacia del juez escocés. "Entre los brahmanes de la India, dice en 1792, existe una lengua más rica y más bella, en todos conceptos, que el griego mismo de Homero. Todos los demás dialectos de la India

(1) *On The Origin and Progress of Language*, 6 vol.; 2ª edic. Edimburgo, 1774.

tienen una gran semejanza con esa lengua que se llama el sánscrito, y de la cual se derivan todos. Sobre éstos y otros hechos que con ellos se relacionan he recibido de la India datos tan precisos, que, si vivo bastante tiempo para terminar la historia del hombre empezada en el tercer volumen de mi obra sobre la *Metafísica antigua,* podré probar claramente que el griego se deriva del sánscrito, el antiguo idioma de Egipto, que fué llevado por los egipcios a la India, al mismo tiempo que todas sus artes, y a Grecia por los colonias que establecieron allí."

Algunos años después, en 1795, le encontramos con nociones más exactas sobre la relación entre el sánscrito y el griego: "Mr. Wilkins, dice, ha demostrado invenciblemente tal semejanza entre el griego y el sánscrito, que es menester que el uno sea un dialecto del otro, o que los dos se deriven de una lengua original. Ahora bien: el griego no es, ciertamente, un dialecto del sánscrito, ni el sánscrito del griego. Son, pues, dialectos de una misma lengua, que no puede ser más que la lengua de Egipto, que fué llevada a la India por Osiris, y de la cual se deriva el griego, sin ninguna duda, como creo haber demostrado.

No tenemos que discutir aquí las teorías del lord Monboddo sobre el Egipto y sobre Osiris, pero se nos permitirá citar un último pasaje de este autor, para mostrar la sagacidad con que sabía discernir la verdad al través de todos los hechos que la envolvían, cuando no era extraviado por algunas de sus teorías favoritas:

"Apliquemos ahora estas observaciones a las semejanzas que Mr. Wilkins ha descubierto entre el griego y el sánscrito. Empezaré por las palabras que han debido ser palabras primitivas en todas las lenguas, en atención a que las cosas que significan fueron conocidas y nombradas, necesariamente, desde el comienzo de toda sociedad; de suerte que una lengua no ha podido tomarlas de otra, a menos de derivarse de ella. Tales son los nombres de los números,

de los miembros del cuerpo humano, de los parientes, como padre, madre y hermano. Tomemos primeramente los números, de los cuales los diez primeros se dicen en sánscrito: *ek, dwee, tree, chatoor, panch, shat, sapt, aght, nava, das.* ¿No es palmaria la afinidad entre estas voces y las voces latinas y griegas correspondientes? El sánscrito dice después diez y uno, diez y dos, y así sucesivamente hasta veinte, porque la enumeración de los indos es decimal, como la nuestra. Veinte se dice en sánscrito *vinsati;* treinta, *trisant,* en cuya composición entre la palabra que significa tres, como ocurre en el equivalente griego y latino. Vemos las palabras que significan cuarenta, cincuenta, etc., formadas del mismo modo, hasta que llegamos a ciento, que se dice *sat,* y que difiere del nombre griego y latino. Pero hay una particularidad muy digna de notarse, y es que, en el nombre de *veinte,* nada recuerda, en ninguna de las tres lenguas, a *dos, que* multiplicado por diez, da ese número. En efecto: ese nombre en griego es *eikosi,* que no expresa ninguna relación con dos, como tampoco el latín *viginti* (1), que se acerca más al sánscrito *vinsati.* Por manera que, hasta en sus anomalías, percibimos la conformidad del griego y del latín con el sánscrito."

Lord Monboddo compara el sánscrito *pada* con el griego *pous, podos;* el sánscrito *nâsa* con el latín *nasus;* el sánscrito *Deva,* Dios, con el griego *Theos* y con el latín *Deus;* el sánscrito *ap,* agua, con el latín *aqua;* el sánscrito *vidhavâ* con el latín *vidua,* viuda. Cita palabras sánscritas, tales como *gonia,* ángulo; *kentra,* centro; *hora,* hora; que, a sus ojos, son de origen griego, y pasaron del griego al sánscrito. Enumera después los puntos de semejanza que existen entre la gramática del sánscrito y las de las lenguas clásicas. Hace notar palabras compuestas, tales como *tri-*

(1) Sobre el error que comete aquí lord Monboddo véase nuestra segunda lección.

pada, de *tri*, tres, y *pada*, pie, un trípode. Insiste en el hecho extraordinario del empleo de la *a* privativa en sánscrito como en griego; y cita, en fin, como el don más precioso que debe a Mr. Wilkins, las formas sánscritas *asmi*, soy; *así*, eres; *asti*, es; *santi*, son, que tienen indiscutiblemente el mismo origen que las formas correspondientes *eimi*, *eis*, *esti*, en griego, y *sunt*, en latín.

Otro filósofo escocés, Dugald Stewart, no presta tan buena acogida al nuevo descubrimiento. Se necesitaba seguramente un gran esfuerzo para que un hombre acostumbrado toda su vida a mirar el latín y el griego como lenguas primitivas o como modificaciones del hebreo, aceptase la teoría revolucionaria que establecía un estrecho parentesco entre las lenguas clásicas y un habla de salvajes: porque en aquella época no se tenía otra idea de los súbditos del Gran Mogol. Sin embargo, Dugald Stewart tenía una inteligencia demasiado clara para no ver que, si se admitían los hechos alegados en lo tocante al sánscrito, había que admitir necesariamente las consecuencias que de ellos se deducían: negó, pues, en redondo la existencia de la lengua sánscrita, y escribió el ensayo, que hemos citado ya, para probar que esa legua había sido compuesta, con arreglo al modelo del griego y del latín, por astutos brahmanes, y que toda la literatura sánscrita era una insigne patraña. Menciono este hecho, porque demuestra, mejor que todo lo que yo pudiese decir, qué golpe vino a dar el descubrimiento del sánscrito a uno de los prejuicios más caros de los hombres instruídos, cerca de los cuales hallaron favor durante algún tiempo los argumentos más absurdos, con tal que les permitiesen eludir la penosa conclusión de que el latín y el griego eran de la misma familia que la lengua de los negros habitantes de la India. El primero que se atrevió a mirar de frente los nuevos hechos y todas sus consecuencias, a la plena luz de la ciencia europea, fué el poeta alemán Federico Schlegel. Habiendo ido a Ingla-

terra durante la paz de Amiens (1801-1802), recibió las primeras nociones de sánscrito de Mr. Alejandro Hamilton. Después de haber proseguido sus estudios en París, publicó en 1808 su libro *Sobre la lengua y la sabiduría de los indos,* que vino a ser la base de la ciencia del lenguaje. Aunque publicado dos años no más después del primer volumen del *Mitrídates* de Adelung, la obra de Schlegel está separada de él por toda la distancia que media entre el sistema de Copérnico y el de Ptolomeo. Schlegel no era un gran sabio; muchos de sus asertos eran erróneos, y nada sería más fácil que analizar y ridiculizar su ensayo; pero era un hombre de genio, y, cuando se trata de crear una ciencia nueva, la imaginación del poeta es más necesaria aún que la exactitud del sabio. Se necesitaba seguramente la mirada del genio para abrazar de una sola ojeada las lenguas de la India, de la Persia, de Grecia, de Italia y de Alemania, y para comprenderlas a todas bajo la simple denominación de indo-germánicas. Tal fué la obra de Schlegel, y, en la historia de la inteligencia, se la ha llamado con toda verdad "el descubrimiento de un nuevo mundo".

En nuestra próxima lección veremos cómo fué acogida y proseguida en Alemania la idea de Schlegel, y cómo dió por resultado casi inmediato la clasificación genealógica de las principales lenguas de la humanidad.

QUINTA LECCION

Clasificación genealógica de las lenguas

Trabajos de Bopp, A. Schlegel, Humboldt, Pott, Grimm, Rask, Burnouf. — Revolución efectuada en el estudio de la clasificación de las lenguas por el descubrimiento del sánscrito. — La gramática comparada. — La clasificación genealógica de las lenguas: por qué no se aplica necesariamente esa clasificación a todas las lenguas. — Cuadro genealógico de la familia de las lenguas arias. — 1º Rama *teutónica*. — El bajo alemán, al cual pertenecen los dialectos frisones, el holandés y el flamenco. — El alto alemán, cuya historia se divide en tres períodos: el nuevo, el medio y el antiguo alto alemán. — El gótico: vida de Ulfilas; su traducción de la Biblia en gótico. — Los dialectos escandinavos: el sueco, el danés, el islandés. — El *Edda* poético y el *Edda* de Snorri Sturluson, los más antiguos monumentos del lenguaje escandinavo. — La literatura en Islandia: los escaldas. — 2º Rama *itálica*. — Las seis lenguas romances: el francés, el italiano, el español, el portugués, el válaco y el romanche. — 3º Rama *helénica*. — 4º Rama *céltica*. — El kymri, que comprende el galés, el córnico y el armoricano. — El gadhélico, que comprende el irlandés, el gaélico de Esocia y el max o dialecto de la isla de Man. — 5º Rama *eslava o víndica*. — El letón, el lituanio. — El ruso, el búlgaro, el serbio, el croacio, el eslovenio. — El polaco, el bohemio, el lusaciano. — El albanés. — 6º Rama *india*. — El sánscrito, los dialectos prâkrits, el indui, el indostani, el mahrata, el bengali. — 7º Rama *irania*. — El zend, el pehlvi, el parsi, el persa moderno. — Cuna primitiva de la familia aria.

En nuestra última lección hemos expuesto las diversas tentativas realizadas para llegar a una clasificación de las lenguas, hasta 1809, el año en que apareció el ensayo de Federico Schlegel *Sobre la lengua y la sabiduría de los indos*. Como una varita mágica, esa obra indicó el sitio en

que se debía abrir una mina nueva; y al punto varios de los primeros sabios de la época pusieron con ardor a escudriñar esa mina y arrancarle sus tesoros.

Durante algún tiempo todos los que querían aprender el sánscrito debieron ir a Inglaterra. Bopp, Schlegel, Lassen, Rosen Burnouf, pasaron allí una temporada, copiando manuscritos en la bibloteca de la Compañía de las Indias orientales, y recibiendo los consejos de Wilkins, de Colebrooke, de Wilson y de otros miembros distinguidos de la antigua administración civil de la India. A Francisco Bopp se debió en 1816 la primera comparación detallada y verdaderamente científica que se ha establecido entre la gramática del sánscrito y la del griego, del latín, del persa y del alemán [1]. A esa obra siguieron otros ensayos del mismo sabio, y en 1833 apareció el primer volumen de su *Gramática comparada del sánscrito, del zend, del griego, del latín, del lituanio, del antiguo eslavo, del gótico y del alemán,* que no fué terminada hasta veinte años después, en 1852, y que será siempre la base sólida e inatacable en que descansa el edificio de la filología comparada. Augusto Guillermo Schlegel, hermano de Federico Schlegel, ejerció el influjo que había adquirido como poeta, para popularizar en Alemania el estudio del sánscrito. Su *Indische Bibliothek* fué publicada en 1819 a 1830, y, aunque destinada especialmente a la literatura sánscrita, esa colección consagró también varios artículos a la filología comparada. La nueva ciencia halló a poco un protector mucho más poderoso aún en Guillermo de Humboldt, el digno hermano de Alejandro de Humboldt, y uno de los primeros hombres de Estado de Prusia en aquella época. Sus ensayos sobre la filosofía del lenguaje atrajeron la atención del público durante su vida; y dejó un monumento más durables de sus estudios en su gran obra sobre la lengua

(1) *Conjugationssystem,* Frankfurt, 1816.

kauzi, que no se publicó hasta después de su muerte, en 1836. Otro sabio que debemos citar entre los fundadores de la filología comparada, es Pott, cuyas *Investigaciones etimológicas* aparecieron en 1833 y en 1836. No podemos olvidar tampoco la obra verdaderamente colosal de Grimm, su *Gramática teutónica*, más especial por su objeto, pero fundada en los mismos principios generales, y cuya publicación ha invertido cerca de veinte años, de 1819 a 1837. Hay que recordar aquí asimismo el nombre de un eminente dinamarqués. Erasmo Rask, que se consagró al estudio de las lenguas del Norte de Europa. Marchó a Persia y la India en 1816, y fué el primero que encontró la clave del zend, la lengua del Zend-Avesta; pero murió antes de haber tenido tiempo de publicar todos los resultados de sus sabias investigaciones. Había demostrado, con todo, que la lengua sagrada de los parsis tenía grandes relaciones con la lengua sagrada de los brahmanes, y que, como el sánscrito, había conservado varias de las formas primitivas del lenguaje indo-europeo. Esas investigaciones sobre la antigua lengua de Persia fueron continuadas por uno de los sabios más grandes que Francia ha producido, Eugenio Burnouf. Los libros de Zoroastro habían sido traducidos ya por Anquetil Duperron, pero esa traducción se hizo en vista de una versión persa del original. Burnouf fué el primero que, con ayuda de su conocimiento del sánscrito y de la gramática comparada, descifró el texto original de la obra atribuída al fundador de la antigua religión de la luz. Fué el primero también que aplicó la misma clave, con verdadero éxito, a las inscripciones cuneiformes de Darío y de Jerjes; y su muerte prematura será deplorada mucho tiempo, no sólo por los que, como yo, han tenido la suerte de conocerle personalmente y de seguir sus lecciones, sino también por todos los que se preocupan de los intereses de la literatura y de la filología orientales.

Sería demasiado largo enumerar aquí todos los sabios

que han seguido las huellas de Bopp, Schlegel, Humboldt, Grimm y Burnouf. No cabe formarse mejor idea de los progresos que ha realizado la ciencia del lenguaje y de los frutos maravillosos que ha producido, que recorriendo con los ojos la biblioteca de un lingüista. Desde hace diez años se publica en Alemania un periódico especial de filología comparada. La Sociedad filológica de Londres da a luz todos los años un volumen de excelentes memorias; y en la mayoría de las universidades de Europa encontramos un profesor de sánscrito, cuyas lecciones versan al mismo tiempo sobre la gramática comparada y sobre la ciencia del lenguaje.

Aquí cabe preguntarse, naturalmente, cómo es que el descubrimiento del sánscrito ha realizado un cambio tan completo en el estudio de la clasificación de las lenguas. Si el sánscrito hubiese sido la lengua primitiva de la humanidad, o, por lo menos, el origen del griego, del latín y del alemán, se comprendería que el descubrimiento de esa lengua hubiese llevado a los sabios a clasificar esos idiomas de otro modo que lo habían hecho hasta entonces. Pero la lengua sánscrita no es, con relación al griego, al latín, al gótico, al céltico y al eslavón, lo que el latín con relación al francés, al italiano y al español; no podría llamarse su madre, sino sólo su hermana mayor, y ocupa respecto de las lenguas clásicas una situación análoga a la que ocupa el provenzal respecto de los dialectos románicos modernos. Todas estas observaciones son perfectamente justas, pero es fácil responder a ellas: precisamente la necesidad de determinar de una manera clara y exacta las relaciones del sánscrito con los otros miembros de la misma familia fué lo que produjo esos importantes resultados, y lo que hizo descubrir, en particular, las leyes de los cambios fonéticos, únicas por cuya virtud podemos reconocer seguramente los grados exactos de parentesco entre dialectos congéneres, y restablecer de ese modo el árbol genealógico del

lenguaje humano. Una vez que se hubo definido el verdadero puesto que el sánscrito debe ocupar en la serie, y cuando llegó a ser familiar la idea de que ha debido existir un idioma más antiguo que el sánscrito, el griego y el latín, de los cuales fué tronco común ese idioma primitivo, así como de las ramas teutónica, céltica y eslava, todas las lenguas parecieron tomar, como de suyo, su verdadero puesto. La clave de la dificultad estaba encontrada; todo lo demás no era ya más que cuestión de tiempo y de paciencia. Se comprendió que los argumentos con que se había probado que el sánscrito y el griego se habían desenvuelto paralelamente, se aplicaban con no menos fuerza a la posición relativa del latín y del griego; y, cuando se mostró que en muchos casos el latín tenía un carácter más primitivo que el griego, fué fácil ver que las lenguas teutónicas, célticas y eslavas contenían también una porción de formas que era imposible derivar del sánscrito, del griego o del latín. Desde entonces era manifiesto que todas esas lenguas debían mirarse como ramas colaterales salidas de un solo y mismo tronco.

Así, pues, el primer servicio que el descubrimiento del sánscrito prestó al estudio de la clasificación de las lenguas fué impedir que los sabios se contentasen, como habían hecho hasta entonces, con cierta afinidad vaga y general, y obligarles a precisar los diversos grados de parentesco existentes entre los distintos miembros de una misma clase. En vez de *clases* de lenguas, se oyó hablar, por primera vez, de *familias* bien determinadas.

A ese primer progreso siguió otro, que era su consecuencia natural. Mientras que, para reconocer, en términos generales, el origen común de varias lenguas, había bastado comparar entre sí los numerales, los pronombres, las preposiciones, los adverbios, los sustantivos y los verbos más usuales, se vió bien pronto que se necesitaba un criterio más exacto para reconocer todos los grados de parentesco de esas lenguas entre sí. Ese criterio fué la

gramática comparada, es decir, la comparación de las formas gramaticales de las lenguas que se suponían congéneres, y su comparación según ciertas leyes que rigen las permutaciones fonéticas de las letras.

Todo esto nos parecerá mucho más claro, si dirigimos los ojos a la historia de nuestras lenguas modernas. No cabía dudar que los dialectos llamados romances, el italiano, el válaco, el provenzal, el francés, el español y el portugués, estaban emparentados muy de cerca unos con otros, y no era menos evidente que todos derivaban del latín. Pero uno de los más grandes filólogos de Francia, Raynouard, que ha contribuído más que nadie a dar a conocer las historia de la literatura y de las lenguas románicas, sostenía que sólo la lengua provenzal era hija del latín, y que todas las otras eran hijas del provenzal. Suponía que desde el siglo VII al IX atravesó el latín un período de transición, en que esa lengua pasó a ser el romance, y se esforzaba en probar la identidad de éste con el provenzal del Mediodía de Francia, la lengua de los trobadores. Según Raynouard, sólo después de haber sufrido esa metamorfosis uniforme, representada por la lengua romance o provenzal, dió nacimiento el latín a los diversos dialectos romances de Italia, Francia, España y Portugal. Esa teoría, que fué atacada vigorosamente por Augusto Guillermo Schlegel, y combatida después en todos sus pormenores por Cornewall Lewis, no puede ser refutada más que por la comparación de la gramática provenzal con la de los otros dialectos románicos.

Si se comparan las formas del verbo auxiliar *ser* en francés y en provenzal, se notará al primer golpe de vista que varias personas han conservado en francés una forma mucho más próxima al latín que la forma correspondiente en provenzal, y que, por consiguiente, la lengua francesa no podría clasificarse como hija del provenzal y nieta del latín. Encontramos en provenzal:

sem,	correspondiente al	francés	*nous sommes,*
etz,	"	"	*vous êtes,*
son,	"	"	*ils sont,*

y sería un verdadero milagro gramatical que palabras estropeadas como *sem, etz* y *son* hubiesen podido volver a tomar las formas más sanas, más primitivas y más latinas de *sommes, êtes* y *sont; summus, estis, sunt.*

Si ahora aplicamos el mismo criterio al sánscrito, al griego y el latín, veremos que podemos determinar sus relaciones genealógicas mediante la comparación de sus formas gramaticales. Es tan imposible derivar el latín del griego, o el griego del sánscrito, como reputar el francés una modificación del provenzal. Para no ocuparnos más que del verbo auxiliar *ser,* vemos que *yo soy,* se dice:

en sánscrito	*en griego*	*en lituanio*
asmi,	esmi,	esmi,

siendo la raíz *as,* y la desinencia *mi.*

Ahora, la desinencia de la segunda persona es *si,* lo cual, añadido a *as* o *es,* daría:

as-si, es-si, es-si.

Pero, en cualquier época de su historia a que nos remontemos, vemos que el sánscrito ha reducido *assi* a *asi;* y es imposible suponer que la forma perfecta u orgánica, como se la llama a veces, del griego y del lituanio *essi,* haya podido salir de la forma mutilada del sánscrito *asi.*

La tercera persona es la misma en sánscrito, en griego y en lituanio, *as-ti* o *es ti;* y, dejando caer la *i* final, reconocemos el latín *est,* el gótico *ist* y el ruso *est'.*

De ese mismo verbo auxiliar podemos igualmente sacar la prueba de que el latín no ha podido atravesar nunca el período griego o pelásgico, como antes se decía, y que

el griego y el latín son modificaciones independientes de una misma lengua original. En el singular el latín es menos primitivo que el griego, porque *sum* está por *es-um*, *es* por *es-is*, *est* por *es-ti*. De igual modo, en la primera persona del plural, *sumus* está por *es-umus;* es el griego *esmes*, el sánscrito *'asmas*. La segunda persona *es-tis*, que equivale al griego *es-te*, es una forma más primitiva que el sánscrito *stha*. Pero, en la tercera persona del plural, la forma latina es más primitiva que la griega. La forma regular sería *as-anti*, reducida en sánscrito a *santi;* el griego dejó caer la *s* inicial, y el eolio *enti* acabó por reducirse a *eisi;* el latín, al contrario, conservó la *s* del radical, y sería completamente imposible derivar *sunt* del griego *eisi*.

Las formas *I am, thou art, he is*, del inglés moderno, no son más que modificaciones secundarias del mismo verbo primitivo. Encontramos en gótico:

im por *ims*,
is " *iss*,
ist.

El anglosajón cambia la *s* en *r*, y nos da así:

En singular:	*eom*	por	*eorm;*	en plural:	*sind*	por *isind*,
"	*eart*	"	*ears;*	"	*sind*,	
"	*is*	"		"	*sind*.	

Sometiendo todas las lenguas a esta misma prueba, los fundadores de la filología comparada llegaron a dividir las principales lenguas de Europa y de Asia en ciertas familias, en cada una de las cuales pudieron distinguir diferentes ramas, compuestas, a su vez, de numerosos dialectos, tanto antiguos como modernos.

Sin embargo, hay aun muchas lenguas que no han podido ser clasificadas por familias, y, aunque tengamos motivos para pensar que varias de ellas encontrarán un día su puesto en un sistema de clasificación genealógica,

bueno es ponernos en guardia desde el principio contra la suposición muy común, pero puramente gratuita, de que el principio de la clasificación genealógica deba poder aplicarse necesariamente a todas las lenguas. Esa clasificación es, seguramente, la más perfecta de todas; pero hay muy pocas ramas de las ciencias físicas en que se pueda adoptar, si no es en una escala muy pequeña. En la ciencia del lenguaje, la clasificación genealógica debe fundarse, principalmente, en los elementos gramaticales o *formales,* que no pueden conservarse sino por una tradición no interrumpida, una vez que han sufrido la alteración fonética. Sabemos que el italiano, el francés, el español y el portugués han debido tener un mismo origen, porque poseen en común formas gramaticales que ninguno de esos dialectos hubiese podido crear con sus propios recursos, y que no tienen ya en ellos significación, ni, en cierto modo, vida. La desinencia del imperfecto *ba* en español, *va* en italiano, por la cual *canto* se transforma en *cantaba* y *cantava,* no tiene significación ni existencia independientes en esos dos dialectos modernos. El español y el italiano no han podido sacarla de su propio fondo, y debe proceder de alguna época anterior en que se asociaba un sentido a esa silaba *ba.* Nos es fácil referirla al latín *bam,* de *cantabam,* y podemos probar entonces que *bam* era en su origen un verbo auxiliar independiente, que reconocemos en el sáncrito *bhavâmi,* y en el anglosajón *beom,* yo soy. La clasificación genealógica no se aplica, pues, propiamente más que a las lenguas, cuyo desarrollo gramatical se ha visto detenido por la influencia del cultivo literario, que apenas acrecientan sus riquezas y conservan el mayor tiempo posible lo que ya poseen, y en las cuales, en fin, lo que llamamos desarrollo o historia no es sino la marcha de la corrupción fonética. Pero antes de declinar, las lenguas han tenido su período de crecimiento, y los lingüistas parecen haber desatendido el

hecho importante de que los dialectos que han llegado durante ese período a una existencia independiente han de sustraerse por fuerza a la clasificación genealógica. Si se recuerda' por ejemplo, cómo se ha formado el plural en chino y en otras lenguas que hemos examinado en una lección precedente, se verá que, cuando cada dialecto ha podido elegir su término propio para expresar la pluralidad, sea *masa, clase, especie, rebaño, nube,* etc., sería injustificado prometerse encontrar semejanzas entre las terminaciones gramaticales de esas lenguas, luego que la corrupción fonética ha reducido esos términos a meros exponentes de pluralidad. Pero tampoco sería justificado inducir de tales desemejanzas que esas lenguas no han podido tener un mismo origen: porque es manifiesto que, si dialectos de un origen común han adoptado, desde su primera separación de la lengua madre, palabras diferentes para expresar los casos, los números, las personas, los tiempos y los modos, por más que la filología comparada analice sus desinencias gramaticales, jamás podrá sacar de allí ninguna prueba de la fraternidad de esos dialectos. Su clasificación genealógica es, pues, por la naturaleza misma de las cosas, una verdadera imposibilidad, al menos si esa clasificación ha de descansar principalmente sobre las formas gramaticales.

Cabría suponer, sin embargo, que esas lenguas, aunque diferentes entre sí por el mecanismo de su gramática, revelarían su comunidad de origen por la identidad de sus radicales o de sus raíces; y, efectivamente, es lo que sucederá muchas veces. Los numerales, varios de los pronombres, algunas de las palabras más usuales de la vida, serán, probablemente, idénticas en esas diversas lenguas; pero, aun en esos puntos, no hay que esperarse encontrar numerosas semejanzas, ni asombrarse si se encuentran muchas menos aun de las que se esperaban. Ya hemos visto cuánto varía la palabra *padre* en los diferentes

diálectos frisones. En español, en vez del *frater* latino, encontramos la palabra *hermano,* de igual manera que el latín *ignis* ha sido sustituído en francés por *feu,* y en italiano por *fuoco.* Nadie pone en duda que el alemán y el inglés han tenido un origen común, y, sin embargo, el número ordinal inglés *the first,* que reconocemos en *Fürst, princeps,* príncipe, no recuerda de ningún modo el alemón *der erste,* como tampoco recuerda *the second* el alemán *der zweite;* y no hay ninguna conexión entre el pronombre posesivo *its* y el alemán *sein.* Esa libertad en la adopción de palabras es mucho mayor en idiomas antiguos y sin literatura; y a medida que se estudie más detenidamente el desarrollo natural de los dialectos, menos extrañará ver que lenguas de un origen común se diferencien, no sólo en su estructura gramatical, sino también en muchas de esas palabras que se utilizan, como puntos de comparación, para descubrir el parentesco de los idiomas literarios. Veremos después hasta qué punto es posible determinar las relaciones de parentesco que existen entre esas lenguas; por ahora habré conseguido mi objeto si he podido mostrar claramente que el principio de la clasificación genealógica no se aplica por necesidad a todas las lenguas, y que la imposibilidad de comprender ciertas lenguas en un mismo cuadro genealógico no prueba que no hayan tenido un origen común. Los lingüistas que repiten que la imposibilidad de trazar un cuadro genealógico de todos los iodomas demuestra claramente que el lenguaje humano no ha podido tener un origen común, no hacen más que formular uno de esos asertos dogmáticos que entorpecen más que todo la libre marcha de la ciencia independiente.

Veamos ahora qué progresos se han hecho en la clasificación genealógica de las lenguas, y en cuántas familias ha sido posible dividir el vasto dominio del lenguaje humano. Pero, ante todo, recordemos lo que nos había

sugerido la necesidad de una clasificación genealógica. Queríamos conocer el sentido primitivo y la razón de ser de ciertas palabras y de ciertas formas gramaticales en inglés, y hemos visto que, antes de tratar de descubrir el origen de la *d* en *I loved,* había que empezar por remontarse a la forma más antigua de esa palabra. Dirigiendo los ojos a la historia de los dialectos románicos, hemos advertido que una misma palabra conserva a menudo en uno de esos dialectos una forma más primitiva que en los otros, y, por consecuencia, hemos comprendido toda la importancia que hay en definir, con respecto a las demás lenguas, esas relaciones de parentesco que unen al francés, al italiano, al español y al portugués en una misma familia.

Tomando la lengua actual de Inglaterra no nos ha costado trabajo ligarla al anglosajón, lo cual nos conduce al siglo VII después de Jesucristo, porque en esa fecha colocan Kemble y Thorpe el antiguo poema épico inglés, el *Beowulf.* Nos es imposible remontarnos más allá del siglo VII, si permanecemos en el suelo inglés. Pero sabemos que los sajones, los anglos y los jutos llegaron a Inglaterra del continente, y sus descendientes actuales de la costa septentrional de Alemania hablan aún el bajo alemán o *Nieder-Deutsch,* que más de un marinero inglés ha tomado por un dialecto corrompido de su país, al oírle hablar en los puertos de Amberes, de Brema y de Hamburgo. El bajo alemán comprende muchos dialectos del Norte o de las tierras bajas de Alemania; pero en la Alemania propia esos dialectos no se emplean casi nunca en composiciones literarias. Al bajo alemán pertenecen los dialectos frisones así como el holandés y el flamenco. El frisón ha tenido su literatura desde el siglo XII o quizá desde antes. El holandés, que es aun una lengua nacional y literaria, aunque hablada en un espacio muy limitado, posee monumentos escritos del siglo XVI. En esa misma

época el flamenco era la lengua hablada en la corte de Flandes y de Brabante, y subsiste hoy aun, a pesar de las invasiones de la lengua oficial de Holanda y de la de Bélgica. La más antigua obra literaria del bajo alemán en el continente es el poema épico cristiano el *Helhand* (Helhand-Heiland, "el Salvador"), que se conserva en dos manuscritos del siglo VIII, y que fué compuesto en esa época por los sajones recién convertidos. A partir del siglo VIII hasta el XVII podemos descubrir huellas de composiciones literarias escritas en sajón o bajo alemán, pero hay muy pocas que hayan llegado hasta nosotros, y la traducción de la Biblia por Lutero en alto alemán fué un golpe de muerte dado a la literatura del bajo alemán.

La verdadera lengua literaria de Alemania, desde el tiempo de Carlomagno hasta nuestros días, ha sido siempre el alto alemán, cuyos diversos dialectos se hablan por todo el país. Su historia se divide en tres períodos: el *nuevo* alto-alemán data de Lutero; el *medio* se remonta desde el siglo XVI hasta el XII, y el *antiguo* desde el siglo XII hasta el VII.

Vemos, pues, que nos es imposible seguir esas dos ramas del lenguaje teutónico, el alto y el bajo alemán, hasta el siglo VII de nuestra era; pero no hay que suponer que antes de esa época haya habido una lengua teutónica común, hablada por todas las tribus germánicas, y que se dividió después en dos ramas principales. Nunca ha existido lengua teutónica común a toda la raza germánica, y nada prueba que haya habido nunca un alto alemán o un bajo alemán uniformes, de donde naciesen ulteriormente sus respectivos dialectos. Es imposible derivar el anglosajón, el frisón, el flamento, el holandés y el *platt-deutsch* del antiguo bajo alemán tal y como le encontramos, en el siglo IX, en el sajón del continente. Sólo podemos decir que esos diversos dialectos del bajo alemán, en inglaterra, en Holanda, en la Frisia y en la Alemania baja,

han pasado, en diferentes épocas, por las mismas fases, o por los mismos grados de desarrollo gramatical. Podemos añadir que, a medida que nos remontamos al pasado, es cada vez más marcada la convergencia de esos dialectos; pero nada nos autoriza a admitir la existencia histórica de un dialecto bajo alemán primitivo y único, que hubiese sido el origen de todos los otros; esa es una pura invención de gramáticos a quienes parece incomprensible la multiplicidad de las lenguas sin la existencia de un tipo común. Esos mismos gramáticos quisieran igualmente hacernos creer en un dialecto alto alemán primitivo de donde procediesen, no sólo el antiguo, el medio y el nuevo alto alemán, sino también todos los dialectos locales de Austria, de Baviera, de Suabia y de Franconia; y, según ellos, debe admitirse que en una época anterior ha habido una verdadera lengua teutónica, que no era aún ni el alto ni el bajo alemán, pero que contenía ya los germénes de esos dos dialectos. Ese sistema puede ser cómodo para los fines del análisis gramatical, pero es peligroso desde el momento en que se intenta atribuir a tales abstracciones una realidad histórica. Así como ha habido familias, tribus y confederaciones de tribus antes de que hubiese una nación, así también la lengua nacional ha sido precedida por los dialectos. El gramático que asienta como un hecho histórico la existencia de un solo tipo primitivo para todas las lenguas teutónicas no tiene fundamento más sólido para su creencia que el historiador que cree en *Francus,* nieto de Héctor y supuesto ascendiente de todos los francos, o en *Brutus,* padre mítico de todos los bretones. Cuando las razas germánicas bajaron unas tras otras, de las orillas del Báltico o del Danubio para apoderarse de Italia y de las provincias romanas; cuando los godos, los lombardos, los vándalos, los francos y los borgoñones, bajo la guía de sus reyes respectivos, y diferenciándose entre sí en leyes y costumbres, vinieron a esta-

blecerse en Italia, en Galia y en España, para tomar parte en el desenlace de la tragedia romana, no tenemos ningún motivo para suponer que hablaban todos un solo y mismo dialecto. Si tuviésemos en nuestras manos documentos escritos de esas antiguas razas germánicas, veríamos de seguro que hablaban idiomas diferentes, de los cuales unos debían acercarse al bajo alemán y otros al alto alemán. Este aserto no se basa en una simple conjetura, porque un azar feliz nos ha conservado la traducción gótica de la Biblia por el obispo Ufilas, donde podemos estudiar el dialecto de uno de esos pueblos.

Yo no puedo pronunciar el nombre de Ufilas sin decir algunas palabras de ese hombre notable. Los historiadores eclesiásticos distan mucho de estar de acuerdo sobre las fechas y sobre los acontecimientos principales de su vida; esas oscuridades proceden en gran parte de que Ufilas era un obispo arriano, de modo que los relatos de su vida se deben a hombres de los dos campos opuestos, a historiadores arrianos y a historiadores ortodoxos. Si tuviésemos que pronunciar un juicio sobre su carácter, necesitaríamos pesar todos esos testimonios contradictorios; pero, cuando se trata solamente de fechas y de simples hechos, parece justo suponer que los amigos debieron poseer noticias más exactas que los adversarios; así, pues, en los escritos de los partidarios de Ufilas buscaremos la cronología y los acontecimientos más importantes de su vida.

Los principales autores que hay que consultar son Philostorgo y Auxencio, de los cuales el primero nos ha sido conservado por Focio, y el segundo por Maximino en un manuscrito recientemente descubierto por Waitz en la Biblioteca imperial de París (suplemento latino, número 594), y en el cual se contienen igualmente ciertos escritos de San Hilario, los dos primeros libros de San Ambrosio *De fide*, y las actas del concilio de Aquileya (381). En el margen de ese manuscrito Maximino volvió a copiar el

comienzo de las actas del concilio de Aquileya, añadiendo sus propias observaciones para mostrar cuán injusto había sido San Ambrosio con Palladius. Expresa sus ideas sobre la doctrina de Arrio, y nos da una vida de Ulfilas escrita por uno de sus discípulos, Auxencio, obispo de Dorostorum (Cilistria). Luego vienen algunas disertaciones de Maximino y un tratado dirigido a San Ambrosio por un semi-arriano, partidario de Eusebio, y que bien podría ser el mismo Prudencio; ese tratado está copiado por Maximino, y algo abreviado en ciertos pasajes para los fines de su causa.

Auxencio es quien nos dice que Ulfilas murió en Constantinopla, donde había sido invitado por el emperador a una discusión teológica. Ese suceso no pudo ser posterior al año 381, porque el mismo Auxencio nos dice que Ulfilas murió después de cuarenta años de episcopado, y sabemos por Philostorgo que había sido consagrado obispo por Eusebio. Ahora, la muerte de Eusebio de Nicomedia acaeció el año 341, y como Philostorgo nos dice que Ulfilas fué consagrado por "Eusebio y los obispos que estaban con él", se ha hecho la suposición muy verosímil de que su consagración había tenido efecto a principios del año 341, cuando Eusebio presidía el sínodo de Antioquía. Puesto que Ulfilas tenía treinta años cuando fué elevado al episcopado, debemos tomar el año 311 como fecha de su nacimiento, y, puesto que tenía setenta años cuando murió en Constintinopla, su muerte debió acaecer en 381.

Waitz, al trasladar la muerte de Ulfilas al año 388, se funda en el hecho, referido por Auxencio, de que otros obispos arrianos habían acompañado a Ulfilas en su último viaje a Constantinopla, y que acababan de obtener de los emperadores la promesa de un nuevo concilio, cuando sus adversarios tuvieron bastante influencia para hacer promulgar una nueva ley prohibiendo toda especie de

discusión sobre las materias de fe, ni en público ni en particular. A propósito de este pasaje, Maximino, a quien debemos la relación de Auxencio, cita dos leyes del código teodosiano que se refieren, según él, a esa controversia, y que están datadas en 388 y 383: lo cual prueba que el mismo Maximino no estaba muy seguro de la fecha precisa. Pero Bessell ha demostrado claramente que esas dos leyes no tienen nada de común con la controversia de los obispos arrianos; esa referencia no es, pues, más que un error de Maximino. Si trasladásemos la muerte de Ulfilas al año 388, tendríamos que desatender el hecho importante, referido por Philostorgo, de la consagración de Ulfilas por Eusebio, y suponer que en 388 Teodosio estaba aún en negociaciones con los arrianos; sabemos, a la inversa, que después del año 383, cuando Teodosio hubo fracasado en sus últimas tentativas de reconciliación, no se guardaron ya consideraciones con el partido de Ulfilas y de sus amigos.

Si, al contrario, Ufilas murió en Constantinopla en 381, pudo muy bien ser llamado allí por el emperador Teodosio, para asistir, no a un concilio, sino a una disputa *(ad disputationem)*, según la conjetura ingeniosa del Dr. Besell, contra los Psathyropolistae, que acababan de formar en Constantinopla una nueva secta arriana. Hacia la misma época, en 380, Sozomeno recuerda los esfuerzos de los arrianos para ganar el favor de Teodosio. Dice, de acuerdo con Auxencio, que todos esos esfuerzos fueron vanos, y que se publicó una ley para prohibir toda discusión sobre la naturaleza de Dios. Encontramos esa ley en el código teodosiano, con fecha del 10 de enero de 381. Pero lo que importa notar sobre todo es que esa ley deroga un rescripto que los heréticos arrianos habían obtenido por fraude, y viene a confirmar así el testimonio de Auxencio acerca del nuevo concilio que el emperador le había prometido a él y a su partido.

Volvamos ahora a Ulfilas, que nació, como hemos visto, en 311. Al decir de Philostorgo, sus padres eran oriundos de Capadocia, y habían sido llevados cautivos por los godos de un sitio llamado Sadagolthina, cerca de la ciudad de Parnassos. Los godos hicieron esa incursión a Galacia y a Capadocia bajo Valeriano y Galieno (hacia 267), y los cautivos cristianos que trajeron consigo fueron los primeros que llevaron la luz del Evangelio a las orillas del Danubio. Como el mismo Philostorgo era capadocio, tenemos motivos para creer que es exacto lo que refiere sobre los padres de Ulfilas. Ulfilas nació entre los godos, y el gótico fué la lengua de su infancia, aunque más tarde supiese hablar y escribir el latín y el griego. Después de haber referido la muerte de Crispo (326), y antes de contar los últimos años de Constantino, Philostorgo nos dice que hacia esa misma época, fué cuando Ulfilas hizo atravesar a sus godos el Danubio, y los llevó a las tierras del imperio romano. Las persecuciones de que eran objeto desde su conversión al cristianismo los habían obligado a abandonar su patria, y Ulfilas, que se había puesto a su cabeza, fué a formular sus agravios a los pies de Constantino. Todo esto debió pasar antes de 337, el año de la muerte de Constantino; quizá era en 328, después de la victoria ganada sobre los godos por ese emperador; y, aunque Ulfilas no tuviese más que diez y siete años en 328, esa no sería razón bastante para rechazar el testimonio de Philostorgo, que refiere que Constantino trató a Ulfilas con el mayor respeto, y le llamó el Moisés de su tiempo. Como él había hecho atravesar el Danubio, a su banda fiel y la había llevado a Mesia, muy bien podía ser comparado por el emperador a Moisés que había sacado a los israelitas de Egipto y los había hecho atravesar el mar Rojo. Verdad es que Auxencio establece esa misma comparación entre Ulfilas y Moisés, después de contar que Ulfilas fué recibido con los mayores honores por

Constancio, sucesor de Constantino. Pero el relato de Auxencio se refiere evidentemente a la recepción de Ulfilas en 348, cuando era ya obispo entre los godos hacía siete años, y no podría debilitar en nada el testimonio de Philostorgo en punto a las relaciones anteriores entre Ulfilas y Constantino. Sozomeno distingue claramente el primer paso del Danubio por los godos bajo la dirección de Ulfilas de los ataques posteriores de Atanarico contra Fridigern o Fritiger, ataques que condujeron al establecimiento definitivo de los godos en el imperio romano. Debemos suponer que, después de pasar el Danubio, Ulfilas residió durante algún tiempo en medio de su pueblo o en Constantinopla. Auxencio cuenta que desempeñó primeramente las funciones de lector, y que no fué consagrado obispo por Eusebio hasta 341, cuando llegó a la edad de treinta años, exigida por las leyes eclesiásticas. Pasó los siete primeros años de su episcopado entre los godos, y los treinta y tres últimos *in solo Romanaie,* adonde había acompañado a Fritiger y a los tervingios. Hay cierta confusión en las fechas de las diversas emigraciones de los godos, pero parece muy probable que Ulfilas sirvió de guía a sus compatriotas en más de una ocasión.

Tales son, sobre poco más o menos, todos los informes que es posible recoger sobre Ulfilas. No podemos aceptar los juicios de algunos historiadores eclesiásticos sobre los motivos que le habrían inducido a abandonar la fe en que había sido educado, para abrazar la doctrina arriana: él mismo nos asegura que jamás había tenido otra creencia que el arrianismo *(semper sic credidi).* El aserto de Sócrates de que Ulfilas había asistido al sínulo de Constantinopla en 360 puede ser verdadero, aunque Auxencio y Philostorgo no hacen ninguna mención del hecho. El autor de las Actas de Nicetas cita a Ulfilas como presente en el concilio de Nicea, en compañía de Teófilo. Es verdad que Teófilo firmó las actas de ese concilio co-

mo obispo de los godos; pero parece muy dudoso que le acompañase Ulfilas, el cual no tenía en esa época más que catorce años.

Excepto los libros de los Reyes, Ulfilas tradujo toda la Biblia, el Antiguo Testamento de la versión de los Setenta, y el Nuevo del texto griego, pero ese texto difería un poco del que poseemos hoy. Desgraciadamente, la mayor parte de su traducción se ha perdido; no nos quedan más que fragmentos extensos de los Evangelios, todas las epístolas canónicas de San Pablo menos algunos pasajes, y algunas partes de un Salmo, del libro de Esdras y del libro de Nehemías.

Aunque Ulfilas perteneciese a los godos occidentales, su traducción fué adoptada por todas las tribus de esa raza y llevada por ella a España y a Italia. El gótico se extinguió en el siglo IX, y, después de la caída de los grandes imperios fundados por esos bárbaros, la traducción de Ulfilas se perdió y olvidó. Pero en la abadía de Werden se había conservado en manuscrito del siglo V, y hacia fines del XVI Arnoldo Mercator sacó del olvido ese viejo pergamino que contenía grandes fragmentos de la traducción de Ulfilas. Ese manuscrito, conocido con el nombre de *Codex argenteus,* fué depositado más tarde en Praga; y cuando el conde Köenigsmark se apoderó de esa ciudad en 1648, se llevó el precioso manuscrito a Upsal, en Suecia, donde aun se conserva como un tesoro de un precio inestimable. El pergamino es púrpura, las letras de plata y la encuadernación de plata maciza.

En 1818, el cardenal Mai y el conde Castiglione descubrieron otros fragmentos de la Biblia de Ulfilas en el monasterio de Bobbio, donde habían quedado, sin duda, después de la destrucción del imperio godo de Teodorico el Grande en Italia.

Ulfilas debió ser un hombre de un raro vigor intelectual para haber tenido por primera vez la idea de

traducir la Biblia en la lengua vulgar de su pueblo. En su tiempo no existían en Europa más que dos lenguas que un obispo cristiano debiese creerse autorizado a emplear: el griego y el latin; todas las otras pasaban aún por bárbaras. Se necesitaba un presentimiento de los gloriosos destinos de aquellas tribus semi-salvajes y de la caída próxima de los imperios de Roma y de Bizancio, para que Ulfilas se decidiese a traducir la Biblia en el dialecto vulgar de los bárbaros, sus compatriotas. Poco tiempo después de su muerte, el número de los godos cristianos había aumentado tanto en la capital del imperio, que San Juan Crisóstomo, que ocupó la sede de Constantinopla de 397 a 405, les hizo edificar una iglesia en que el culto debía celebrarse en lengua gótica.

La lengua de Ulfilas se liga por su estructura fonética a la clase del bajo alemán, pero, *salvo pocas excepciones,* su gramática es mucho más primitiva que el anglosajón del *Beowulf* o que el antiguo alto alemán de Carlomagno. Sin embargo, esas excepciones son muy importantes, en cuanto prueban que la gramática, no menos que la historia, nos impide derivar ni el anglosajón, ni el alto alemán, del gótico. Así, para no citar más que un ejemplo, sería imposible mirar la primera persona del plural del presente de indicativo, el antiguo alto alemán *nerjamês,* como una corrupción del gótico *nasjam:* porque sabemos, por el sánscrito *masi,* el griego *mes,* el latín *mus,* que aquella era la desinencia original de la primera persona del plural.

El gótico no es más que uno de los numerosos dialectos hablados por la raza germánica, de cuyos dialectos algunos han suministrado los materiales de las lenguas literarias de la Gran Bretaña, de Holanda, de Frisia y de la alta y baja Alemania, mientras que otros han desaparecido completamente o han continuado su curso al través de las edades, sin ser conocidos ni de nombre y sin haber

producido nunca una obra literaria. Como el gótico es el único de esos dialectos que podemos hacer remontar hasta el siglo IV, mientras que a los demás los perdemos de vista desde el siglo VII, por eso ciertos lingüistas le han mirado sin razón como el origen de todo el lenguaje teutónico. Pero los argumentos de que nos hemos servido contra Raynouard, para demostrar que la lengua provenzal no pudo ser la madre de los seis dialectos románicos, se aplican con no menos fuerza a la lengua gótica, y nos impiden asignarle otro rango, entre las lenguas teutónicas que el de una hermana mayor.

Hay todavía una tercera rama del lenguaje teutónico, cuya existencia independiente se halla tan bien comprobada como la del bajo y el alto alemán, y que debió desenvolverse paralelamente a esos dos dialectos y al gótico. Quiero hablar de la rama *escandinava,* que comprende actualmente tres dialectos literarios, los de Suecia, Dinamarca e Islandia, y diversos dialectos locales que se encuentran sobre todo en los valles retirados de Noruega, cuya lengua literaria es el danés.

Se supone comúnmente que hasta el siglo XI el idioma hablado en Suecia, en Noruega y en Dinamarca era el mismo, y que esa lengua nos ha sido conservada casi intacta en Islandia, mientras que se ha modificado en Suecia, y ha acabado por formar allí los nuevos dialectos nacionales. Efectivamente: está fuera de duda que el escalda islandés recitaba sus poemas en Islandia, en Noruega, en Suecia, en Dinamarca y aun delante de los compatriotas establecidos en Inglaterra y en Gardariki, sin tener que temer no ser comprendido, hasta que, según se dice, Guillermo introdujo el galés, es decir, el francés, en Inglaterra, y las lenguas eslavas invadieron el Este de Europa. Sin embargo, aunque en esas diversas comarcas pudiese ser inteligible una misma lengua (llamada entonces danés o norés), dudo mucho que todos los

Northmans hablasen jamás un solo y mismo idioma, y me parece muy probable que los primeros gérmenes del sueco y del danés existiesen ya, mucho antes del siglo XI, en los dialectos de las numerosas tribus de la raza escandinava. Esa raza se divide en dos ramas muy distintas, la de los escandinavos del Este y la de los escandinavos del Oeste, según las llaman los sabios suecos; el idioma de los primeros estaría representado por la antigua lengua de Noruega y de Islandia, y el de los últimos por el sueco y el dinamarqués. Esa separación de los pueblos escandinavos había precedido a su establecimiento en Suecia y Noruega. Los escandinavos occidentales, habiéndose embarcado en la costa de Rusia, navegaron hacia el Oeste, atravesaron el mar Báltico pasando por las islas de Aland, y se establecieron después en la costa meridional de Suecia, mientras que sus hermanos costearon el golfo de Bothnia, y llegaron por el país de los fineses y de los lapones hasta las montañas del Norte de la Península, desde donde se esparcieron al Sur y al Oeste.

Los fragmentos más antiguos de la lengua escandinava se conservan en los dos *Eddas,* el Edda poético compuesto de antiguos poemas míticos, y el Edda de Snorri, que es de fecha más reciente, y que resume en prosa los relatos de la antigua mitología. Los dos Eddas fueron compuestos, no en Noruega, sino en Islandia. Islandia es una isla que viene a tener la extensión de Irlanda; fué revelada a Europa por algunos monjes irlandeses que se establecieron allí en el siglo VIII. En el siglo IX (860-870) Naddodd, Gardar y Frokki hicieron en Islandia viajes de descubrimiento, y esa isla lejana no tardó en servir de asilo a los republicanos de la península escandinava, como más tarde América a los puritanos de Inglaterra. Harald Haarfagr (850-933), después de haber vencido a la mayoría de los reyes noruegos, concibió el proyecto de domeñar a las poblaciones libres del Norte de Noruega.

Los que eran demasiado débiles para luchar contra él o demasiado altivos para aceptar su dominación, abandonaron su patria y emigraron a Francia, a Inglaterra y a Islandia (874). Eran, en gran parte, nobles y hombres de condición libre, y no tardaron en establecer en Islandia una república aristocrática; era la forma de gobierno bajo la cual habían vivido en su país antes del tiempo de Harald. La pequeña república se halló a poco en un estado floreciente, y los islandeses abrazaron el cristianismo en el año 1000. Fundaron escuelas, erigieron dos obispados y desplegaron en el estudio de la literatura clásica el mismo ardor que los sabios y los historiadores de su patria en reunir e interpretar sus leyes y sus poemas nacionales. Se distinguieron también por la afición a los viajes, y no sólo las principales ciudades de Europa, sino hasta los Santos Lugares eran visitados por esos viajeros atrevidos. A principios del siglo XII la población de Islandia se elevaba a cincuenta mil habitantes. Su actividad intelectual y literaria duró hasta principios del siglo XIII, cuando la isla fué conquistada por Hakon VI, rey de Noruega. En 1380 Noruega e Islandia fueron unidas a Dinamarca; y cuando en 1814 Noruega fué cedida a Suecia, Dinamarca conservó Islandia, que le pertenece aún en nuestros días.

La antigua poesía que florecía en Noruega en el siglo VIII, y que fué cultivada por los escaladas en el IX, hubiese desaparecido para siempre sin el celo solícito de los emigrados de Islandia. La rama más importante de su poesía tradicional se compone de cantos cortos que llamaban *Hiod* o *Quida*, y que celebran las gestas de sus dioses y de sus héroes. Cual sea la fecha precisa de esos antiguos poemas, cosa es que nos es imposible determinar; pero sabemos, por lo menos, que existían ya antes de la emigración de los noruegos a Islandia, y aun parece probable que se remonten hasta el siglo VII, fecha de nuestros más antiguos fragmentos de anglosajón y de alto y

bajo alemán. Esos cantos fueron reunidos hacia mediados del siglo XII por Saemund Sigfusson, que murió en 1133. En 1643 se descubrió una colección del mismo género en manuscritos del siglo XIII, y fué publicada bajo el título de *Edda* o la Abuela. Esa colección se llama el antiguo *Edda* o el *Edda* en verso, para distinguirle de una obra más reciente atribuída a Snorri Sturlusson (muerto en 1241), y llamada el *Edda* en prosa. El *Edda* de Snorri se compone de tres partes: la fascinación de Gylfi, los discursos de Bragi, y el *Escalda* o Arte poética. Se ha dado el título de *Heredoto de Islandia* a Snorri Sturluson, cuya obra principal, el *Heimskringla* o Círculo del mundo, contiene la historia de los pueblos escandinavos desde las edades míticas hasta el tiempo del rey Magnus Erlingsson, que murió en 1177. Probablemente, cuando se ocupaba en reunir los materiales de esa historia, fué cuando Snorri Sturlusson, como Casiodoro, Saxo Gramático, Pablo Diácono y otros historiadores de la misma familia, recogió los antiguos cantos de su pueblo: porque su *Edda,* y en particular el *Escalda,* están llenos de fragmentos de los antiguos poemas.

El *Escalda* y las reglas que en él se dan son una imagen fiel de los poemas del siglo XIII; y no se puede concebir nada más artificial, ni que menos recuerde la poesía natural y verdadera del antiguo *Edda* que ese arte poética de Snorri Sturluson. Una de las reglas fundamentales de esa poesía artificial es que nada debe llamarse en ella por su nombre. Los escaldas no debían hablar de un barco, sino de *la bestia del mar;* ni de la sangre, sino del *rocío del dolor,* o del *agua que hace brotar la espada.* Un guerrero no se llamaba ya más que *el árbol armado, el árbol de la batalla;* y la espada era *la llama que hiere.* Esa lengua poética, que era el lenguaje obligado de todos los escaldas, no poesía menos de ciento quince nombres para Odino, y de ciento veinte sinónimos para significar una

isla. Los pasajes poéticos citados por Snorri están sacados de los poemas de los escaldas que vivieron desde el siglo x hasta el XIII, y cuyos nombres son bien conocidos en la historia. Jamás cita ninguno de los cantos contenidos en el antiguo *Edda,* ya porque los considerase como una época mucho más antiguo y enteramente diferente, ya porque no pudiesen servir de ejemplos para ilustrar los preceptos poéticos de los escaldas, puesto que nada hubiese estado más reñido con esos preceptos que la sencillez de la poesía nacional, que expresaba todos sus pensamientos sin esfuerzo y sin circunlocuciones.

Hemos referido, pues, los dialectos teutónicos modernos a cuatro ramas principales: el *alto alemán,* el *bajo alemán,* el *gótico* y el *escandinavo,* que, con varios idiomas menos importantes, debieron desenvolverse paralelamente desde el principio, como otras tantas variedades del lenguaje teutónico. Para mayor facilidad, puede hablarse de ese lenguaje como si hubiese tenido una existencia individual, y como si formase una rama de la gran familia indoeuropea a que hemos visto que pertenece; pero no hay que olvidar que ese lenguaje primitivo y uniforme no ha tenido nunca una existencia histórica que pueda ser objeto de nuestras investigaciones; hasta donde podemos conocer su pasado, la lengua de las poblaciones germánicas, lo mismo que todas las demás, parece empezar por dialectos que, con el tiempo, formaron lenguas nacionales distintas.

Ahora tenemos que dejar a un lado las investigaciones minuciosas, y contentarnos con dirigir una rápida ojeada a las lenguas que componen, con la rama teutónica, la gran familia aria o indoeuropea.

Tomemos primeramente las lenguas románicas o neolatinas. Sin hablar de los dialectos locales, tenemos al presente seis modificaciones literarias del latín, o más bien del antiguo italiano: las lenguas de Portugal, de España,

de Francia, de Italia, de Valaquia y la de los grisones de Suiza, conocida con el nombre de *romanche* o *rumanche.* El provenzal, que alcanzó muy temprano en las poesías de los trovadores un alto grado de perfección literaria, no es ya en nuestros días más que un simple dialecto. Generalmente se refiere al siglo x el más antiguo poema provenzal, el Canto de Boecio, que Lebeuf suponía del siglo XI. Pero el reciente descubrimiento del Cántico de Santa Eulalia nos ha dado un monumento de la lengua de *oil,* o antiguo francés del Norte, anterior a las poesías más antiguas que poseíamos en lengua de *oc,* el antiguo provenzal. Una de las mejores preparaciones para el estudio de la gramática comparada de las lenguas clásicas de la familia aria es la atenta lectura de la *Gramática comparada de las seis lenguas románicas,* por el profesor Dicz.

Aunque, en términos generales, sea posible hacer remontar al latín esos seis idiomas románicos, ya hemos advertido, con todo, que el latín clásico no podría ofrecernos la explicación completa de su origen. Donde hay que buscar muchos de los elementos de las lenguas neolatinas es en los dialectos antiguos de Italia y de sus provincias. Antes de la fundación y del engrandecimiento de Roma, se hablaba en Italia más de un dialecto del latín, y en inscripciones se conservan fragmentos importantes del umbrío, hablado al Norte, y del osco, hablado al Sur de Roma. El osco, que era el idioma de los samnitas, y que comprendemos hoy gracia a los trabajos de Mommsen, había producido una literatura antes del tiempo de Livio Andrónico; y las tablas de Iguvium, que Aufrecht y Kirchhoff han estudiado con tanta ciencia y perseverancia, nos prueban que había una literatura sacerdotal entre los umbríos en época muy remota. El osco se hablaba todavía bajo los emperadores romanos, y lo mismo sucedía con otros dialectos locales menos importantes al Sur y al Norte de Italia. El momento en que la lengua literaria de Roma se hizo

clásica e inmutable, fué el principio de una era nueva para esos dialectos, que, aun en tiempo de Dante, se llaman todavía *vulgares* o *populares*: desde ese momento es desde cuando empiezan a desenvolverse los idiomas neolatinos. He aquí, sin duda, la causa principal de la aparente degradación que ofrecen esos idiomas, tales y como se nos presentan bajo la forma más antigua a que podemos llegar, hacia el siglo VIII: son ciertamente dialectos neolatinos adoptados por bárbaros de origen teutónico, y, por consiguiente, que han sufrido la influencia de los que se los habían apropiado; se encuentra en ellos abundante cosecha, no sólo de palabras, sino de frases, de construcciones y de idiotismos teutónicos. El francés es latín de provincia que pasó por boca de los francos, una de las razas teutónicas; y ese mismo influjo del habla bárbara se ha dejado sentir, aunque con menos fuerza, en todos los demás dialectos romances. Me parece cierto también que el fondo primitivos de las lenguas neolatinas no era el latín clásico, sino los dialectos vulgares y locales que se hablaban en las provincias por la clase media y las clases bajas del imperio romano. Muchas de esas expresiones que dan al francés y al italiano su aire de semejanza con el latín clásico, son importaciones mucho más recientes de los sabios, de los jurisconsultos y de los teólogos de la Edad Media, que trataron las palabras latinas con más respeto que el que habían tenido los conquistadores teutónicos para los dialectos populares que se habían apropiado.

Pasemos ahora a otra rama de la familia indoeuropea, la rama helénica, cuya historia nos es bien conocida desde el tiempo de Homero hasta nuestros días. La única observación que la filología comparada tiene que hacer sobre los idiomas de Grecia, es que sería aún más absurdo querer mirar la lengua griega como madre del latín que derivar el inglés del alemán. Efectivamente: encontramos en latín muchas formas más primitivas que las formas

correspondientes del griego. La antigua hipótesis de que los pelasgos habían sido los antepasados comunes de los griegos y de los romanos no es sino un mito gramatical que hoy ya no exige refutación seria.

La cuarta rama de nuestra familia es la de las lenguas *célticas*. Los celtas parecen haber sido los primeros arios que llegaron a Europa; pero las emigraciones posteriores, sobre todo las de las tribus teutónicas, los rechazaron de continuo hacia el Occidente, y aun en nuestros días los celtas de Irlanda atraviesan el Atlántico en busca de una nueva patria. Los únicos dialectos célticos que se han conservado hasta nuestros días son el kymri y el gadhélico.

El kymri comprende el *galés,* hablado en el país de Gales, el *córnico,* que se ha extinguido hace pocos años, y el *armoricano,* hablado en la Bretaña francesa. El gadhélico comprende el *irlandés,* el *gaélico,* hablado en la costa occidental de Escocia, y el *max,* dialecto de la *isla de Man.* Aunque esas lenguas célticas sean vivas aún, los celtas no pueden ya pretender formar una nación independiente, como la raza germánica o eslava. Hubo un tiempo, sin embargo, en que los celtas gozaban de la autonomía política; los germanos y los romanos temblaron más de una vez ante sus ejércitos victoriosos. Les pertenecían la Galia, Bélgica y Bretaña, y formaban la mayor parte de la población del Norte de Italia. En tiempo de Herodoto encontramos celtas en España; y la Suiza, el Tirol y las comarcas situadas al Sur del Danubio, fueron en un tiempo moradas de tribus célticas. Pero, después de hacer frecuentes incursiones por las comarcas que eran entonces el asiento de la civilización, incursiones que familiarizaron a los escritores griegos y latinos con los títulos que a la razón llevaban sus reyes, desaparecen por completo del Este de Europa. Se supone que Brennus significaba rey, y se ha identificado con el galés *brennin.* Un Breno se hizo dueño de Roma en 390 antes de Jesucristo; otro Breno amenazó a

Delfos en 280. Hacia esa misma época se estableció una colonia céltica en Asia Menor, en la *Galacia,* donde el idioma hablado en tiempo de San Jerónimo era aún el de los galos. Se encuentran ciertamente palabras célticas en alemán, en eslavón y aun en latín, pero no han sido admitidas en esas lenguas más que como términos extraños, y su número es mucha menor de lo que se supone comúnmente. Un número mucho más considerable de voces latinas y alemanas se han introducido con el tiempo en los dialectos célticos modernos, y ciertos entusiastas de los estudios célticos las han tomado por los tipos originales de esas mismas voces, que el latín y el alemán, a su juicio, habrían recibido primitivamente del fondo céltico.

La quinta rama de las lenguas arias, que se llama ordinariamente la rama *eslava,* me parece que se designa más exactamente con el nombre de *wíndica,* puesto que el término *winidae,* es una de las apelaciones más antiguas y más generales que sirven a los primeros historiadores de Europa para designar las tribus de que ahora tenemos que ocuparnos. Debemos dividir esos pueblos en *letones* y *eslavos,* y subdividir estos últimos en *eslavos del Sureste* y *eslavos del Oeste.*

La división letona se compone de lenguas que apenas son conocidas de los eruditos, pero que están llenas de interés y son de una gran importancia para el lingüista. El *letón* se habla hoy en Curlandia y en Livonia. El *lituanio* es el idioma de una población de unas 200.000 almas en la Prusia oriental, y de más de un millón en las partes limítrofes de Rusia. El más antiguo monumento escrito del lituanio es un pequeño catecismo compuesto en 1547. En ese catecismo, y aun en el habla actual del campesino lituano, encontramos algunas formas gramaticales más primitivas y más próximas al sánscrito que las formas correlativas en griego y en latín.

El *antiguo prusiano,* que se acercaba mucho al lituanio,

se extinguió en el siglo XVII, sin dejarnos otro monumento escrito que un antiguo catecismo.

El letón, como acabamos de decir, es el idioma de Curlandia y de Livonia; en lo que toca a la gramática es mucho más moderno que el lituanio, aunque no deriva de él inmediatamente.

Llegamos ahora a las lenguas eslavas propiamente dichas, que se dividen en dos distintas secciones, como antes hemos advertido. La sección oriental comprende el *ruso* con diversos dialectos locales, el *búlgaro* y el *ilirio*. El documento más antiguo de ese grupo de lenguas es la versión de la Biblia en *antiguo búlgaro,* llamado también a veces el *eslavo eclesiástico,* hecha por Cirilo y Metodio a mediados del siglo IX, y que hoy aún se halla adoptada por toda la raza eslava. En el estudio de las lenguas eslavas el antiguo búlgaro ocupa el mismo puesto y da las mismas luces que el gótico en el estudio de las lenguas germánicas. El búlgaro moderno, al contrario, es, de todos los dialectos de esta clase, el más pobre en formas gramaticales.

El *ilirio* es un nombre más o menos cómodo para comprender el *serbio,* el *cróata* y el *eslovenio.* Del *eslovenio* nos quedan fragmentos que se remontan al siglo X.

La sección ocidental de las lenguas eslavas comprende los dialectos de *Polonia,* de *Bohemia* y de *Lusacia.* El monumento más antiguo del polaco, el *Salterio* de Margarita, pertenece al siglo XIV. No ha mucho aún se creía poseer fragmentos del bohemio del siglo IX; pero hoy la mayoría de esos entiguos poemas bohemios se miran como apócrifos, y hasta se han suscitado dudas sobre la antigüedad de una traducción interlineal del Evangelio de San Juan, que se consideraba del siglo X.

El dialecto de Lusacia es hablado por una población de unas 150.000 almas, que se conoce en Alemania con el nombre de *vendos.*

Ahora hemos pasado revista a todos los dialectos de

la familia aria que se hallan en Europa, con la sola excepción del *albanés*. No cabe duda de que este idioma ha salido del mismo tronco que las otras lenguas europeas; pero como le separan del griego y de todos los miembros reconocidos de la familia aria marcadas diferencias, se le supone procedente del lenguaje de los antiguos ilirios, y se ha creído ver en él el único representante, que ha llegado hasta nosotros, de esas lenguas, llamadas bárbaras, que se hablaban en las fronteras de Grecia, y que se infiltraron en los dialectos griegos.

De Europa debemos pasar ahora a Asia, y aquí empezaremos por el extremo Sur, por las lenguas de la India. Como en una lección anterior he expuesto sumariamente la historia del sánscrito, me limitaré hoy a indicar sus distintos períodos. Podemos hacer remontar a unos mil quinientos años antes de nuestra Era el dialecto de las vedas, al cual siguió el sánscrito moderno; después encontramos los dialectos vulgares del siglo III antes de Jesucristo, los dialectos prâcrits, empleados en el drama indo, y, en fin, los idiomas hablados aún en nuestros días, como el indui, el indostani, el mahrata y el bengali. En la larga historia del lenguape de la India puede encontrar el lingüista las más preciosas luces, y se ha dicho con razón que el sánscrito es para la filología comparada lo que las matemáticas para la astronomía; pero puesto que estas lecciones sólo deben servir de introducción a nuestra ciencia, no ha llegado el momento de estudiar en pormenor el organismo gramatical de ese idioma.

Hay, sin embargo, un punto sobre el cual me será lícito decir algunas palabras. Se me ha preguntado muchas veces: Pero, ¿cómo probar que la literatura sánscrita tenga esa antigüedad que usted la atribuye? ¿Cómo es posible fijar fechas en la historia de la India antes de la conquista de Alejandro? ¿Qué confianza pueden inspirar manuscritos sánscritos que muy bien han podido ser alterados o

forjados en una época muy posterior a la fecha que llevan? Es más fácil hacer tales preguntas que contestarlas, y, sobre todo, que contestarlas breve e inteligiblemente. Espero, con todo, que el siguiente razonamiento satisfará, en parte, esas dudas, y demostrará que el sáscrito era lengua hablada en la India, varios siglos al menos, antes de Salomón.

En los himnos de los Vedas, que son las más antiguas composiciones literarias en sánscrito, el horizonte geográfico de los poetas se halla limitado casi siempre al Noroeste de la India. Hay muy pocos pasajes que contengan alusiones al mar o a la costa, mientras que las montañas nevadas, los ríos del Pendjab y los paisajes del valle alto del Ganges, son objetos familiares para los antiguos bardos. En una palabra: todo nos muestra que la raza que hablaba el sánscrito entró en la India por el Norte, y se extendió después gradualmente al Sur y al Este. Ahora podemos probar que, en la época de Salomón, el sáscrito se había extendido por el Sur hasta la desembocadura del Indo.

Se recordarán las naves que construía Salomón en Esion-Geber, que está cerca de Eloth, en la costa del mar Rojo, en la tierra de Edom. Esa flota, tripulada por los servidores de Salomón y por los servidores de Hiram, rey de Tiro, iba a Ofir en busca de oro, que llevaba al rey Salomón (*Reyes,* I, cap. IX, v. 26-28). Se dice que de ese mismo Ofir llevaba la flota de Hiram no sólo oro, sino una gran cantidad de madera de *algum* y piedras preciosas (*Ibid.,* X, 11). Al puerto de donde salía la flota de Salomón se le llama Esion-Geber, y la mayoría de los sabios ha identificado ese Esion-Geber con el puerto moderno de Akala, al extremo Nordeste del mar Rojo. En ese mismo puerto de Esion-Geber se rompieron las naves de Tharsis que Josafat enviaba a Ofir en busca de oro (*Ibid.,* XXII, 48). Es difícil decir lo que designa la expresión "naves de Tharsis". Pero si leemos que Salomón tenía en el mar

una flota de Tharsis con la flota de Hiram, y que la flota de Tharsis venía una vez cada tres años, trayendo no sólo oro, sino plata, marfil, monos y pavos reales, la conclusión natural parece ser que Salomón no poseía más que un puerto, el de Esion-Geber, y que de allí partían aquellas naves, para ir a Ofir en busca de oro, de madera de *algum* y de piedras preciosas, y para traer de un país no especificado, oro, plata, marfil y pavos reales.

Ha habido largas discusiones sobre la situación de Ofir; pero no cabe duda de que fué una parte de la costa de la India o de la costa Sureste de Arabia, un puerto que mantuvo en la India relaciones comerciales, activas y regulares. Los nombres empleados para designar los *monos,* los *pavos reales,* el *marfil* y la madera de *algum,* son en hebreo palabras extrañas, ni más ni menos que *gutta-percha* para nosotros. Ahora, si quisiéramos saber de qué parte del mundo fué importada a Europa primeramente la *gutta-percha,* no nos expondríamos mucho a engañarnos, suponiendo que esa sustancia debió venir del país en que la palabra *gutta-percha* formaba parte de la lengua hablada. De igual modo, si podemos encontrar una lengua a la cual pertenezcan esos nombres del mono, del pavo real, del marfil y de la madera de *algum,* que eran extranjeros en hebreo, tendremos derecho a inferir que el país en que se hablaba esa lengua debió ser el Ofir de la Biblia. No se deduciría aún, como ha demostrado monsieur Twisleton, que las otras importaciones, el marfil, los monos y los pavos reales, viniesen también de Ofir, porque la Biblia no dice en ninguna parte que viniesen de Ofir. Pero si resultara que los nombres de esas cosas perteneciesen a la lengua que puede asignarse a Ofir, entonces, a falta de toda prueba en contrario, habría buenas razones para suponer que todas esas procedían de un mismo país. La lengua en que encuentran su etimología el nombre de la madera de *algum,* así como los que designan el *marfil,* los *monos* y

los *pavos reales,* no es otra que el sánscrito, y si esa lengua era hablada en Ofir y en otro sitio no designado, es probable que Ofir, lo mismo que ese país sin nombre, estuviesen situados en la India y fuesen accesibles por mar.

Ahora bien: la madera de *algum,* o, como se la llama en otras partes, la madera de *almug,* se supone que era la madera de sándalo. Confesaré que no había cosa menos probada hasta el instante en que se ha descubierto que uno de los numerosos nombres que lleva en sánscrito esa madera es *valguka.* Ese término "valguka", que supone una forma primitiva *valgu,* pudo alterarse fácilmente en boca de los marinos judíos y fenicios, y convertirse en *algum,* forma que, en un pasaje, por lo menos, del Antiguo Testamento, sufrió un nuevo grado de alteración y se trocó en *almug.* La madera de sándalo no se da más que en la India, y sobre todo en la costa de Malabar.

A pesar de todo, si no tuviésemos otro indicio que la palabra *algum,* quizá no estaríamos autorizados aún para reconocer en Ofir un país donde se hablase el sánscrito. Pero, si examinamos las palabras empleadas para designar los pavos reales, los monos y el marfil, y llegamos al mismo resultado, es decir, a reconocer que son extrañas al hebreo, y explicables por el sánscrito, las presunciones son mucho más vehementes, y estaremos autorizados, no sólo para suponer que en la India es donde hay que buscar a Ofir, sino para admitir como probable que el país desconocido de donde procedían los nombres de esos artículos de comercio era también el que suministraba esos artículos, que ese país estaba al alcance de la flota de Esion-Geber, y no lejos de Ofir.

Ahora bien: los monos se llaman en hebreo *koph,* palabra cuya etimología es imposible encontrar en las lenguas semíticas, pero que es casi idéntica en sonido al nombre sánscrito del mono, *kapi.*

El *marfil* se llama ora *karnath-shem,* cuernos de dien-

te, ora *shen habbim.* Es igualmente imposible encontrar en hebreo la derivación de esa palabra *habbim,* que probablemente es una corrupción del nombre sánscrito del elefante, *ihha,* precedido del artículo semítico.

Los pavos reales se llaman en hebreo *tukhi-im,* cuya explicación encontramos en el antiguo nombre clásico del pavo real, en tamul, *tôkei,* pronunciado vulgarmente *tôgei.* En el tamul moderno *tôkei* no significa generalmente más que la cola del pavo real; pero en el antiguo tamul clásico significa el pavo mismo.

El marfil, el oro, los monos y los pavos reales son indígenas en la India, aunque se puedan encontrar igualmente en otros países. Pero no sucede lo mismo con la madera de *algum,* al menos si debemos pensar, con los intérpretes, que esa palabra *algum,* o *almug* significa la madera de sándalo; tampoco ocurre lo mismo con el pavo real. La madera de sándalo, como hemos indicado, es peculiar de la India, y lo mismo el pavo real, según la observación de Mr. Twisleton.

Si, pues, Ofir, es decir, el país de la madera de *algum,* debe buscarse en la India, y si el punto de donde la flota de Salomón traía pavos reales, monos y marfil, debe buscarse también en una comarca donde se hablaba sánscrito, el punto en que es más natural pensar es la desembocadura del Indo. Ese río ofrecía a los habitantes del Norte todo género de facilidades para llevar hasta la costa su oro y sus piedras preciosas, y los comerciantes del Sur y del centro de la India podían desear aprovecharse de un mercado situado tan ventajosamente para vender allí sus pavos reales, sus monos y su madera de sándalo. En esa misma localidad Ptolomeo (VII, 1) nos da el nombre de *Abiria,* más arriba de *Pattalene,* y los geógrafos indos colocan allí una población que llaman *Abhîra* o *Ábhîra.* No lejos encontró Mac-Murdo, según cuenta en su descripción de la provincia de Cutch, una raza de *Ahirs,* que, según

todas las probabilidades, son los descendientes de los que vendieron a Hiram y a Salomón su oro y sus piedras preciosas, sus monos, sus pavos reales y su madera de sándalo.

Si, pues, en el tiempo a que nos traslada el *Veda,* el pueblo que hablaba el sánscrito se hallaba establecido aún en el Norte de la India, mientras que en tiempo de Salomón la lengua de ese pueblo se había extendido hasta Cutch y aun hasta la costa de Malabar, eso demostrará que, en todo caso, el sánscrito no es de ayer, y que es tan antiguo, por lo menos, como el libro de Job, donde se menciona el oro de Ofir.

Con el sánscrito, sobre todo con el sánscrito de los *Vedas,* se halla muy estrechamente emparentada la antigua lengua del *Zend-Avesta,* el *zend,* según se la llama, que es la lengua sagrada de los discípulos de Zoroastro, adoradores de Ormuzd. Efectivamente: merced al conocimiento del sánscrito, y con ayuda de la filología comparada, se ha llegado a descifrar el antiguo dialecto de los parsis o adoradores del fuego. Los manuscritos de esos libros sagrados habían sido conservados por los sacerdotes parsis en Bombay, donde se había refugiado en el siglo x una colonia de adoradores del fuego, y donde sus descendientes poseen hoy una influencia y riquezas considerables. Se encuentran otras colonias en Yezd y en diversas partes del Kerman. El primero que tradujo el *Zend-Avesta* fué un francés, Anquetil Duperron, pero le tradujo de una versión en persa moderno, y no del texto original. El primer europeo que trató de leer las palabras mismas de Zoroastro fué el dinamarqués Rashk, y después de su muerte prematura, Eugenio Burnouf obtuvo en Francia uno de los más gloriosos triunfos de la ciencia moderna, descifrando la lengua del *Zend-Avesta,* y consignando su estrecho parentesco con el sánscrito. Las dudas que se habían expresado sobre la antigüedad y sobre la autenticidad de los *Vedas* se repitieron con respecto al *Zend-Avesta* por

ilustres orientalistas y aun por sir William Jones y Wilson. Pero los argumentos de Burnouf, aunque fundados sólo en los hechos gramaticales, eran irresistibles; y el descubrimiento reciente de las inscripciones cuneiformes de Darío y de Jerjes ha venido a darles una brillante confirmación.

Harto antes de Burnouf se conocía la existencia de un antiguo sabio llamado Zoroastro. Platón habla de un filósofo que enseñaba la magia de Zoroastro, y llama a Zoroastro hijo de *Oromasde.* Ese nombre de Oromasde es importante, porque está evidentemente en lugar de *Ormuzd,* dios de los discípulos de Zoroastro. El nombre de ese dios, tal y como le leemos en las inscripciones de Darío y de Jerjes, es *Ahuramazda,* forma que se acerca mucho al Oromasde de Platón. Así, darío dice en un pasaje: "Por la gracia de Auramazda, soy rey; Auramazda me ha dado el reino." Si ahora tratamos de descubrir la significación de Auramazda, nos pone en camino un pasaje de las inscripciones aqueménidas en que Auramazda está escrito en dos palabras, declinadas las dos. Encontramos allí *Aurahya, mazdâha,* como genitivo de *Auramazda.* Pero esa forma es aun ininteligible, y no es, después de todo, más que una corrupción fonética de *Ahurô mazdâo* (nom.), el nombre de la divinidad suprema, tal y como le encontramos en cada página del *Zend-Avesta.* Las dos partes de ese nombre se declinan igualmente; y, en vez de *Ahurô mazdâo,* encontramos también *Mazdâo ahurô. Ahurô mazdâo* figura en el *Zend-Avesta* como el creador y el gobernador del mundo, como el ser bueno, santo y verídico, que lucha contra todo lo que es mal, tinieblas y mentira. "Los malos sucumben ante la sabiduría y la santidad del espíritu sabio y vivo." En los himnos más antiguos el demonio de las tinieblas, que se opone a *Ahurô mazdâo,* no ha recibido aún su verdadero nombre, *Angrô mainyus,* que se convirtió más tarde en *Ahriman,* pero se habla de él como de

una potencia, como *Drujs* o la mentira; y la principal doctrina que Zoroastro había venido a predicar era que tenemos que elegir entre esos dos poderes, que debemos ser buenos, y no malos. He aquí sus palabras:

"En un principio había dos gemelos, dos espíritus, cada uno de los cuales tenía su actividad propia: el *bueno* y el *malo* en pensamientos, en palabras y en acciones. Elegid entre esos dos espíritus. Sed buenos, y no malos."

Y en otra parte:

"Ahuramazda es santo y verídico; hay que honrarle con la veracidad y con santas acciones... No podéis servir a los dos espíritus."

Ahora: si quisiésemos probar que el anglosajón ha existido realmente, y antes que el inglés, nos bastaría comparar algunas palabras, tales como *lord* y *hlaford, gospel* y *godspel.* Como *hlaford* tiene una significación y *lord* no la tiene, podemos estar seguros de que, sin ese compuesto *hlaford,* jamás hubiésemos poseído la palabra *lord.* Encontramos un hecho análogo comparando la lengua del Zend-Avesta con la de las inscripciones cuneiformes de Darío. *Ahuramazdâ* es evidentemente una corrupción de *Ahurô mazdâo,* y si la lengua en que están escritos los anales de la montaña de Behistun es una verdadera lengua, con mayor razón debemos creer en la existencia de la lengua del *Zend-Avesta,* tal y como fué descifrada por Burnouf, mucho antes de descifrar la de Ciro y de Darío.

Pero ¿qué significa *Ahurô mazdâo?* El zend no nos da la explicación; tenemos, pues, que pedírsela al sánscrito, la más primitiva de las dos lenguas, como hemos buscado en el italiano la forma y las significación originales de la palabra francesa *feu.* Según las leyes que rigen los cambios de las palabras comunes al zend y al sánscrito, *Ahurô mazdâo* responde al sánscrito *Asura medhas,* que significaría el *Espíritu sabio,* y nada más.

Burnouf, Brockhaus, Spiegel y Westergaard, han dado

ediciones, traducciones y comentarios del *Zend-Avesta;* pero aun queda mucho que hacer, y el doctor Haug, que reside en Punah, acaba de reanudar la obra incompleta de Burnouf. Ese sabio ha demostrado que el texto del *Zend-Avesta,* tal y como le poseemos, contiene fragmentos de épocas muy diversas, y de los cuales no podemos atribuir a Zarathustra sino los más antiguos, que se llaman los *Gâthâs.* "Esa parte, dice en un discurso que acabamos de recibir de la India, es mínima, si se compara con toda la masa de los fragmentos zendas, pero se distingue claramente de las demás a causa de la diferencia del dialecto. Los trozos más importantes escritos en ese dialecto particular se llaman *Gâthâs* o cantos, y se dividen en cinco colecciones de poca extensión. Están compuestos en versos de diferentes metros, que responden en su mayoría a los metros de los himnos védicos, y están escritos en un dialecto que se acerca mucho al de los *Vedas.*" Es sensible que, en ese mismo discurso que nos hace concebir tan grandes esperanzas para el porvenir, el doctor Haug haya prestado la autoridad de su nombre al error de los que sostienen que Zoroastro o Zarathustra se menciona en el *Rig-Veda* como Jaradashti. El diccionario sánscrito de la Academia rusa da la verdadera significación que tiene *jaradashti* en el *Rig-Veda,* y ningún indianista puede pensar seriamente en traducir esa voz por Zoroastro.

La época en que vivía Zoroastro, es una cuestión más difícil que no podemos examinar hoy. Lo que importaba consignar desde ahora es que Zoroastro ha existido realmente, así como el zend, la lengua que empleó, y que esa lengua es anterior a la de las inscripciones cuneiformes.

Prosiguiendo nuestro estudio de la historia de la lengue persa, vemos que el zend se transforma en el dialecto en que están escritas las inscripciones de la dinastía de los Aqueménidas. Ese dialecto, modificado nuevamente, pasa

a ser el *pehlvi* o el *huzvaresh* (más correctamente el *hûzuresh*), que se hallaba bajo la dinastía de las sasánidas (226-651), y que se ha conservado en las traducciones del *Zend-Avesta* y en la lengua oficial de las inscripciones y de las monedas sasánidas. Se encuentra en pehlvi una mezcla considerable de palabras semíticas, importadas de Siria probablemente. Más tarde la lengua de Persia se desembaraza de esos elementos extraños y se convierte en el *parsi*, que difiere poco de la lengua de Firdusi, el gran poeta épico de Persia, el autor del *Shâ-nameh* (hacia el año 1000 de J. C.) Desde esa época no tenemos que consignar más que el número siempre creciente de palabras árabes que penetraron en la lengua de Persia después de la conquista de ese país y de la conversión de sus habitantes a la religión de Mahoma.

Las otras lenguas asiáticas, cuya gramática y cuyo vocabulario atestiguan, en términos generales, su parentesco con el sánscrito y el persa, pero que llevan un sello demasiado marcado y demasiado nacional, para que podamos clasificarlas entre los simples dialectos, son la lengua del *Afganistán* o el *pushtu,* la de los *kurdos,* la de los *osetas,* en el Cáucaso, y, en fin, el *armenio; la lengua* de Bojara no es más que un dialecto del persa, y no merece figurar separadamente en el cuadro de las lenguas arias. Habría mucho que decir sobre cada una de esas lenguas y sobre los títulos que tienen para ocupar un puesto entre los miembros independientes de la familia aria; pero nuestro tiempo es limitado, y, por otra parte, ninguna de ellas ha adquirido aún la importancia que tienen los idiomas de la India, de Persia, de Grecia, de Italia, de Alemania y de otras ramas del lenguaje ario, que han sido sometidas a un análisis crítico, y cuya historia puede estudiarse en las diferentes épocas de su existencia literaria.

No hay ya más que una sola lengua aria cuya mención hayamos omitido: es la de los *bohemios,* o, como se los

llama en todo el Oriente, de los *tsiganes*, y pertenece igualmente al Asia y a Europa. Aunque esa lengua haya perdido casi todas sus formas gramaticales, y aunque su vocabulario esté compuesto de palabras tomadas de todos los países que han atravesado los tsiganes, reconocemos aún claramente los lazos que la ligan al Indostán, la patria de donde está desterrada.

Se verá, pues, que es posible dividir la familia aria entera en dos grandes secciones: la del *Sur*, que comprende las ramas india e irania, y la del *Norte* o del *Noroeste*, que comprende todas las otras. El sánscrito y el zend tienen en común ciertas palabras y ciertas formas gramaticales que no existen en ninguna de las otras lenguas de esta familia; de donde puede inferirse con certidumbre que los antepasados de los poetas védicos y los de los adoradores de *Ahurô mazdâo* permanecieron juntos durante algún tiempo, después de abandonar la cuna primitiva de toda la raza aria. Porque fijémonos bien en esto: la clasificación genealógica de esas lenguas, tal como aquí se ofrece, tiene un sentido histórico. Así como las seis lenguas neolatinas nos transportan al idioma de los pastores italianos que se establecieron en las siete colinas de Roma, así también el estudio comparado de todas las lenguas arias nos transporta a una época más primitiva del lenguaje, en que los primeros padres de los indos, de los persas, de los griegos, de los romanos, de los eslavos, de los celtas y de los alemanes habitaban juntos en las mismas cercas y bajo el mismo techo. Hubo un momento en que, entre el gran número de vocablos posibles para significar *padre, madre, hermano, hermana, perro, vaca, cielo y tierra,* se formaron los nombres que encontramos en todas las lenguas arias, y prevalecieron en esa lucha para llegar a la vida que no existe menos en el dominio del lenguaje, que en el reino vegetal y en el reino animal. Diríjase la vista al cuadro comparativo del verbo auxiliar AS, ser, en las diversas len-

guas arias. La elección de AS, entre todas las raíces que hubiesen podido expresar igualmente la idea de la existencia, y la adición a esa raíz de una serie de desinencias personales que eran originariamente pronombres personales, fueron actos individuales, o, si se quiere, hechos históricos. Se realizaron un día en cierta fecha y en cierto lugar; y, puesto que encontramos esas mismas formas en todos los miembros de esa familia, despréndese de aquí que antes que los antepasados de los indos y de los persas se dirigiesen hacia el Sur, y los de los griegos, de los romanos, de los celtas, de los teutones y de los eslavos hiciesen su primera etapa hacia las riberas de Europa, existía un pequeño clan de arias establecido probablemente en la más alta meseta del Asia central, y que hablaban un lenguaje que no era aún ni el sánscrito, ni el griego, ni el alemán, pero que contenía los gérmenes de todos esos dialectos. Esos arios eran agricultores y habían llegado ya a cierto grado de civilización; habían deconocido los lazos de la sangre y consagrado los lazos del matrimonio, e invocaban al Ser que da al cielo la luz y la vida, bajo el mismo nombre que se oye hoy aun en los templos de Benarés y en nuestras iglesias cristianas.

Cuando ese pueblo se dispersó, los ascendientes de los indos y de los persas debieron permanecer juntos durante algún tiempo en sus emigraciones o en sus nuevas residencias; y creo que la reforma de Zoroastro fué la que trajo al fin la ruptura entre los adoradores de los dioses védicos y los adoradores de Ormuzd. ¿Sería ahora posible determinar por el mismo criterio (la comunidad de ciertas palabras y de ciertas formas) las épocas sucesivas en que los teutones se separaron de los eslavos, los celtas de los italianos o los italianos de los griegos? Me parece más que dudoso. Los sabios que han tratado de resolver ese problema han llegado a resultados diferentes y de ninguna manera satisfactorios. Los más juicioso, por el momento, es remontarse,

en cada uno de los grupos que forman la clase septentrional, a la forma más antigua y más pura de su idioma nacional; en cuanto a las semejanzas más acentuadas que se encuentran entre las lenguas eslavas, por ejemplo, y las lenguas teutónicas, se explicarán admitiendo que los antepasados de esas razas conservaron desde el principio ciertas particularidades dialectales que existían antes como después de la dispersión de la familia aria.

SEXTA LECCION

La gramática comparada

Objeto de la gramâtica comparada. — Distinción entre las *raíces* y las *formas* del lenguaje. — Teorías diversas sobre el origen de las formas gramaticales. — Las desinencias no son ni escrecencias producidas por una vegetación íntima del lenguaje, ni signos convencionales inventados para modificar el sentido de las palabras; la gramática comparada demuestra que fueron en su origen palabras independientes que se han alterado con el tiempo y se han aglutinado al final de las palabras a que estaban yuxtapuestas. — Formación de ciertos casos en las lenguas arias: el locativo, el genitivo, el dativo. — Formación de las desinencias de los verbos: el futuro francés, el futuro latino, el pretérito inglés. — Hipótesis para mostrar cómo pueden tener origen las formas gramaticales. — Principales resultados que ofrece la gramática comparada de las lenguas arias. — Luz inesperada que proyecta sobre los tiempos antehistóricos el estudio comparativo de esas lenguas. — Cuadro de la civilización entre los arios antes de su dispersión, según las palabras comunes a los diferentes miembros de la familia. — Por qué se ha dado el nombre de *arias* a las lenguas indoeuropeas. — Significación del nombre *aria;* sus peregrinaciones al través del mundo. — La región habitada por los arios.

La clasificación genealógica de la famliia aria se fundó, como hemos visto, en la comparación detallada de las principales formas gramaticales de cada uno de sus miembros; y obras como la *Gramática* comparada de Bopp tienen por objeto demostrar que el mecanismo gramatical del sánscrito, del zend, del griego, del latín y de los dialectos célticos, teutónicos y eslavos, se produjo de una vez para todas; y que las desemejanzas aparentes entre las desinencias sánscritas, griegas y latinas, deben encontrar su explicación en

las leyes de la alteración fonética peculiares de cada dialecto, las cuales han modificado el antiguo tipo ario, transformándole en tan gran número de lenguas nacionales. Parece, pues, que la obra de la gramática comparada quedaría concluída en cuanto hubiese determinado de una manera exacta la filiación genealógica de las diferentes lenguas y sus relaciones de parentesco entre sí; y los filósofos, que no se preocupaban sino de los más altos problemas de la ciencia del lenguaje, no han vacilado en declarar que, a su juicio, las declinaciones, los números, los casos y los géneros de los nombres, no podrían ofrecer asuntos para discusiones serias y fecundas. Reconocemos, sin trabajo, que la gramática comparada no es más que un instrumento, y que, en lo tocante, por lo menos, a la familia aria, nos ha dado ya próximamente todo lo que podemos esperar de ella; pero esperamos, sin embargo, que, en la ciencia del lenguaje, no perderá jamás la importancia que debe a los admirables trabajos de los Bopp, de los Grimm, de los Poot, de los Benfey, de los Curtius, de los Kuhn y de tantos otros filólogos distinguidos. La gramática comparada, por otro lado, no se limita a un simple trabajo de comparación. Nada sería más fácil, sin duda, que cotejar los paradigmas de las declinaciones y de las conjugaciones en sánscrito, en griego, en latín y en los demás dialectos arios, y notar sus diferencias y analogías. Pero, después de hecho eso, y después de descubrir las leyes fonéticas que han conducido a la lengua, desde el tipo ario primitivo, a esa variedad de idiomas nacionales que admiramos en el sánscrito, en el griego y en el latín, vemos surgir problemas de un interés mucho mayor aún.

Sabemos que esas terminaciones que llamamos ahora desinencias gramaticales eran en su origen palabras independientes que tenían su significación propia. ¿Es posible, después que la gramática comparada ha reconstituído las formas originales de las desinencias arias, reconocer en

ellas palabras independientes y penetrar su sentido primitivo? Se recordará que esta cuestión fué nuestro punto de partida en el estudio del lenguaje. Nos preguntábamos cómo la *d* final del pretérito inglés *I loved* había podido convertir un acto presente en un acto pasado; y hemos visto que ,antes de resolver ese problema, necesitábamos buscar la forma más primitiva de esa desinencia, remontándonos del inglés al gótico, y luego, si era menester, del gótico al sánscrito. Volvemos ahora a nuestra primera pregunta: ¿Qué es, pues, el lenguaje para que un simple cambio de forma, como el que se advierte en el tránsito de *I love* a *I loved*, pueda tener tan importantes consecuencias?

Ante todo, démonos cuenta clara de la distinción que queremos establecer entre los elementos radicales y los elementos formales de un idioma; y por elementos formales entiendo, no sólo las desinencias de las declinaciones y de las conjugaciones, sino también todas las letras, todas las sílabas que sirven para marcar la derivación, todo lo que no es, en suma, un radical. Nuestra teoría del origen del lenguaje deberá depender, en gran parte, de la idea que nos formemos de esos elementos, en oposición a los elementos radicales del lenguaje. En efecto, los que miran el lenguaje como un signo artificial o un producto convencional fundan sus principales argumentos en esos elementos formales. Las flexiones de las palabras, dicen, son la mejor prueba de que el lenguaje articulado fué inventado de común acuerdo por ciertos hombres, para suplir la insuficiencia del *lenguaje natural* de la humanidad; es decir, de los ademanes del cuerpo, del juego de la fisonomía y de los diferentes gritos que nos arranca la alegría o el dolor. Para esos filósofos todas las flexiones no son más que letras o sílabas desnudas de significación propia; y cuando se les pregunta por qué una *d* añadida a *I love* transforma un amor presente en un amor pasado, o por qué el *ai* que

termina los futuros franceses indica que se trata del porvenir, contestan que porque, en una época muy lejana de la historia del mundo, ciertas personas, o ciertas familias, o ciertas tribus, habían coincidido en querer que fuese así.

Otros pensadores miran el lenguaje como un todo orgánico, dotado, en cierto modo, de una vida propia, y explican sus elementos formales como productos de una vegetación interior y natural. Las lenguas, dicen, deben compararse, no al cristal que se forma por aglomeración alrededor de un núcleo, sino al germen que se desarrolla por su fuerza íntima. Todas las partes esenciales del lenguaje existían en el germen primitivo tan realmente (aunque sólo en el estado embrionario) como los pétalos en el capullo antes de abrir la flor. Esa hipótesis fué propuesta por Federico Schlegel, y goza aun de gran predicamento cerca de muchas personas para quienes las frases poéticas sustituyen al razonamiento sólido y severo.

La ciencia del lenguaje no adopta ninguna de esas dos hipótesis. En cuanto a la que nos representa un grupo de hombres discutiendo sobre los exponentes que convendría emplear para expresar las relaciones denotadas por el nominativo y el genitivo, el singular y el plural, la activa y la pasiva, el simple buen sentido parece decir que, si cuestiones tan abstrusas hubiesen podido tratarse en una lengua desprovista de flexiones, no había ya motivo para idear un medio más perfecto de comunicación. En cuanto a la otra hipótesis de que exista en el lenguaje, es decir, en los nombres y en los verbos, un principio de vegetación interior, todo lo que podemos decir es que semejante concepción se desvanece en cuanto se la mira un poco de cerca. Podemos concebir el lenguaje como un producto, pero no como una sustancia dotada de la facultad de producir. Además, la ciencia del lenguaje no tiene que ocuparse de simples hipótesis, puedan o no concebirse. Recoge hechos, y sólo se propone descubrir, hasta donde sea posible, su

razón y explicación. En vez de mirar las reflexiones en general como signos convencionales o excrecencias naturales, toma cada desinencia separadamente, y, cuando ha restablecido su forma más antigua por medio de la comparación, trata esa sílaba primitiva como trataría cualquier parte del lenguaje, es decir, como una palabra que tuvo en un principio su significación propia. En cuanto a la posibilidad de descubrir el pensamiento que ha presidido a la creación primera de cada uno de los elementos del lenguaje, esa es otra cuestión; y forzoso es reconocer que muchas formas gramaticales se sustraen todavía a nuestras explicaciones, aun después de haber encontrado su tipo más primitivo. Pero, puesto que una inducción penetrante nos revela cada vez más los secretos íntimos del lenguaje, y puesto que nuevos descubrimientos vienen a recompensar cada año los trabajos de los lingüistas, no tenemos ningún motivo para dudar de que el análisis gramatical no dé con el tiempo resultados tan ciertos y tan completos como el análisis químico. Verdad es que, cuando consideramos la gramática tal y como la ha hecho el trabajo de tantos siglos, nos parece a veces muy complicada y muy oscura; pero en su origen era mucho más sencilla y más clara de lo que se supone comúnmente. ¿Qué es la gramática, después de todo, sino la declinación y la conjugación? Y originariamente la declinación no ha podido ser otra cosa que la yuxtaposición, al fin de un nombre, de alguna otra palabra expresiva del número y el caso. En una lección precedente hemos visto cómo se expresaron los números; la formación de los casos resultó de un procedimiento enteramente análogo.

En chino el caso locativo se forma de diversas maneras; por ejemplo: añadiendo al nombre ciertas palabras como *cung,* "el medio", o *néi,* "interior". Así se encuentra *kuo cung,* "en el imperio", *ì sûí cung,* "en el espacio de un año." El caso instrumental se forma con ayuda de la preposición

y, que es una antigua raíz que significa *servirse.* Así, el chino dice *y ting,* "con un palo", allí donde el latín emplearía el ablativo y el griego el dativo. Ahora, por complicadas que sean en griego y en latín las declinaciones regulares e inrregulares, podemos estar seguros de que se formaron en un principio por ese simple procedimiento de la yuxtaposición.

En todas las lenguas arias ha habido primitivamente un caso que denotaba el lugar, y que los gramáticos han llamado *locativo.* En sánscrito todo nombre tiene su locativo, como su genitivo, su dativo y su acusativo. Así, *corazón* se dice en sánscrito *hrid; en el corazón* se dice *hridi.* Aquí, pues, la desinencia del locativo es simplemente una *i* breve. Esa *i* breve es una raíz demostrativa, y, según todas las probabilidades, la misma que dió en latín la preposición *in.* El sánscrito *hridi* representa, pues, una antigua palabra compuesta, que significa *corazón-dentro,* y esa desinencia, aglutinándose al nombre, acabó por tomar puesto entre los casos conocidos de los sustantivos terminados por una consonante. Mirando al chino, vemos que el locativo se forma en él de la misma manera, pero cabiendo elegir entre varias palabras para expresar el lugar. Hemos visto que *en el imperio* se dice *kûo-cung,* y que *en el espacio de un año* se dice *ì sûí cung;* pero también se puede reemplazar *cung* por otros términos; v. gr.: por *néi,* interior.

Se nos objetará quizá que la formación de un caso tan primitivo como el locativo no ofrece grandes dificultades, pero que ese procedimiento de la yuxtaposición no podría explicar el origen de casos más abstractos, como el genitivo, el dativo y el acusativo. En efecto; si se pide a la gramática general o filosófica la explicación de los diferentes casos, será difícil admitir que un procedimiento tan sencillo como el que acaba de indicarse, haya podido realizar todas las abstracciones que se suponen expresadas por

las desinencias del genitivo, del dativo y del acusativo. Pero tengamos bien presente que esas no son más que categorías generales en que los filósofos y los gramáticos se han esforzado por clasificar todos los hechos del lenguaje. Los hombres primitivos, en medio de los cuales nació y se desarrolló el lengueje, jamás conocieron ni el dativo ni el acusativo, porque todo lo que hoy es abstracto en el lenguaje, fué concreto en su origen. Allí donde nosotros diríamos el rey de Roma, ellos hubiesen dicho el rey en Roma, empleando, naturalmente, el caso que hemos llamado locativo, mientras que la idea más abstracta del genitivo jamás habría entrado en su sistema de pensamiento. Más aún: podemos probar que, de hecho, el locativo ha sustituído a veces al genitivo. En latín, por ejemplo, el antiguo genitivo de los nombres en *a* terminaba en *as*, según vemos en *pater familias*, en vez de *pater familiai* o *pater familiae*. El umbrío y el osco conservaron siempre la *s* como signo del genitivo de los nombres terminados en *a*. El *ae* del genitivo latino de la primera declinación era primitivamente *ai*, es decir, el antiguo locativo en *i*. *Rex Romae* significaba, pues, en realidad, rey en Roma. Y aquí se notará que la gramática, que debería ser la más lógica de todas las ciencias, es a menudo la más ilógica. El niño aprende en el colegio que, si quiere traducir en latín esta frase: "yo vivo en Roma", deberá poner Roma en genitivo. No hemos de preguntarnos nosotros cómo puede torturar el gramático el sentido del genitivo para hacerle que exprese el reposo en un lugar; como quiera que sea, el alumno empleará necesariamente, en circunstancias análogas, el genitivo de Cartago *(Carthaginis)* o el de Atenas *(Athenarum)*, y entonces habrá que decirle que esos genitivos no pueden emplearse como el genitivo de los nombres en *a*. No sabemos cómo explica esta contradicción la gramática general, pero la gramática comparada resuelve toda la dificultad inmediatamente. Nos dice que el locativo no ha reempla-

zado al genitivo más que en la primera declinación; mientras que *Carthaginis* y *Athenarum,* como verdaderos genitivos, jamás hubiesen podido emplearse para designar el lugar. Un caso particular como el locativo, puede generalizarse y expresar de ese modo la idea más general del genitivo, pero el fenómeno inverso no podría producirse.

Cuando yo adopté la opinión del doctor Rosen y de Bopp, que ven en la terminación latina del genitivo singular de los nombres femeninos en *a* una antigua terminación del locativo, no ignoraba las objeciones que se habían opuesto a esa manera de ver, pero estaba tan lejos de admitirlas como Bopp, que, en la segunda edición de su *Gramática comparada,* mantiene la explicación que dió en un principio de ese caso. Que la relación expresada por el genitivo pueda ser denotada por un locativo, es un punto que no se podría discutir, porque es bien conocido que en el dual una sola terminación sirve en sánscrito para los dos casos, el locativo y el genitivo. Como sería difícil sostener que un verdadero genitivo primitivo haya podido emplearse para dar la idea de una relación de lugar, parecería inferirse de aquí que la terminación del locativo y del genitivo dual en *os* expresaba originariamente una relación de lugar, y que poco a poco adquirió un sentido atributivo más general. No cabe duda de que el latín poseyó, como el griego, el genitivo regular en *s* porque se ha conservado en ciertas frases hechas, como *pater familias.* Probablemente esa terminación *âs* es una contracción de *ais,* que corresponde al sánscrito *âyâs,* aunque se haya explicado también simplemente como una combinación de la final *a* con la *s* del genitivo. Los genitivos latinos en *ais* son raros, pero Ritschl ha probado, no obstante, su existencia por medio de las inscripciones más antiguas. Así, se encuentra *Proserpinais* en vez de *Proserpinae* (véase Kuhn's *Zeitschrift,* t. XII, p. 234, t. XIII, p. 445). Formas debilitadas en *aes* como *Dianaes, Juliaes,* son mucho más fre-

cuentes, y continúan encontrándose en las inscripciones, aun bajo los últimos emperadores (véase Corssen, *Aussprache der Lateinischen Sprache*, p. 183). Pero, mientras que el tránsito de *ais* a *aes* y *âs* no ofrece dificultad ninguna, es imposible explicar la terminación *âi* y *ae* por la simple caída de la final *s*. Jamás *familiâs* pudo perder en latín su final *s*, y convertirse en *familiâ*. Sin duda, la *s* latina está sujeta a caer, pero, hasta donde puede juzgarse en el estado actual de nuestros conocimientos, no puede hacerlo más que después de las vocales breves. Así es como encontramos o en lugar de *us* (Schleicher, *Compendium;* § 159), *amare*, en lugar de *amaris*, *pote* en lugar de *potis;* pero nunca encontramos *mensi* en dativo o *mensa* en acusativo plural en vez de *mensis* o *mensas*. Si *ais* pudiese perder su final *s*, esa terminación podría quizá convertirse en *ai* o en *ae*, pero nunca en *ai*. El único caso en que se supone que se haya perdido una *s* final después de una vocal larga es el nominativo plural de la segunda declinación. Aquí tampoco cabe dudar que existieron en el latín arcaico formas por el estilo de *megistrais* en vez de *magistri*. Pero que la forma regular *magistri* debiera su origen a la pérdida de la *s* final, eso no se ha probado nunca. También en sánscrito encontramos en el nominativo plural, una al lado de otra, formas como *parvas* y *purve*. Las formas latinas en *eis* corresponden a las formas sánscritas en *as*, las formas latinas en *i* a las formas sánscritas en *e*, pero nadie soñaría en explicar la *e* sánscrita como una corrupción fonética de *as*.

Este solo ejemplo muestra cómo lo que los gramáticos llaman un genitivo, se formó por el mismo procedimiento de composición que podemos estudiar en el chino, y cuya existencia puede probarse en el lenguaje original de los arios. El dativo se formó exactamente de la misma manera. Si se dice a un niño que el dativo expresa una relación de un objeto con otro, menos directa que la expresada por

el acusativo, le costará trabajo, sin duda, comprender esa jerarquía de relaciones; pero se sorprenderá más aún si, cuando haya comprendido esa abstracción gramatical, se le dice que, para traducir en griego la idea perfectamente definida de la existencia en un lugar, debe poner ciertos nombres en dativo: que debe decir, por ejemplo, *salimini* en la traducción de esta frase "yo vivo en Salamina". Si se busca la razón de esta regla, sólo la gramática comparada puede darla. La desinencia del dativo griego en *i* era originalmente la del locativo. El locativo puede expresar muy bien una de las relaciones que comprende algo confusamente el dominio mal determinado del dativo; pero el carácter borroso del dativo no puede traducir nunca la significación tan clara y tan acusada del locatico. El dativo *salamini* fué primeramente un locativo. "Yo vivo en Salamina", no significó nunca "yo vivo hacia o en la dirección de Salamina." El dativo, al contrario, en una frase como ésta: "yo lo doy al padre", fué originariamente un locativo; y después de haber empezado por expresar la relación, por decirlo así palpable, de "yo lo doy, lo coloco sobre o en el padre", ese caso acabó por adquirir poco a poco el carácter más general y menos preciso y determinado que los lógicos y los gramáticos atribuyen a sus dativos.

Si la explicación que acabamos de dar de ciertos casos en griego y en latín parece demasiado artificial o demasiado forzada, no tenemos sino mirar al frances para ver cómo el mismo procedimiento se aplica aún a nuestra vista. Las relaciones más abstractas del genitivo y del dativo, como en la *inmortalidad del alma,* y en la frase *yo me confío a Dios,* se expresan por las dos preposiciones *de* y *ad* que significan en latín "naciendo de, saliendo de", y "hacia a la parte de", como las preposiciones *of* y *to,* que han remplazado en inglés a las desinencias germánicas *s* y *m,* denotaban también en el origen una relación de dirección. La única diferencia entre nuestros casos y los de las len-

guas antiguas consiste en que el elemento determinativo se coloca ahora delante de la palabra, mientras que en el lenguaje original de los arios se añadía al fin de la palabra.

Lo que se dice de los casos de los nombres se aplica igualmente a las terminaciones de los verbos. Puede parecer difícil reconocer, en las desinencias de las diferentes personas de los verbos griegos y latinos, los pronombres mismos que se añadieron a un tema verbal para expresar *yo* amo, *tú* amas, *él* ama; pero nuestra razón nos dice que originariamente esas desinencias han debido ser en todas las lenguas pronombres personales. Pueden igualmente desorientarnos las terminaciones de *thoulovest, he loves,* y no es muy fácil identificar *st* y *s* con el *thou* y el *he* modernos; pero no tenemos más que poner en parangón todos los dialectos arios para ver a la primera ojeada que nos transportan a una serie única de desinencias cuyo sentido podemos penetrar y cuyo origen podemos descubrir sin trabajo.

Examinemos ante todo algunas formas modernas, a fin de tener más luz para seguir la marcha oscura y a veces caprichosa del lenguaje; o, mejor aún, empecemos por un ejemplo imaginario, por lo que podremos llamar una lengua del porvenir, para comprender claramente de qué manera pueden tener origen ciertas formas que llamaríamos formas gramaticales.

Supongamos que suena al fin la hora de la libertad para los esclavos de América, y que, huyendo lejos de sus perseguidores, vuelven a la patria de sus padres, y se establecen todos juntos en alguna comarca del Africa central, donde aprovechando lo que hubiesen aprendido en la tierra de su cautiverio, podrían, con el tiempo, elaborar una civilización suya. Sería muy posible que algunos siglos después un nuevo Livigstone descubriese en sus descendientes una lengua, una literatura, leyes y costumbres que tuviesen una semejanza asombrosa con las de su país. ¡Qué

interesante problema se ofrecería entonces a los historiadores y a los etnólogos futuros! Pues bien; en la historia del mundo antiguo hay problemas no menos interesantes, cuya solución nos da o nos dará un día la ciencia del lenguaje. En las hipótesis que ha poco hacía yo, estoy convencido de que el estudio atento de la lengua hablada por los descendientes de esos esclavos de América, bastaría para reconocer con completa certidumbre los principales hechos de su historia, aunque ningún documento escrito ni ninguna tradición oral hubiesen conservado el recuerdo de su cautiverio y de su liberación. Al pronto tropezaríamos, sin duda, con dificultades que parecerían insuperables. Un misionero o un viajero sorprendería a los sabios de Europa enviando una noticia sobre esa nueva lengua africana: "Esta lengua, diría quizá, es muy imperfecta, y tan pobre, que no tiene a menudo más que una sola y misma palabra para expresar las ideas más dispares; así, v. gr., el sonido *rait,* sin el menor cambio de acento, significa verdadero, ceremonia, artesano y escribir *(right. rite, wright, write).* En cuanto a las flexiones gramaticales, está casi tan desprovista de ellas como el chino, y jamás atribuye género a las cosas inanimadas, excepto en un número sumamente restringido de casos, como, por ejemplo, hablando de una *nave* o de una *locomotora,* que son siempre del género femenino. Un hecho muy curioso es que esos africanos, aunque careciendo de desinencias particulares para el masculino y para el femenino, unen, sin embargo, una terminación masculina o una terminación femenina a la partícula afirmativa, según que se dirigen a un hombre o a una mujer: dicen en el primer caso *yesr,* y en el segundo *yesm.*"

Por absurdo que todo esto parezca, hay a veces algo más raro aún en las descripciones que nos dan misioneros y viajeros de la lengua de las tribus salvajes, con que se hallan en contacto por primera vez. Veamos ahora lo que

tendría que hacer el lingüista si se sometiesen a su examen formas por el estilo de *yesr* y *yesm*. Ante todo, debería remontarse históricamente a sus tipos más primitivos, y si llegaba a asociarlas a *yes sir* y a *ma'm*, advertiría que donde uno debe prometerse encontrar semejantes contracciones, es, sobre todo, en un dialecto vulgar. Después de haber referido el *yesr* y el *yesm* de los negros de Africa al idioma de los americanos, los amos de sus ascendientes, el etimólogo tendría que preguntarse después cómo habían llegado a usarse esas expresiones en el continente de América.

Como no encontraría allí nada análogo en los dialectos de los aborígenes de América, una simple comparación de las palabras le llevaría primero a las lenguas de Europa y después a la de Inglaterra. Aunque hubiesen perecido todos los documentos históricos, las palabras por sí solas probarían que la raza blanca, cuyo lenguaje habían adoptado los ascendientes de nuestros africanos durante su cautiverio, había ido originariamente de Inglaterra, y dentro de ciertos límites, hasta sería posible determinar la época de su llegada a América. Esa emigración debió ser posterior al tiempo de Chaucer, porque en este poeta encontramos dos partículas afirmativas, *yea* y *yes*, y no las usa indistintamente. No pone *yes* más que después de las interrogaciones que contienen una negación; por ejemplo, para responder a esta pregunta: "¿no va él allí?", diría *yes*. En todos los demás casos emplea *yea*. Chaucer establece la misma distinción entre *no* y *nay*, respondiendo con la primera de esas partículas a las interrogaciones acompañadas de una negación, y con la segunda a todas las demás. Esa diferencia se desvaneció poco tiempo después de la época de sir Tomás More, y es menester que cesase de observarse antes de que *yes sir* y *yes madam* pudieran convertirse en expresiones consagradas por el uso para todos los casos.

Pero esas palabras nos proporcionan aún otros datos históricos. La palabra *yes,* anglosajona e idéntica al alemán *ja,* nos dice que esa raza blanca que atravesó el Atlántico después del tiempo de Chaucer, había atravesado la Mancha en una época anterior, cuando abandonó la patria de los anglos y de los sajones en el continente de Europa. *Sir* y *madam* son palabras normandas, y no pudieron ser impuestas a los anglosajones de la Gran Bretaña más que por conquistadores normandos. Pero no es esto todo: esos normandos hablaban en el origen un dialecto teutónico, estrechamente emparentado con el anglosajón, y en ese dialecto jamás hubiesen podido nacer las palabras *sir* y *madam.* Llegamos entonces a la conclusión de que, antes de la conquista normanda, los normandos teutones debieron vivir en una de las antiguas provincias del imperio romano bastante tiempo para olvidar su propia lengua y adoptar la de esa provincia.

Ahora podemos asociar el normando *madam* al francés *madame,* donde reconocemos una corrupción del latín *mea domina. Domina* dió *domma, donna* y *dame,* y esta misma palabra *dame* se ha empleado también como masculina, en el sentido de "señor", como corrupción de *domino, dommo* y *donno.* El que antiguamente tenía tierras de un obispado, a condición de defender el poder temporal del obispo y de mandar sus tropas, se llamaba *vidame,* como el *vidame* de Chartres, etc. La interjección *¡dame!* significa simplemente *¡señor! Dame-Diex,* esa exclamación tan frecuente en el antiguo francés, es *¡Señor Dios!* De *domina* se sacó el derivado *dominicella,* de donde vienen el francés *demoiselle* y el inglés *damsel.* Más tarde el nombre masculino *dame,* forma alterada de *domino,* se sustituyó con el latín *senior,* que era una traducción de la palabra germánica *elder,* de más edad. *Elder* era un título de honor, y le encontramos aún en *alderman* y en el inglés *earl* (el norés *jarl),* que es un comparativo análogo al anglosajón *ealdor.* El título de

senior, que significaba originariamente "de más edad", no se daba sino rara vez a las señoras. *Senior* se transformó en *seigneur*, y *seigneur* en *sieur*, de donde se sacó luego el inglés *sir*.

Vemos de este modo cómo en dos simples expresiones, a ejemplo de *yesr* y *yesm*, pueden leerse largas páginas de historia. Aunque se destruyesen todos los documentos históricos y todos los libros, como aconteció en China bajo el emperador Thsin-chi-hoang-ti (213 a. de J. C.), el lenguaje, por degenerado que estuviese, conservaría aún los secretos del pasado, y daría a conocer a las generaciones futuras la patria y las emigraciones de sus ascendientes desde las Indias Orientales hasta las Indias Occidentales.

A primera vista puede parecer extraño encontrar en los dos extremos de las emigraciones arias ese mismo nombre de *Indias* orientales e *Indias* occidentales; pero estos nombres encierran también su enseñanza histórica. Nos dicen que las razas poblaron el Occidente de Europa, las más vigorosas y emprendedoras de todas las razas arias, llamaron *Indias* a aquellas regiones que, en su figuración imaginaria del mundo, miraban como una prolongación de la India misma; que después reconocieron su error, y entonces distinguieron las Indias Occidentales de las Indias Orientales; que formaron vastos Estados en el Oeste; y que en el lejano Oriente fundóse un imperio poderoso por una de ellas, a quien ha sido dado saludar los lugares mismos donde habitaba la familia aria en su unidad aun indivisa, antes de separarse para ir al descubrimiento del mundo. Todos esos hechos y otros muchos podríamos descubrir en los ricos archivos del lenguaje. El nombre mismo de la India nos da más de una lección. porque no es un nombre indígena. Viene de los romanos, que le debían a los griegos, los cuales, a su vez, le habían recibido de los persas. Pero, ¿cómo sabemos que ese nombre pasó de Persia a Grecia? Porque sólo en el antiguo persa es donde

una *s* inicial se transforma en *h;* los griegos dejaron caer esa *h,* según su costumbre. Sólo en el antiguo idioma del Irán es donde el país del *Sindhu (indhu* es la voz sánscrita que corresponde a río), o de los *siete sindhus,* pudo llamarse *Hindia* o *India,* en lugar de *Sindia.* Así, a no ser porque los discípulos de Zoroastro pronunciaban todas las *s* como *h,* jamás hubiésemos oído hablar de las Indias Occidentales.

Ahora que hemos visto por un ejemplo imaginario lo que debemos esperarnos encontrar en el desarrollo del lenguaje, nos será más fácil comprender por qué hay que admitir como un principio fundamental de la gramática que ninguna parte del lenguaje debe considerarse como puramente formal hasta que la ciencia haya fracasado en todas sus tentativas para referir esos elementos formales a sus tipos primordiales y sustanciales. Suponiendo que el inglés no se hubiese escrito nunca hasta el tiempo en que se compuso la *Visión de Piers Plughman,* ¿cómo podríamos darnos cuenta de la forma *nadistou,* en vez de *ne hadst thou,* o de la expresión *ne rechi,* en vez de *I reck not?* En el dialecto del Dorsetshire encontramos *al ô' m* por *all of them; I midden* por *I may not; I cooden* por *I could not.* He ahí, sin duda, alteraciones bien sensibles; pero las alteraciones que sufrió el sánscrito antes de llegar a ser una lengua fijada por la escritura debieron ser mucho más profundas aún.

Examinemos ahora las lenguas clásicas modernas, como el francés y el italiano, donde la mayoría de las desinencias gramaticales son las mismas que en latín, aparte las modificaciones debidas a la alteración fonética. *J' aime* responde a *ego amo, tu aimes* a *tu amas, il aime* a *ille amat;* esta tercera persona del singular terminaba en la antigua lengua francesa por una *t* que reaparece todavía en *aime-t-il.* Asimismo, el imperfecto francés responde al imperfecto latino, y el pasado definido al perfecto latino; pero, cuando llegamos al futuro, no encontramos ya ningu-

na analogía entre *amabo* y *j'aimerai*. He aquí, pues, una nueva forma gramatical que, por decirlo así, hemos visto venir al mundo, o que, por lo menos, ha nacido a la plena luz de la historia. Ahora bien: ¿ha salido esa desinencia *rai* del cuerpo de la palabra como brotan las flores en primavera? ¿o es que algunos espíritus superiores se han reunido para crear esa terminación nueva y para convenir en usarla, a partir de ese día, en vez de la antigua terminación del futuro latino? Seguramente no ha pasado nada semejante. Vemos desde luego que en todas las lenguas románticas, las desinencias del futuro son idénticas a las del presente de indicativo del verbo auxiliar *haber*. Así, tenemos en francés:

j'ay y *je chanterai*	*nous avons* y *nous chanterons*
tu as y *tu chanteras*	*vous avez* y *vous chanterez*
il a e *il chantera*	*ils ont* e *ils chanteronte.*

En español y en provenzal encontramos la desinnencia aparente del futuro empleada como palabra independiente no incorporada aún al infinitivo. En español, en vez de *lo haré,* encontramos la forma más primitiva *hacerlo he,* es decir, *facere id habeo;* y en provenzal *dir vos ai,* en vez de *je vous dirai,* y *dir vos em,* en vez de *nous vous dirons.* Está, pues, fuera de duda que el futuro de los verbos neolatinos se formó originariamente uniendo al infinitivo el verbo auxiliar *haber;* y la expresión *j'ai à dire* o *je dire ai* vino fácilmente a traducir la idea que expresamos hoy por *je dirai.*

Este ejemplo nos manifiesta claramente cómo nacen las formas gramaticales. Un francés que jamás se ha ocupado de estudios filológicos mira las terminaciones de sus futuros como formas puramente gramaticales, y no le ocurre la idea de identificarlas con el presente de indicativo del verbo *haber*. Los romanos no sospechaban tampoco que *amabo* fuese una palabra compuesta, y, no obstante,

ese tiempo estaba formado con ayuda de un verbo auxiliar tan seguramente como lo está el futuro francés. El futuro latino sucumbió por los estragos de la alteración fonética. Cuando las letras finales perdieron su pronunciación distinta, fué imposible no confundir el imperfecto *amaban* con el futuro *amabo*. El procedimiento que hemos llamado la *renovación dialetal* deparó entonces un nuevo futuro. En efecto; *habeo* se encontraba a veces en latín unido a un infinitivo, como, por ejemplo, en *habeo dicere,* y la unión de esas dos palabras llegó insensiblemente a expresar la idea del futuro. A cualquier parte que dirijamos la vista vemos expresado el futuro por medio de la composición. El inglés emplea *I shall* y *I will,* "yo debo" y "yo quiero". El alemán forma su futuro con el auxilio de *werden* (el gótico *vairthan*), que significaba primitivamente "ir, dirigirse hacia"; el griego moderno con ayuda de *thelõ,* "yo quiero", como en *thelõ dõsei,* yo daré; y el rumano con ayuda de *vegnir,* venir, como en *ven a vegnir,* vendré; mientras que en francés esta expresión *je viens de dire* equivale a un pasado. *Je vais dire* es casi un futuro, aunque esta expresión viene originariamente de *vado dicere.* El verbo inglés *to go,* "ir", se emplea en un sentido completamente análogo en el dialecto del Dorsetshire, como en esta frase: *I be gwâin to goo a-pickèn stuones,* voy a recoger piedras. No es menos cierto que en las dos últimas letras de *amabo* reconocemos el antiguo auxiliar bhû, "llegar a ser", de igual manera que en σω, desinencia del futuro en griego, reconocemos el antiguo auxiliar as, ser.

Volvamos ahora sobre nuestros pasos, y derijámonos por última vez esta pregunta, cuya respuesta hemos debido diferir hasta el presente: ¿Cómo es que la simple adición de la *d* en el pretérito inglés *I loved* ha podido expresar la transformación de un amor presente en un amor pasado? Puesto que la lengua inglesa deriva del anglosajón, y está estrechamente emparentada con el sajón del

continente y con el gótico, nos dirigimos inmediatamente al pretérito gótico para ver si podemos descubrir algún vestigio de la composición primitiva de ese tiempo: porque, después de todos los ejemplos examinados, debemos esperar que, en este caso como en los otros, las desinencias gramaticales no serán más que restos de palabras independientes.

Hay en gótico un verbo *nasjan*, alimentar, que hace en el pretérito de indicativo:

Singular.	*Dual.*	*Plural.*
nas-i-da	nas-i-dêdu	nas-i-dêdum
nas-i-dês	nas-i-dêtuts	nas-i-dêdeuth
nas-i-da	—	nas-i-dêdun

El mismo verbo hace en el pretérito de subjuntivo:

nas-i-dêdjau	nas-i-dêdeiva	nas-i-dêdeima
nas-i-dêdeis	nas-i-dedêits	nas-i-dedêith
nas-i-dêdi		nas-i-dêdeina.

En anglosajón esos dos tiempos se han reducido de la manera siguiente:

PRETÉRITO DE INDICATIVO

Singular.	*Plural.*
ner-ë-de	ner-ë-don
ner-ë-dest	ner-ë-don
ner-ë-de	ner-ë-don.

PRETÉRITO DE SUBJUNTIVO

ner-ë-de	ner-ë-don
ner-ë-de	ner-ë-don
ner-ë-de	ner-ë-don.

Veamos ahora el pretérito del verbo auxiliar *to do* en anglosajón:

Singular.	*Plural.*
dide	didon
didest	didon
dide	didon.

Si no conociésemos más que el pretérito anglosajon *nerëde* y el anglosajón *dide,* no sería muy fácil reconocer la identidad de esta última palabra con el *de* de *nerëde.* Pero aquí se notará la ventaja que lleva el gótico a todos los demás dialectos teutónicos para todo lo que se refiere a la comparación y al análisis gramaticales. Sólo en gótico, y aun sólo en las personas del plural, encontramos el verbo auxiliar con sus formas plenas e íntegras *dêdum, dêduth, dêdun:* porque las formas del singular *nasida, nasidês, nasida* están por *nasideda, nasidedês, nasideda.* Esa misma contracción se ha efectuado en anglosajón, no sólo en el singular, sino también en el plural. Sin embargo, tal es la semejanza entre el gótico y el anglosajón, que no hay duda de que sus pretéritos debieron vaciarse en el mismo molde. Si podemos tener fe en el razonamiento por inducción, debió haber originariamente un pretérito anglosajón constituído así:

Singular.	*Plural.*
ner-ë-dide	ner-ë-didon
ner-ë-didest	ner-ë-didon
ner-ë-dide	ner-ë-didon.

Y así como *ner-ë-dide* se ha reducido a *nerëde,* así *nerëde* daría *nered* en inglés moderno. Por consiguiente, la *d* del pretérito que transforma *I love* en *I loved* era en el origen el verbo auxiliar *to do,* y *I loved* equivale a *I love did* o *I did love.* En ciertos dialectos ingleses, como por ejemplo, en el del Dorsetshire, se forma el pretérito con

el auxilio de *did,* cuando se quiere expresar una acción que dura o que se ha repetido muchas veces: se distingue así entre *"'e died eesterdae,* murió ayer", y *"the vo'ke did die by hundreds,* morían a centenares", aunque *died* sea originariamente idéntico a *die did.*

Aquí debemos anticiparnos a una pregunta que se ofrecerá al espíritu naturalmente, y explicar cómo se formó el pretérito inglés *did* (el anglosajón *dide),* y cómo ha venido a significar el pasado. En *dide* la sílaba *de* no es una desinencia, sino la raíz misma, de la cual *di* es una reduplicación. Efectivamente: los pretéritos de todos los verbos antiguos o *fuertes,* como los llaman los gramáticos modernos, se formaban en las lenguas toutónicas del mismo modo que en griego y en sánscrito, por medio de la reduplicación, que es uno de los principales procedimientos gramaticales para dar a una raíz la fuerza de un verbo. La raíz *do* en anglosajón es la misma que la raíz *the* en el griego *tithemi,* y que la raíz sánscrita *dha* en *dadhami.* El anglosajón *dide* respondería, pues, al sánscrito *dadhau,* yo puse.

De ese modo es cómo la mayoría de las formas gramaticales de las lenguas arias o indoeuropeas han podido identificarse con palabras independientes, y cómo los más ligeros cambios, al modo del de *foot en feet,* o de *find* en *found,* que a primera vista parecían deber sustraerse a todo análisis, han recibdio su explicación clara y completa. Ahora vemos, pues lo que se entiende por gramática comparada, que es el análisis científico de los elementos *formales* del lenguaje, precedido de lestudio comparativo de las diversas formas que ha revestido una misma y sola desinencia en los numerosos dialectos de una misma familia de lenguas. Los dialectos de más valor para la gramática comparada de la familia aria son: el sánscrito, el griego, el latín y el gótico; pero muy a menudo el zend y los dialectos célticos o eslavos difunden una luz inesperada sobre ciertas formas que

permanecerían oscuras e ininteligibles, si no se pudiesen estudiar más que en las cuatro lenguas principales. Los resultados obtenidos por trabajos tales como la *Gramática comparada* de Bopp pueden resumirse en algunas palabras. Las líneas esenciales de la gramática indoeuropea se habían fijado antes de que la familia aria se dividiese en nacionalidades distintas. Por eso los grandes hechos gramaticales, la derivación, la declinación y la conjugación, son en realidad los mismos en el sánscrito, el griego, el latín, el gótico y las lenguas congéneres; las desemejanzas aparentes encuentran su explicación en las particularidades fonéticas propias de cada nación, y, como hemos dicho en una lección precedente, lo que se llama la historia o el desarrollo de las lenguas arias, no es, después de todo, sino la marcha de la corrupción fonética. Cuando se logra restituir las desinencias gramaticales de todas esas lenguas a su forma más primitiva, es posible en muchos casos descubrir su significación original. Sin embargo, esos descubrimientos no pueden descansar más que en simples inducciones, porque el período durante el cual las partes constitutivas de la gramática aria primitiva conservaron, en el habla y en el espíritu de los arios, esa existencia independiente que hemos observado en el futuro provenzal *dir vos ai,* ese período había llegado a su término antes de que el sánscrito fuese el sánscrito o el griego el griego. En cuanto a la realidad de ese período antehistórico, nos es tan imposible dudar de ella como de la existencia de los antiguos bosques que han formado esas espesas capas de hulla que nos parecen inagotables.

Pero nuestras inducciones nos permiten penetrar más profundamente en la vida de esas primeras edades. Suponiendo que no nos quedase ningún fragmento del latín, y que el nombre mismo de Roma y el del idioma que allí se hablaba nos fuesen desconocidos, la comparación de los seis dialectos románicos nos permitiría afirmar que hubo

un tiempo en que todos esos dialectos se confundían en una lengua hablada por un pueblo poco numeroso; y, reuniendo las palabras comunes a esos dialectos, podríamos reconstruir hasta cierto punto el lenguaje original, y trazar un cuadro de la civilización de los romanos, tal y como la veríamos reflejada por esas palabras comunes. No de otra suerte la comparación del sánscrito, del griego, del latín, del gótico, del céltico y del eslavo, nos revela la situación material, política y moral de nuestros ascendientes. Las palabras que tienen, hasta donde es posible, la misma forma y la misma significación en todas las lenguas indoeuropeas, debieron existir antes de la dispersión de la familia aria, y, si las interpretamos cuidadosamente, nos darán a conocer el grado de civilización que habían alcanzado los arios antes de abandonar su patria común. El lenguaje sólo basta para probar que en la época de que hablamos los arios llevaban la vida de agricultores nómadas, semejante a la que nos pinta Tácito en su *De moribus Germaniae.* Conocían la labranza, el tejido y la costura; sabían hacer caminos y construir casas y embarcaciones; habían contado hasta ciento, por lo menos. Habían domesticado los animales más útiles, la vaca, el caballo, la oveja y el perro; conocían los principales metales, y se servían de hachas de hierro, ya para la guerra, ya para los trabajos de la paz. Habían reconocido los lazos de la sangre y del matrimonio; obedecían a jefes o reyes, y habían sancionado por costumbres y por leyes la distinción entre el bien y el mal. Habían concebido la idea de la divinidad, y la invocaban bajo diversos nombres. Todos esos hechos nos son revelados por el lenguaje. Porque, si encontramos en el griego, el latín, el gótico, el céltico o el eslavo, la misma palabra que en sánscrito para expresar el *hierro,* a pesar de que aquellas lenguas, una vez desprendidas del tronco común, apenas han tenido contacto con la última, ¿no es esa una prueba perentoria de que el hierro era conocido

antes de la separación de la familia aria? Ahora bien: *hierro* se dice en gótico *ais* y en sánscrito *ayas*, y puesto que los indos no han podido tomar esa voz de los germanos, ni los germanos de los indos, dedúcese de aquí necesariamente que la voz existía en el tiempo en que los antepasados de esos dos pueblos vivían en común. No encontraríamos el mismo nombre para *casa* en sánscrito, en griego, en latín, en eslavo y en céltico, si las casas no hubiesen sido conocidas antes de la separación de esos dialectos. Procediendo de esta suerte, se ha podido sacar del estudio atento del lenguaje una historia de la civilización aria que se remonta mucho más allá de los tiempos a que pueden alcanzar los documentos históricos.

El mismo nombre de *aria* pertenece a esa historia, y consagraré el resto de esta lección a contar el origen de ese antiguo vocablo y cómo se ha extendido por el mundo. Si el tiempo me lo hubiese permitido, hubiera querido decir hoy algunas palabras de la Mitología comparada, esa rama de nuestra ciencia que procede con las voces alteradas como la gramática comparada con las desinencias, descubriendo su forma y su significación primitivas; pero esas explicaciones nos llevarían demasiado leyes; y como se me ha preguntado muchas veces de dónde ha venido el nombre de *aria* a la familia de lenguas de que acabamos de ocuparnos, creo de mi deber entrar en ciertos pormenores sobre este punto.

Aria es una palabra sánscrita, y en el sánscrito de la época que llamaremos moderna significa *noble, de buena familia*. Pero originariamente era un nombre nacional, y le encontramos aún con esa significación en la colección de las leyes de los Mânavas, donde la India se llama *Arya-âvarta,* la morada de los arios.

En el sánscrito arcaico, en los himnos de los Vedas, *aria* se encuentra frecuentemente como el nombre de una nación, como un título de honor, que designa a los adora-

dores de los dioses que invocan los brahmanes, y que los distingue de sus enemigos; a éstos se los llama en los Vedas *Dasyus.* Así, en el *Rig-Veda* (I, 57, 8), leemos la invocación siguiente a uno de los dioses, *Indra,* que, en ciertos sentidos, responde bien al griego Zeus: "Conoce a los âryas, Indra, y a los que son dasyus; castiga a los impíos, y entrégalos en manos de tu servidor. Sé el poderoso auxiliar de los que adoran, y yo celebraré tus beneficios en los días de fiesta."

En la literatura dogmática de los últimos tiempos de la edad védica, *aria* es el nombre distintivo de las tres primeras clases, los brahmanes, los chatrias y los vaisías, para separarlos de la cuarta clase, los sûdras. En la *Satapatha-Brâhmana* se escribe en términos precisos: "Sólo los brahmanes, los chatrias y los vaisías son arias, porque son admitidos a los sacrificios. No dirigirán la palabra a todo el mundo, sino sólo al brahmán, al chatria y al vaisía. Si tienen que hablar con un sûdra, que digan a otro hombre: *Di esto â ese sûdra.* Tal es la ley."

En el *Atharva-Veda* (IV, 20, 4; XIX, 62, 1) encontramos esta expresión: "viendo todas las cosas, el sûdra ârya", donde sûdra y aria se toman por el género humano entero.

Esta palabra *ârya* con una *â* larga se deriva de *arya* con una *a* breve, y en el sánscrito moderno ese nombre de *arya* con *a breve* se aplica al vaisía o miembro de la tercera casta. Lo que se llama la tercera casta debió componerse en un principio de la gran mayoría de la sociedad brahmánica, puesto que todos los que no eran ni soldados ni sacerdotes eran vaisías. Se comprende, pues, fácilmente que un nombre, que se aplicaba en un principio a los propietarios del suelo y a los cultivadores, pudiese usarse después para designar a todos los arios en general. Pero de dónde había venido primitivamente ese nombre de *arya* es una cuestión cuyo examen profundo nos pediría demasiado tiempo. Por ahora debo limitarme a decir que la

significación etimológica de *arya* parece ser "el que labra o cultiva", y que esa voz se liga a la raíz de *arare.* Quizá los arios mismos elegirían ese nombre para distinguirse de las razas nómadas, los *turanios,* cuyo nombre primitivo *tura* expresa la velocidad del jinete.

En la India, como hemos visto, ese nombre de *arya,* en cuanto nombre nacional, cayó más tarde en el olvido, y no se conservó más que en la palabra Aryâvarta, la morada de los arios. Pero ha sido conservado más fielmente por los discípulos de Zoroastro que emigraron de la India hacia el Noroeste, y cuyas doctrinas religiosas podemos estudiar en los fragmentos del *Zend-Avesta* que han llegado hasta nosotros. Ahora, en zend la palabra *airya* significa venerable, y es a la vez el nombre del pueblo. En el primer capítulo del *Vendidâd,* en que Ahuramazda explica a Zarathustra el orden en que creó las diferentes partes de la tierra, encontramos la enumeración de dieciséis países que eran puros y perfectos al salir de manos de Ahuramazda, pero que fueron manchados sucesivamente por *Angrommainyus* o Ahriman. El primero de esos países se llama *Airyanem vaêjo, Arianum semen,* la semilla o el tronco de los arios, y se supone que estaba situado en las vertientes occidentales del Belur-tagh y del Mustagh, cerca de las fuentes del Oxus y del Iaxartes, en la meseta más elevada del Asia central. De ese país, que se llama su cuna, los arios, según sus propias tradiciones, se dirigieron hacia el Sur y hacia el Oeste; y en el *Zend-Avesta* toda la región ocupada por los arios se llama igualmente *Airyâ.* El horizonte general del mundo zoroástrico vendría a quedar circunscrito por una línea que, partiendo de la India, siguiese la cadena del Paropamiso al Este, y, después de haber remontado hacia el Norte entre el Oxus y el Iaxartes, costease el mar Caspio comprendiendo la Hircania y el Râgha, y que descendiese después hacia el Sureste por las fronteras de la Nisea, del Aria (es decir, Haria) y de las comar-

cas regadas por el Etimander y el Aracotos. Tal sería lo que se llama en el Yasht de Mitra "toda la región del Aria"; *vispem airyô-sayanem (totum Ariae situm)*. El *Zend-Avesta* distingue las comarcas arias de las comarcas no arias *(anaîryâo doinhâvô)*, y encontramos un vestigio de este nombre en los 'Αναριάκαι que habitaban en las fronteras de Hircania. Los geógrafos griegos dan al nombre de Ariana una significación más extensa aún que el *Zend-Avesta*. Todo el país entre el océano Índico al Sur, el Indo al Este, el Hindu-Kush al Norte, las Puertas caspianas, la Caramania y la desembocadura del golfo Pérsico al Oeste, es comprendido por Estrabón (XV, 2) bajo el nombre de Ariana; así, pudo llamar a la Bactriana "el ornato de toda la Ariana". Habiéndose difundido hacia el Oeste la religión de Zoroastro, la Persia, la Elimaida y la Media tuvieron el honor de llamarse *arias*. Hellanicus, que escribía antes de Herodoto, cita *Arya* como un nombre de Persia. Herodoto (VII, 62) nos dice que los medos se llamaban *arii;* y Esteban de Bizancio nos ha conservado el nombre de Ariana (no Aria) para la Atropatena, la parte septentrional de la Media. En cuanto a la Elimaida, se la ha hecho derivar Ailama, que se ha mirado como una corrupción de *Airyama*. Los habitantes de Persia, de Media, de Bactriana y de Sogdiana hablaban próximamente el mismo idioma; no es, pues, extraordinario que quisiesen tener una denominación común que los uniese contra las tribus hostiles del Turán.

Las inscripciones cuneiformes de Darío nos suministran la prueba evidente de que el nombre de *ario* se daba como título de honor en el imperio de los persas. El mismo Darío se llama *ariya* y *ariya-chitra,* "ario" y "de descendencia aria"; y en la traducción turania de la inscripción de Behistun, Ahuramazda o Auramazda, como le llama Darío, es "el dios de los arios". Esa misma palabra se encuentra en muchos nombres históricos de los persas. En las inscrip-

ciones el abuelo de Darío se llama Ariyârâmna, el griego *Ariaramnes* (Herodoto, VII, 90), Ariobarzanes (es decir: Euergetes), Ariomanes (es decir: Eumenes), Ariomardos, nos transportan al mismo origen.

En un pasaje citado por Damascio, Eudemo, discípulo de Aristóteles y casi contemporáneo de las inscripciones de Darío, emplea esta expresión "los magos y toda la raza *aria*", evidentemente en el mismo sentido que da el *Zend-Avesta* a "toda la región de Aria".

Y cuando Persia, después de sufrir durante muchos años la invasión y la ocupación extranjeras, recobró su independencia bajo el cetro de los sasánidas, vemos a los nuevos reyes nacionales, adoradores de Masdanes, tomar en las inscripciones descifradas por De Sacy el título de "reyes de los arios y de los no arios"; en pehlvi, *Irân va Anirân;* en griego, 'Αριάνων και 'Αναριάνων.

El nombre moderno de Persia, *Irán,* recuerda aún ese antiguo título.

Se ha supuesto que el nombre de *Armenia,* contiene ese mismo elemento *Aria.* Sin embargo, Armenia no se encuentra en el Zend, y el nombre de *Armina* que designa la Armenia en las inscripciones cuneiformes, es de etimología dudosa. En la lengua de Armenia *ari* se emplea en el sentido más extenso para significar ario o iranio; tiene también el sentido de valiente, y se aplica en particular a los medos. Vemos, pues, que, aun admitiendo que la palabra *aria* no entra en la composición del nombre de Armenia, no cabe duda de que existió en la lengua armenia como nombre nacional y como título de honor.

Al Este de Armenia, en las orillas del mar Caspio, encontramos el antiguo nombre de *Albania.* Los armenios llaman a lo salbanos *aghovan,* y, como *gh está* en armenio por *r* o *l,* Boré ha creído reconocer en *Aghovan* el nombre de Aria. Esa conjetura deja mucho que desear; pero en los valles del Cáucaso encontramos una raza aria que habla un

idioma ario, el *os* de los osetas, que se llaman a sí mismos *iron.*

En las riberas del mar Caspio y en la región bañada por el Oxus y el Iaxartes vivieron, unos al lado de otros, durante siglos, puesblos arios y no arios. Aunque los arios y los turanios fuesen enemigos y estuviesen constantemente en guerra unos con otros, como nos lo dice el gran poema épico persa, el *Shâ-námeh,* no se desprende de aquí que todas las hordas nómadas que infestaban las residencias de los arios fuesen tártaras de sangre y de lenguaje. En las epopeyas indias de la época moderna, Turvasa y sus descendientes, que representan a los turanios, son maldecidos y privados de su herencia en la India; pero en los *Vedas* Turvasa es un adorador de los dioses arios. Aun en el *Shâ-nameh,* héroes persas se pasan a los turanios y los guían contra Irán, a semejanza de cómo Coriolano marchó contra Roma con los samnitas. Esto nos explica por qué tan gran número de nombres turanios o escitas mencionados por los autores griegos, llevan el sello evidente de su origen ario. *Aspa* era la palabra que significaba *caballo,* y es imposible no reconocer esa palabra en los nombres escitas *Aspabota, Aspakara* y *Asparatha.* El nombre mismo de los montes aspasios, colocados por Ptolomeo en Escitia, nos conduce a la misma etimología. La palabra *Aria* no es desconocida allende el Oxus, donde encontramos un pueblo llamado los *Ariacae,* y otro llamado los *Antoriani.* En tiempo de Darío había un rey de los escitas, llamado *Ariantes.* Un contemporáneo de Jerjes es conocido bajo el nombre de *Aripites* (el sánscrito *aryapati;* el zend *airyapaiti);* y *Spargapithes* no parece dejar de tener relación con el sánscrito *svargapati,* "señor del cielo".

Hemos seguido así llas huellas de la palabra *Aria* desde la India hasta la Persia y la Media, desde el Aryâ-varta hasta la Ariana; hemos ligado a esa voz los nombres de ciertas tribus nómadas de la Transoxiana y de los *Iron* del

Cáucaso; y hemos visto que algunos escritores creen descubrirla en *Armenia* y en *Albania*. A medida que nos acercamos a Europa los vestigios de esa palabra se borran más, aunque sin desaparecer enteramente.

Dos caminos se abrían a los arios de Asia en sus emigraciones hacia el Occidente. Uno, partiendo del Korasán en dirección al Norte, pasaba por el Sur de Rusia, y conducía de allí a las riberas del mar Negro y de Francia. El otro, partiendo de Armenia y siguiendo los desfiladeros del Cáucaso o atravesando el mar Negro, llegaba al Norte de Grecia, desde donde por las orillas del Danubio, remontaba después hacia Germania. En el primero de esos dos caminos dejaron los arios las huellas de su tránsito en el antiguo nombre de Tracia, que era Aria; en el segundo encontramos al Este de Alemania, cerca del Vístula, un pueblo germánico llamado los *Arii;* y de igual manera que en Persia hemos hallado muchos nombres propios en cuya composición entraba *Aria,* de igual modo en la historia de Germania hallamos nombres como el de *Ariovisto.*

En balde buscaríamos vestigios de ese antiguo nombre nacional entre los griegos y entre los romanos, pero ciertos sabios han creído encontrarle al término mismo de las emigraciones arias hacia el Occidente, en el nombre de *Irlanda.* La interpretación común de la voz *Erin,* "la isla del Oeste", es obra de los que derivan el vocablo de *iar-innis, iar-in,* la tierra del Oeste; pero esa etimología es evidentemente falsa. En el antiguo irlandés la forma de esa palabra en el nominativo es siempre *Érin,* que se trocará más tarde en *Éire;* en los casos oblicuos aparece una *n* final, del mismo modo que en el latín *regio, regionis.* Se ha pensado, pues, que *Erin* deriva de *Er* o *Eri,* que se supone fué el antiguo nombre de los celtas irlandeses, el cual se habría conservado en el nombre anglo-sajón de su país *Iraland.* O'Reilly sostiene que *er* se usa en irlandés en el

sentido de *noble,* exactamente como el sánscrito *aria;* pero otros escritores combaten tal aserto.

Todas estas investigaciones sobre el nombre primitivo de la familia aria distan mucho de conducir a resultados igualmente ciertos, y yo he tenido cuidado de indicar los puntos flacos de la cadena que une el nombre de la antigua Aria al de la moderna Irlanda; pero los principales anillos son sólidos, y pueden inspirarnos plena confianza. Nada es más vivaz y durable que los nombres de los países, de los pueblos, de los ríos y de las montañas, y muy a menudo subsisten mientras grandes ciudades y naciones enteras desaparecen sin dejar a veces rastro de su existencia. Roma lleva hoy aún, y llevará probablemente siempre, el nombre que le dieron los primeros colonos latinos y sabinos; y dondequiera que encontramos esa palabra, sea en *Rumania,* como los válacos llaman a su país; sea en *rumansch,* el idioma de los grisones; sea en la denominación de las lenguas *romances;* sea en el nombre de *rumaei* dado por los árabes a los griegos; sea en *Rumelia,* gran provincia del imperio otomano, sabemos que debemos poder remontarnos de ahí a la Roma de Rómulo y de Remo, que sirvió de abrigo a los antiguos guerreros del Lacio. La ciudad cuyas ruinas se ven cerca de la desembocadura del Gran Zab, y que hoy se llama generalmente Nimrud, es denominada *Athur* por los geógrafos árabes, y en Athun reconocemos el antiguo nombre de Asiria que Dión Casio escribió Atyria haciendo notar que los bárbaros cambiaban la Σ en T. Asiria es llamada Athurâ en las inscripciones de Darío. Cuando leemos la descripción de las batallas empeñadas entre los ingleses y los sijs a orillas del *Sutledge,* no soñamos ni remotamente en que esas batallas se han dado casi en los lugares en que Alejandro derrotó a los reyes del Pendjâb. Sin embargo, el *Sutledge* es el *Hesudrus* de Alejandro y el *Satadru* de los indos; y entre los himnos más antiguos de los Vedas, compuestos unos 1500 años an-

tes de nuestra era, encontramos un canto de guerra que celebra un combate empeñado en las dos orillas del mismo río.

Es peligroso, sin duda, basar argumentos en una simple semejanza de nombres. Puede que Grimm tenga razón cuando deriva los Arii de Tácito de Harji, y niega toda conexión entre esos Arii y nuestro Aria. Pero toda vez que por una y otra parte no pueden presentarse más que conjeturas, esta cuestión debe quedar aún indecisa. No obstante, en la mayoría de los casos la observación estrecha de las leyes fonéticas peculiares de cada lengua pondrá fin a toda incertidumbre. Grimm, en su *Historia de la lengua alemana* (pág. 228), supone que *Hariva*, el nombre de *Herat* en las inscripoiones cuneiformes, debe ligarse a Arii, el nombre dado por Herodoto a los medos; pero esta hipótesis es inadmisible, porque la aspiración inicial de *Hariva* presupone una palabra que empiece en sánscrito por *s*, y no por una vocal, como Aria. Las siguientes observaciones harán resaltar mejor la importancia de este aserto.

La ciudad de *Herat* lleva también el nombre de *Heri*, y el río a cuya orilla se levanta se llama *Herirud*. Ese río es denominado por Ptolomeo 'Ἀρείας, por otros autores *Arius;* y *Aria* es el nombre dado a la comarca situada entre la Parthia (Parthuwà), al Oeste, la Margiana (Marghush) al Norte, la Bactriana (Bakhtrish) y la Aracosia (Harauwatish) al Este, y la Drangiana (Zaraka) al Sur. Esta *Aria*, aunque escrita sin una *h* inicial, no es la *Ariana* descrita por Estrabón, sino una región independiente que forma parte de ella. Se ha creído reconocer en *Aria* la *Haraiva* (Hariua) de las inscripciones cuneiformes; pero esa conjetura es muy incierta. En el *Zend-Avesta* ese país se menciona bajo el nombre de Haroyu como la sexta comarca creada por Ormuzd. Nos es posible hacer remontar ese nombre precedido de la *h* inicial más allá del

tiempo de Zoroastro. Los zoroastrianos eran una colonia procedente de la India, y durante algún tiempo vivieron en unión con el pueblo cuyos cantos sagrados han llegado hasta nosotros en los himnos védicos. Luego hubo una ruptura, y los discípulos de Zoroastro emigraron hacia el Oeste y se establecieron en la Aracosia y en Persia. En sus emigraciones hicieron lo que hacían los griegos cuando establecían nuevas colonias, y los americanos cuando fundaban nuevas ciudades. Dieron a sus nuevas residencias y a los ríos que las bañaban los nombres que les eran familiares y que les recordaban la patria que acababan de dejar. Ahora bien: como una *h* en persa presupone una *s* en sánscrito, *Harôyu* sería en sánscrito *Saroyu*. Efectivamente: uno de los ríos sagrados de la India, que se cita en los *Vedas* y se celebra en los poemas épicos, como el río de Ayodhyâ, una de las más antiguas capitales de la India (hoy *Acwadh* o *Hanuman-Garhi*, la ciudad que conocemos bajo el nombre de Oude), lleva el nombre de *Sarayu*, el *Sardju* moderno.

Como la filología comparada ha podido seguir de este modo el antiguo nombre de *Arya* desde la India hasta Europa, y reconocer que era el título original tomado por los arios antes de su dispersión, es muy natural que haya elegido ese nombre como designación distintiva de la familia de lenguas que antes se llamaba la familia indogermánica, indoeuropea, caucásica o jafética.

SEPTIMA LECCION

Los elementos constitutivos del lenguaje

Horne Tooke indica por primera vez el carácter verdadero de las desinencias gramaticales. — Los elementos constitutivos del lenguaje son las raíces atributivas y las raíces demostrativas. — Definición del término *raíz.* — Raíz Ar, *ârya, arare,* ἀροῦν, *aratrum,* ἄροτρον, *aratio,* ἄροδις, ἔρα, *earth, armentum,* ἄρουρα, *arvum, ars, artis.* — Raíz Spac. — *Respetable, spectare, specere, spy,* spion, δκέπτομαι, δκεπτικός, ἐπίδκοπος, obispo, respeto, *répit, despecho, sospecha, auspicio, espiégle, especie, especia, épicier.* — Clases de raíces: raíces *primarias, secundarias, terciarias.* — Número de raíces en sánscrito, en hebreo, en gótico, en alemán moderno. — Número de palabras en chino, en las inscripciones cuneiformes de Persia, en las inscripciones jeroglíficas de Egipto, en inglés, en Shakespeare, en Milton, en el Antiguo Testamento. — Modificación del sentido de las palabras chinas, según su puesto en la proposición. — Desinencia τέρος, sánscrito *tara, trans, très.* — Origen de la *s,* terminación de la tercera persona del singular del presente de indicativo de los verbos ingleses. — Todas las lenguas que nos son conocidas, sin ninguna excepción, compuestas de los mismos elementos constitutivos. — Problema del origen del lenguaje, tan oscuro para los antiguos filósofos, mucho más claro para nosotros.

El análisis a que hemos sometido algunas desinencias de nombres y de verbos en la familia de las lenguas arias o indoeuropeas, nos ha mostrado que, por misteriosas y complicadas que parezcan a primera vista esas formas gramaticales, se deben, en realidad, a un procedimiento muy sencillo. Al pronto parece casi vano preguntar por qué la terminación *ai,* añadida a *aimer,* da la idea del amor futuro, o por qué la simple adición de una *d* al verbo inglés *I love,* transforma un amor presente en un amor pasado; pero, en cuanto se las mira al través de la lente de la

gramática comparada, todas esas formas se presentan bajo un aspecto muy distinto y mucho más fácil de comprender.

En efecto: ¿no hemos visto que las desinencias gramaticales, como hoy se las llama, fueron en un principio palabras independientes, las cuales se han aglutinado al final de otras palabras que estaban destinadas a modificar, y se han reducido poco a poco a simples sílabas o simples letras, sin significación por sí mismas, pero que revelan aún su antigua fuerza e independencia por las modificaciones que continúan introduciendo en el sentido de las palabras a que se añaden? Esta explicación de la verdadera naturaleza de nuestras desinencias la dió por primera vez un filósofo, cuyas atrevidas teorías no pretendemos justificar en masa, pero que, por lo menos, entrevió a menudo la vida y el desarrollo reales del lenguaje: me refiero a Horne Toocke. He aquí lo que dice de las terminaciones: "Aunque pienso tener buenas razones para creer que cabe remontarse igualmente al origen de todas las terminaciones, y que, por artificiales que nos parezcan hoy, no eran primitivamente efecto de un *arte* premeditado y reflexivo, sino palabras distintas que se alteraron con el tiempo y se han fundido en las palabras de que ahora se las mira como terminaciones; sin embargo, esta conjetura era menos fácil de hacer con respecto a las otras lenguas que con respecto a la nuestra, y los que la hubiesen hecho habrían tenido que recorrer un camino mucho más largo y más difícil que nosotros para llegar al término de sus investigaciones, dado que la alteración de esas lenguas es mucho más profunda y más antigua que la del inglés.

Pero Horne Toocke, aunque viese el verdadero camino que había que seguir para remontarse al origen de las desinencias gramaticales, carecía, por su parte, de medios para dar cima a esa empresa. La mayoría de sus explicaciones son completamente insostenibles, y es interesante

observar, leyendo su libro, cómo un hombre de un entendimiento lúcido, penetrante y vigoroso, que parte de principios justos y sólidos, puede llegar, no obstante, por su conocimiento imperfecto de los hechos, a conclusiones directamente opuestas a la verdad.

Viendo que las terminaciones gramaticales pueden referirse a palabras independientes, hemos reconocido que los elementos constitutivos del lenguaje que quedan en nuestro crisol después de un análisis gramatical completo, son de dos especies: *las raíces atributivas* y *las raíces demostrativas.*

Llamamos *raíz* o *radical* a todo lo que, en una lengua o familia de lenguas, no puede reducirse a una forma más sencilla o más primitiva. Convendrá poner aquí algunos ejemplos por vía de aclaración. Pero, en vez de tomar cierto número de palabras en sánscrito, en griego y en latín, y de remontarnos hasta su origen común, será más instructivo empezar por una raíz ya conocida y seguirla en sus peregrinaciones al través de las diferentes lenguas de una misma familia. Elijo la raíz AR, de donde viene la palabra *aria,* y de que he hablado en nuestra última lección: examinando sus ramificaciones, aprenderemos por qué escogieron ese nombre los agricultores nómadas, antepasados de la raza aria.

Esa raíz AR, significa *labrar,* abrir el suelo. De ahí vienen el latín *ar-are,* el griego *ar-oun,* el irlandés *ar,* el lituanio *ar-ti,* el ruso *ora-ti,* el gótico *ar-jan, el* anglosajón *er-jan,* y el inglés moderno *to ear.* Shakespeare dice *(Ricardo II,* acto III, esc. 2ª): "to *ear* the land that has some hope to grow"; y la traducción inglesa del *Deuteronomio,* XXI, 4: "a rough valley which is neither *eared* nor soun.

De ahí viene también el nombre del arado, el instrumento de la labranza; en latín, *aratrum;* en griego, *arotron;* en bohemio, *oradlo;* en lituanio, *arkla-s;* en córnico,

aradar; en galés, *arad;* en el antiguo escandinavo, *ardhr.* Sin embargo, en esta última lengua, *ardhr,* que significaba originariamente "el arado", ha venido a significar después "la ganancia o la riqueza", merced a haber sido el arado, en las primeras edades, la propiedad más importante y el mejor medio de ganar el sustento. No de otra suerte, la palabra latina *pecunia,* dinero, derivaba de *pecus,* ganado; la palabra inglesa *fee,* que no designa ya más que los honorarios pagados a un médico o un legista, era en el antiguo inglés *feh,* y en anglosajón *feoh,* que significaba ganado y riqueza: porque *feoh,* y el gótico *faihu,* son en realidad de la misma palabra que el latín *pecus* y el alemán moderno *Vieh.*

La labranza se llama *aratio* en latín, *arosis* en griego; y creo que *arôma,* en el sentido de perfume, tenía el mismo origen. Derivar *arôma* de la raíz *ghrâ* oler, presenta dificultades, porque no hay otros casos análogos en que una *gh* inicial haya desaparecido y sido reemplazada en griego por una *a.* Pero *arôma* no se encuentra empleado solamente para designar hierbas olorosas; esa voz indica a veces los frutos de los campos en general, como cebada y otros cereales. Es posible, sin embargo, que el sentido general de la palabra haya sido restringido poco a poco por el uso, como el de la palabra *especias,* que no es en el origen más que un sinónimo de *especies:* así *arômata,* las hierbas de los campos, particularmente las que se ofrecían en los sacrificios, adquiría poco a poco la significación de hierbas aromáticas.

Un derivado más primitivo de la raíz *ar* parece ser el griego *era,* tierra, el sánscrito *ira,* el antiguo altoalemán *ëro,* el gaélico *ire, irionn.* Lo que significaba en un principio *tierra labrada* ha venido a significar luego la tierra en general. La misma voz inglesa *earth,* el gótico *airtha,* el anglosajón *eorthe,* han debido tomarse primitivamente en el sentido de tierra labrada o cultivada. El derivado

ar-mentum, formado como *jumentum,* se aplicaría naturalmente a todo animal a propósito para los demás trabajos de los campos, ora el buey, ora el caballo.

Como la agricultura era el principal trabajo en aquellos primeros tiempos de la sociedad en que hay que suponer que se formaron y recibieron sus significaciones precisas la mayoría de nuestras palabras arias, nos es fácil comprender cómo una voz que designaba en su origen un género particular de trabajo, ha venido a significar ulteriormente el trabajo en general. Las palabras modifican y desenvuelven su significación, principalmente, pasando de las acepciones particulares a las acepciones generales. Así, *regere* y *gubernare,* que significaban primitivamente gobernar una nave, han venido a significar gobernar en todos los sentidos. *Equipar (esquife,* de *schifo,* barco) significaba en un principio aprestar una nave, y ahora significa pertrechar, proveer de lo necesario en general. En alemán moderno *Arbeit* significa simplemente el trabajo; *arbeitsam* significa laborioso. En gótico también *arbaiths* se emplea solamente para significar el trabajo en general. Pero en el antiguo escandinavo *erfidhè* significaba principalmente la *labranza,* y más tarde el trabajo en general; y la misma palabra en anglosajón, *earfodh* o *earfedhe,* quiere decir el trabajo. Claro es que igualmente podríamos suponer que la palabra que designaba primeramente el labrador, después de haber significado trabajador en general, ha venido a tener el sentido particular del que trabaja la tierra, y que, de igual modo, *Arbeit,* después de haber significado el trabajo de una manera absoluta, vino a aplicarse en el antiguo escandinavo al trabajo de la labranza. Pero, como la raíz de *erfidhi* parece ser *ar,* nuestra primera explicación es la más plausible. Además, la forma simple *ar* significa en el antiguo escandinavo labranza y trabajo, y el antiguo alto alemán *art* tiene igualmente la significación de labranza.

Hay que referir el griego *aroura* y el latín *arvum,* campo, a la raíz *ar,* labrar; y, como la labranza no era solamente el primer género de trabajo, sino también una de las primeras artes, yo no dudo que el latín *ars, artis,* significaría originariamente el arte de las artes, el primero enseñado a los hombres por la diosa de toda sabiduría, el arte de cultivar la tierra. En el antiguo alto alemán *arunti* (en anglosajón *aerend)* significa simplemente *trabajo;* pero esas dos palabras debieron significar también en un principio el trabajo de la agricultura, y en el inglés *errand* y *errand-boy* existe aún la misma palabra.

Pero *ar* no significaba sólo labrar o trazar surcos en la tierra; desde muy temprano se le dió el sentido de surcar el mar o remar. Así, dice Shakespeare:

Make the sea serve them; which they ear *and wound*
With keels.

En francés *faucher le grand pré* quiere decir remar o hacer un corte en el verde mar.

De igual modo vemos que el sánscrito deriva de *ar* el sustantivo *aritra,* no en el sentido de arado, sino en el sentido de timón. En anglosajón encontramos la forma simple *âr,* el inglés *oar,* remo, como si se dijese la reja que surca el agua. El griego empleó también la raíz *ar* en el sentido de remar: porque *eretes* en griego es un remero, y la palabra *tri-er-es* significaba originariamente una galera de tres remos, o de tres hileras de remos, una trireme.

Esta asociación de labrar y de remar es muy frecuente en las lenguas antiguas. La voz inglesa *plough,* el eslavo *ploug,* ha sido identificada con el sánscrito *plava,* "navío", y el griego *ploion,* que tiene la misma significación. Así como los arios hablaban de una nave que surcaba el mar, hablaban también de un arado que bogaba por un campo, y en los dos casos se empleaban las mismas palabras. En ciertos dialectos ingleses se emplea aún *plough* o *plow* en el sentido general de carro o medio de transporte.

Podríamos observar aún otros vástagos de esta raíz *ar*, pero el número de palabras que hemos examinado en diferentes lenguas bastará para mostrar lo que entendemos por una raíz significativa. En todas esas palabras *ar* es el elemento radical; todo lo demás no es sino una serie de elementos formales destinados a modificar de diversas maneras la significación de la raíz. Se llama a la raíz *ar* raíz *atributiva*, porque, en cualquier compuesto que entre, atribuye al ser que designa una misma cualidad primera, traduce, recuerda una sola y misma concepción, la idea del arado o del timón, del buey o del campo. Aun en una palabra como *artístico*, se puede percibir aún la fuerza atributiva de la raíz *ar*, pero sólo, si se me permite esta imagen, con el auxilio de un poderoso telescopio. Los brahmanes, que se llamaban arias en la India, distaban tanto de conocer el verdadero origen de ese nombre y su derivación de los trabajos de la agricultura, como el artista moderno de sospechar, cuando habla de *su arte* como de una inspiración divina, que la palabra que usa se aplicaba exclusivamente en el origen a un arte tan primitivo como el de la labranza.

Examinaremos ahora otra familia de voces, a fin de ver por qué procedimiento se han descubierto primeramente los elementos radicales de las palabras.

Sea la voz *respetable*. Es una palabra de origen latino. En *respectabilis* distinguimos fácilmente el verbo *respectare* y la terminación *bilis*. Separamos luego el prefijo *re*, lo cual nos deja *spectare*, y referimos *spectare* al verbo latino *spicere* o *specere*, que significa ver, mirar, puesto que *spectare* no es más que un verbo frecuentativo sacado, por un procedimiento cuyo mecanismo es conocido, del verbo simple que le precedió. Después distinguimos en *specere* la terminación móvil *ere* de la parte invariable *spec*, que llamamos la raíz. Esta raíz esperamos encontrarla en sánscrito y en las demás lenguas arias, y

la encontramos, en efecto. En sánscrito la forma más ordinaria es *pas*, sin la *s* inicial; pero hallamos también *spas* en *spasa*, espía, en *spashta* y en *vi-spashta*, claro, manifiesto, y en el védico *spas*, guardián. En la familia teutónica encontramos *spëhôn* en antiguo alto alemán, con la significación de ver, espiar, contemplar; y *spëha*, el inglés *spy* y el francés *espion*, espía. En griego la raíz *spek* se ha transformado en *skep*, que existe en *skeptomai*, yo miro, yo examino; de donde *skeptikos*, que examina o se informa, en lenguaje filosófico, escéptico; y *episcopos*, que vigila, obispo. Examinemos ahora las diversas ramificaciones de esta raíz. Empezando por *respetable*, hemos visto que significaba en el origen digno de *respeto*, no expresando la palabra respeto sino la *mirada dirigida hacia atrás*. Pasamos cerca de las cosas o de las personas ordinarias sin notarlas, pero nos volvemos para contemplar las que merecen nuestra admiración, nuestra consideración, nuestro respeto. Tal era la significación primitiva de *respeto* y de *respetable;* y no nos parecerá sorprendente, si reflexionamos que *noble*, el latín *nobilis*, no expresaba originariamente otra idea que la de un personaje digno de ser conocido; porque *nobilis* está en lugar de *gnobilis*, como *nomen* en lugar de *gnomen*, o *natus* en lugar de *gnatus*.

La locución inglesa *with respect to*, "con respecto a", en que vemos la imagen que en el francés *concernant*, "concerniente", ha venido a ser una preposición. Porque "con respecto a este punto no tengo más que decir", equivale a "no tengo más que dicer sobre este punto".

Por otra parte, como al dirigir los ojos hacia atrás distinguimos un individuo de la muchedumbre, el adjetivo *respectivo* y el adverbio *respectivamente* son casi sinónimos de las palabras *particular* y *especialmente*.

El inglés *respite* es la modificación normanda de *respectus*, el francés *répit*. *Répit* significaba primitivamente

la acción de mirar hacia atrás, de revisar todo el proceso. Se concedía a un acusado tantos días *ad respectum* para examinar de nuevo la causa. Más tarde se dijo que se había dado un *répit* a un preso, es decir, que se le permitía sufrir un nuevo interrogatorio; y, en fin, se dijo que una persona era *repitée,* y se formó el verbo inglés *to respite.*

Así como *specere,* mirar, precedido de la preposición *re,* ha venido a expresar el respeto, así, con la preposición *de,* desde lo alto, formó el latín *despicere,* mirar desde lo alto, el inglés *despise.* El francés *dépit* (antiguamente *despit),* no significa ya desprecio, aunque venga del latín *despectus,* sino pena mezclada de cólera, despecho. *Se dépiter* significa sentir despecho, enojarse. *En dépit de lui,* que significaba primitivamente "enojado con él", ha venido a significar "a pesar de él"; y el sustantivo inglés *spite,* el adjetivo *speit-ful,* la locución *in spite of,* no son más que abreviaciones de *despite, despiteful, in despite of.*

Como *de* significa desde lo alto, *sub* significa desde abajo, y esta voz, colocada delante de *specere,* mirar, nos da *suspicere, suspicare,* mirar desde abajo, en el sentido de sorpechar. De aquí también *suspición, suspect* y *soupçon,* aun en el sentido familiar de la menor cantidad posible de una cosa, como en la expresión *"un soupçon de the".*

Como *circum* significa alrededor, *circunspecto* significa prudente, que toma precauciones.

Con *in,* que significa en o dentro, *specere* da *insficere,* inspeccionar; de donde *inspector, inspección.*

Con *ad,* hacia, *specere* se convierte en *adspicere,* mirar; de donde *aspecto,* vista de una persona o de una cosa, o modo de ofrecerse a la vista de una persona o una cosa.

Con *pro,* delante, *specere* se ha convertido en *prospicere,* de donde la palabra *prospecto,* programa que da informes de antemano sobre una obra o sobre un establecimiento. Con *per,* al través, *specere* da *perspicere,* de

donde *perspectiva, perspicaz, perspicacia.* Ya hemos visto, hablando de respetable, que del participio de *spicere* se había formado una nueva palabra, *spectare,* la cual, con ayuda de *ex,* dió el latín *expectare,* de donde *expectante, expectativa.*

Auspicio es otra palabra donde volvemos a encontrar nuestra raíz. El latín *auspicium* es una abreviación de *avi-spicium,* y significa la manera de conocer el porvenir por el vuelo o el canto de las aves; y de aquí se entiende por *buenos* o *malos auspicios* las circunstancias que presagian algún suceso próspero o adverso. *Haru-spex* era el adivino que predecía el porvenir consultando las entrañas de las víctimas.

Además, de *specere* se ha hecho *speculum,* espejo, y de aquí *speculari,* de donde vienen *especular, especulativo, especulador, especulación.*

Pero hay otros muchos vástagos de esta raíz. Así, el latín *speculum,* espejo, ha pasado a ser *specchio* en italiano; y, por un largo rodeo, la misma palabra ha penetrado en francés bajo la forma del adjetivo *espiègle.* El origen de esta palabra es curioso. Existe en alemán una colección célebre de chistes y travesuras que dice y hace un personaje medio histórico y medio míltico llamado *Eulenspiegel* o Espejo de los Mochuelos. Esos chistes fueron traducidos en francés, y el héroe fué conocido primeramente bajo el nombre de Ulespiègle, que, contraído y reducido a Esplièague, ha venido a significar travieso.

Como el francés ha recibido palabras, no sólo del latín, sino también de las lenguas teutónicas, encontramos en él, al lado de los derivados del latín *specere,* el antiguo alto-alemán *spëhôn,* bajo el ligero disfraz de *épier,* el italiano *spiare.* La voz alemana que significa espía en *spëha,* en antiguo fracés *espie.*

Una de las ramificaciones más fecundas de la misma raíz es el latín *species.* Ora tomemos *species,* con Jussieu,

en el sentido de una sucesión perpetua de individuos semejantes en generaciones continuas, ora la comprendamos, con Agassiz, como una categoría del pensamiento, esa palabra no era originariamente más que la traducción literal del griego *eidos* opuesto a *genos* o *genus*. Los griegos clasificaban primitivamente las cosas según el *género* y la *forma*, y, aunque Aristóteles definiese después estos términos en lenguaje técnico, su sentido etimológico es en realidad su significación propia. Cabe incluir cosas en la misma clase, ya por su identidad de género, es decir, de origen, y es lo que nos da una clasificación geneológica; ya porque tienen una misma apariencia, *eidos*, o *forma*, sin atribuirlas un origen común, y es lo que nos da una clasificación que llamaremos *morfológica*, de μορφή, forma. Sin embargo, el griego *eidos* se tradujo en latín por *species*, en su sentido aristotélico, y no etimológico, para significar la subdivisión de un género, la clase de una familia. De ahí vienen el sustantivo *especie* y el adjetivo *especial*, lo que es exclusivo de alguna cosa en particular. En estas locuciones un *tren especial*, un *mensajero especial*, nadie piensa al pronto en buscar la raíz *spás*, ver; pero la conexión, aunque no aparente, puede restablecerse con una certidumbre completa. Oímos a menudo la palabra *especificar*. Un hombre especifica por un contrato las cosas que se compromete a cumplir. ¿Qué significa esta expresión? El latín de la Edad Media *specificus* es una traducción literal del griego *eidopoios*, que significa lo que constituye un *eidos* o una especie. Ahora bien: en la clasificación lo que constituye una especie es esa cualidad particular que, añadida a otras perteneciente en común a todos los individuos de un género, distingue a una clase de todas las demás. Así, el carácter específico que distingue al hombre de todos los animales es la razón o el lenguaje. *Específico* ha acabado, pues, por tener el sentido de distintivo, y *especificar* ha acabado por querer decir: "expresar en particular, en

por menor". Termino por *épicier,* nombre dado en un principio al que vendía drogas. Se llamaba, con cierto aire de ciencia, a los diferentes géneros de drogas que despachaba el droguero, *species;* no se trataba de la idea de drogas en general, sino de la idea de sustancias que tenían destinos y utilidades especiales. Por eso farmecéutico se dice aún en italiano *speziale,* y una farmacia *speziera.* En francés la palabra *species,* que había dado regularmente *espèce,* tomó una nueva forma para expresar las drogas y pasó a ser *épices,* especias, el inglés *spices,* y el alemán *Spezereien.* De ahí también el célebre *pain d'épice,* y, en fin, *épicier.* Si ahora, desde el punto a qué hemos llegado, volvemos los ojos hacia la raíz *specere,* comprenderemos ese maravilloso poder del lenguaje que, con algunos elementos simples, ha creado una variedad de palabras a que apenas supera la inagotable fecundidad de la naturaleza misma.

He dicho "algunos elementos", porque el número de lo que llamamos raíces atributivas, como *ar,* labrar, o *spas,* mirar, es muy limitado.

Una raíz es necesariamente monosilábica. Siempre se puede probar que las raíces compuestas de más de una sílaba son derivadas, y aun en las raíces monosilábicas hay que distinguir lo que llamaremos las raíces primarias, secundarias y terciarias.

Las raíces primarias se componen:

1º De una vocal; por ejemplo, *i,* ir.

2º De una vocal y una consonante; por ejemplo, *ad,* comer.

3º De una consonante y una vocal; por ejemplo, *dâ,* dar.

Las raíces secundarias se componen:

De una consonante, una vocal y otra consonante; por ejemplo, *tud,* golpear.

En estas raíces la primera o la última consonante es modificativa; es decir, sirve, por las modificaciones que

sufre, para marcar los diferentes matices de la idea primera que recuerda la raíz en cuestión.

Las raíces terciarias se componen:

1º De dos consonantes y una vocal; por ejemplo, *plu*, correr, fluir.

2º De una vocal, una consonante y otra consonante; por ejemplo, *ard*, herir.

3º De dos consonantes, una vocal y una tercera consonante; por ejemplo, *spas*, mirar.

4º De dos consonantes, una vocal y otras dos consonantes; por ejemplo, *spand*, temblar.

Las raíces primarias son las más importantes para la historia de los comienzos del lenguaje; pero como su fuerza de afirmación es generalmente demasiado indeterminada para satisfacer los progresos del pensamiento, pronto fueron invadidas y suplantadas por las raíces secundarias y terciarias.

En las raíces secundarias podemos observar a menudo que una de las consonantes, y generalmente la final, en las lenguas arias, está sujeta a cambio. La raíz conserva su significación general, que es ligeramente modificada y determinada por los cambios de esa consonante. Así, además de *tud (tudati)*, tenemos en sánscrito *tup (topati, tupati* y *tumpati)*, que significa golpear: el griego *typ-to*. Encontramos también *tubh (tubhnati, tubhyati, tobhate)*, golpear, y, según los gramáticos sánscritos, *tuph, (tophati, tuphati, tumphati)*. Después hay una raíz *tuj (tunjati, tojati)*, impresionar, excitar; otra raíz *tur (tutorti)* a que se atribuye la misma significación; otra, *tûr (tûryate)*, herir. Tenemos luego el derivado *turv (tûrvati)*, herir, conquistar; *tuh (tohati)*, afligir, apenar; y *tus (tosate)*, que, según los gramáticos sánscritos, tiene la significación de golpear.

Aunque podamos dar el nombre de raíces a todos esos

temas verbales, vienen a ser, con respecto a la primera clase, lo que son las raíces semíticas trilíteras con respecto a las raíces bilíteras más primitivas.

En la tercera clase veremos que una de las dos consonantes es siempre una semivocal, nasal o sibilante, por ser esas consonantes más móviles que las otras; y casi siempre podemos indicar una como de origen más reciente y añadida a una raíz de dos consonantes para particularizar su significación. Así, además de *spas*, tenemos *pas*, que Pott refiere aún a una raíz más primitiva *as*. De igual modo, *vand* no es sino una forma más fuerte de la raíz *vad*, como *mand* de *mad*, y *yana-j* y *yu-n-j* de *yuj*. La raíz *yuj*, unir, y *yudh*, combatir, indicar una raíz *yu*, mezclarse, y esta raíz simple se ha conservado en sánscrito. Nos es fácil comprender que una raíz, con la significación general de mezclarse o estar juntos, se emplearon para expresar el acto de estrecharse la mano amistosamente y el choque en los combates; pero podemos comprender también que el lenguaje en su progresión hacia la claridad y la precisión, aspirando a una distinción entre esos dos sentidos, haya querido marcarla con los dos derivados *yuj* y *yudh*.

Los gramáticos sánscritos han atribuído a mil setecientas veinte raíces toda la floración tan rica y tan variada de su lenguaje; ese es el número de radicales irreductibles que han creído reconocer, y de los cuales pretender sacar, según su sistema de derivación gramatical, todos los nombres, verbos, adjetivos, pronombres, preposiciones, adverbios y conjunciones que se encuentran en sánscrito. Pero, según la definición que hemos dado de lo que hay que llamar una raíz, ese número debería reducirse considerablemente, y, aun añadiendo algunas raíces nuevas que han pasado inadvertidas para los gramáticos sánscritos, el número de sonidos primitivos que tienen significaciones definidas y necesarias para el

análisis etimológico de todo el diccionario sánscrito no se elevaría al tercio del que se ha dado.

Las raíces del hebreo se han reducido a unas quinientas, y dudo que se necesiten más para el sánscrito. Este hecho prueba una sabia economía con el lenguaje primitivo, porque la facilidad de crear raíces nuevas para todas las nuevas impresiones era casi infinito. Aun sin más que veinticuatro letras, el número posible de las raíces bilíteras y trilíteras subiría a catorce mil cuatrocientas; y el chino, a pesar de no admitir la composición ni la derivación, y de necesitar, por consiguiente, más raíces que ninguna otra lengua, se ha contentado con unas cuatrocientas cincuenta. Con esos cuatrocientos cincuenta sonidos, que la diversidad de acentos y de entonaciones ha elevado a mil doscientos sesenta y tres, los chinos han creado un vocabulario de cuarenta y cinco mil palabras.

Claro es, sin embargo, que, además de esas raíces atributivas, nos hace falta otra clase de elementos radicales para permitirnos explicar el pleno desarrollo del lenguaje. Con esas cuatrocientas o quinientas raíces a su disposición, el lenguaje no hubiese tenido dificultad en dar nombres a todas las cosas que pueden llegar a nuestro conocimiento: considérese la multiplicidad de ideas que ha expresado por la sola raíz *spas,* y se verá que con quinientas raíces semejantes, llegaría a formar un diccionario suficiente para satisfacer las exigencias, aún excesivas, del espíritu humano, a cuyas necesidades tiene la misión de proveer. Si cada raíz diese cincuenta derivados, tendríamos veinticinco mil palabras. Ahora bien: un eclesiástico rural nos asegura que varios de sus humildes feligreses no poseían un vocabulario de más de trescientas palabras. Las inscripciones cuneiformes de Persia no contienen más que trescientas setenta y nueve palabras, ciento treinta y una de las cuales son nombres propios. El vocabulario de los antiguos sabios de Egipto, por lo menos

hasta donde nos le dan a conocer las inscripciones jeroglíficas, no sube más que a unas seiscientas cincuenta y ocho voces. El *libretto* de una ópera italiana rara vez ofrece mayor variedad. Un inglés de buena sociedad, que ha ido al colegio y a la universidad, que lee su *Biblia,* su Shakespeare y el *Times,* y se halla al tanto de la literatura corriente, apenas emplea en la conversación más de tres a cuatro mil palabras. Las personas amantes de los pensamientos exactos y de los razonamientos precisos, y que, descartando las expresiones vagas y generales, no se contenta más que con la palabra propia, tienen una provisión de voces mucho mayor, y oradores elocuentes pueden disponer de diez mil. Shakespeare, que desplegó probablemente mayor variedad de expresión que ningún otro autor en ninguna lengua, compuso todas sus obras con unas quince mil palabras. No encontramos más que unas ocho mil en las obras de Milton; y el Antiguo Testamento dice todo lo que tiene que decir con cinco mil seiscientas cuarenta y dos.

Así, pues, quinientas raíces, dadas su fecundidad y su flexibilidad, eran más que suficientes para el diccionario de nuestros primeros antepasados. Y, no obstante, necesitaban todavía alguna cosa. Si tenían una raíz atributiva que significaba la luz y el brillo, podía ser la raíz atributiva en los nombres del sol, de la luna, de las estrellas, del cielo, del día, de la mañana, de la aurora, de la primavera, de la alegría, de la belleza, de la majestad, del amor, de la amistad, del oro, de la riqueza, etc. Pero, si hubiesen querido decir *aquí* y *allí, quién, qué, este, esto, tú, él,* les hubiese sido imposible encontrar raíces atributivas para hacerlo. Se ha tratado, es verdad, de referir esas palabras a raíces atributivas; pero, si se nos dice que la raíz demostrativa *ta,* esto o aquello, puede derivarse de una raíz atributiva *tan,* extender, vemos que, aun en nuestras lenguas modernas, los pronombres y las

partículas demostrativas son de una naturaleza demasiado primtiva y demasiado independiente para que sea aceptable una interpretación tan artificial. El sonido *ta* o *sa,* que expresa esto o aquello, es una expresión tan involuntaria, tan natural y tan independiente como cualquier raíz atributivo; y, aunque se puedan referir a una raíz atributivo algunas de esas raíces demostrativas, pronominales o locales (que todas esas denominaciones se les han dado), hay que admitir una pequeña clase de raíces independientes, no atributivas en el sentido ordinario de la palabra, sino que indican simplemente la existencia en ciertos límites más o menos definidos de tiempo o espacio.

Conviene dar, cuando menos, un ejemplo de una raíz pronominal y de su influencia sobre la formación de las palabras.

En ciertas lenguas, y sobre todo en chino, la misma raíz atributiva puede emplearse como verbo, como nombre, como adjetivo o como adverbio. Así, el sonido chino *ta* significa, sin ningún cambio de forma, grande, grandor y ser grande. Si se coloca delante de un sustantivo, es un adjetivo; así, *ta* jin significa "un gran hombre"; si va después de un sustantivo, es un verbo: *jin ta* o *jin ta ye* signicaría "el hombre es grande". De la misma manera, *jin ngo, li pu ngo,* significaría "hombre malo, ley no mala". Aquí vemos que no hay la menor distinción exterior entre una raíz y una palabra, y que un sustantivo no se distingue de un verbo más que por su puesto en la proposición.

En otras lenguas, sin embargo, y particularmente en las lenguas arias, ninguna raíz atributiva puede formar una palabra por sí sola. En latín, v. gr., hay la raíz *luc,* brillar. Para tener un sustantivo, como luz, había que añadir una raíz pronominal o demostrativa que determinase el sujeto general a que se atribuía la cualidad deno-

tada por la raíz. Así, mediante la adición del elemento pronominal *s*, tenemos el nombre latino *luc-s*, luz, literalmente: brillante-allí. Introduzcamos un pronombre personal, y tenemos el verbo *luc-e-s*, brillante tú, tú brillas. Añadamos otros derivados pronominales, y obtenemos los adjetivos *lueidus, luculentus, lucerna,* etc.

Sería, no obstante, un gran error suponer que se pueden referir a raíces pronominales todos los elementos formativos, todo lo que queda de una palabra después de separar la raíz atributiva. No tenemos más que mirar algunos de nuestros derivados modernos para convencernos de que muchos eran originariamente raíces atributivas que se soldaron a la raíz atributiva principal y que han acabado por reducirse a la condición de simples sufijos. Así, el sufijo *scape* en el inglés *landscape,* y la forma más moderna *ship* en *hardship,* derivan igualmente de la misma raíz que tenemos en gótico. *skapa, skôp, skôpum,* crear; en anglosajón, *scape, scôpe, scôpon.* Es la misma palabra que el derivado alemán *schaft* en *Gesellschaft,* etc. De igual suerte, *dom* en *wisdon* o *christendom* deriva de la misma raíz que tenemos en *to do.* Es el alemán *thum* en *Christenthum,* el anglosajón *dôm* en *cyningdom, Königthum.* A veces puede parecer dudoso si un elemento formal era en el origen simplemente demostrativo o bien atributivo. Así, la desinencia del comparativo en sánscrito, es *tara,* el griego *teros,* que a primera vista se podría tomar por un elemento demostrativo; pero es en realidad la raíz *tar,* que significa *ir más allá,* y que encontramos en el latín *trans.* Ese *trans,* bajo su forma francesa *très,* se coloca delante de los adjetivos para expresar un grado más elevado o trascendente, y la misma raíz convenía para formar el comparativo en las antiguas lenguas arias. Hay que reconocer igualmente esa raíz en una de las terminaciones de los adverbios de lugar, que es *tra* en sánscrito; por ejemplo: de *ta,* raíz

demostrativa, formamos *ta-tra,* allí, primitivamente por ese camino, *anya-tra,* por otro camino, como en latín formamos *ali-ter* de *aliud,* compuestos que no son más extraordinarios que el francés *autrement* y el inglés *otherwise.*

La mayoría de las desinencias de las declinaciones y de las conjugaciones son raíces demostrativas, y podemos probar, por ejemplo, que la *s* que termina las terceras personas del singular del presente de indicativo de los verbos ingleses era en el origen el pronombre demostrativo de la tercera persona. Primitivamente era una *t,* y no una *s.* Aquí son necesarias algunas explicaciones: la terminación de la tercera persona del singular del presente de indicativo es *ti* en sánscrito; así, *dâ,* dar, se transforma en *dadâti,* él da; *dhâ,* colocar, en *dadhâti,* él coloca. En griego este *ti* se convirtió en *si,* de igual modo que el sánscrito *tvam* (el latín *tu*) aparece en griego con la forma *sy.* El griego *didōsi* responde, pues, al sánscrito *dadâti; tithêsi* a *dadhâti.* Con el tiempo, sin embargo, las sigma colocadas entre dos vocales en una terminación se elidieron; así, *genos* no forma el genitivo *genesos,* como el latín *genus, genesis* o *generis,* sino *geneos, genous*; el dativo no es *genesi* (latín *generi*), sino *genei*; de igual manera, todos los verbos regulares tienen *ei* por terminación de la tercera persona del singular; pero ese *ei* reemplaza a *esi*; *typtei* está por *typtesi,* que, a su vez, está por *typteti.*

El latín deja caer la *i* final, y, en vez de *ti,* tiene *t.* Obtenemos así *amat, dicit.*

Ahora bien: según la ley de Grimm, de que ya he hablado, las mudas dulces del latín están representadas en gótico por las fuertes del mismo orden, y las fuertes por las aspiradas. Debemos, pues, esperarnos ver reemplazada la *t* por *th.* Efectivamente: encontramos en gótico *habaith,* en vez del latín *habet.* Volvemos a encontrar esa aspiración igualmente en anglosajón, donde "él ama",

he loves del inglés moderno, se dice *lufath;* y hoy aún la encontramos en poesía, en la traducción de la Biblia y en el estilo elevado, donde esa tercera persona termina muy a menudo en *th*; sólo en el inglés moderno se ha cambiado esa terminación en *s*. En la *s* de *he loves* tenemos, pues, una raíz demostrativa, aglutinada a la raíz atributiva *love,* y que es originariamente el sánscrito *ti,* que hay que ligar a la raíz demostrativa *ta,* esto o aquello, que existe en el pronombre demostrativo sánscrito *tad,* el griego *to,* el gótico *thata,* el inglés *thad,* y se encuentra también en el latín *talis, tantus, tum, tam,* y aun en *tamen,* antiguo adverbio de lugar en *men.* Vemos, pues, que lo que llamamos la tercera persona del singular del presente de indicativo, es en realidad un compuesto de una raíz atributiva y de una raíz demostrativa. Es un compuesto como otro cualquiera, salvo que la segunda parte no es atributiva, sino simplemente demostrativa. De igual manera que en el compuesto inglés *pay-master,* pagador, atribuimos la acción de pagar a *master,* de igual manera en *dadâ-ti,* "da él", los primeros creadores del lenguaje atribuían simplemente la acción de dar a una tercera persona, y esa proposición sintética es lo que llamamos ahora la tercera persona del singular del presente de indicativo de la voz activa.

En nuestro análisis del lenguaje nos hemos limitado necesariamente a la familia de lenguas que comprende la nuestra y las que mejor conocemos; pero lo que se dice del sánscrito y de los demás miembros de la familia aria, se dice igualmente del dominio entero del lenguaje. Todas las lenguas que han pasado por el crisol de la gramática comparada, aparecen compuestas, sin excepción, de esos dos elementos constitutivos, las raíces atributivas y las raíces demostrativas. En la familia semítica esos dos elementos son aún más fáciles de distinguir que en sánscrito y en griego. Antes del descubrimiento del sánscrito

y del nacimiento de la filología comparada, los sabios, versados en el conocimiento de las lenguas semíticas, habían derivado todo el diccionario hebreo y árabe de un pequeño número de raíces, y como en esas lenguas cada raíz se compone de tres consonantes, se ha dado a veces a las lenguas semíticas el nombre de trilíteras.

Pero en la familia turania los elementos constitutivos aparecen mucho mejor aún en la superficie, por decirlo así, del lenguaje. Una de las notas carecterísticas de esas lenguas es que, sea el que fuere el número de los prefijos y de los sufijos, la raíz debe quedar siempre en relieve, sin ser jamás oscurecida por su contacto con los elementos formales.

Hay una lengua, el chino, en que no se requiere ningún análisis para separar sus elementos. Es una lengua en que jamás se ha efectuado ninguna fusión de raíces, en que todas las palabras son raíces y todas las raíces palabras. Nos presenta de hecho el estado más primitivo en que podemos figurarnos que ha existido el lenguaje y nos ofrece el mecanismo que naturalmente habíamos esperado encontrar en todas las lenguas.

Hay, sin duda, en Asia, en Africa, en América y en la Polinesia numerosos dialectos, cuya disección no ha hecho todavía el escalpelo del gramático; pero podemos contentarnos, por lo menos, con la prueba negativa de que, hasta el presente, todas las lenguas que han pasado por el análisis gramatical no han dado nunca más que esos dos elementos constitutivos.

Para nosotros, pues, el problema del origen del lenguaje, que los filósofos antiguos reputaban tan complicado y tan misterioso, toma un aspecto mucho más sencillo y mucho menos oscuro. Hemos visto de qué se compone el lenguaje, y que en el lenguaje, todo, excepto las raíces, puede comprenderse y explicarse. Nada hay que deba sorpendernos en ese procedimiento de la com-

binación de las raíces atributivas con las raíces demostrativas, procedimiento por cuya virtud se han formado todas las lenguas que conocemos, desde el chino hasta la nuestra. No sólo es concebible, como indica el profesor Pott, "que a la formación del sánscrito, tal como ha llegado a nosotros, precediese un período de extrema sencillez y de completa ausencia de flexiones, representado aún por el chino y las demás lenguas monosilábicas", es absolutamente imposible que haya sido de otro modo.

Después de haber visto que ese monosilabismo chino debió ser el punto de partida de todas las lenguas, ahora, para resolver el problema del origen del lenguaje, no nos falta ya más que explicar el origen de esas raíces atributivas y demostrativas que constituyen el lenguaje entero, y que han resistido hasta el présente a toda tentativa de análisis. Ese estudio formará el asunto de nuestras dos práximas lecciones.

OCTAVA LECCION

Clasificación morfológica de las lenguas

Exposición sumaria de las lenguas *semíticas;* su división en tres ramas: la rama aramea, la rama hebraica y la rama arábiga. — El *siríaco* y el *caldeo,* los dos dialectos principales del arameo. Monumentos escritos del siríaco del siglo II y del siglo IV: ese idioma se habla aún entre los nestorianos del Kurdistán. El caldeo, lengua de Jesucristo y de sus discípulos; fragmentos del libro de Ezra y los Targums nos dan ejemplares de él: los Talmudes de Jerusalén y de Babilonia, y la Masora, redactados en caldeo alterado. Inscripciones coneiformes de Babilonia y de Nínive. *Libro de Adán.* Los nabateos: *Agricultura nabatea.* — El *hebreo,* la antigua lengua de Palestina desde el tiempo de Moisés; su parentesco probable con el *fenicio* y el *cartaginés.* — El *árabe,* procedente de la península arábiga. Inscripciones himyaríticas. — El *abisinio* o el *ghez.* Los *Moallakât,* los más antiguos textos árabes. — El *bereber,* el *haussa,* el *galla,* el *copto,* cuyo carácter semítico es incierto. — La denominación de *familias* no se aplica propiamente más que a las lenguas arias y semíticas. Diversos grados de parentesco entre las lenguas. — Lenguas *turanienses,* las habladas por las razas nómadas de Asia. El *tongús,* el *mongol,* el *turco,* el *finés,* el *samoyedo,* el *tamul,* el *botîga,* el *taiano* y el *malayo.* Notas características de este grupo de lenguas. Historia sumaria de estas lenguas y de las poblaciones que las hablan. — Problema de la unidad primitiva del lenguaje.

Hemos terminado en nuestra última lección el análisis del lenguaje, y hemos visto que tiene por únicos elementos constitutivos las raíces atributivas y las raíces demostrativas.

Volveremos ahora sobre nuestros pasos para investigar cuántas formas posibles del lenguaje pueden producirse por la libre combinación de esos elementos constitutivos,

y después procuraremos descubrir si cada una de esas formas posibles tiene su equivalente en alguno de los idiomas hablados por la humanidad. Tratamos, en efecto, de establecer una clasificación del lenguaje que hemos convenido ya en llamar *morfológica,* fundada enteramente en la *forma* de las palabras, es decir, en la manera de combinarse las raíces, en el procedimiento por el cual se agrupan y reunen para expresar y coordinar las ideas que representan; por tanto, esa clasificación será completamente independiente de la clasificación *genealógica* que, por su propia naturaleza, se funda en las palabras mismas que se han transmitido ya formadas de generación en generación.

Pero antes de entrar en tal asunto, que debe constituir el objeto principal de esta lección, tenemos que examinar aún lo más brevemente posible una nueva familia de lenguas, que, como la familia aria, ha sido constituída con sujeción a los principios más rigurosos de la clasificación genealógica, a saber: la familia semítica. Esa familia se divide en tres ramas: la *aramea,* la *hebraica* y la *arábiga.*

El arameo ocupa la parte septentrional del dominio que se han apropiado las leyes semíticas; se habló en Siria, en Mesopotamia y en una parte de los antiguos reinos de Babilonia y de Asiria. Nos es conocido, sobre todo, por dos dialectos: el *siríaco* y el *caldeo.* Se da el primer nombre a la lengua que se ha conservado en una versión de la Biblia llamada *Peschitoh,* que data, según la común creencia, del siglo II, y también en la rica literatura cristiana del siglo IV. Se ha perpetuado hasta nuestros días, aunque bajo una forma muy alterada, entre los nestorianos del Kurdistán, en los alrededores de los lagos de Van y de Urmia, y en algunas poblaciones cristianas de Mesopotamia; misioneros americanos establecidos en Urmia han procurado dar a ese dialecto alguna regularidad gramatical publicando traducciones y una gramática de la lengua que llaman neosiríaco.

Se da el nombre de *caldeo* a la lengua adoptada por los judíos durante el cautiverio de Babilonia. Aunque los judíos no hayan olvidado nunca su lengua sagrada, empezaron a servirse muy pronto del idioma de sus conquistadores no sólo para la conversación, sino también para la composición literaria. El libro de Esdras contiene fragmentos en caldeo contemporáneos de las incripciones cuneiformes de Darío y de Jerjes; y varios de los libros apócrifos, aunque no han llegado a nosotros más que en griego, fueron compuestos probablemente en caldeo, y no en hebreo. Los *Targums,* como se los llama, o traducciones y paráfrasis del Antiguo Testamento, compuestos durante los siglos que precedieron y siguieron inmediatamente a la Era cristiana, nos ofrecen otro espécimen del arameo, o lengua babilónica trasplantada a Palestina. Ese arameo era la lengua de Jesucristo y de sus discípulos: las pocas palabras que nos conserva el Nuevo Testamento, tales como fueron pronunciadas por Nuestro Señor en su propia lengua, como *Talitha Kumi, Ephphatha, Abba,* no son hebreo, sino caldeo o arameo, que era entonces el dialecto vulgar de Judea.

Después de la destrucción de Jerusalén, ese idioma continuó siendo la lengua literaria de los judíos. El Talmud de Jerusalén del siglo IV, y el de Babilonia del siglo V, nos presentan el caldeo tal y como le hablaban los judíos doctos establecidos en esas dos comarcas, pero muy alterado y corrompido por una mezcla de elementos extraños. Ese dialecto siguió siendo la lengua escrita de los judíos hasta el siglo X, y hacia esa época se redactó en caldeo la *Masora.* Poco después el caldeo judaico se vió desposeído por el árabe, y perdió toda existencia, aun literaria. En efecto: cuando el árabe, a su vez, dejó de ser la lengua de los judíos en el siglo XIII, éstos volvieron a una especie de hebreo modernizado que emplean aún en sus composiciones literarias.

Es curioso que la rama aramea de la familia semítica, aunque a esa rama perteneciese originariamente la lengua de los grandes imperios de Babilonia y de Nínive, no haya llegado a nosotros más que en la literatura de los judíos y de los cristianos de Siria. Ha debido existir una literatura babilónica, porque la sabiduría de los caldeos había adquirido una reputación que difícilmente hubiera podido sostenerse sin una literatura. Abraham debió hablar arameo antes de emigrar a Caldea. Labán hablaba el mismo dialecto, y el nombre que dió al montón de piedras que debía ser el monumento de su alianza con Jacob, *Jegar-sahadutha,* es siríaco, mientras que *Galeed,* el nombre dado por Jacob, es hebreo. Si hemos de conocer alguna vez esa antigua literatura babilónica, será por las incripciones cuneiformes de Babilonia y de Nínive. Están escritas evidentemente en una lengua semítica; sobre este punto no puede ya haber duda, y, aunque su descifre marche lentamente, más lentamente aún de lo que se esperaba en cierta época, tenemos motivos para creer que los esfuerzos perseverantes de los asiriólogos se verán un día coronados de éxito. En una carta, fechada en Abril de 1853, sir Enrique Rawlinson escribía:

"En las tablillas de arcilla que hemos descubierto en Nínive, y que se cuentan ahora por millares, tenemos tratados didácticos que abrazan casi toda clase de asuntos; allí se encontraría gramáticas y diccionarios, todo lo referente al arte de la escritura, la notación numérica, los pesos y medidas, las divisiones del tiempo, la cronología, la astronomía, la greografía, la historia, la mitología, la geología, la botánica, etc. En una palabra: tenemos ahora a nuestra disposición una verdadera enciclopedia de ciencia asiria."

Recordando el éxito con que se ha descifrado toda una clase de inscripciones cuneiformes, las de Persia, no hay ningún motivo para dudar de que toda esa enciclopedia no

se lea un día tan fácilmente como leemos ahora los anales de la montaña de Darío.

Hay, sin embargo, otro mísero resto de lo que era antiguamente la literatura de los caldeos o de los babilonios: es el *Libro de Adán,* y otros escritos de la misma índole conservados por los mendaitas o nasoreos, secta curiosa establecida cerca de Basora. Aunque la redacción de esos libros sea de fecha tan reciente como el siglo x después de Jesucristo, se ha supuesto que, bajo una incrustación moderna de extravagantes y locas imaginaciones, contienen aún algunos gérmenes de la verdadera ciencia babilónica. En efecto; esos mendaítas han sido indentificados con los nabateos, que se mencionan en fecha bien reciente, en el siglo x de nuestra era, como una raza puramente pagana, y distinta de los judíos, de los cristianos y de los mahometanos. En árabe, el nombre de nabateo se emplea como sinónimo de babilonio, y ese nombre se da también a todas las poblaciones de origen arameo establecidas desde los tiempos más lejanos entre el Eufrates y el Tigris. Se supone que los nabateos, que se citan hacia el principio de la era cristiana como una raza célebre por su conocimiento de la astronomía y de todas las ciencias, eran los antepasados de los nabateos de la Edad Media, y los descendientes de los antiguos babilonios y caldeos. En periódicos literarios se han podido leer últimamente noticias sobre un tratado titulado *Agricultura nabatea,* que no existe más que en una traducción árabe escrita por Ibn Wahshiyyah en caldeo hacia el año 900 de nuestra era, pero cuyo original, compuesto en arameo por Kuthami, se remonta, según algunos, a principios del siglo XIII antes de Jesucristo. No tenemos aún los elementos necesarios para pronunciarnos sobre la edad de este escrito, pero, por lo que sabemos, parece más probable que sea una compilación hecha por un nabateo que vivía hacia el siglo IV de nuestra era; y, aunque encierra antiguas tradiciones que

se remontan quizá a las épocas florecientes de la monarquía babilónica, sería poco justificado mirar esas tradiciones alteradas como una imagen fiel de la antigua civilización de la raza aramea.

La segunda rama de la familia semítica es la *hebraica,* representada principalmente por la antigua lengua de Palestina. Puede decirse que el hebreo se habló y escribió en ese país desde los tiempos de Moisés hasta el de Nehemías y de los Macabeos, aunque a la larga sufriese importantes modificaciones y admitiese una mezcla considerable de formas arameas desde el cautiverio de Babilonia, y sobre todo desde el nacimiento de una poderosa civilización en Siria próxima a Palestina. La antigua lengua de Fenicia, a juzgar por las inscripciones que nos quedan, estaba muy estrechamente emparentada con el hebreo, y la lengua de los cartagineses debe referirse igualmente a la misma rama.

El hebreo fué invadido primeramente por dialectos arameos a consecuencia de la preponderancia política de Babilonia y aún más a consecuencia del ascendiente que adquirió Siria; luego tuvo que cejar ante el griego, que fué durante cierto tiempo la verdadera lengua de la civilización en todo el Oriente; fué al fin arrollado por el árabe, que, desde la conquista de Palestina y de Siria en el año 636, se apoderó de toda la región ocupada antes por las dos ramas más antiguas del tronco semítico, el arameo y el hebreo.

Esta tercera rama, el árabe, ha salido de la península arábiga, donde es aún la lengua de una masa compacta de aborígenes. Sus monumentos má antiguos son las inscripciones himyaríticas. En una época muy remota un vástago de esta rama arábiga fué transplantado a Africa, donde, al Sur de Egipto y de Nubia, en la costa que da frente al Yemen, se ha mantenido hasta nuestros días una de las antiguas lenguas semíticas: es el *etíope* o *abisinio,* o, como le llaman los indígenas, el *ahez.* Aunque ya no le hable en

su pureza el pueblo de Abisinia, se conserva en sus libros sagrados, en las versiones de la Biblia y de otras obras semejantes que datan de los siglos III y IV. La lengua moderna de Abisinia es el *amhárico.*

Los primeros textos árabes se remontan a una época anterior a Mahoma. Se los llama *Moallakât,* literalmente, poesías *colgadas,* porque, según se dice, así se exponían en la Meca a la vista del público: son antiguos poemas populares que pintan la vida del desierto y sus emociones. Con Mahoma, el árabe pasó a ser la lengua de una religión victoriosa, y estableció su imperio en Asia, en Africa y en Europa.

Esas tres ramas, la aramea, la hebraica y la arábiga, tienen entre sí tan próximo parentesco, que era imposible no reconocer su origen común. Por lejos que nos remontemos en la historia de esas lenguas y de sus raíces, encontramos esas raíces necesariamente compuestas de tres consonantes; cada una da nacimiento a un gran número de palabras que derivan de ella por un simple cambio de vocales, quedando intacta, hasta donde es posible, la armazón de las consonantes. Es imposible no reconocer a primera vista una lengua semítica, y es imposible figurarse una lengua aria derivada de una lengua semítica, o recíprocamente. El cuadro gramatical es completamente diferente en esas dos familias, lo que no excluye, sin embargo, la posibilidad de un origen común; y la comparación de las raíces de las lenguas semíticas, reducidas a su más simple forma, con las de las lenguas arias, ha venido a confirmar la opinión de los sabios que creen en la identidad primitiva de los elementos materiales de donde han salido todas esas lenguas.

Otras lenguas que se reputan pertenecientes a la familia semítica son los dialectos *bereberes* del Africa septentrional, que antes de la invasión de los árabes se hablaban en la costa desde Egipto hasta el Océano Atlántico, y ahora

se encuentran relegados al interior. Se han incluído también en la misma familia algunas otras lenguas de Africa, como el *haussa*, el *galla*, y la lengua de Egipto desde las primeras inscripciones jeroglíficas hasta el *copto*, que cesó de ser una lengua hablada desde el siglo XVII. Pero el carácter semítico de estos dos dialectos no se halla tan claramente definido, ni con mucho, y aún está por determinar su grado exacto de parentesco con las lenguas semíticas.

Rigurosamente hablando, las familias aria y semítica son las únicas que merecen, en realidad, este título de *familias*. Las dos presuponen la existencia de un sistema gramatical completamente elaborado antes de la separación de los dialectos. Su historia, desde el comienzo, es la historia de la descomposición más bien que la del desarrollo; de ahí ese aire de familia imposible de desconocer, y que distingue aún a sus últimos descendientes. El lenguaje del cipayo indio y el del soldado inglés son, hablando estrictamente, una sola y misma lengua. Las dos se componen de materiales que habían recibido su forma definitiva antes de que la rama teutónica se hubiese separado de la rama india; ninguna nueva raíz se ha añadido desde esa época, y las formas gramaticales que se han desenvuelto posteriormente en inglés o en indostani no ofrecen, cuando se examinan de cerca, más que nuevas combinaciones de elementos que existieron desde un principio en todos los dialectos arios. En la terminación del inglés *he is*, y en las dos letras que terminan el francés *il est*, letras que disimula la pronunciación, pero que conserva la escritura, reconocemos las consecuencias de un acto efectuado de una vez para todas antes de la primera dispersión de la raza aria, y cuyos efectos se han perpetuado hasta nuestros días: la combinación de la raíz atributiva *as* con la raíz demostrativa *ti*.

Era costumbre de Nabucodonosor mandar imprimir su

nombre en todos los ladrillos que se empleaban para edificar sus inmensos palacios. Esos palacios se han reducido a escombros; pero sus ruinas han servido para erigir nuevas ciudades, y examinando los ladrillos de que están hechos los muros de la ciudad moderna de Bagdad, a orillas del Tigris, sir Enrique Rawlinson ha descubierto en cada uno las huellas evidentes de esa firma real. Es un ejemplo de lo que nos ocurre cuando examinamos la estructura de las lenguas modernas: también ellas han sido construídas con los materiales sacados de las ruinas de las antiguas lenguas, y cada una de sus voces, cuando las consideramos con detenimiento, nos deja ver claramente el sello que le imprimieron desde un principio los padres de las familias aria y semítica, los fundadores de esos dos grandes imperios del lenguaje.

Las lenguas, sin embargo, no siempre están unidas por tan estrecho parentesco. Pueden escindirse antes de haberse fijado definitivamente su sistema gramatical, y, en ese caso, no podemos prometernos encontrar en ellas los mismos caracteres evidentes de una descendencia común que, por ejemplo, en los dialectos neo latinos, el francés, el italiano y el español. Podrán muy bien tener rasgos de semejanza, pero ofrecerán también un desarrollo posterior y peculiar de cada una, en las palabras y en las formas gramaticales. En cuanto a las palabras, vemos que aun las lenguas que tienen entre si relaciones tan íntimas de fraternidad como los seis idiomas románicos, se diferencian en adgunas de las expresiones más ordinarias. En vez del latín *frater* y del francés *frère,* encontramos en español *hermano,* mutación para la cual había una razón excelente: la voz latina *frater,* trocada en *fray* y *fraile* se había empleado para significar un religioso; se sintió el inconveniente de no tener más que una palabra para expresar dos ideas que importaba a veces distinguir, y entonces, por una especie de eliminación muy natural, se desechó la palabra *frater*

en el sentido de hermano, y se reemplazó por *germanus,* sinónimo que proporcionaba el rico fondo de la lengua latina. De igual manera el vocablo latino *pastor* se usaba en francés tan frecuentemente para significar el pastor del pueblo, que se necesitó un nuevo nombre para el pastor de los rebaños; de esa suerte, *berbericus,* de *berbex* o *vervex,* carnero, reemplazó a pastor bajo la forma *berger.* En vez del español *enfermo,* encontramos en francés *malade,* en italiano, *ammalato.* Lenguas emparentadas tan de cerca como el griego y el latín han elegido expresiones diferentes para hijo, hija, hermano, mujer, hombre, cielo, tierra, luna, mano, boca, árbol, ave, etc. Es decir: que, de una multitud de sinónimos proporcionales por los numerosos dialectos de la familia aria, los griegos conservaron uno, los romanos otro. Claro es que, una vez admitido, y obrando libremente ese principio de la adopción espontánea de las voces, lenguas nacidas de un mismo tronco pueden acabar por tener un vocabulario enteramente diferente para los objetos más familiares. El número de los verdaderos sinónimos suele exagerarse, y cuando se nos dice que en islandés hay ciento veinte nombres para *isla,* en árabe, quinientos nombres para *león,* y mil para *espada,* no es dudoso que muchas de esas voces son puramente metáforas, calificaciones poéticas. Pero, aunque una lengua madre no tuviese más que cuatro o cinco sinónimos para designar los mismos objetos, es evidente que de ella podrían derivar cuatro lenguas, cada una de las cuales fuese en apariencia enteramente distinta de las otras.

Este no es menos cierto en lo que atañe a la gramática. Cuando, por ejemplo, las lenguas romances formaron su nuevo futuro colocando el verbo auxiliar *habere* después del infinitivo, nada absolutamente las impedía adoptar alguna otra combinación para expresar el tiempo venidero: el francés hubiese podido preferir *je vais dire,* o *je dirvais,* a *je dirai,* y, en este caso, el futuro francés hubiese sido

completamente diferente del futuro italiano. Si tales cambios son posibles en lenguas literarias ya tan antiguas como el italiano y el francés, hay que esperarse encontrar otros muchos en lenguas que, como he dicho, se separaron antes de fijarse definidamente su vocabulario y su gramática. Si pensásemos encontrar en ellas esos puntos notables de semejanza que prueban la fraternidad de los miembros de las familias aria y semítica, sufriríamos una decepción, porque no pueden existir en esas lenguas. Pero hay reglas para determinar aun los grados más lejanos de parentesco que pueden existir en el vasto dominio del lenguaje entre dos o varios idiomas; esas reglas bastan, por lo menos, para aplazar las conclusiones demasiado precipitadas de los que quisiesen negar que sea posible atribuir con alguna verosimilitud un origen común a lenguas que difieren más la una de la otra que el francés y el italiano, el sánscrito y el griego, el hebreo y el árabe. Parecerá esto más claro cuando hayamos examinado los principios de lo que yo llamo la *clasificación morfológica* del lenguaje.

Como todas las lenguas, hasta donde podemos juzgar al presente, pueden reducirse en último análisis a raíces atributivas y demostrativas, es manifiesto que, según el modo de unirse las raíces, podemos esperarnos encontrar tres especies de lenguas, o tres períodos en la formación gradual del lenguaje.

1º Las raíces pueden emplearse como palabras, conservando cada raíz toda su independencia.

2º Dos raíces pueden unirse para formar palabras, y en estos compuestos una de las dos pierde su independencia.

3º Dos raíces pueden unirse para formar palabras, y perder las dos su independencia en esos compuestos.

Lo que se aplica a dos raíces se aplica igualmente a tres o cuatro, o más aún. El principio es el mismo, sólo que llevaría a una subdivisión más variada.

Llamo *período de las raíces* el primero, en que cada

raíz conserva su independencia, y en que no hay distinción formal entre una raíz y una palabra. Está representado, sobre todo, por el antiguo chino, y a las lenguas comprendidas en este primer período se las ha llamado a veces *monosilábicas* o *aisladoras*. Llamo *período de las desinencias* al segundo, en que se aglutinan dos o varias raíces para formar una palabra, conservando la una su independencia radical, y reduciéndose la otra a una simple desinencia, como acontece en la familia *turania;* y las lenguas comprendidas en este período han tomado el nombre de *aglutinantes,* de *gluten,* liga. En fin, llamo *período de las flexiones* al tercero, en el cual las raíces se funden de tal modo que ninguna conserva su independencia, como vemos en las familias aria y semítica; y las lenguas pertenecientes a él se han distinguido a veces con el nombre de *orgánicas* o *amalgamantes.*

El primer período excluye toda alteración fonética.

El segundo excluye la alteración fonética de la raíz principal, pero la admite en los elementos secundarios o determinativos.

El tercero admite la alteración fonética en la raíz principal y en las desinencias.

Algunos ejemplos harán comprender mejor esta clasificación.

En el primer período, representado por el chino, cada palabra es una raíz, con su significación independiente. Así, donde decimos en latín *baculo,* con un bastón, decimos en chino *y cáng.* En esta expresión *y* podría tomarse por una simple preposición, como *con;* pero en chino *y* es una raíz: es la misma palabra que, empleada como verbo, significaría "servirse". En chino, pues, *y cáng* significa literalmente "servirse de bastón". O bien: donde nosotros decimos *en la casa,* en latín *domi,* los chinos dicen *uõ-li,* significando *uõ* casa, y*li interior.* En chino moderno *luz* se dice *gitse,* primitivamente *hijo del sol.*

Como ya hemos visto, no hay en chino ninguna distinción formal entre un nombre, un verbo, un adjetivo, un adverbio y una preposición. La misma raíz, según el puesto que ocupa en la preposición, puede emplearse para traducir las palabras grande, grandor, grandemente y ser grande. Todo depende en chino de la colocación conveniente de las palabras en la frase. Así: *ngò tà ni* significa "yo te pego"; pero *ni tà ngò* significaría "tú me pegas"; *ngõ gin* significa "un mal hombre"; *gin ngõ* significaría "el hombre es malo".

Mientras todas las palabras o partes de palabras conservan sensiblemente su significación radical, una lengua pertenece al primer período, el de las *raíces*. En cuanto palabras como *tse* en *gi-tse,* luz, *li* en *ou-li,* en la casa, o *y* en *y-cáng,* con el bastón, pierden su sentido etimológico y se convierten en signos de derivación o de caso, la lengua entra en el segundo período, el de las *desinencias,* al cual pertenece la gran mayoría de los idiomas. Todo el grupo turanio se compone de lenguas de *desinencias* o *aglutinantes,* y comprende, a excepción del chino y de los dialectos congéneres, todas las lenguas habladas en Asia y en Europa que no forman parte de las familias aria y semítica. En el vasto continente del antiguo mundo las lenguas semíticas y arias no ocupan más que lo que se puede llamar las cuatro penínsulas occidentales, a saber: la India con Persia, la Arabia, el Asia Menor y Europa; y tenemos motivos para suponer que aun esos países han sido habitados por poblaciones turanias antes de la llegada de las naciones arias y semíticas.

Esa clase de lenguas que forman el grupo turanio tienen el derecho de reclamar toda la atención del lingüista que quiere escribir la historia de la palabra humana. Algunos sabios le niegan el nombre de familia; y, en efecto, si ese nombre no puede aplicarse más que a dialectos tan estrechamente emparentados como lo están entre sí las lenguas arias o semíticas, sería preferibe hablar de la *clase* o

del *grupo* turaniense. Pero no se abuse de esta concesión para falsear nuestro pensamiento; nosotros no concluímos de aquí que los miembros de ese grupo haya salido de cunas diferentes, y que el lazo que los une, en vez de ser una afinidad genealógica, sea sólo una semejanza de conformación.

Esas lenguas tienen en común elementos que han debido tomar del mismo origen, y sus semejanzas formales, aunque de un carácter diferente de las que se notan en las familias aria y semítica, son, sin embargo, tales que es imposible atribuirlas a coincidencias fortuitas.

La palabra *turanio* se emplea como antítesis de ario, y se aplica a las razas nómadas de Asia en oposición a las agrícolas o arias.

La familia o clase turaniense comprende dos grandes divisiones: la del Norte y la del Sur.

La del Norte se llama a veces *uralo-altaica* o *ugrotártara,* y se subdivide en cinco secciones: la *tungusa,* la *mongola,* la *turca,* la *finesa* y la *samoyeda.*

La del Sur, que ocupa la parte meridional de Asia, se divide en cuatro clases: la *tamul,* que comprende los dialectos del Decán; la *bhotîya,* que comprende los dialectos del Tibet y del Bhotán; la *taiana,* los dialectos de Siam, y la malaya, los dialectos de Malaca y de la Polinesia.

Sin duda quedarían defraudadas nuestras esperanzas si pensásemos encontra en esa multitud innumerable de lenguas el mismo aire de familia que aproxima a las lenguas semíticas o arias; pero la misma ausencia de ese aire de familia constituye uno de los caracteres de los dialectos turanios. Son lenguas de *nómadas,* lenguas que, por ese carácter, se distinguen profundamente de las lenguas arias y semíticas. En las lenguas de estas dos últimas familias las más de las palabras y de las formas gramaticales fueron producidas de una vez para todas por la fuerza creadora de una sola generación, y no se aban-

donaban ligeramente, aun cuando la alteración fonética hubiese oscurecido su claridad original. Transmitir una lengua de esta manera no es posible más que en los pueblos cuya historia se desliza como un río, y en quienes la religión, las leyes y la poesía sirven de diques a la corriente del lenguaje. Pero entre los nómadas turanienses jamás se ha formado núcleo de instituciones políticas, sociales ni literarias. No bien se habían fundado los imperios cuando se dispersaban nuevamente como las nubes de arena del desierto; ni leyes, ni cantos, ni narraciones sobrevivían a la generación que los había visto nacer.

En una lección anterior, al tratar del desarrollo de los dialectos, hemos visto con qué rapidez puede alterarse el lenguaje cuando queda abandonado a sí propio sin modelos literarios ni reglas gramaticales que le fijen. Los sustantivos más indispensables, como padre, madre, hija, hijo, se han perdido a menudo y han sido sustituídos por sinónimos en los diferentes dialectos turanios, y no han tenido mejor suerte las desinencias gramaticales.

Sin embargo, varios de los numerales, de los pronombres y muchos radicales de esas lenguas revelan la unidad de su origen; y las raíces y las palabras pertenecientes en común a los miembros más diseminados de esa familia nos autorizan a reconocer un parentesco real, aunque muy lejano, entre todos los dialectos turanienses.

La nota más característica de esas lenguas es la *aglutinación,* lo cual no significa simplemente que, en su gramática, los pronombres se hallen, por decirlo así, pegados a los verbos para formar la conjugación, o las preposiciones a los sustantivos para formar la declinación; ese no sería un carácter distintivo de tales lenguas nómadas, puesto que en hebreo, lo mismo que en sánscrito, la conjugación y la declinación se constituyeron originariamente según los mismos principios; lo que distingue a las lenguas turanias es que las palabras que nos ofrecen su

conjugación y su declinación se prestan siempre a una descomposición fácil; y, aunque las terminaciones disten mucho de haber conservado siempre su valor significativo como palabras independientes, se reconoce aún que son sílabas modificativas, distintas de las raíces a que se añaden

En las lenguas arias las modificaciones de las voces comprendidas bajo los nombres de declinación y conjugación se expresaban también por medio de la aglutinación en el origen. Pero las partes constitutivas no tardaron en fundirse formando un todo, sujeto después a la alteración fonética, hasta el punto de que, después de cierto lapso de tiempo, se hacía imposible distinguir la raíz del elemento formativo añadido a ella. La diferencia entre una lengua aria y una lengua turania viene a ser la que existe entre un mosaico bien hecho y un mosaico mal hecho; las voces arias parecen formadas de una sola pieza; las voces turanias dejan ver las hendeduras y las suturas.

Hay una razón que basta para explicar cómo los dialectos turanienses han permanecido en ese período secundario o de aglutinación: era necesario de toda necesidad que el radical de cada palabra resaltase, por decirlo así, y se dibujase en relieve, que jamás fuese oscurecido ni absorbido, como ocurre en el período de las flexiones.

El francés *âge,* por ejemplo, no es ya más que una terminación, habiendo desaparecido todo el cuerpo de la palabra. Era en antiguo francés *eage* y *edage,* alteración del latín *aetaticum,* que, a su vez, deriva de *aetas,* abreviación de *aevitas; aevitas* viene de *aevum* y en *aevum* sólo *ae* es el radical, el sánscrito *ây* en *ây-us*-vida, donde encontramos el germen que animó todas esas palabras, y les dió su significación. De *aevum* sacaron los romanos *aeviternus,* reducido por contracción a *aeternus;* de modo que *âge* y *éternité* derivan del mismo origen. Las lenguas turanias no pueden poseer semejantes voces en sus glosarios. En la lengua de un pueblo nómada es de necesidad

absoluta que las palabras permanezcan inteligibles para muchos individuos, por raras que sean sus relaciones mutuas. Sólo la tradición, la sociedad y la literatura pueden conservar voces y formas que una primera mirada no basta para analizar; tales voces no podrían nacer más que rara vez en lenguas nómadas, y siempre se extinguirían con cada generación.

El verbo ario contiene formas en que el pronombre personal no aparece ya de una manera sensible; y, sin embargo, la tradición, la costumbre y las leyes conservan la vida de esos añejos restos, y hacen que no queramos abandonarlos. Pero en la escena, siempre cambiante, de una vida nómada, jamás puede tener curso ninguna moneda alterada, ni aceptarse a ciegas una leyenda borrosa. El metal debe ser puro y la leyenda legible, para que el uno pueda ser pesado, y la otra, sino descifrada, al menos reconocida, desde luego, como auténtica garantía de la moneda, cuyo valor indica a todos los ojos. De ahí la escasa porporción de formas irregulares en todas las lenguas aglutinantes.

Un turanio hubiese podido admitir el sánscrito:

as-mi,	a-si,	as-ti,
yo soy,	tú eres,	él es,
's-mas,	s'-ta,	s'-anti,
nosotros somos,	vosotros sois,	ellos son;

o aun en latín:

's-um, e-s, es-t, 'su-mus, estis, 'sunt.

En estas formas, salvo pocas excepciones, es tan fácil distinguir la raíz y el afijo como en el verbo turco:

bakar-im,	bakar-sin,	bakar,
yo miro,	tú miras,	él mira,
bakar-iz,	bakar-siniz,	bakar-lar,
nosotros miramos,	vosotros miráis,	ellos miran.

Pero una conjugación como la del indostani, uno de los dialectos arios modernos:

hum, hai, hai, hain, ho, hain,

sería incompatible con el genio de las lenguas turanias, porque no respondería a las necesidades de una vida nómada. Los dialectos turanios, o no contienen ninguna distinción de desinencias, como el manchú, dialecto tungús, o presentan un sistema completo e inteligible de afijos, como, por ejemplo, la lengua hablada de Nyertchinsk, que pertenece también a la rama tungusa.

Pero una conjugación en que, a consecuencia de la alteración fonética, el afijo es el mismo para la primera persona del singular y del plural y la tercera del plural, y donde no hay ninguna diferencia entre la segunda y la tercera persona del singular, ni entre la primera y la tercera persona del plural, conduciría necesariamente, en un dialecto turanio, a la adopción de otras formas más expresivas. Habría que recurrir a nuevos pronombres o a algún otro expediente para marcar la distinción de las personas. Es lo que hará comprender mejor aún por qué las lenguas turanias y todas las que pertenecen al período aglutinante, aunque menos expuestas a la alteración fonética que las lenguas arias y semíticas, están tan sujetas a los cambios producidos por la renovación dialectal. Un turanio conserva, por decirlo así, la conciencia de su lengua y de su gramática. La idea, por ejemplo, que asocia a un plural, es la de un nombre seguido de una sílaba indicativa de pluralidad; para él la pasiva es un verbo seguido de una sílaba que expresa sufrir, comer o ir.

Ahora bien: estas ideas determinativas pueden enunciarse de diversas maneras; y aunque en una sola y misma tribu y en una época dada, cierto número de terminaciones debiesen permanecer estacionarias y estar consagradas a la expresión de algunas categorías gramaticales, como el

plural, la pasiva o el genitivo, sin embargo, hordas diferentes, al separarse, debían ser dueñas de renovar y cambiar el procedimiento de la composición gramatical. Así se producían incesantes variaciones, que preparaban grandes dificultades a los filólogos y que parecían deber esterilizar todos los esfuerzos que hiciese la gramática comparativa para probar la identidad de las determinaciones, aun en dialectos tan estrechamente emparentados como el finés y el húngaro o el tamul y el telinga.

Sin embargo, no hay que creer que las lenguas turanias o aglutinantes estén expuestas a sufrir constantemente la operación de la renovación gramatical. Cuando las tribus nómadas reciben una especie de organización política, su lenguaje, aunque turanio, puede acercarse al sistema de aquellas lenguas que, como el sánscrito y el hebreo, pertenecen a las naciones donde hay tradiciones y una vida política: es lo que ha sucedido con los miembros más avanzados de la familia turania, el turco, el húngaro, el finés, el tamul, el telinga, etc.

Muchas de sus terminaciones gramaticales han padecido con la alteración fonética, pero no han sido reemplazadas por nuevas voces más expresivas. En el telinga la desinencia del plural es *lu,* que no es probablemente más que una corrupción de *gal,* desinencia del plural en tamul. La única nota característica que jamás se borra en la familia turania, es que nunca se oscurece la raíz. Además, las sílabas determinativas o modificativas se colocan generalmente al fin de las voces, y las vocales de cada sílaba no son tan invariables com en sánscrito o en hebreo. Encontramos aquí, al contrario, lo que se llama la *ley de armonización,* según la cual las vocales de cada palabra pueden y deben sufrir un cambio que las ponga en armonía con el tono dado por la vocal dominante. En turco, por ejemplo, las vocales se dividen en dos clases: las vocales *agudas* y las vocales *graves.* Si un verbo contiene una vocal aguda en

su radical, todas las vocales de las terminaciones son agudas, mientras que las mismas terminaciones, aglutinadas a un radical que contenga una vocal grave, hacen pasar sus vocales al tono grave. Así, tenemos *sev-mek,* amar, y *bakmak,* mirar, siendo *mek* *omak* la desinencia del infinitivo. De igual manera decimos *ev-ler,* las casas, y *at-lar,* los caballos, siendo *ler* o *lar* la desinencia de plural.

Ninguna lengua aria ni semítica ha conservado libertad semejante para modificar sus vocales según las leyes de la armonía, mientras que descubrimos vestigios de esa facultad en los miembros diseminados de la familia turania; por ejemplo, en los idiomas húngaros, mongol y turco, en el yakut que se habla al Norte de Siberia, en el tulu y en los dialectos de las comarcas lindantes con las fronteras orientales de la India.

Para completar este estudio, trazaré en algunas palabras el cuadro de la familia turania, que sacaré principalmente de mi ensayo titulado *Survey of languages,* publicado en 1855:

CLASE TUNGUSA

La rama tungusa se extiende por el Norte desde China hasta Siberia, y por el Oeste hasta los 113 grados, en que el río Tonguska la sirve en parte de límite. Las tribus tungusas de Siberia están bajo la dominación rusa. Otras tribus tungusas pertenecen al imperio chino, y son conocidas bajo el nombre de manchúes, que tomaron después de conquistar la China en 1644, y fundar la dinastía imperial hoy reinante.

CLASE MONGOLA

La cuna de las poblaciones que hablan dialectos mongoles se halla cerca del lago Baikal y en las partes orientales de Siberia, donde las encontramos desde del siglo IX después de J. C. Se dividían en tres clases: los *mongoles* propiamente dichos, los *buriatos*, y los *olotes* o *kalmucos*. Gengis-Kan (1227) las reunió en una nación, y fundó el imperio mongol, que comprendía, no sólo los mongoles, sino también tribus tungusas y turcas, comúnmente llamadas tártaras.

Este nombre de tártaro no tardó en ser el terror de Europa como de Asia, y se aplicaba indistintamente a todos los guerreros nómadas que cayeron entonces sobre Europa. Primitivamente no designaba más que las razas mongolas, pero, a causa de su preponderancia política en Asia desde Gengis-Kan, se adquirió la costumbre de extenderle a todas las tribus que se hallaban bajo su dominación. En las obras de lingüística *tártaro* se toma en dos sentidos diferentes; siguiendo el ejemplo de los autores de la Edad Media, se ha adoptado, lo mismo que *escita* en griego, como término general comprensivo de *todas* las lenguas habladas por las tribus nómadas de Asia; es decir, en el sentido en que uso yo la voz *turanio;* o bien se ha hecho nombre de la clase de lenguas turanias en que el turco ocupa el primer puesto; y, mientras no se da nunca el nombre de tártara a la raza mongola, la que más derecho tiene a él, en cambio es ahora costumbre casi universal aplicarle a la rama turca, a tercera de la división seralo-altaica, y muchas veces le han adoptado las razas mismas pertenecientes a esta rama. Esas poblaciones turcas, o, como se las llama más comúnmente, tártaras, estaban establecidas en la orilla septentrional del mar Caspio y en las

riberas del mar Negro, y eran conocidas con el nombre de kumanos, de pechenegas y de búlgaros, cuando fueron subyugadas por el ejército mongol del hijo de Gengis-Kan, que fundó el imperio de Kapchak, desde el Dniester hasta el Yemba y las estepas de los kirguises. Durante dos siglos Rusia reconoció la supremacía de esos kanes, conocidos con el nombre de kanes de la Horda Dorada. Ese imperio se disolvió hacia fines del siglo XV, y de sus ruinas surgieron varios reinos más pequeños, entre los cuales descollaron los de Crimea, de Kazán y de Astrakán. Los príncipes de esos reinos se vanagloriaban aún de descender de Gengis-Kan, y tenían derecho al nombre de mongoles o de tártaros. Pero sus ejércitos y sus súbditos, que eran de extracción turca, recibían también el nombre de sus príncipes; y sus lenguas continuaron llamándose tártaras, aun después de pasar al imperio ruso las tribus turcas que las hablaban, y de no ser gobernadas ya por kanes de origen mongol o tártaro. Sería, pues, preferible llamar turca, en vez de tártara, a esta tercera sección de la rama septentrional de la familia turaniense, si un cambio de nombre no condujese generalmente a aumentar la confusión que estaba destinado a remediar. Parece que en esas tribus de Kazán y de Astrakán, que llamamos tártaras, no se ha borrado el recuerdo de su origen. Cuando se les pregunta si son tártaras, responden negativamente, y ellas mismas llaman a su lengua *turki* o *turuk*. Hasta miran el nombre de tártaro como un término injurioso, sinónimo de ladrón, y esto evidentemente porque no han olvidado que sus ascendientes fueron vencidos y domeñados por hordas mongolas, es decir, tártaras. Indico estos hechos apoyado en la autoridad de Klaproth, que durante su estancia en Rusia se ha encontrado en excelentes condiciones para estudiar las lenguas habladas en los confines de ese imperio semiasiático.

Las conquistas de los mongoles, o de los descendientes

de Gengis-Kan, no se limitaron a esas poblaciones turcas. Al Este conquistaron la China, donde fundaron la dinastía mongola de los Yuan, y al Oeste, después de haber sometido a los califas de Bagdad y a los sultanes de Iconium, se hicieron dueños de Moscú y devastaron la mayor parte de Rusia. En 1240 invadieron Polonia; en 1241 Silesia. Allí retrocedieron ante los ejércitos reunidos de Alemania, de Polonia y de Silesia, se retiraron a Moravia, y, después de haber agotado ese país, ocuparon Hungría.

En ese momento tuvieron que elegir un nuevo kan, lo cual no podía hacerse más que en Karakorum, la antigua capital de sus Estados. Allá se dirigieron, pues, para elegir el monarca, cuya dominación se extendía entonces desde China hasta Polonia, y desde la India hasta Siberia. Pero tan vasto imperio no podía ser de larga duración, y hacia fines del siglo XIII se descompuso en varios Estados independientes, regidos todos por príncipes mongoles, pero sin obedecer ya al cetro de un solo kan de los kanes. Así se establecieron nuevos reinos en China, en Turquestán, en Siberia, en la Rusia meridional y en Persia. En 1360 fué expulsada de China la dinastía mongola, y en el siglo XV fué derrocado su trono en Rusia. En el Asia central volvieron a agruparse en 1369 bajo la bandera de Timur que hizo reconocer su autoridad desde Karakorum hasta Persia y Anatolia. Pero en 1468 ese imperio se desplomó también por su propio peso y por falta de manos poderosas, como las de Gengis-Kan y de Timur, que le sostuviesen. La dinastía mongola sólo se mantuvo en el Jagatai, comarca que se extiende desde el lago de Aral hasta el Hindukush, entre los ríos Oxus y Iaxartes (Jihon y Sihon), y que en otro tiempo había gobernado Jagatai, hijo de Gengis-Kan; y de allí partió Baber, descendiente de Timur, para conquistar la India, y fundar una dinastía mongola que ha sobrevivido hasta nuestra época en los Grandes Mogoles de Delhi. La mayoría de los pueblos mongoles están sometidos

ahora a las naciones de que antiguamente eran dueños, y obedecen a los soberanos manchués de China, a los zares de Rusia y a los sultanes de Turquía.

La lengua mongola, aunque hablada (pero no sin interrupción) desde China hasta el Volga, ha dado nacimiento a pocos dialectos. Después del tungús, el mongol es la lengua más pobre de la familia turania, y el pequeño número de sus desinencias gramaticales nos explica bastante el echo de que, como lengua, haya permanecido casi sin cambios. Hay, no obstante, diferencias que señalar entre los dialectos mongoles que hablan las tribus del Este, del Oeste y del Norte; indicios de una vida gramatical que se despierta y que principia han sido registrados últimamente en el idioma de los buriatos por Castrén, el gran viajero sueco, a quien debemos tan preciosos materiales para la filología de las lenguas turanias. En ese idioma las diferencias personales del verbo se marcan por afijos, mientras que, según las reglas de la gramática mongola, ningún otro dialecto establece distinción entre am*o*, am*as*, am*at*.

Los mongoles que habitan en Europa, han levantado sus tiendas en las dos orillas del Volga y en la costa del mar Caspio cerca de Astrakán. Hay otra colonia al Sureste de Sembirsk. Pertenecen a la rama occidental, y son olotes o kalmucos, que, después de abandonar sus moradas de orillas del Koko-nur, entraron en Europa en 1662. Procedían de la tribu de los diirbetos y de la de los torgodes, pero la mayoría de los torgodes se volvieron en 1770, y sus descendientes se hallan dispersos ahora en las estepas de los kirguises.

CLASE TURCA

Un interés muy distinto tienen las lenguas que pertenecen a la tercera rama de la familia turania, en cuyo primer término encontramos el turco u osmanlí de Constantinopla. Los habitantes turcos de la Turquía europea son muy poco numerosos: se cuenta generalmente dos millones; pero Shafarik no estima más que en setecientos mil el número de verdaderos turcos, dueños de una población de unos quince millones de hombres. La región por donde se extienden los dialectos turcos de que forma parte el osmanlí, es una de las más vastas del mundo: se extiende desde el Lena y el mar Glacial hasta el Adriático.

El nombre más antiguo con que los pueblos turcos del Asia central fueron conocidos de los chinos era el de *Hiung-nu.* Esos hiung-nu fundaron en 206 antes de Jesucristo, un imperio que comprendía una gran parte del Asia al Oeste de China. Empeñados en guerras frecuentes contra los chinos, fueron derrotados al fin hacia mediados del primer siglo de nuestra era. Se dividieron entonces en dos Estados, el del Norte y el del Sur; y, cuando los hiung-nu del Sur se hicieron súbditos de China, atacaron a sus hermanos del Norte, de concierto con los chinos, arrojándolos de las moradas que ocupaban entre los ríos Amur y Selenga y los montes Altai; empujándolos hacia el Oeste, dieron quizá el primer impulso a ese gran movimiento de pueblos que precipitó sobre Europa las invasiones bárbaras. A principios del siglo XIII las tribus mongolas y tungusas que se habían apoderado del país de los hiung-nu del Norte, se habían hecho bastante poderosas para atacar a los hiung-nu del Sur y expulsarlos de su territorio; lo cual determinó una nueva emigración de pueblos asiáticos hacia el Oeste.

Otro nombre con que designan los chinos a esas tribus hiung-nu o turcas es el de Tu-kiu, que se cree no sea otra cosa que una transcripción del nombre de turco. Aunque el pueblo que llevaba este nombre en un principio fuese poco numeroso, empezó a extenderse en el siglo VI desde los montes Altai hasta el mar Caspio, y a él es probablemente a quien el emperador Justiniano envió a Semarcos como embajador en el año 569. El imperio de los tu-kiu fué destruído en el siglo VIII por los 'hui-'he (chino, kao-che). Esta tribu, también de origen turco, se mantuvo durante cerca de un siglo, siendo al fin vencida por los chinos y rechazada de las fronteras septentrionales de China. Una parte de los 'hui-'he se estableció en el Tangut, y, habiéndoles hecho sufrir los mongoles una nueva derrota en 1527, los restos de la tribu se retiraron hacia el Oeste, y se unieron a los uigurs que estaban acampados cerca de las ciudades de Turfán, de Kashgar, de Hamil y de Aksu.

Estos hechos, recogidos principalmente en las narraciones de los historiadores chinos, nos muestran desde los tiempos más lejanos el movimiento que arrastra hacia el Oeste a las naciones turcas. Tribus turcas ocuparon en 568 la comarca situada entre el Volga y el mar de Azof, y desde entonces nuevas emigraciones han venido a reforzar esa vanguardia.

La parte septentrional de Persia, al Oeste del mar Caspio, la Armenia, el Sur de Georgia, el Schirván y el Dagestán, sirven de asilo a una población turca, conocida bajo la denominación general de turcomanos o kisil-bash (gorros encarnados). Son salteadores nómadas, y su llegada a esas regiones data de los siglos XI y XII.

Al Este del mar Caspio las tribus turcomanas se hallan bajo las órdenes de los usbek-kanes de Khiva, de Ferganah y de Bokhara. Ellos se llaman, sin embargo, huéspedes y no súbditos de esos kanes. Más al Este hay turcomanos en

el imperio chino, y al Suroeste se hallan diseminados diversos grupos del mismo origen hasta el Korasán y otras provincias de Persia.

Los usbeks, descendientes de los 'hui-'he y establecidos originariamente en las inmediaciones de las ciudades de Hoten, de Kashgar, de Turfán y de Hamil, atravesaron el Iaxartes en el siglo XVI, y, después de varias campañas afortunadas, se apoderaron de las provincias de Balkh, de Kharism (Khiva), de Bokhara y de Ferganah. En esta última comarca y en la de Balkh se han dedicado a la agricultura; pero generalmente llevan una vida nómada y demasiado marcial para que pueda llamarse pastoril.

Otra población turca es la de los nogais, al Oeste del mar Caspio, y también al Norte del mar Negro. A principios del siglo XVII habitaban al Nordeste del mar Caspio, y las estepas de la orilla izquierda del Irtish llevaban su nombre. Estrechados por los kalmucos, tribu mongola, los nogais avanzaron hacia el Oeste hasta Astrakán. De ahí los transportó Pedro I al Norte del Cáucaso, donde aún apacientan sus rebaños a orillas del Kubán y del Kuma. Una de esas hordas, la de los Kundurs, ha permanecido a orillas del Volga, bajo la dominación de los kalmucos.

Los basianos son otro pueblo de origen turco, establecido hoy en el Cáucaso, cerca de las fuentes del Kubán; pero antes del siglo XV habitaban en la ciudad de Majari, a orillas del Kuma.

Una tercera tribu turca del Cáucaso es la de los kumucks, a orillas del Sunja, el Akchai y el Koisu; ahora están sometidos a Rusia, aunque gobernados por príncipes de su raza.

La parte meridional de los montes Altai se halla habitada hace mucho tiempo por los bashkires, raza muy mezclada de sangre mongola, feroz e ignorante, la cual obedece a Rusia y profesa la religión de Mahoma. En medio de los bashkires, y en los pueblos próximos a Ufa,

se halla establecida ahora una tribu turca, la de los mescheraks, que habitaban en otro tiempo cerca del Volga.

Se llama kara-kalpaks (gorros negros) a las tribus de las inmediaciones del lago de Aral, sometidas unas a Rusia, y otras a los kanes de Khiva.

Los turcos de Siberia, comúnmente llamados tártaros, son en parte los primeros habitantes del país, que pasaron los montes Urales y fundaron el kanato de Sibir, y en parte colonos llegados posteriormente. Sus principales ciudades son Tobolsk, Yeniseisk y Tomsk. Los uran'hat, a orillas del Chulym, y los barabas, en las estepas comprendidas entre el Irtish y el Ob, son poblaciones enteramente distintas.

Los dialectos de esos turcos de Siberia tienen una mezcla considerable de palabras extrañas de origen mongol, samoyedo y ruso; pero, en los que afecta al fondo primordial del lenguaje, se encuentra en todos una notable semejanza.

Los yakutos, al Nordeste de Asia, en las dos orillas del Lena, forman el último anillo de la cadena de pueblos que hablan las lenguas turcas. Su población masculina se ha elevado recientemente a 100.000 almas, aunque en 1795 apenas subiese más que a 50.066. Los rusos los conocieron por primera vez en 1620. Ellos se llaman *saja*, y son generalmente paganos; sin embargo, el cristianismo empieza a hacer prosélitos entre ellos. Según sus tradiciones, sus ascendientes habitaron mucho tiempo en unión con las tribus mongolas, y su lengua lleva todavía las huellas de ese contacto. Atacados por sus vecinos, se construyeron balsas, y, bajando el Lena, se establecieron en las cercanías de lo que es ahora su ciudad de Yakutsk. Su cuna parece haber estado al Noroeste del lago Baikal. Su lengua conserva el tipo turco más completamente que ningún otro dialecto turcotártaro. Separada pronto del tronco común, y apartada de las influencias a que estuvieron expuestos

los demás dialectos, durante la guerra o en tiempo de paz, el yacutiano conserva tantos rasgos primitivos de la gramática tártara, que aun ahora puede servir de clave para las formas gramaticales del osmanlí y de otros dialectos turcos más cultivados.

La Siberia meridional es la madre patria de los kirguises, uno de los pueblos más numerosos de origen turcotártaro. Habitaban primitivamente entre el Ob y el Yenisei, donde fueron a establecerse entre ellos tribus mongolas. A principios del siglo XVII los rusos encontraron a los kirguises orientales cuyas moradas se hallaban entonces a orillas del Yenisei. En 1606 habían pasado a ser tributarios de Rusia, y, después de varias guerras contra los pueblos vecinos, fueron rechazados más al Suroeste cada vez, hasta que al fin abandonaron por completo la Siberia a principios del siglo XVIII. Ahora habitan en Burut, en el Turquestán de China, con los kirguises de la "Gran Horda", cerca de la ciudad de Kashgar, y al Norte hasta el Irtish.

Otra tribu es la de los kirguises occidentales o kirguises-kasak, que son en parte independientes, en parte tributarios de Rusia y de China.

De las tres hordas de kirguises que existen entre el mar Caspio y el lago Tenguiz, al Este, la Pequeña Horda se halla establecida al Oeste, entre los ríos Yemba y Ural, y la Gran Horda al Este, mientras que la más poderosa ocupa el medio entre el Sarasu y el Yemba, y se llama la Horda Central. Desde 1819 la Gran Horda es súbdita de Rusia; otras tribus de kirguises, aunque sometidas de nombre a Rusia, son en realidad sus más peligrosos enemigos.

Los turcos de Asia Menor y de Siria proceden del Korasán y del Este de Persia, y son turcomanos o restos de los selchugues, que fueron dueños de Persia en la Edad Media. En esa época penetraron en el turco todas esas locuciones, todas esas palabras persas que han adquirido en él carta de naturaleza. Los osmanlíes, a quienes acostum-

bramos a llamar turcos por antonomasia, y que componen la clase dominante del imperio de Turquía, proceden del mismo origen. Ahora se hallan diseminados por todo el imperio turco en Europa, en Asia y en Africa. Son los propietarios territoriales, los nobles y los administradores de Turquía; y su lengua, el osmanlí, es hablada por las altas clases, por todas las personas que han recibido instrucción, y por los funcionarios públicos de Siria, Egipto, Túnez y Trípoli. En las provincias meridionales de la Rusia asiática, en las orillas del mar Caspio y en todo el Turquestán, el osmanlí es la lengua del pueblo: se oye hablar hasta en la corte de Teherán, y los personajes oficiales de Persia le comprenden.

El engrandecimiento de esa poderosa tribu de Osmán y la extensión de ese dialecto, que ahora se llama el *turco*, son hechos históricos bien conocidos. No es menester buscar testimonios en los anales de China, ni tratar de descubrir analogías entre nombres que un autor griego o árabe ha podido oir por casualidad, y transmitirnos, y los que varias de esas tribus han conservado hasta este día: los antepasados de los turcos osmanlíes son hombres tan conocidos de los historiadores europeos como Carlomagno y Alfredo. En el año 1224 fué cuando Solimán-Shah y la tribu de que era jefe, estrechados de cerca por los mongoles, abandonaron el Korasán, y se diseminaron al Oeste por Siria, Armenia y Asia Menor. El hijo de Solimán, Ertogrul, entró al servicio de Alaeddín, sultán de Konieh, el antiguo Iconium, y, después de varias expediciones afortunadas contra los griegos y los mongoles, obtuvo el don de una parte de Frigia. Allí fundó el pequeño Estado que debía ser más tarde la base del imperio otomano. Durante los últimos años del siglo XIII los sultanes de Iconium perdieron su poder, y sus antiguos vasallos se hicieron soberanos independientes. Osmán, después de haber tomado su parte de los despojos de Asia, avanzó a Bitinia por los des-

filaderos del Olimpo, y venció a los ejércitos de los emperadores de Bizancio. En adelante *osmanlí* (hijo o súbdito de Osmán) se hizo el nombre nacional de su pueblo. Su hijo Orkán, cuya capital era Prusa, hoy Brusa, después de apoderarse de Nicomedia en 1327 y de Nicea en 1330, amenazó el Helesponto. Tomó el título de Padishah, y su corte fué llamada la "Sublime Puerta". Su hijo Solimán atravesó el Helesponto, y, habiendo caído en sus manos las ciudades de Gallípoli y de Sestos, se hizo dueño de los Dardanelos. Murat I tomó a Andrinópolis en 1362, e hizo de ella su capital; marchó luego a la conquista de Macedonia, y, después de una lucha sangrienta, desbarató en 1389, en la batalla de Kosovapolie, las fuerzas reunidas de las razas eslavas de la orilla derecha del Danubio, los búlgaros, los servios y los croatas. El pereció en el combate; pero su sucesor, Bayerid, conocido en Occidente con el nombre de Bayaceto, continuó su marcha, invadió la Tesalia, atravesó las Termópilas y devastó el Peloponeso. El emperador de Alemania, Segismundo, que salió a su encuentro con un ejército compuesto de soldados franceses, alemanes y eslavos, fué derrotado por Bayaceto a orillas del Danubio, en la batalla de Nicópolis, en 1399. Bayaceto se hizo dueño de la Bosnia, y habría tomado a Constantinopla, si los mismos mongoles, ante los cuales las primeras tribus turcas se habían visto obligadas a huir en 1244 y a refugiarse en Persia, no hubiesen amenazado su nuevas posesiones. Timur había empuñado las riendas caídas de manos de Gengis-Kan; Bayaceto tuvo que entrar en lucha con él, y perdió la batalla de Angora (Ancira), en Galacia, el año 1402.

Europa tuvo entonces un pequeño respiro, pero no por mucho tiempo; murió Timur, y tras él se desplomó su imperio, mientras que el ejército otomano se rehacía de nuevo bajo Mahomet I en 1413, y recobraba su antiguo poder bajo Murad II (1421). Victorioso en Asia, Murad envió nuevamente sus ejércitos al Danubio, y, después de una

vigorosa resistencia por parte de los húngaros y de los eslavos, mandados por Hunyade, ganó al fin dos batallas decisivas, la de Varna, en 1444, y la de Kosova, en 1448. Constantinopla no podía ya resistir más tiempo. En vano se esforzó el Papa por arrastrar a la cabellería de la Europa occidental a una cruzada contra los turcos; Mahomet II sucedió a Murad en 1451, y el 26 de Mayo de 1453, después de una valerosa defensa, Constantinopla cayó en su poder, y pasó a ser la capital del imperio de Turquía.

En cuanto al idioma que hablan los osmanlíes, podemos decir que es un verdadero placer leer una gramática turca, aunque no se tenga el menor deseo de aprender esa lengua para hablarla o escribirla. La manera ingeniosa cómo se han producido sus formas gramaticales, la regularidad que impera en todo el sistema de declinación y de conjugación, la transparencia y la sencillez de la construcción toda no pueden menos de impresionar a los que tienen el sentimiento del maravilloso poder del espíritu humano que se revela en el lenguaje. Dado un número tan reducido de raíces atributivas y demostrativas, que apenas bastaría para expresar las necesidades más ordinarias del hombre, producir un instrumento que traduce los matices más delicados del sentimiento y del pensamiento; dados un vago infinitivo y un severo imperativo, sacar de ellos modos como el optativo y el subjuntivo, y tiempos como el aoristo y el futuro anterior; dadas articulaciones incoherentes, combinarlas en un sistema donde todo es uniforme y regular, bien ordenado y armonioso: tal es la obra del espíritu humano que vemos cumplida en el lenguaje. Pero en la mayoría de las lenguas no quedan ya vestigios de ese procedimiento primordial: se presentan ante nosotros como rocas compactas, y sólo la lente del filólogo puede descubrir los restos de vida orgánica de que están formadas. En la gramática de las lenguas turcas, al contrario, tenemos a la vista una lengua de una estructura

perfectamente transparente, y una gramática cuyas operaciones interiores pueden estudiarse como se observaría la formación de las celdas en una colmena de cristal. Un orientalista eminente ha dicho: "Podría uno figurarse que el turco es obra de las deliberaciones de alguna ilustre academia"; pero ninguna sociedad docta hubiese podido crear nunca lo que ha producido el espíritu del hombre, abandonado a sí propio en las estepas de Tartaria, y guiado tan sólo por leyes inherentes a su naturaleza o por un poder instintivo tan maravilloso como ninguna otra fuerza de la naturaleza.

Examinemos algunas de esas formas. "Amar", en el sentido más general de la palabra, o la raíz que significa "amor", es en turco *sev*. Esta forma no significa aún *amar*, que se dice *sevmek*, ni *amor*, que se dice *sevgu* o *sevi;* no expresa más que la idea general y abstracta de amar. A esa raíz, como ya hemos advertido, no se puede tocar nunca. Sea lo que quiera la sílaba que se añada para modificar su sentido, la raíz debe resaltar siempre como una perla engastada en diamantes. Jamás puede ser cambiada, deteriorada, asimilada, ni modificada, como sucede con el inglés *I take, I tooke,* o con el francés *je prends, je pris,* y otras formas semejantes. Con esa sola restricción, somos dueños de hacer de ella todo lo que queramos. Supóngase que nosotros no tuviésemos nada parecido a nuestra conjugación, y que necesitásemos expresar, por primera vez, ideas como *yo amo, tú amas, él ama,* etc. Nos parecería muy natural formar un adjetivo o un participio, con la significación de *amante,* y unir a él los diferentes pronombres de esta manera: *yo amante, tú amante,* etc. Pues bien: eso es precisamente lo que han hecho los turcos. Es inútil preguntarse, por el momento, cómo producen ellos lo que llamamos un participio; estaba, sin embargo, lejos de ser tan fácil como nos lo imaginamos nosotros. En turco se ha formado un participio con ayuda de *er: sever* significaría,

pues, *amante*. *Tú* en turco es *sen*, y, como todas las sílabas modificativas se colocan después de la raíz, tenemos *sev-er-sen*, tú amas. *Vosotros* en turco se dice *siz;* de ahí *sev-er-siz*, vosotros amáis. En este caso las terminaciones del verbo no son sino los pronombres mismos; en otras personas la conformidad es menos perfecta, porque las terminaciones se han modificado a veces o han desaparecido por inútiles, como ha ocurrido en la tercera persona *sever*. Sin embargo, un cotejo con otras lenguas congéneres, en que las terminaciones han conservado una forma más primitiva, nos permite decir que en el verbo turco original todas las personas del presente se han formado con ayuda de pronombres aglutinados a ese participio *sever*. En vez de: yo amo, tú amas, él ama, el gramático turco dice: amante-yo, amante-tú, amante.

Pero esas desinencias personales no son las mismas en el imperfecto y en el presente.

PRESENTE	IMPERFECTO
sever-im, yo amo	*sever-di-m*, yo amaba
sever-sen	*sever-di-ñ*
sever	*sever-di*
sever-iz	*sever-di-k* (miz).
sever-siz	*sever-di-ñiz*
sever-ler	*sever-di-ler*.

No es necesario tampoco buscar el origen de *di*, añadido para formar el imperfecto; pero conviene advertir que en la primera persona de plural del imperfecto se presenta una variante en otros dialectos tártaros, donde se encuentra *miz* en vez de *k*. Ahora, examinando esas terminaciones *m*, *ñ*, *i*, *miz*, *niz* y *ler*, vemos que son idénticas a los pronombres posesivos usados después de los sustantivos. Así como el italiano dice *fratel-mo*, mi hermano, y el

hebreo *El-i,* Dios (de) yo, es decir, Dios mío, así también las lenguas tártaras han compuesto las expresiones "mi casa, tu casa, su casa", aglutinando pronombres posesivos a los sustantivos. Un turco dice:

bâbâ	padre	bâbâ-m,	mi padre
aghâ	señor	aghâ-ñ,	tu señor
el,	mano	el-i,	su mano
oghlu,	hijo	oghlu-muz,	nuestro hijo
anâ	madre	anâ-ñiz,	vuestra madre
kitâb,	libro	kitâb-leri,	su libro.

De donde podemos concluir que en el imperfecto esas desinencias pronominales se tomaban originariamente en un sentido preciso, y, por tanto, que lo que queda, cuando se separan las desinencias personales, *sever-di,* no ha sido jamás un adjetivo ni un participio, sino que debió ser en el origen un sustantivo susceptible de tener por terminaciones los pronombres posesivos; lo que equivale a decir que la idea expresada originariamente por el imperfecto no pudo ser "amante-yo", sino "amor de mí".

Pero, ¿cómo podía dar esa expresión la idea de un tiempo pasado puesto en contraste con un presente? Dirijamos los ojos a nuestra propia lengua, donde, si queremos expresar el pasado, decimos: "Yo he amado". Ese "yo he" significaba primitivamente yo poseo, y en latín *"amicus quem amatum habeo"* quería decir, en realidad, un amigo que tengo por querido, y no aún que yo *he* amado. Con el tiempo, no obstante, expresiones como "yo he dicho, yo he amado", tomaron, naturalmente, el sentido del perfecto y del tiempo pretérito, pues lo que yo *tengo* o *he* hecho *es* realmente cosa hecha; *hecho,* como decimos, y pasado. En vez de un verbo auxiliar expresivo de la posesión, la lengua turca recurre a un pronombre posesivo para alcanzar el mismo objeto. "Pago perteneciente a mí"

equivale a "yo he pagado"; en los dos casos, una frase que denotaba originariamente la posesión ha venido a expresar una relación de tiempo y a ser el perfecto o pasado del verbo. Por supuesto, hacemos aquí la anatomía de la gramática, y, seguramente, un turco, al decir *severdim* no tiene más conciencia de la fuerza literal de esta expresión "amor perteneciente a mí" que de la circulación de su sangre.

La parte más ingeniosa del turco es, sin disputa, el verbo. Como el verbo griego y sánscrito, despliega una variedad de modos y de tiempos que basta para reproducir los más ligeros matices de duda, de conjetura, de esperanza y de suposición. En todas esas formas, la raíz permanece inmutable, y se deja oir, como la tónica, en todas las diversas modulaciones producidas por los cambios de persona, de número, de modo y de tiempo. Pero hay una particularidad del verbo turco, a la cual no podemos encontrar nada análogo en ninguna de las lenguas arias: es la facultad de producir nuevos temas verbales por la simple adición de ciertas letras, que añaden al verbo una idea de negación o de casualidad, o hacen de él un verbo reflexivo o recíproco.

Sev-melk, por ejemplo, en cuanto a raíz simple, significa amar. Introduciendo en ella *in,* obtenemos un verbo reflexivo, *sev-in-mek,* amarse a sí mismo, o, más bien, regocijarse, alegrarse, que puede conjugarse, a su vez, en todos los modos y en todos los tiempos, siendo *sevin* el equivalente de una nueva raíz. Por medio de *ish* formamos un verbo recíproco, *sev-ish-mek,* amarse uno a otro.

La sílaba *dir* añadirá a cada una de esas tres formas la idea de casualidad. Así:

I. *Sev-mek,* amar, produce: IV. *Sev-dir-mek,* hacer amar.

II. *Sev-in-mek,* regocijarse, produce: V. *Sev-in-dir-mek,* hacer regocijarse.

III. *Sev-ish-mek,* amarse uno a otro, produce: VI. *Sev-ish-dir-mek,* hacer amarse uno a otro.

La sílaba *il* podrá dar la significación pasiva a cada una de esas seis formas. Así:

I. *Sev-mek,* amar, da: VII. *Sev-il-mek,* ser amado.

II. *Sev-in-mek,* regocijarse, da: VIII. *Sev-in-il-mek,* ser regocijado.

III. *Sev-ish-mek,* amarse uno a otro, da: IX. *Sev-ish-il-mek,* (intraductible).

IV. *Sev-dir-mek,* hacer amar, da: X. *Sev-dir-il-meck,* ser inducido a amar.

V. *Sev-in-dir-mek,* hacer regocijarse, da: XI. *Sev-in-dir-il-mek,* ser llevado a regocijarse.

VI. *Sev-ish-dir-mek,* hacerlos amarse uno a otro, da: XII. *Sev-ish-dir-il-mek,* ser llevados a amarse uno a otro.

Pero esta lista está muy lejos de presentar todas las modificaciones de los verbos de que dispone el gramático turco. Se puede añadir la idea de negación a cada una de esas doce raíces secundarias o terciarias, por la simple inserción de *me.* Así: *sev-mek,* amar, se convierte en *sev-me-mek,* no amar. Y, si hay que expresar la imposibilidad de amar, el turco tiene un nuevo verbo a su disposición para expresar ese pensamiento. Así, mientras que *sev-me-mek,* niega solamente el hecho de amar, *Sev-he-me-mek,* niega su posibilidad y necesita no poder amar. Por medio de esas dos sílabas modificativas, el número de las raíces derivadas se eleva de golpe a treinta y seis. Así:

I. *Sev-mek,* amar, da: XIII. *Sev-me-mek,* no amar.

II. *Sev-in-mek,* regocijarse, da: XIV. *Sev-in-me-mek,* no regocijarse.

III. *Sev-ish-mek,* amarse uno a otro, da: XV. *Sev-ish-me-mek,* no amarse uno a otro.

IV. *Sev-dir-mek,* hacer amar, da: XVI. *Sev-dir-me-mek,* no hacer amar.

V. *Sev-in-dir-mek,* hacer regocijarse, da: XVII: *Sev-in-dir-me-mek,* no hacer regocijarse.

VI. *Sev-ish-dir-mek,* hacerles amarse uno a otro, da: XVIII. *Sev-ish-dir-me-mek,* no hacerles amarse uno a otro.

VII. *Sev-il-mek,* ser amado, da: XIX. *Sev-il-me-mek,* no ser amado.

VIII. *Sev-in-il-mek,* que merece que uno se regocije, da: XX. *Sev-in-il-me-mek,* que no merece que uno se regocije.

IX. *Sev-ish-il-mek,* si fuese usada esta forma, daría: XXI. *Sev-ish-il-me-mek,* estas dos formas son intraducibles.

X. *Sev-dir-il-mek,* ser llevado a amar, da: XXII. *Sev-dir-il-me-mek,* no ser llevado a amar.

XI. *Sev-in-dir-il-mek,* ser llevado a regocijarse, da: XXIII. *Sev-in-dir-il-me-mek,* no ser llevado a regocijarse.

XII. *Sev-ish-dir-il-mek,* ser llevados a amarse uno a otro, da: XXIV. *Sev-ish-dir-il-me-mek,* no ser llevados a amarse uno a otro.

Varias de estas formas son, naturalmente, poco usadas, y, con muchos verbos, esas raíces derivadas, aun siendo posible gramaticalmente, serían lógicamente imposibles. Aun un verbo como *amar,* el más flexible acaso de todos, no se presta a algunas de las modificaciones que un gramático turco suele introducir. Claro es, no obstante, que allí donde se puede formular una negación, se puede añadir también la idea de la imposibilidad; de modo que, sustituyendo *me* por *he-me,* haríamos subir el número de raíces derivadas a treinta y seis, la última de las cuales, *sev-ish-dir-il-he-me-mek,* sería perfectamente inteligible y podría emplearse si hablando, por ejemplo, del sultán y del zar, quisiésemos decir que es imposible que sean llevados a quererse el uno al otro.

CLASE FINESA

Se supone, generalmente, que la cuna de los pueblos fineses estaba en los montes Urales; de ahí procede la denominación de urálicas, dada a sus lenguas. Desde ese centro se han extendido al Este y al Oeste, y, en los tiempos antiguos, al Sur, hasta el mar Negro, donde las tribus finesas, mongolas y turcas fueron conocidas de los griegos, probablemente, bajo la denominación cómoda de escitas, que las comprendía a todas. Como no tenemos ningún monumento escrito de esas naciones nómadas, es imposible decir, a pesar de habernos conservado los escritores griegos sus nombres bárbaros, a qué rama de la inmensa familia turania pertenecían. Sus costumbres, antes de la era cristiana y en la Edad Media, eran probablemente las mismas de hoy. Una tribu toma posesión de un territorio, permanece allí quizá durante varias generaciones y da su nombre a las praderas en que guarda sus rebaños y a los ríos en que abreva sus caballos. Si el país es fértil, atrae los ojos de otras tribus; principian las guerras, y cuando la resistencia es vana, poblaciones enteras abandonan las tierras de sus padres para llevar, a veces durante varias generaciones, la vida errante, que prefieren a la vida sedentaria; y después de cierto tiempo, podemos volver a encontrar sus nombres centenaras de lenguas más lejos. O también dos tribus pueden continuar guerreando durante años, hasta que, mermadas sus fuerzas, se vean precisadas a hacer causa común contra algún nuevo enemigo.

Durante esas prolongadas luchas, pierden tantas palabras como hombres muertos en los campos de batalla. Unas, si se nos permite esta imagen, se pasan al enemigo; otras son hechas prisioneras y restituídas en tiempo de paz. Y luego hay negociaciones y desafíos, y al fin se forma un

idioma que, con perfecta justicia, puede llamarse la lengua del campamento (*urdu-zebán,* lengua del campamento, es el verdadero nombre del indostani, que tuvo origen en los ejércitos de los emperadores mongoles); pero al filólogo le es difícil reunir los vivos y contar los muertos, a menos que algunas partes salientes de la gramática hayan salido intactas de la refriega. Hemos visto que, a la voz de un Gengis Kan o de un Timur, pueden levantarse a veces innumerables pueblos, como las olas del océano a la voz de la tempestad. Una de esas olas, precipitándose desde Karakorum hasta Liegnitz, puede arrollar todos los cotos y mojones puestos por los siglos; y cuando haya pasado la borrasca, quedará, como después de una inundación, una ligera costra, que ocultará a la vista toda una capa de pueblos y de lenguas.

La filología nos presenta el tronco finés dividido en cuatro ramas:

El chude,
El búlgaro,
El pérmico,
El ugriano.

El chude comprende los dialectos fineses de las costas del Báltico. Ese nombre viene de los *chudes,* como los rusos llamaban originariamente a los pueblos fineses del Noroeste de Rusia; después tomó un sentido más general y se hizo casi sinónimo de *escita,* para designar todas las tribus del Norte y del centro de Asia. Los finlandeses propiamente dichos, o, como se llaman ellos, *Suomalainen,* es decir, habitantes de los pantanos, se hallan establecidos en las provincias de Finlandia (pertenecientes antes a Suecia, pero anexionadas a Rusia desde 1809) y en parte de los gobiernos de Arcangel y de Olometz. Un empadronamiento reciente nos da 1.521.515 almas como cifra de su población. Los finlandeses son los más adelantados de toda su familia, y, a excepción de los magiares, la única raza finesa que

puede pretender un puesto entre las naciones civilizadas y civilizadoras del mundo. Su literatura, y, sobre todo, su poesía popular, atestiguan un alto grado de desarrollo intelectual en una época que puede llamarse mítica, y en regiones más favorables a la expansión de los sentimientos poéticos que su actual morada, último refugio que ha podido ofrecerles Europa. Las poesías épicas viven aún en las clases más pobres, transmitidas sólo por la tradición oral y conservando todos los caracteres de una medida perfecta y de una lengua más antigua. A pesar de la preponderancia rusa, el sentimiento nacional se ha despertado no ha mucho entre los finlandeses y ha dado un impulso enérgico a los trabajos de Sjögern, de Lönnrot, de Castrén y de Kellgren, que han producido resultados verdaderamente sorprendentes. De boca de los viejos se ha recogido un poema épico, con dimensiones semejantes a las de la *Ilíada* y con la misma unidad; diríamos que es tan bello, si pudiésemos olvidar por un instante todo lo que hemos aprendido a calificar con ese nombre en nuestra juventud. Un finlandés no es un griego, ni Wainamoinen un Homero; pero si es lícito a un poeta elegir sus colores en la naturaleza que le rodea y pintar los hombres entre quienes vive, el *Kalewala* posee méritos que pueden recordar los de la *Ilíada,* y tiene el derecho de reclamar su puesto como la quinta epopeya nacional del mundo, al lado de los cantos jonios, del *Mahâbhârata,* del *Shânâmeh* y de los *Niebelungen.* Esa antigua cultura literaria no ha dejado de tener un gran influjo sobre la lengua. Ha dado permanencia a sus formas y fijeza a sus palabras, en términos que, a primera vista, casi estamos tentados de preguntarnos si la gramática de esa lengua no ha salido del período aglutinante para pasar al de las flexiones con el griego o el sánscrito. El tipo aglutinante subsiste aún, sin embargo, en el finés, cuya gramática nos presenta una fecundidad de combinaciones gramaticales sólo inferior a la del turco y del húngaro. Como en el turco,

encontramos aquí la "armonización de las vocales", que es uno de los caracteres de las lenguas turanias, según hemos explicado más atrás.

El kareliano y el tavastiano son variedades del finés.

Los esthes o esthonios, vecinos de los finlandeses, hablan una lengua que se acerca mucho a la suya. Se divide en dialecto de Dorpat (ciudad de Livonia) y en dialecto de Revel. Si se exceptúan algunos cantos populares, se puede decir que el estonio no tiene literatura. Estonia, con Livonia y Curlandia, son las tres provincias rusas de orillas del Báltico. La población de las islas del golfo de Finlandia es, en gran parte, estonio; pero las altas clases apenas comprenden el estonio, y no le hablan nunca.

Además de los finlandeses y de los estonios, hay que comprender en la misma familia a los livonios y a los lapones; pero son poco numerosos. La población de Livonia se compone principalmente de esthes, de letones, de rusos y de alemanes. El número de livonios que hablan su propia lengua no se eleva a más de cinco mil.

Los lapones habitan la región más septentrional de Europa. Pertenecen a Suecia y a Rusia, y se estima su número en veintiocho mil. Su lengua, desde hace algún tiempo, ha atraído mucho la atención de los sabios, y leemos en los viajes de Castrén una descripción de las costumbres, llena de interés por su sencillez y su exactitud.

La rama búlgara comprende los cheremises y los mordvinianos, esparcidos a orillas del Volga y rodeados de dialectos rusos y tártaros. Esas dos lenguas tienen una gramática sumamente artificial, y admiten una acumulación de afijos pronominales al fin de los verbos, que no es superada más que en vasco, en caucasiano y en los dialectos llamados polisintéticos de América.

El nombre general de *búlgaros*, dado a estas tribus, no deriva de *Bulgaria*, a orillas del Danubio; al contrario, Bulgaria (la antigua Mesia) debe su nombre a los ejércitos

fineses que hicieron su conquista en el siglo VII. Tribus búlgaras avanzaron del Volga al Don, y después de permanecer algún tiempo en las riberas del Don y del Dnieper, bajo la dominación de los ávaros, marcharon hasta el Danubio en 635, y fundaron el reino búlgaro, que ha conservado su nombre hasta nuestros días, aunque los búlgaros fineses han sido absorbidos hace tiempo por los habitantes eslavos, y aunque los unos como los otros quedaron bajo el cetro de Turquía en 1392.

La tercera rama, la pérmica, comprende los idiomas de los votiacos, de los sirianos y de los permianos, tres dialectos de una misma lengua. *Perm* era el antiguo nombre de la comarca que se extiende entre los 61 y los 76 grados de longitud E. y los 55 y 65 de latitud N. Los pueblos pérmicos, rechazados hacia el Oeste por sus vecinos del Este, los bogules, vinieron a chocar con los búlgaros del Volga. Se encuentran los votiacos entre el Vyatka y el Káma, y los sirianos del Norte, en las márgenes del Káma superior, mientras que la región oriental se halla ocupada por los permianos. Rodean a éstos, por el Sur, los tártaros de Oremburgo y los bashkires; por el Norte, los samoyedos, y por el Este los vogules, que han bajado de los montes Urales.

Estos vogules, con los húngaros y los ostiacos, componen la cuarta y última rama de la familia finesa, la ugriana. Estas tribus ugrianas avanzaron hacia Europa en 462, después de la desmembración del imperio de Atila, rey de los hunos. Se las llamaba entonces onagurs, saragurs y urogs, y volvemos a encontrarlas más tarde en las crónicas rusas bajo la denominación de ugry. Son los antepasados de los húngaros; no deben confundirse con los uigurs, antigua tribu ya mencionada.

Las relaciones que existen entre el húngaro y los dialectos de origen finés no son un descubrimiento moderno. En 1252 un sacerdote, Wilhelm Ruysbræck, que viajó allen-

de el Danubio, notó que una raza, llamada los pascatires, que habitaba a orillas del Yaik, hablaba la misma lengua que los húngaros. Se hallaba establecida entonces al Este del antiguo reino búlgaro, cuya capital, la antigua Bulgari, se elevaba a la orilla izquierda del Volga, en el sitio en que vemos hoy las ruinas de Spask. Si esos pascatires, la porción de los pueblos ugrianos que permaneció al Oeste del Volga, eran idénticos a los bashkires, como Klaproth supone, resultaría que, andando el tiempo, renunciaron a su lengua: porque los bashkires actuales no hablan ya un dialecto húngaro, sino un dialecto turco. Gyarmathi demostró por primera vez en 1799, según las reglas de la filología, la afinidad de los dialectos húngaros y ugro-fineses.

Algunos ejemplos bastarán para mostrar esa conexión:

Húngaro	Cheremisiano	Español
atya-m	atya-m	mi padre.
atya-d	atya-t	tu padre.
atya	atya-se	su padre.
atya-nk	atya-ne	nuestro padre
atya-tok	atya-da	vuestro padre.
atya-ok	atya-st	su padre.

DECLINACIÓN

Húngaro	Estonio	Español
Nom. vér	werri	la sangre.
Gen. vére	werre	de la sangre.
Dat. vérnek	werrele	a la sangre.
Ac. vért	werd	la sangre.
Ab. vérestöl	werrist	por la sangre.

CONJUGACIÓN

Húngaro	Estonio	Español
lelem	leiam	yo encuentro.
leled	leiad	tú encuentras.
leli	leiab	él encuentra.
leljük	leiame	nosotros encontramos
lelitek	leiate	vosotros encontráis.
lelik	leiawad.	ellos encuentran.

Hemos examinado así las cuatro ramas principales de la familia turania, la tungusa, la mongola, la turca y la finesa. En último término se encuentra el tungús, cuya gramática apenas es más rica que la del chino, y que, en su estructura, no encierra nada de ese aparato arquitectónico, en que las palabras de esta última lengua se unen sin cemento, como las piedras de los monumentos ciclópeos. Sin embargo, esto reza sobre todo con el manchú; en otros dialectos tunguses hablados, no en China, sino en la patria primitiva de los manchués, se ven aparecer en nuestros días algunas formas gramaticales.

Los dialectos mongoles son superiores a los tunguses, pero su gramática apenas sabe distinguir las diferentes partes del discurso. En los dialectos hablados tanto por los mongoles como por los tunguses se efectúa evidentemente un trabajo para llegar a una vida más orgánica, y Castrén ha recogido las pruebas de un desarrollo naciente de las voces en la lengua de los buriatos y en un dialecto tungús hablado cerca de Nyerchinsk. No es, sin embargo, más que un ligero comienzo al lado de la exuberancia de recursos gramaticales que se encuentra en las lenguas turcas. Estas últimas difícilmente pueden ser superadas en lo que atañe a su sistema de conjugación. Sus verbos

CUADRO COMPARATIVO

DE LOS NUMERALES DE LAS CUATRO RAMAS FINESAS

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
Chude, finés ..	yksi	kaksi	kolme	neljä	viisi	kuusi	seitsemän	kahdeksan	yh deksan	kymmenen
— estonio.	iits	kats	kolm	nelli	viis	kuus	seitze	kattesa	üttesa	kümme
Búlgaro, cheremisiano	ik	kok	kum	nil	vis	kut	sim	kändäxe	endexe	lu
Búlgaro mordviniano	vaike	kavto	kolmo	nile	väte	koto	sisem	kavsko	väikse	kämen
Pérmico, siriano	ötik	kyk	kujim	njolj	vit	kvait	sizim	kökjâmys	ökmys	das
Ugriano, ostiaco	it	kat	chudem	njeda	vet	chut	tabet	nida	arjong	jong
Ugriano, húngaro	egy	ket	harom	negy	öt	hat	het	njolez	kilenez	tiz

son como ramas que se doblan con el peso de los frutos y de las flores. Los dialectos fineses se distinguen más bien por la diminución que por el aumento de las formas verbales; pero su declinación es más rica que la misma del turco.

Esas cuatro clases constituyen, con el samoyedo, la división septentrional o uralo-altaica de la familia turaniense.

La división meridional se compone de los dialectos tamules, gangéticos (el trans-himalayo y el sub-himalayo), lohitianos, taianos y malayos. Estas dos divisiones comprenden, con corta diferencia todas las lenguas de Asia, a excepción del chino que, con los dialectos circunvecinos, representa el lenguaje radical o monosilábico. Algunos idiomas, como el japonés, la lengua de Corea, de los koriacos, de los kamchadales, y los numerosos dialectos del Cáucaso, etc., etc., no se hallan incluidos todavía en ninguna clase; pero es probable que en ellos subsistan aún algunos vestigios de un origen común con las lenguas turanienses, y que esos vestigios no esperen para revelarse más que las investigaciones filológicas.

No necesito extenderme largamente sobre el tercer período, el de las flexiones, puesto que hemos examinado su formación, al analizar en nuestras lecciones anteriores cierto número de palabras sánscritas, griegas y latinas, o de alguna otra lengua aria. La principal distinción entre las lenguas de flexiones y las lenguas aglutinantes consiste en que estas últimas conservan la conciencia de sus raíces, y no admiten, por consiguiente, su alteración fonética; y habiendo perdido la conciencia de la significación primitiva de sus terminaciones, sienten claramente la diferencia entre la raíz significativa y los elementos que la modifican. Pero no acontece lo mismo con las lenguas de flexiones: aquí los diversos elementos que entran en la composición de las voces pueden estar tan bien sol-

dados, y tan completamente cambiados por la alteración fonética, que es menester estudio para reconocer la distinción original entre una raíz y una desinencia, y sólo la gramática comparada puede descubrir las soldaduras entre las partes constitutivas.

Si se considera el carácter de nuestra clasificación morfológica, se verá que debe poder aplicarse a todas las lenguas, y en eso difiere de la clasificación genealógica. En efecto; agota todos los casos posibles. Si los elementos constitutivos del lenguaje son las raíces atributivas y demostrativas, no pueden presentarse más de tres combinaciones. Las raíces pueden quedar reducidas a simples raíces; o pueden unirse, de modo que la una determine a la otra, y pierda su existencia independiente; o pueden unirse y fundirse hasta el punto de que las dos pierdan su existencia independiente. El número de raíces que entren en la composición de la palabra importa poco, y por eso es inútil admitir una cuarta clase, llamada a veces *polisintética,* y comprensiva de la mayor parte de los dialectos de América.

Mientras la raíz significativa se distinga de todo lo restante en esos compuestos de una longitud desmesurada, las lenguas pertenecen al período aglutinante; pero pertenecen al período de las flexiones en cuanto las raíces son absorbidas por las desinencias. Es inútil también distinguir las lenguas *sintéticas* de las *analíticas,* que comprenden respectivamente las lenguas antiguas y las lenguas modernas, pertenecientes al período de las flexiones. Frases como el francés *j' aimerai* por *j' ai àaimer,* o el inglés *I shall do, thou wilt do,* pueden llamarse *analíticas;* pero, miradas bajo el punto de vista de su formación, esas frases deben entrar en el período de las flexiones. Analizando *je vivrai,* encontramos que era originariamente *ego* (sánscrito *aham*) *vivere* (sánscrito *jîr-as-e,* dat. neutro) *habeo* (sánscrito *bhâ-vayâ-mi*); es

decir, que tenemos cierto número de palabras en que se ha destruido casi enteramente, aunque sin faltar en absoluto, la articulación gramatical; mientras que en las lenguas turanías las formas gramaticales son producidas por la combinación de raíces que permanecen íntegras, y las antiguas desinencias inútiles son eliminadas, antes de toda nueva combinación.

Ahora que hemos terminado nuestra clasificación morfológica, se presenta un problema que hubiésemos podido evitar, si nos hubiéramos concretado a una clasificación genealógica. Al fin de nuestra clasificación genealógica hubimos de reconocer que hasta el presente no se ha podido trazar más que el cuadro genalógico de cierto número de lenguas, y que, por consiguiente, no había llegado aún el momento de abordar la cuestión del origen común de todas. Ahora, no obstante, sin haber enumerado en su integridad los diversos idiomas pertenecientes a las tres clases que hemos reconocido, la de las lenguas radicales, la de las lenguas aglutinantes y la de las lenguas de flexiones, hemos afirmado el principio de que todos ellos deben entrar en una u otra de esas tres categorías. No seríamos, pues, consecuentes con nosotros mismos, si retrocediésemos ante el estudio de un problema que, aunque rodeado de muchas dificultades, no puede proscribirse de la ciencia del lenguaje.

Veamos ante todo clara y distintamente el estado de la cuestión. El problema del origen común de las lenguas no tiene una conexión necesaria con el del origen común de la humanidad. Aunque fuese posible demostrar que el lenguaje había nacido de distintos orígenes, nada podría deducirse de ahí contra la unidad primitiva del género humano. Porque, si se mira el lenguaje como natural al hombre, ha podido surgir en diferentes épocas y regiones distintas entre los descendientes dispersos de una pareja original; si, a la inversa, se mira el lenguaje como una

invención artificial, aún es menos difícil que cada generación sucesiva haya podido formar su propio idioma.

De igual manera, si se pudiese demostrar que todas las lenguas del mundo revelan un origen común, no se seguiría de aquí de ningún modo que la especie humana deba descender de una misma pareja: porque el lenguaje ha podido ser propiedad de una raza privilegiada, que hubiese enriquecido con él a las otras razas en el curso del tiempo y en la marcha de la humanidad.

Al hacer solidarias, y al mezclar una con otra la ciencia del lenguaje y la de la etnología, se ha inferido a las dos un daño muy sensible. La clasificación de las razas debe ser completamente independiente de la de las lenguas. Las razas, en efecto, pueden cambiar de lenguas, y la historia nos proporciona varios ejemplos de razas que han adoptado las lenguas de otras. Por eso diferentes lenguas pueden ser habladas por una misma raza, o diferentes razas pueden hablar una misma lengua; de modo que toda tentativa de hacer coincidir la clasificación de las razas y la de las lenguas debe fracasar necesariamente.

En segundo lugar, el problema del origen común de las lenguas no se enlaza en modo alguno con los relatos del Antiguo Testamento sobre la creación del hombre y las genealogías de los patriarcas. Si nuestras investigaciones nos llevasen a admitir comienzos diferentes para las lenguas humanas, nada hay en el Antiguo Testamento que se oponga a esta manera de ver. Porque, aunque los judíos hayan creído que en un tiempo toda la tierra no hablaba más que una lengua, no es de hoy el que eminentes teólogos, mirando particularmente a los dialectos americanos, hayan advertido que en épocas posteriores han podido nacer nuevas lenguas. Si, al contrario, llegásemos a la convicción de que es posible referir todas las lenguas a un origen común, nunca podríamos pensar en hacer uso de las genealogías del Antiguo Testamento para

trazar la clasificación genealógica del lenguaje. Las listas genealógicas del Antiguo Testamento se refieren a la raza, y no al lenguaje, y, como sabemos que muchas veces ha habido hombres que, sin cambiar de nombre, han cambiado de idioma, es evidentemente imposible que las genealogías del Antiguo Testamento puedan coincidir con la clasificación genealógica de las lenguas. Para evitar toda confusión de ideas, valdría más abstenerse enteramente de emplear, para expresar el parentesco de lenguaje, los términos consagrados en la Biblia para expresar el parentesco de raza. Antes era costumbre hablar de las lenguas *jofélicas, camíticas y semíticas:* pero las dos primeras denominaciones se han reemplazado por las de *arias* y *africanas;* y, al conservar la tercera, se le ha dado una definición científica enteramente diferente de la significación que tendría en la Biblia. He ahí los puntos que importa no olvidar para impedir que detengan los progresos pacíficos y desinteresados de la ciencia del lenguaje, así los que persiguen siempre a la Biblia con tiros que no pueden alcanzarla, como también los que la defienden con armas de que no saben servirse.

Entremos ahora en nuestro asunto sin diogmatismo y sin ideas preconcebidas. El problema de la posibilidad de un origen común de todas las lenguas se divide, naturalmente, en dos partes, según se considere la *forma* o la *materia;* por el momento no tenemos que ocuparnos más que de la forma. En nuestras lecciones anteriores hemos examinado todas las formas posibles que el lenguaje puede revestir; hemos reconocido que hay tres principales a que se refieren todas las variedades secundarias, y que nos sirven para establecer tres grandes categorías: la de las lenguas en que las raíces permanecen invariables, la de las lenguas aglutinantes y la de las lenguas de flexiones; tenemos ahora que preguntarnos si, a pesar de las diferencias que separan uno de otro a esos tres siste-

mas, podemos admitir un origen común para todas las lenguas humanas. Respondo, sin vacilar, que podemos.

El principal argumento que se ha presentado contra la unidad de origen del lenguaje es que ninguna lengua monosilábica ha pasado jamás al estado aglutinativo, y que ninguna lengua aglutinante ha llegado jamás a tener flexiones. El chino, se dice, es hoy aún lo que ha sido desde el comienzo; jamás se ha visto en él ni aglutinación ni flexiones; y ningún dialecto turanio ha perdido nunca el rasgo característico de las lenguas de desinencias, a saber: la integridad de las raices.

Responderemos a esa objeción haciendo observar que, aunque todas las lenguas, una vez fijadas, conserven en la formación de sus voces los caracteres que tenían en el primer momento de su existencia individual o nacional, no por eso pierden enteramente la facultad de producir formas gramaticales perteneciente a un período más avanzado. En chino, y sobre todo en dialectos chinos, descubrimos lineamientos de aglutinación. Ese *li*, que ya he mencionado como desinencia de los adverbios de lugar, se ha reducido a la condición de un simple afijo; y un chino moderno no sabe ya que *li* significaba primitivamente *interior*, como un turaniense no conoce el origen de sus diferentes casos. En los dialectos del chino son más frecuentes las formas aglutinantes: así, en el dialecto de Shangai, *wo* significa hablar, y *woda* una palabra; de *woda* se ha formado el genitivo *wo-da-ka,* el dativo *pela-woda,* el acusativo *tant-woda.* Por otro lado, en lenguas aglutinantes encontramos rudimentos de flexiones: así, en tamul, el verbo *tûngu,* dormir, no aparece ya en su integridad en el derivado *tûkkam,* sueño, y la misma palabra *tûngu* probablemente podría referirse a una raíz simple, como *tu,* estar acostado, estar suspenso, dormir.

Cito estos ejemplos, a los cuales podría añadir otros muchos, para demostrar que no hay nada de misterioso en

la persistencia con que todas las lenguas permanecen generalmente en el período gramatical a que habían llegado en el momento de su fijación. Si una familia, o una tribu, o una nación, se ha acostumbrado una vez a expresar sus ideas según cierto sistema de gramática, ese primer molde subsiste, y no hace más que consolidarse a cada generación. Pero si el chino se ha fijado en ese período primordial en que las raíces permanecen inmutables e independientes, otros dialectos le han atravesado conservando toda su flexibilidad: no se han hecho lenguas fijas y nacionales antes que aquellos que las hablaban hubiesen aprendido a apreciar las ventajas de la aglutinación. Una vez conocida esta ventaja, algunas formas aisladas, en que la aglutinación había aparecido primeramente, debían extender su influencia irresistible, a causa de ese sentimiento de la analogía que es inherente al lenguaje. Las lenguas que se han fijado en ese período debían aferrarse con no menor persistencia al sistema de la aglutinación. Un chino apenas puede comprender que sea posible el lenguaje si todas las sílabas no llevan consigo su significación; un turanio menosprecia todos los idiomas en que cada palabra no deja ver distintamente su elemento radical y significativo; mientras que nosotros, acostumbrados a servirnos de lenguas de flexiones, nos enorgullecemos de una gramática de que no harían ningún aprecio un chino y un turanio.

El hecho de que las lenguas, después de fijarse, no alteren ya su constitución gramatical, no prueba nada contra la teoría que defendemos, a saber: que todas las lenguas de flexiones han sido antes aglutinantes, y que todas las lenguas aglutinantes han empezado por ser monosilábicas. He dicho nuestra *teoría;* pero es más que una teoría: es la única manera posible de explicar los fenómenos gramaticales que nos ofrece el sánscrito o cualquier otra lengua de flexiones. En lo que toca a la forma del lenguaje, llegamos infaliblemente a esta conclusión: que las *flexio-*

nes han sido precedidas por la *aglutinación*, y la *aglutinación* por el *monosilabismo*. El gran río del lenguaje se ha desarrollado en innumerables dialectos, y ha cambiado su color gramatical, pasando de cuando en cuando por nuevos sedimentos de pensamiento. Los diferentes brazos del río que abandonaron el hecho principal y formaron lagos inmóviles, o para hablar sin imagen, las lenguas que se hicieron literarias y fijas, conservaron por siempre el color que tenía el río en el punto de su separación. Si designamos por *blanca* la edad monosilábica, por *roja* la edad aglutinativa y por *azul* la edad de las flexiones, nos será fácil comprender por qué los canales blancos apenas contienen una gota de azul o de rojo, y por qué los canales rojos apenas muestran un débil matiz de azul, y estaremos preparados a encontrar, como encontramos en efecto, tintes blancos en los canales rojos, y en los canales azules tintes rojos y blancos.

Se notará que en lo que acabo de decir he tratado de demostrar la posibilidad, y no la necesidad, de un origen común del lenguaje. Miro este problema, que, como hemos visto, no tiene nada que ver con el de la unidad primitiva de la humanidad, como una cuestión que debe quedar indecisa el mayor tiempo posible. No es, en mi sentir, un problema tan insoluble como el de la pluralidad de los mundos, sobre que tanto se ha escrito en estos últimos años; pero hay que tratar de resolverle casi de la misma manera. Como no podemos demostrar por el testimonio de los sentidos que los planetas están habitados, el único medio de probar que lo están es mostrar que es imposible que no lo estén; y, a la inversa, para probar que los planetas no están habitados hay que demostrar que es imposible que lo estén. Cuando se haya evidenciado una u otra de esas imposibilidades, estará resuelta la cuestión; hasta entonces debe quedar pendiente, sea el que fuere el lado a que nos inclinen nuestras predilecciones particulares.

No juzgo yo tan desanimador el problema de la unidad primitiva del lenguaje; pero insisto en la necesidad de no prejuzgarle en ningún sentido. Ahora bien; la tendencia de los más distinguidos escritores que se han ocupado de filología comparada ha sido afirmar en cierto modo, como hecho averiguado e indiscutible, que, después del descubrimiento de las dos familias aria y semítica y de la comprobación del estrecho parentesco que dentro de cada una liga entre sí a sus diversos miembros, no puede ya pensarse en un origen común del lenguaje humano. Ciertamente, cuando por medio de un análisis minucioso de los dialectos arios y semíticos se llegó a fundar la unidad de esas dos familias en la identidad de raíces o de formas gramaticales que une a sus diversos miembros, era bastante natural que la ausencia de tales conformidades entre una lengua aria y una lengua semítica, o entre éstas y cualquier otra rama del lenguaje, llevase a creer que no era admisible entre ellas ninguna conexión. No de otra suerte un discípulo de Linneo, que tiene sus notas determinadas para reconocer las anémonas, negaría con igual certidumbre toda afinidad entre esa especie y otras flores que después se han incluído en la misma clase sin tener los caracteres que Linneo atribuía a la anémona. Pero seguramente hay diversos grados de afinidad en las lenguas, como en todos los demás productos de la naturaleza, y si no podemos descubrir entre las diferentes familias de lenguas los mismos lazos de parentesco que entre los miembros que componen cada familia, de ahí no se desprende, como una consecuencia necesaria, que hayan sido completamente extrañas las unas a las otras desde el principio.

Ahora, yo confieso que, cuando he visto sostener muchas veces que no es posible ya hablar de la unidad primitiva del lenguaje desde que la filología comparada ha probado la existencia de diversas familias de lenguas, me

ha parecido que el argumento no era concluyente, que, en todo caso, iba demasiado lejos. El problema, mirado bajo su verdadero aspecto, se reduce a esto: —*"Si se quiere afirmar que el lenguaje ha tenido comienzos diferentes, hay que demostrar que es imposible que todas las lenguas hayan tenido un origen común".*

Esa imposibilidad jamás ha sido demostrada en lo tocante a los dialectos arios y semíticos; lejos de eso, el análisis de las formas gramaticales en ambas familias ha hecho desaparecer muchas dificultades, y, cuando menos, nos ha permitido comprender cómo, con materiales idénticos o muy semejantes, dos individuos, dos familias o dos naciones habrían podido producir con el tiempo lenguas tan diferentes en su forma como el hebreo y el sánscrito. Pero más viva luz ha proyectado sobre la formación y las metamorfosis del lenguaje el estudio de otros dialectos que no tienen ninguna relación con el sánscrito o el hebreo, y que nos permiten ver con nuestros propios ojos el desarrollo de esas formas gramaticales (gramaticales en el sentido más amplio de la palabra), que en las familias aria y semítica no nos aparecen más que enteramente formadas, y no formándose, descomponiéndose, y no viviendo, transmitidas por los que se sirven de ellas: quiero hablar de los dialectos turanios. Las señales que atestiguan el parentesco primitivo de esas lenguas son mucho más débiles que en las familias aria y semítica; pero deben serlo necesariamente. En estas dos últimas familias el procedimiento aglutinativo, único por cuya virtud pueden obtenerse las formas gramaticales, cesó de aplicarse en un momento dado, y eso bajo influencias religiosas o políticas. Por la misma fuerza que hace que una civilización absorba en su marcha los diversos dialectos que representan naturalmente todo idioma hablado, la primera centralización política o religiosa debió de tener necesariamente la exuberancia de un lenguaje aglutinativo. Entre las numerosas

formas posibles de cada palabra y de cada categoría gramatical, se hacía popular, fija y determinada una sola; la poesía, la legislación y la religión producían una lengua literaria o política, a la cual no había ya nada que añadir en adelante, y que, después de cierto tiempo en que llegaban a ser ininteligibles los elementos de sus formas, estaba sujeta a la alteración fonética solamente, sin tener en sí para las palabras un principio de vida nueva. Nos vemos obligados a admitir una concentración primitiva de esta especie en las familias aria y semítica, porque es la única explicación posible de las coincidencias entre las terminaciones griegas y sánscritas, formadas unas y otras de materiales que no son ni sánscritos ni griegos, y que son también idénticos en las dos lenguas. En este sentido llamo a esas lenguas, lenguas políticas o lenguas de Estado, y se ha dicho con verdad que los idiomas pertenecientes a esas familias deben poder probar su parentesco por la comunidad, no sólo de lo que es regular e inteligible, sino también de lo que es anómalo, ininteligible y muerto.

Cuando esa concentración no se efectúa, las lenguas, aunque formadas de los mismos materiales y originariamente idénticas, deben necesariamente dividirse en lo que podemos llamar *dialectos*, tomando esta palabra en un sentido muy distinto de los dialectos que encontramos en los períodos ulteriores de las lenguas políticas. El procedimiento de la aglutinación continúa en cada pueblo, y las formas que se hacen ininteligibles son reemplazadas sin dificultad por nuevos compuestos fáciles de comprender. Si los casos están formados con ayuda de sufijos, nuevos sufijos pueden tomar el puesto de los que envejecen; si la conjugación está formada con ayuda de pronombres, pueden emplearse nuevos pronombres, cuando los antiguos no son ya bastante distintos.

Preguntémonos ahora qué semejanzas podemos esperarnos encontrar en dialectos aglutinantes que se han

separado, y que tienden a fijarse más cada vez: son sólo, a mi juicio, las que Castrén y Schott han conseguido descubrir en el finés, el mongol, el tungús y el samoyedo; y las que Hodgson, Caldwell, Logan y yo hemos indicado en el tamul, el gangético, el lohitiano, el taiano y el malayo. Deben recaer principalmente sobre las raíces o sobre aquellas partes del discurso que es más difícil crear varias veces, los pronombres, los numerales y las preposiciones. Esas lenguas no se asemejarán casi nunca en lo que es anómalo o inorgánico, porque su organismo repele sin cesar lo que empieza a ser de pura forma e ininteligible. Más bien debe asombrarnos encontrar en el fondo común de las lenguas turanias voces con una significación convencional que ver que la mayoría de las formas y de las palabras de esas lenguas son peculiares de cada una. Menester es, no obstante, que los que niegan el origen común de las lenguas turanienses den razón de esas semejanzas; no pueden explicarlas más que como productos del azar o de un instinto imitativo que ha llevado al espíritu humano en diversas regiones a formar las mismas onomatopeyas; pero jamás se ha probado que esa explicación fuese aceptable, y costará mucho trabajo demostrarlo.

En cuanto a mí, el estudio de la familia turania me interesó sobre todo porque me permitió ver hasta qué punto pueden dividirse, y hacerse desemejantes a consecuencia de la libre acción de la renovación dialectal, las lenguas a las cuales suponía procedentes de un origen común.

En una carta que dirigí a mi amigo el barón Bunsen, y que él publicó en su *Bosquejo de la filosofía de la historia universal*, mi objeto había sido exponer lo mejor que pudiese los principios que han presidido a la formación de las lenguas aglutinantes, y mostrar hasta qué punto pueden hacerse desemejantes ciertas lenguas en léxico y gramática, sin que por eso dejemos de estar autorizados para tratarlas como dialectos congéneros: en respuesta al aserto

de que eso era imposible, procuré mostrar, en la cuarta, quinta y sexta sección de ese ensayo, *cómo* era posible que lenguas tan diferentes como el manchú y el finés, como el malayo y el siamés, después de haber tenido un punto de partida común, llegasen a su estado actual, y pudiesen ser miradas, sin embargo, como de la misma familia. Mirando yo ese procedimiento de la aglutinación como el único medio que puede dar a una lengua una organización gramatical, y hacerla franquear la barrera que ha detenido el desarrollo del chino, me creí autorizado a aplicar a las familias aria y semítica los principios sacados de la formación de los dialectos turanienses. Ellas también debieron atravesar un período aglutinativo; donde se encierre la explicación de las modificaciones que sufrieron al apartarse poco a poco una de otra, y al llegar gradualmente a ese carácter más marcado, a esa existencia individual que poseen, cada una por su parte, la gramática aria y la gramática semítica. Si podemos explicar las diferencias entre el manchú y el finés, podremos darnos cuenta igualmente de la distancia que separa al hebreo y al sánscrito. Verdad es que no conocemos el lenguaje ario durante su período aglutinativo, pero podemos juzgar por inducción de lo que era cuando vemos lenguas como el finés y el turco acercarse cada vez más a un tipo ario. Tal ha sido la marcha del turco hacia las flexiones que Ewald reclama para ese idioma la denominación de sintético, que da a los dialectos arios y semíticos al salir de la edad aglutinativa y quedar sujetos a la corrupción fonética y a la descomposición. "Muchas partes constitutivas de las palabras turcas, dice, aunque fuesen en un principio, como en todas las demás lenguas, palabras independientes, se han reducido a la condición de simples vocales o se han perdido por completo, tanto, que su presencia anterior no se deja ya sentir más que por cambios que han introducido en el cuerpo de las palabras. *Göz* significa ojo, y *gör*, ver; *ish*,

acto, e *ir*, hacer;*ich*, lo interior, y *gir*, entrar". Hasta llega a admitir ciertas formas, pertenecientes en común, según él, al turco y a la familia aria, y que no podrían datar, por tanto, sino de una época en que todos esos idiomas estaban aún en su infancia aglutinativa; por ejemplo: *di*, como el signo característico de un pasado, y *ta*, como el del participio de pasado pasivo; *lu*, como sufijo para formar adjetivos, etc.; pero yo no me atrevería a ir tan lejos.

Mirando así la formación gradual del lenguaje por la aglutinación, es casi inútil decir que, al hablar de los dialectos turanios, empleo la palabra familia en un sentido muy diferente del que la doy cuando se trata de las lenguas arias o semíticas. En mi carta sobre las lenguas turanias, atacada tan vivamente por los que no quieren admitir la unidad primitiva del lenguaje ni del género humano, me he explicado muchas veces sobre el particular, y he preferido el término de *grupo* para las lenguas turanias, a fin de expresar lo más claramente posible que la relación del turco con el manchú, o del tamul con el finés, no difiere sólo en grado, sino en naturaleza, de la que encontramos entre el sánscrito y el griego. "Esas lenguas turanienses, decía, no pueden mirarse unas con respecto a otras en la misma relación que el árabe con el hebreo o el griego con el sánscrito".—"Son radios divergentes de un centro común, y no hijas de una misma madre". Y, sin embargo, no están separadas unas de otras por la distancia que vemos entre el hebreo y el sánscrito, porque ninguna de ellas ha entrado en esa nueva fase del desarrollo o de la descomposición que han atravesado las lenguas semíticas y arias después de fijarse y de llegar a ser lenguas políticas y nacionales.

Realmente, en mi ensayo, yo no quería estar más que a la defensiva; quería mostrar cuán temerario es atribuir al lenguaje comienzos diversos e independientes, antes de proponer un solo argumento que demuestre la necesidad

de esa diferencia de origen. Nadie ha probado nunca la imposibilidad del origen común del lenguaje; pero, a fin de descartar las dificultades supuestas que afectaban a la teoría de esa unidad primitiva, miré como un deber mostrar con hechos y con la historia misma de las lenguas turanias, cómo esa teoría es posible, o según he dicho, respecto a un solo caso probable. Procuré hacer ver cómo los dos miembros más alejados uno de otro de la familia turania, el *finés* hablado al Norte, y el *tamul* al Sur de Asia, conservan todavía en su organización gramatical huellas de una unidad anterior; y, si mis antagonistas admiten que yo he demostrado el carácter turaniense de los habitantes ante-brahmánicos o tamules de la península india, no han advertido, sin duda, que, al concederme ese hecho, que es el punto extremo de mi argumento, tienen que reconocer que todo lo demás se encuentra implícito ahí, y debe aceptarse como una consecuencia necesaria.

Con todo, yo no titulé el último capítulo de mi ensayo *de la necesidad,* sino *de la posibilidad del origen común del lenguaje;* y, en respuesta a las oposiciones de mis adversarios, resumí mi defensa en los dos párrafos siguientes:

1º "Nada demuestra la necesidad de admitir comienzos diversos e independientes para los elementos que constituyen la materia, el fondo mismo de las lenguas de que se componen los tres grupos, turanio, semítico y ario; y aun es posible indicar radicales que, aunque alterados y desfigurados de diferentes maneras, han tenido curso en esas tres categorías de lenguas desde su primera separación."

2º "Nada demuestra la necesidad de admitir comienzos diversos para las *formas* gramaticales que nos presentan los grupos turanio, semítico y ario; aunque sea imposible derivar el sistema gramatical de la famila aria del sistema semítico, o recíprocamente podemos comprender muy bien cómo los diversos sistemas gramaticales de Asia

y de Europa han podido ser producidos, ya por influencias individuales, ya por el deterioro del lenguaje en su continuo trabajo."

Se verá por las expresiones mismas de que me he servido en estos dos párrafos, que mi objeto era negar la necesidad de comienzos independiente, y afirmar la posibilidad de un origen común del lenguaje. Se me ha acusado de dejarme influir en mis investigaciones por una creencia implícita en la unidad primitiva de la humanidad. Confieso que tengo esa creencia, y si hubiese necesitado una confirmación, me la habría dado la obra de Darwin *sobre el origen de las especies.* Pero desafió a mis adversarios a que citen un solo pasaje en que yo haya mezclado con los argumentos científicos argumentos teológicos. Ahora: si se me dice que ningún observador imparcial hubiese concebido nunca la idea de suponer a toda la humanidad procedente de una pareja única a no haber afirmado ese hecho el relato de Moisés, se me permitirá responder que esa idea es, al contrario, tan natural, tan conforme con todas las leyes del razonamiento, que jamás ha habido, que yo sepa, nación del mundo que teniendo tradiciones sobre el origen de la especie humana, no la haya creído procedente de una sola pareja, si no de una sola persona. Aunque se despojase al autor del relato del Génesis, ante el tribunal de las ciencias físicas, de sus derechos de escritor inspirado, puede pretender, por lo menos, el modesto título de observador imparcial; y si puede probarse que su concepción de la unidad física del género humano es falsa, es un error que comparte con otros observadores imparciales, como Humboldt, Bunsen, Prichard y Owen.

La única cuestión que nos queda por resolver es saber si toda el agua que corre por los canales paralelos del lenguaje procede de un mismo manantial; o para hablar sin metáfora, si las raíces que se yuxtapusieron o fundie-

ron según los sistemas del monosilabismo, de las desinencias y de las flexiones, eran idénticamente las mismas. La única manera de responder a esta pregunta, o, por lo menos de tratar de hacerlo, es estudiar la naturaleza y el origen de las raíces; entonces habremos alcanzado los últimos límites adonde el razonamiento por inducción puede llegar en las investigaciones que tienen por objeto proyectar alguna luz sobre los misterios del lenguaje.

NOVENA LECCION

Período de la teoría. — Origen del lenguaje

Teorías diversas sobre el origen del lenguaje. — Método que debe seguirse para llegar a la solución de este problema. — Necesidad de penetrar en la natura íntima del lenguaje. — Diferencia entre el hombre y los animales. — Facultades mentales de los animales. — El instinto y la inteligencia en los animales y en el hombre. — Los animales no poseen ni la facultad de formar ideas generales, ni el lenguaje que es el signo o la manifestación exterior de esa facultad distintiva del hombre. — Las *raíces,* elementos constitutivos del lenguaje. — ¿Cómo se han formado las raíces? — Dos teorías principales propuestas para explicar su formación: la teoría de la onomatopeya y la de la interjección. — Examen y refutación de esas dos teorías. — La facultad de conocer o la razón, y la facultad de nombrar o el lenguaje. — Todas las raíces expresan una idea general, y son tipos fonéticos producidos instintivamente por un poder inherente a la naturaleza humana. — Elección primitiva y eliminación ulterior de las raíces. — Nada de arbitrario en el lenguaje. — Conclusión.

"Al estudiar la historia humana, lo mismo que al tratar de darnos cuenta de los fenómenos del mundo material, allí donde no puede determinarse por qué procedimiento se ha producido un efecto, conviene mostrar cómo ese efecto *ha podido* tener causas naturales. Así, aunque nos sea imposible trazar con certidumbre la marcha seguida en la formación de una lengua determinada, si podemos mostrar, no obstante, según las leyes conocidas del espíritu humano, de qué modo *hubiesen podido* nacer gradualmente las distintas partes de esa lengua, no sólo quedará satisfecha nuestra inteligencia hasta cierto punto, sino que habremos sacudido esa indolencia que nos lleva a atribuir

inmediatamente a un milagro todos los fenómenos del mundo material y del mundo moral cuya explicación no descubrimos a primera vista" (1).

Estas palabras de un eminente filósofo escocés encierran el mejor consejo que puede darse al lingüista cuando aborda la cuestión que hoy debemos discutir: la del origen del lenguaje. Aunque hayamos desembarazado este problema de las nubes y del misterio que le envolvían a los ojos de los filósofos antiguos, con todo, aun presentado bajo su forma más sencilla, casi parece sustraerse aún a la penetración humana.

Si se nos pidiera que investigásemos cómo las imágenes que se pintan en el fondo del ojo, cómo todas nuestras sensaciones podrían representarse por sonidos, y transformarse en sonidos, de suerte que estos últimos tradujeran nuestras propias impresiones y despertaran las de los demás, miraríamos, sin duda, semejante cuestión como ocurrencia de un loco que, mezclando las cosas más heterogéneas, quisiese trocar el color en sonido y el sonido en pensamiento (2). Sin embargo, tal es la cuestión cuya solución debemos buscar al presente.

Es manifiesto que nos faltan los datos para resolver *históricamente* el problema del origen del lenguaje, o para explicar el lenguaje como un hecho que se hubiese producido un día en cierto lugar y en cierto momento. La historia no principia sino mucho tiempo después de haber adquirido la humanidad el uso de la palabra; y las tradiciones más antiguas guardan silencio sobre el modo cómo el hombre entró en posesión de sus primeros pensamientos y de sus primeros vocablos. Nada, de seguro, sería más interesante que saber por documentos históricos el proce-

(1) Dugald Stewart, *Works*, vol. III, pág. 35.

(2) Herder, citado por Steinthal, *Ursprung der Sprache*, pág. 39.

dimiento mismo por cuya virtud empezó el primer hombre a tartamudear sus primeras palabras; se acabaría así de una vez para todas con las especulaciones filosóficas sobre el origen del lenguje. Pero nunca nos será dado llegar a ese conocimiento, y, aun cuando pudiésemos dirigir nuestras miradas a esa primera edad, es muy probable que nos fuese completamente imposible comprender esas fenómenos primitivos de la historia del espíritu humano. La religión nos dice que el primer hombre era hijo de Dios; que Dios le creó a su imagen, le formó del limo de la tierra, e inspiró en su nariz el soplo de la vida. He ahí hechos que deben aceptarse como tales: porque nuestra inteligencia se turba, y su mirada se oscurece, cuando queremos discurrir sobre el particular. La mente del hombre está constituída de tal modo, que no podría concebir ni el principio absoluto ni el fin absoluto de nada. Si supiésemos que el primer hombre fué creado en el estado de infancia, y que luego desenvolvió gradualmente sus facultades físicas e intelectuales, nos sería imposible comprender cómo hubiese podido vivir *un solo* día sin una ayuda sobrenatural. Y si, a la inversa, supiésemos que el primer hombre fué creado en toda la plenitud de sus facultades, ¿no sería igualmente impotente nuestra razón para concebir ese efecto sin causa? Lo mismo sucede con los primeros comienzos del lenguaje. Los filósofos que sostienen la tesis de la revelación divina caen en el más peligroso antropomorfismo, cuando entran en pormenores sobre el modo de componer Dios un vocabulario y una gramática, y de enseñarlos al primer hombre, como un maestro instruye a los sordomudos. No ven que, así se les concediesen sus premisas, no habrían hecho más que explicar cómo hubiese podido aprender a hablar el primer hombre, si hubiese encontrado una lengua ya formada: el problema de la formación de esa lengua seguiría tan oscuro como antes. Por otra parte, los que sostienen que el primer hombre,

abandonado a sí mismo, salió poco a poco del estado de mutismo e inventó palabras para las nuevas ideas que nacían en su mente, olvidan que el hombre, por sus propias fuerzas, no hubiese podido darse nunca la *facultad* de la palabra, que es la propiedad característica de la humanidad, y que nunca ha existido ni podrá existir en los animales. Cuando esos filósofos se apoyan en el hecho de que el niño viene al mundo sin lenguaje, y que entra gradualmente en plena e íntegra posesión de la palabra articulada, demuestran que no comprenden bien el fondo de la cuestión. En efecto: nosotros no pedimos que se nos explique de qué modo apreden a volar las aves, creadas como lo están con órganos apropiados para ir por el aire; y no investigamos tampoco cómo aprenden a usar los niños de las diversas facultades de que nuestra alma y nuestro cuerpo están dotados. Queremos, si es posible, obtener un conocimiento profundo de la facultad original de la palabra; y, para este fin, temo mucho que sea tan inútil observar los primeros balbuceos de la infancia como lo sería repetir el experimento de Psammético, el rey de Egipto, que confió a un pastor dos recién nacidos con orden formal de que fuesen amamantados por cabras, de impedir que oyesen ningún lenguaje, y de recoger cuidadosamente la primera palabra que pronunciaran. El mismo experimento fué ordenado, según se dice, por el emperador suabo Federico II, por Jacobo IV de Escocia, y por uno de los emperadores mongoles de la India. Pero, si se quiso descubrir cuál había sido la lengua primitiva de la humanidad o hasta qué punto era natural al hombre el lenguaje, los experimentos citados no proyectan ninguna luz sobre el problema que nos ocupa. Cuando los niños aprenden a hablar, no inventan el lenguaje, que está formado ya desde hace millares de años. Adquieren el uso de una lengua, y, al crecer, podrán aprender dos o más. Es, pues, inútil que nos preguntemos si niños abandonados a sí mismos

inventarían un lenguaje. Tales experimentos serían, no sólo ilícitos y crueles, sino imposibles, y, a no ser que se renovasen frecuentemente, carecerían de valor los asertos así de los que niegan como de los que afirman la posibilidad de que los niños inventen un lenguaje suyo. Todo lo que podemos tener por cierto es que un niño inglés abandonado a sí mismo no empezaría nunca a hablar inglés, y que la historia no nos ofrece ejemplo de una lengua que haya sido inventada de ese modo.

Si queremos llegar a darnos cuenta exacta de la facultad de volar que poseen las aves, todo lo que podemos hacer es comparar, primeramente, la estructura de las aves con la de los demás animales que están privados de ese poder, y en segundo término, observar las condiciones en que el acto de volar se hace posible. Tal es también la marcha que hay que seguir en el estudio profundo del lenguaje. La palabra es una facultad específica del hombre: le distingue de todas las demás criaturas; y, si queremos formarnos una idea más precisa de la naturaleza verdadera del lenguaje, lo mejor es comparar el hombre con los animales que parecen acercarse más a él, y tratar de descubrir así lo que tiene de común con ellos y lo que es privilegio de él solo. Una vez terminada esa comparación, y reconocida la posesión del lenguaje como atributo distintivo del hombre, podremos inquirir las condiciones en que se hace posible el lenguaje; y entonces habremos cumplido nuestra tarea en la medida de nuestras fuerzas, porque los instrumentos de nuestros conocimientos, por admirables que sean, son demasiado imperfectos para abrirnos todas las regiones a que podemos elevarnos en alas de la imaginación.

Al comparar a los hombres con los demás animales, no tenemos que preocuparnos de la cuestión fisiológica de saber si la diferencia entre el cuerpo de un mono y el de un hombre es una diferencia de grado o de especie. Sea la

que quiera la conclusión a que lleguen los fisiólogos sobre este punto, nosotros no debemos tener ningún motivo de inquietud. Si la estructura de un gusano basta para dejar mudo de asombro a todo espíritu que reflexiona; si la organización de la más mísera de las criaturas refleja la sabiduría del Creador divino con un brillo que deslumbra nuestras miradas, ¿cómo es posible despreciar y rebajar a esos animales que se hallan en los grados más altos de la escala de los seres organizados, y cuya constitución no es menos maravillosa que la nuestra? ¿No hay animales más perfectos, en ciertos sentidos, que el hombre? ¿No envidiamos la fuerza del león, el ojo del águila, las alas de todas las aves? Pero, aunque existieran animales que nos igualasen y superasen en lo tocante a las cualidades físicas, ningún hombre serio temería que quedase comprometida por eso su dignidad, porque ésta descansa en fundamentos muy distintos. "Lo confieso, (dice Sydney Smith: me siento tan seguro de la superioridad del hombre sobre el resto de la creación; tengo tal desprecio por la inteligencia de todos los babuinos que he encontrado; estoy tan convencido de que el mono azul sin cola no será nunca nuestro rival en poesía, en pintura ni en música, que no veo por qué no se ha de hacer justicia a las pocas partículas de alma y a los retazos de inteligencia que puedan tener los animales". Se ha censurado la forma ligera que este escritor solía dar a sus argumentos, aun tratándose de asuntos filosóficos y sagrados; pero la jovialidad ¿no puede ser tan segura garantía de una profunda e inquebrantable convicción como la reserva y la gravedad?

En lo que atañe a nuestro problema, está fuera de duda que ciertos animales reunen todas las condiciones físicas requeridas para el lenguaje articulado. No hay una sola letra del alfabeto que un loro no pueda llegar a pronunciar. Por consiguiente, el hecho de que el loro no tenga lenguaje debe explicarse por una diferencia entre

las facultades *mentales*, y no entre las facultades *físicas* del animal y las del hombre; y sólo por la comparación de las facultades mentales, tales como la encontramos en nosotros mismos y en los animales, podemos esperar descubrir lo que constituye la cualidad imprescindible para poseer el lenguaje; esa cualidad es propia del hombre y no se encuentra en ninguna otra criatura sobre la tierra.

He dicho las *facultades mentales*, y yo atribuyo una buena parte de lo que llamamos nuestras facultades mentales a los animales del orden superior. Esos animales tienen la *sensación*, la *percepción*, la *memoria*, la *voluntad* y la *inteligencia;* sólo que su inteligencia no se extiende más que a la comparación o a la combinación de percepciones simples. Todos estos asertos se fundan en hechos indiscutibles cuyas pruebas jamás han sido expuestas, me parece, con mayor fuerza y lucidez que por monsieur P. Flourens en una de sus recientes obras (1).

Ciertamente no faltan personas a quienes la idea de que los animales tengan un alma atormentada tanto como a otras "el mono azul sin cola". Pero no deben quejarse por sus alarmas más que a sí mismas. Si se empeñan en servirse de esas palabras *alma* y *rendimiento* sin comprender claramente ni hacer comprender a los demás el sentido que asocian a ellas, no es asombroso que vean un día disiparse esas palabras, y que caigan entonces en la duda y la perplejidad. Si se pregunta simplemente: "¿tienen alma los animales?" será imposible llegar a una solución: porque el alma ha recibido tantas definiciones distintas desde Aristóteles hasta Hegel, que se la puede hacer significar casi todo lo que se quiera. Tal ha sido la confusión engendrada por el empleo de términos psicológicos mal definidos, que vemos a Descartes considerar a los animales como autómatas vivientes, y a Leibnitz atribuirles, no sólo

(1) *De la raison, du génie et de la folie*. París, 1861.

un alma, sino un alma inmortal. "Después del error de los que niegan a Dios, dice Descartes, no hay otro que antes aleje a los espíritus débiles del recto camino de la virtud que suponer que el alma de los animales es de la misma naturaleza que la nuestra, y, por consiguiente, que no tenemos nada que temer ni que esperar después de esta vida, ni más ni menos que las hormigas y las moscas; mientras que, cuando se sabe lo que difieren, se comprenden mucho mejor las razones que prueban que la nuestra es de una naturaleza enteramente independiente del cuerpo, y, por tanto, que no está sujeta a morir con él".

El espíritu de estas observaciones es excelente, pero la argumentación de Descartes no puede ser más flaca. De que los animales no tengan un alma humana no se desprende, naturalmente, que no tengan un alma; y de que el alma de los animales sea perecedera no habría derecho a concluir que el alma humana no es inmortal; por otra parte, ningún filósofo, que yo sepa, ha probado nunca la mayor, a saber; que el alma de los animales debe ser destruída y aniquilada necesariamente por la muerte. "Yo he reconocido, dice Leibnitz, que defendió la inmortalidad del alma con argumentos más poderosos que el mismo Descartes, cómo las almas de los animales y sus sensaciones no dañan a la inmortalidad de las almas humanas, o mejor, cómo nada es más a propósito para afirmar nuestra inmortalidad natural que concebir que todas las almas son imperecederas".

En vez de empeñarnos en el examen de esas contradicciones que dimanan en gran parte del empleo vago de los términos, veamos simplemente los hechos. Todo observador imparcial admitirá la exactitud de los hechos siguientes:

1. Los animales tienen vista, oído, gusto, olfato y tacto, es decir, ni más ni menos, los cinco sentidos que tenemos nosotros. Tienen la sensación y la percepción,

como T. Flourens ha demostrado con los experimentos más interesantes. Si se suprimen las raíces del nervio óptico, la retina del ojo de un ave cesa de ser sensible, el iris no es ya móvil, el animal es ciego, porque ha perdido el órgano de la *sensación*. Si se extraen los lóbulos cerebrales, el ojo permanece sano, la retina es sensible, el iris móvil. En este caso el ojo se halla intacto, pero el animal no puede ya ver, porque ha perdido los órganos de la *percepción*.

2. Los animales tienen sensaciones de placer y de pena. Un perro a quien se pega se conduce exactamente como un niño a quien se castiga; y un perro a quien se acaricia da muestras de satisfacción como lo hace un niño en las mismas circunstancias. Los filósofos reconocen que podemos juzgar por signos solamente; ahora bien: si los signos con que los niños traducen al exterior sus afecciones pueden servir de fundamento sólido a nuestros juicios, lo mismo debe pasar con los signos en que manifiestan los animales sus movimientos de dolor o de alegría.

3. Los animales no olvidan o, para hablar como los filósofos, los animales tienen memoria. Los perros conocen a su amo y su habitación; revelan su alegría al volver a ver a los que han sido buenos con ellos, y guardan rencor durante años, a los que los han ultrajado o maltratado. ¿Quién no se acuerda del perro Argos, que fué el primero que reconoció a Ulises cuando volvió a Itaca después de su larga ausencia?

4. Los animales saben hacer comparaciones y distinciones. Un loro coge una avellana, y la vuelve a soltar: ha reconocido que es ligera, y no ha podido hacer ese descubrimiento más que comparando el peso de las avellanas buenas con el de las vanas; la rechaza, porque sabe que no tiene almendra, y, para llegar a esta conclusión, ha necesitado hacer la combinación de ideas a que los lógicos darían el título pomposo de silogismo, a saber; "todas las avellanas ligeras son vanas; esta es ligera; luego es vana".

5. Los animales tienen voluntad, y eso lo saben perfectamente los que han montado alguna vez un caballo reacio.

6. Los animales dan señales de vergüenza y de noble orgullo. Todo el que ha visto a un perro llevar una pieza de caza a los pies del amo, con los ojos gozosos y chispeantes, o esconderse, con la cola baja, cuando le llama, confesará que esos signos no admiten más que una sola interpretación. La dificultad principia cuando nos servimos del lenguaje filosófico, y atribuimos a los animales el sentido moral, la conciencia y la facultad de distinguir entre el bien y el mal. Puesto que nada hay que ganar con el empleo de esos términos de las escuelas, más vale evitarlos completamente.

7. Los animales dan signos de cariño y de resentimiento. Hay ejemplos bien averiguados de perros que han seguido a su amo a la tumba, y después se han dejado morir de hambre; y no es menos cierto que acechan la ocasión de vengarse de los que se han hecho objeto de su odio.

Si, en presencia de todos estos hechos, se persiste en negar a los animales la sensación, la percepción, la memoria, la voluntad y la inteligencia, hay que poder presentar razones muy poderosas para legitimar una interpretación tan diferente dada a los signos observados en los animales y a los signos observados en los hombres.

Ciertos filósofos se figuran haberlo explicado todo, cuando atribuyen a los animales el instinto en vez de la inteligencia. Pero, si se toman esas dos palabras en su sentido ordinario, las facultades que expresan no se excluyen una a otra. Hay instintos en el hombre lo mismo que en los animales. Por instinto coge el niño el seno de su madre, de igual modo que por instinto teje la araña su tela, y construye la abeja su celda. A nadie se le ocurre la idea de suponer en el niño el conocimiento de la fisiología, por-

que pone en juego los músculos necesarios para mamar, como no pretendemos atribuir a la araña el conocimiento de la mecánica, ni a la abeja el conocimiento de la geometría, porque, sin el estudio de esas ciencias, nos sería imposible a nosotros hacer lo que ellas hacen. Pero si desgarramos la tela de la araña, y vemos al pequeño insecto examinar ese destrozo y tratar de repararle, o renunciar, desesperado, a ese trabajo, ¿no es manifiesto que el instinto que guió a la araña cuando tejió su tela es ahora dirigido y modificado por la observación, la comparación, la reflexión y el juicio? El instinto, sea mecánico, sea moral, representa un papel mayor en los animales que en el hombre; pero, de igual modo que la inteligencia, el instinto es común al hombre y a los animales.

¿Dónde está, pues, la diferencia entre los animales y el hombre? ¿Qué hay que el hombre pueda hacer, y de que no descubramos ni rudimentos ni indicios en todo el resto del reino animal? Yo respondo sin vacilación: la grande, la infranqueable barrera entre los animales y el hombre, es el *lenguaje*. El hombre habla, y ningún animal ha proferido nunca una palabra: he ahí el abismo que nos separa, y que nada podrá colmar jamás; he ahí el sencillo hecho con que respondemos a los que nos hablan de progreso y de desarrollo, a los que creen encontrar en los monos los rudimentos, por lo menos, de todas las facultades humanas, y que no quisieran renunciar a la posibilidad de que el hombre no sea más que un animal privilegiado, el afortunado vencedor en la lucha de la vida. El lenguaje es algo más palpable que un pliegue del cerebro o un ángulo del cráneo. No hay sutilezas que puedan aquí alucinarnos; y todos los análisi y todos los procedimientos del mundo no sacarán jamás palabras significativas del canto de las aves ni de los gritos de los animales.

El lenguaje, sin embargo, no es más que el signo exterior. En nuestras discusiones podemos apoyarnos sobre el

hecho del lenguaje, y desafiar a nuestros adversarios a que nos citen nada parecido en los animales; pero, si nuestros argumentos no fuesen más adelante, si el arte de emplear sonidos articulados para comunicar nuestras impresiones fuese el único carácter que atestiguase nuestra superioridad sobre el resto de la creación, se comprendería que no dejásemos de estar intranquilos, al ver al gorila acercarse tanto a nosotros.

Está fuera de duda que los animales, sin tener el uso de los sonidos articulados, tienen, no obstante, medio de entenderse entre sí. Cuando una ballena es herida, la bandada entera, aunque diseminada a lo lejos, es advertida inmediatamente de la presencia de un enemigo; y cuando el necróforo encuentra el cadáver de un topo, se apresura a dar a conocer ese descubrimiento, y a poco se le ve volver con sus *cuatro* compañeros. Es evidente también que los perros, aunque no hablan, pueden comprender mucho de lo que se les dice, y que conocen su propio nombre, y ejecutan las órdenes de su amo; por otra parte, ciertas aves, como los loros, pueden pronunciar todos los sonidos articulados. Por consiguiente, aunque, en las discusiones filosóficas sobre la dignidad del alma humana, podamos atrincherarnos detrás del lenguaje articulado como en una posición inexpugnable, es muy natural, con todo, que para nuestra propia satisfacción tratemos de descubrir en qué consiste realmente la fuerza de nuestro argumento; o, en otros términos, que nos esforcemos en penetrar hasta esa facultad interna de que el lenguaje es manifestación o signo externo.

Para llegar a ese conocimiento, nada mejor que examinar las opiniones de los filósofos que han abordado nuestro problema por otro lado, y que, en vez de buscar los signos exteriores y sensibles de la diferencia entre el hombre y el bruto, han estudiado las facultades del espíritu humano, y tratado de determinar el punto en que el

hombre se eleva por encima del límite de la inteligencia de los animales. Ese punto, si se llega a determinar exactamente, deberá coincidir con la aparición del lenguaje; y en esa coincidencia deberemos encontrar la solución del problema que nos ocupa en este momento.

Aquí pido se me permita leer un pasaje del *Ensayo* de Locke *sobre el entendimiento humano.*

Después de explicar cómo se forman las ideas universales, cómo el espíritu, habiendo observado el mismo color en la tiza, en la nieve y en la leche, comprende esas percepciones simples bajo la concepción general de blancura, añade Locke: "Si es dudoso que los animales compongan y extiendan sus ideas de esta manera, en cierto grado, creo tener derecho para afirmar que no les ha sido concedido el poder de formar abstracciones, y que esa facultad de formar ideas generales es la que establece una perfecta distinción entre el hombre y los brutos, y la que da a la inteligencia humana una excelencia que los brutos no podrán alcanzar."

Si Locke está en lo cierto al considerar el poder de formar ideas generales como la prerrogativa que distingue al hombre, y si no nos engañamos nosotros al dar el lenguaje como la distinción palmaria entre el hombre y los animales, ¿no se desprende de aquí que el lenguaje es el signo exterior y la realización de esa facultad interna que suele llamarse la facultad de la abstracción, pero que es más conocida aún bajo el nombre familiar de *razón*?

Recordemos ahora el resultado a que hemos llegado en las lecciones precedentes. Después de dar la explicación de todo lo que es posible explicar en el desarrollo del lenguaje, nos quedó en último análisis, como único residuo inexplicable, lo que hemos llamado las *raíces,* las cuales componen los elementos constitutivos de todas las lenguas conocidas. Ese descubrimiento simplifica singularmente la cuestión que nos proponemos resolver, y quita todo funda-

mento a esas descripciones poéticas y a esos transportes de admiración que sirven invariablemente de preámbulo a la tesis de la revelación divina del lenguaje. Para nosotros no puede hablarse ya de "ese instrumento maravilloso que reproduce fielmente todos los objetos de nuestros sentidos; que es la imagen viva del universo; que da una forma a los sentimientos más delicados de nuestra alma, y cuerpo a los sueños más sublimes de nuestra imaginación; que coloca en diversos términos, según las reglas de la perspectiva, el pasado, el presente y el porvenir, y difunde en todo el cuadro los variados matices de la certidumbre, de la duda y de la contingencia". Es muy cierto que el lenguaje realiza todas esas cosas tan bellas, pero lo hace sin el recurso de lo *maravilloso,* por lo menos, si tomamos esta palabra en el sentido que se la atribuye en los *Cuentos de las mil y una noches.* "El espíritu reflexivo, dice el doctor Ferguson, al contemplar las más sublimes concepciones expresadas por el lenguaje, y al transportarse a sus humildes comienzos, se sobrecoge de asombro, como un viajero que, después de haber escalado insensiblemente una montaña, llegase a sumergir de pronto sus miradas en el espacio desde una altura adonde le costaría trabajo creer que hubiese llegado sin una ayuda sobrenatural."

Ciertas personas sufren una decepción cuando la historia les hace perder las nobles ilusiones en que se complacen. Prefieren lo ininteligible que pueden admirar a lo inteligible que sólo pueden comprender; pero, para un espíritu serio y maduro, la realidad tiene más encantos que la ficción, y la sencillez más maravillas que la complejidad. Al lado de la poesía de Gœthe, las raíces pueden parecer muy áridas; y, sin embargo, hay algo más verdaderamente admirable y asombroso en una raíz que en todos los poemas líricos del mundo.

¿Qué son, pues, esas raíces? En nuestras lenguas modernas las raíces no pueden ser desembarazadas de su

envoltura más que por un análisis científico; y, aun remontándonos hasta el sánscrito, podemos decir que no encontramos ninguna raíz que sea empleada como nombre o como verbo. Pero tal era, en el origen, el papel de las raíces; y por fortuna para nuestros estudios, el chino nos representa aún ese período monosilábico, que ha sido el comienzo del lenguaje humano tan seguramente como las rocas graníticas han formado la primera de las capas terrestres. La raíz aria DA, dar, se encuentra como sustantivo en el sánscrito *dânam, donum,* don; como verbo en el sánscrito *da-dâ-mi,* el griego *di-do-mi,* el latín *do,* yo doy; pero la raíz DA no puede nunca emplearse sola. En chino, al contrario, la raíz TA se usa como sustantivo para significar grandor; como verbo, para significar ser grande, y como adverbio, para significar grandemente o mucho. Las raíces no son, pues, como se afirma frecuentemente, puras abstracciones científicas: han sido originariamente verdaderas palabras. He aquí, por tanto, la cuestión que nos proponemos, y a que queremos hallar respuesta: ¿Cuál es la fase de nuestro espíritu a que responden esas raíces, miradas con los gérmenes de la palabra humana?

Se han propuesto dos soluciones para este problema: la teoría de la onomatopeya o imitación y la de la interjección.

En la primera hipótesis, las raíces serían imitaciones de sonidos; en la segunda, serían interjecciones o gritos involuntarios. La teoría de la onomatopeya gozó de gran favor en la escuela del siglo XVIII, y como es adoptada aún por muchos sabios y filósofos distinguidos, merece nuestro más atento examen. Se supone, pues, que el hombre, hallándose aún en el estado de mutismo, oyó los gritos de las aves y de los animales, el mugido del mar, el susurro del bosque, el murmullo del arroyo, el soplo de la brisa y el estampido del trueno. Se esforzó en imitar esos ruidos, y, viendo que tales gritos imitativos eran útiles como signos

de los objetos que los habían sugerido, prosiguió esa idea y elaboró el lenguaje. Esta doctrina fué desarrollada y defendida con gran talento por Herder. "El hombre, dice, da prueba de una reflexión consciente cuando su alma, en medio del mar de sensaciones que la inunda por todos los sentidos del cuerpo, obra bastante libremente para poder separar una ola de todas las otras y fijar en ella su mirada con la conciencia de que considera esa sola y única ola. El hombre da prueba de una reflexión consciente cuando, en medio de esas imágenes innumerables que flotan confusamente en torno de él como en las representaciones de un sueño, puede en cierto modo despertarse de repente, fijarse en una sola de esas imágenes con mirada penetrante y tranquila y descubrir en ella los signos distintivos que le servirán para reconocerla en el porvenir. En fin, el hombre da prueba de una reflexión consciente cuando, después de haber percibido de una manera viva y precisa todos los caracteres de un objeto, sabe discernir los caracteres peculiares que le impedirán confundir ese objeto con ningún otro." Así, por ejemplo: "El hombre ve un cordero. No le ve como le vería el lobo voraz. A la vista del cordero el hombre no se siente alterado por ningún instinto irresistible: quiere conocer ese animal que ve por vez primera, pero no se siente atraído hacia él por sus apetitos sensuales. El cordero está allí, tal y como los sentidos del hombre se le representan; es decir, cubierto de una lana blanca y suave. El alma consciente y reflexiva busca en el cordero una nota distintiva —¡el cordero bala!—. He ahí encontrada la nota. El balido, que hizo sobre el alma la impresión más fuerte y enteramente distinta de las demás impresiones, ya de la vista, ya del tacto, queda en el espíritu del observador como nota característica del cordero. El cordero vuelve a aparecer con su lana blanca y suave. El hombre le mira, le toca, reflexiona y busca en él un carácter. El cordero empieza a balar, y ahora el hombre le

ha reconocido. ¡Ah! ¡tú eres el animal que bala!, se dice el alma a sí misma; y el son del balido que le había impresionado como signo distintivo del cordero, pasa a ser la apelación del animal. Ese sonido era la nota comprendida por la inteligencia, es decir, la palabra; y, ¿qué es el lenguaje humano entero sino una colección de palabras formadas de ese modo?"

A esto respondemos que aunque todas las lenguas posean cierto número de palabras formadas por onomatopeya, esas palabras no constituyen en ninguna lengua más que una escasísima minoría del vocabulario entero. Son los juguetes, y no los útiles del lenguaje; y será vano todo intento de reducir a raíces imitativas las palabras más comunes y necesarias. El mismo Herder, después de haber sido denodado defensor de la teoría de la onomatopeya y haber obtenido el premio ofrecido por la Academia de Berlín para el mejor ensayo sobre el origen del lenguaje, renunció abiertamente a ese sistema al fin de su vida, y se arrojó a la desesperada en brazos de los que miraban el lenguaje como revelado al hombre por un milagro. Nosotros no negamos ni podemos negar la posiblidad de la formación de una lengua por el procedimiento de la imitación; todo lo que afirmamos es que hasta el presente no se ha descubierto ninguna lengua formada así.

Cuéntase que un inglés, viajando por China, y deseando saber si un plato que le servían era pato, preguntó a un chino: *¿Quack-quack?*, y que recibió inmediatamente esta respuesta, muy clara y redonda: *¡Guau-guau!* Esa pregunta y esa respuesta valían, sin duda, tanto como la conversación más elocuente sobre el mismo asunto entre un inglés y un mozo de hotel francés; pero dudo que merezcan el nombre de lenguaje.

En efecto, nosotros decimos un perro, y no un *guau-guau;* un buey, y no un *muu;* y un cordero, y no un *bee;* y podemos comprobar el mismo hecho en las lenguas anti-

guas, como el sánscrito, el griego y el latín. Si hay una clase de palabras a cuya formación ha debido presidir la ley de la onomatopeya, es, sin disputa, la de los nombres de animales. Sin embargo, en balde buscaríamos la menor semejanza entre gallina y cloqueo o cacareo, entre paloma y arrullo, entre cerdo y gruñido, entre perro y ladrido o aullido.

Hay, seguramente, ciertos nombres, como *cuco,* que se han formado por imitación de los sonidos. Pero todas esas palabras, como flores artificiales, no tienen raíces ni savia. Son estériles, y no sirven nunca más que para expresar el objeto único que imitan. Si se recuerda la cantidad de vástagos que ha dado la raíz *spas,* ver, saltará a los ojos la diferencia que existe entre la creación de un nombre como *cuco* y la vegetación natural de las palabras.

Comparemos las dos voces inglesas *cuckoo,* cuco, y *raven,* cuervo. *Cuckoo* no es, evidentemente, más que una imitación del grito del ave, mientras que en las apelaciones correspondientes en sánscrito, en griego y en latín, vemos agregarse al elemento imitativo un subfijo derivado. Tenemos, en sánscrito, *kokila;* en griego, *koykkx;* en latín, *cuculus. Cuckoo* es una palabra moderna que ha sustituído al anglosajón *geac* (el alemán *gauch*), y puesto que esa palabra es una onomatopeya pura y simple, no puede estar sujeta a la ley de las permutaciones de Grimm; amén de esto, como no expresa más que el grito de un ave particular, no podrá significar nunca una cualidad general perteneciente a diferentes animales; y si fuese posible sacar derivados de esa palabra, no podrían expresar en ningún caso otra cosa que una semejanza metafórica con el cuco. Las mismas observaciones se aplican a la voz inglesa *cock;* gallo; el sánscrito *kukkuta.* Aquí tampoco debemos esperar que se observe la ley de Grimm, porque las dos voces no estaban destinadas más que a reproducir el grito del ave; y siguiendo dejándose sentir esa intención, ambas palabras

estaban poco expuestas a los estragos de la alteración fonética. El sánscrito *kukkuta* no ha sido producido por una raíz: repite simplemente el canto del gallo; por consecuencia, esa voz no puede dar origen más que a expresiones metafóricas, como *coquetería,* originariamente gallardía, ostentación de garbo a imitación del gallo; *cucarda,* primitivamente penacho de plumas de gallo que los soldados de ciertas naciones llevaban en la gorra; y *coquelicot,* que significaba en un principio cresta de gallo, y se aplicó después a la amapola por su semejanza con la cresta del gallo.

Examinemos ahora la palabra *raven.* A primera vista puede uno inclinarse a creeer que ese nombre no es tampoco más que una onomatopeya. Ciertas personas se figuran oír en *raven* una especie de eco del graznido del cuervo; y esa semejanza parece aún más sensible cuando comparamos *raven* con el anglosajón *hrafn,* en el alemán *rabe,* el antiguo alto alemán *raban.* Así se supone igualmente que el sánscrito *kârava,* el latín *corvus,* el inglés *crow* y el griego *korone* recuerdan todos más o menos el grito poco melodioso del cuervo. Pero, mirándolo más despacio, vemos que esas palabras, por semejantes que sean en sonido, proceden de orígenes diferentes. El inglés *crow* no puede ligarse de ningún modo a *corvus,* por la sencilla razón de que, según la ley de Grimm, una *c* inglesa no podría representar una *c* latina. Aunque *raven* difiere mucho más, en apariencia, de *corvus* que la palabra *crow,* sería, sin embargo, mucho menos difícil referirla a la fuente de donde salió el latín *corvus.* Porque *raven* es el anglosajón *hraefen* o *hraefn,* cuya primera sílaba *hrae* sería una permutación regular para el latín *cor.* Andan muy desacordes las opiniones de los lingüistas sobre la raíz o raíces de donde derivan los diferentes nombres del *cuervo* en los dialectos arios. Los que miran el sánscrito como la forma más primitiva del lenguaje ario están dispuestos a admitir que el sánscrito *kârava* es el tipo original de todas esas apelacio-

nes; y, como los etimólogos indios derivan *kârava* de *kâ rava,* hacer un ruido desagradable, se ha dado *ru,* hacer un ruido, raíz de *rava,* ruido, como etimología de las palabras correspondientes en latín, en griego y en alemán. No es aquí ocasión de examinar si esos compuestos como *kâ-rava,* en que se atribuye al elemento inicial *kâ* o *ku* el papel del griego *dys* o del inglés *mis,* son tan comunes en sánscrito como ciertos sabios suponen. Esa cuestión ha sido debatida a menudo, y, aunque sea imposible negar la existencia de tales compuestos en sánscrito, y sobre todo en sánscrito moderno, yo no conozco ningún ejemplo bien comprobado de una palabra así formada que haya penetrado en griego, en latín o en alemán. Si, pues, *kârava, corvus, korone* y *hraefen,* son palabras congéneres, forzoso es mirar la *k* como parte del radical, y derivar todas esas palabras de una raíz *kru,* forma secundaria de la raíz *ru.* Esa raíz *kru,* o, bajo su forma más primitiva, *ru (rauti* y *ravîti),* no es una simple imitación del grito del cuervo, comprende muchos gritos, desde el más dulce hasta los más desagradables, y lo mismo hubiese podido designar al ruiseñor que al cuervo.

En sánscrito la raíz *ru* se aplica, en sus derivados verbales y nominales, al gorjeo de los pájaros, al zumbido de las abejas, al ladrido de los perros, al mugido de las vacas, al cuchicheo del hombre y a los sordos gemidos de los árboles. Esa misma raíz ha dado en latín *raucus,* ronco, y *rumor,* rumor; y, en alemán, *rûnen,* hablar en voz baja, y *runa,* misterio. El latín *lamentum* presupone una forma más primitiva, *lavimentum* o *ravimentum,* porque no me parece que sea forzoso derivar ese nombre de la raíz secudaria *kru, krav, krâv,* y admitir después que se ha dejado caer la gutural inicial de *cravimentum,* tanto menos cuanto que esa misma gutural ha quedado en *clamare.* Verdad es, no obstante, que encontramos esa raíz *ru* bajo muchas formas secundarias. Mediante la adición de una *k* inicial nos da la raíz *kru, klu,* bien conocida por sus nume-

rosos vástagos, tales como las palabras griegas *klyo, klytós;* las palabras latinas *cluo, inclitus, cliens;* el inglés *loud,* en alta voz, y el eslavo *slava,* gloria. Mediante la adición de una letra final, *ru* pasa a ser en sánscrito *rud,* gritar, y en latín *rug* en el verbo *rugire,* rugir. Añadiendo a *ru* una inicial y una final, obtenemos el sánscrito *krus,* proferir gritos, el griego *krauge,* grito, y el gótico *hrukjan,* cantar (hablando del gallo). En el sáscrito *sru* y en el griego *klyo,* encontramos aún la misma raíz con la significación de *oír,* y no nos cuesta trabajo comprender cómo ha debido adquirir ese sentido derivado, puesto que, cuando se trataba de discernir un ruido a lo lejos, el hombre que primero le oía podía decir naturalmente "yo resueno", porque sus oídos eran impresionados y resonaban; y, cuando ese verbo adquirió un sentido transitivo, pudo usarse perfectamente en expresiones como el κλῦθί μευ de Homero o el sánscrito *srudhi,* escuchad.

Sin embargo, aunque la significación de *kârava,* de *corvus,* de *korone* y de *hraefen* no se oponga de ninguna manera a que derivemos esas palabras de una raíz *kru,* resonar, yo no he encontrado en ninguna parte una explicación que dé cuenta exacta del procedimiento etimológico por medio del cual *kârava* ha podido formarse de *kru.* No cabe duda de que *kru* hubiese podido dar *krava;* pero, si admitimos una corrupción dialectal que transforma *krava* en *karva,* y *karva* en *kârava,* hay que renunciar desde entonces a toda derivación etimológica. ¿Se sigue de aquí que debamos mirar *kârava,* no como un derivado gramatical, sino como una simple imitación de *cor cor,* el graznido del cuervo? No lo creo, porque *kârava* podría ser muy bien un derivado regular del sánscrito *hâru.* Esta palabra *kâru* se encuentra en los himnos védicos, y significa "el que canta las alabanzas de los dioses", literalmente "el que grita". Viene de la raíz *kar,* gritar, alabar, contar, de donde derivan igualmente la voz védica *kîri,* poeta, *kîrti,* gloria, y

kîrtagati, él alaba. *Kâru,* procedente de *kar,* significaba, pues, originariamente un gritador (como el griego *keryx,* heraldo), y su derivado *kârava* se decía, por consiguiente, del cuervo en el sentido general de ave que grita.

Todos los otros nombres del cuervo pueden ligarse a esa misma raíz *kar.* Así: *corvus* viene de *car* como *tor-vus* de *tar; kor-one* de *kar,* como *chelone* de *har,* etc. El anglosajón *hraefen,* del mismo modo que el antiguo alto alemán *hraban,* estarían representados en sánscrito por formas, como *kar-van* o *karvana.* Pero, según ya he advertido, no podríamos derivar de la misma raíz el inglés *crow,* el anglosajón *cràw.* Como esta palabra principia en anglosajón por una muda fuerte, las formas correspondientes en sánscrito deberían empezar por una dulce del mismo orden. Ahora: existe en sánscrito una raíz *gar,* que significa gritar, alabar, de donde vienen el sánscrito *gir,* voz, el griego *gerys,* voz, el latín *garrulus.* De esa misma raíz derivan el griego *géranos,* grulla, el anglosajón *cran,* y el nombre latino del gallo, *gallus,* en vez de *garrus.* Se ha tratado de hacer remontar a esa misma fuente el nombre inglés del ruiseñor *nightin-gale* el antiguo alto alemán *nahtigal,* pero la ley de Grimm no nos permite adoptar esa etimología. *Crow* ha podido proceder de esa raíz *gar* o *gal,* pero no de *corvus,* de *korax* ni de *kârava,* menos aún de *cor cor,* el supuesto grito del cuervo.

Estas observaciones harán resaltar la diferencia que existe entre la formación de la palabra *raven* y la de la palabra *cuco. Raven* significa el que grita, y, por consiguiente, hubiese podido servir de designación a muchas aves, pero se hizo el término consagrado por la tradición para designar una sola. *Cuco,* al contrario, no ha podido ser nunca más que el nombre del ave cuyo grito imita; y, en tanto que *raven* pertenece a un tronco de donde han salido tantas ramas diversas, *cuco* permanece estéril y seco como una estaca clavada en un seto vivo.

Es curioso notar lo fácil que es engañarse en cuanto se adopta ese sistema de la onomatopeya. ¿Cuál es el inglés que no se figura oír en la palabra *thunder,* trueno, una imitación de lo que los antiguos alemanes atribuían a su dios Thor jugando a los bolos? Sin embargo, *thunder,* el anglosajón *thunor,* tiene evidentemente el mismo origen que el latín *tonitru.* Su raíz común es *tan,* tender, extender, de donde vienen el griego *tonos* (en atención a ser producido el tono por la tensión y la vibración de las cuerdas) y el latín *tonere.* En sánscrito el ruido del trueno se expresa mediante esa misma raíz *tan,* pero en los derivados *tanyu, tanyatu* y *tanayitnu,* no hay nada que nos recuerde esa resonancia que se cree oír en el latín *tonitru* y en el inglés *thunder.* La misma raíz *tan* ha dado nacimiento a otros derivados que no tienen nada de rudos y ruidosos; nos bastará citar el latín *tener,* el francés *tendre,* el inglés *tender.* De igual modo que *tenuis,* que reconocemos en el sánscrito *tanu* y en el inglés *thin,* esa palabra *tener* significó originariamente lo que estaba extendido sobre una superficie mayor, y ha venido, por consecuencia, a significar *delgado* y después *delicado.* Si el trueno hubiese impresionado a los hombres primitivos como un ruido sordo, sería difícil explicar los lazos de parentesco que unen a *thunder* o *tonitru* con *thin* y *tener.*

¿No estamos dispuestos igualmente a encontrar un algo dulce y agradable en las palabras francesas *sucre* y *sucré?* Sin embargo, el azúcar ha venido de la India, y allí su nombre era *sarkhara,* que no suena al oído muy suavemente. Ese *sarkhara* es la misma palabra que *sucre* y que el inglés *sugar;* había pasado al latín bajo la forma de *saccharum,* y nosotros decimos aún una sustancia *sacarina.*

En la voz inglesa *squirrel,* ardilla, ciertas personas se figuran también oír una imitación de los movimientos vivos del interesante animalejo. Pero no tenemos más que



dirigirnos al griego, y allí vemos que *skiouros* está formado de dos palabras perfectamente distintas, una de las cuales significa sombra, y la otra cola; de modo que los griegos llamaban a la ardilla el animal que se hace sombra con la cola.

Se ha supuesto también que la voz alemana *katze*, gato, es una imitación del ruido que hace el gato al bufar y enseñar los dientes cuando amenaza. Pero, si ese ruido estuviese representado por la consonante sibilante, hay que notar que esa sibilante no existe ni en el latín *cattus*, ni en el alemán *kater*, ni en las palabras inglesas *cat* y *kitten*. Se podría creer del mismo modo que el sánscrito *mârjâra*, gato, imita el *ron-ron* con que los gatos expresan su bienestar; pero *mârjâra* deriva de la raíz *mrj*, limpiar, y significa, por consecuencia, el animal que está siempre limpiándose.

Sería fácil multiplicar los ejemplos para hacer ver la facilidad con que nos dejamos inducir a error por la conexión constante que se establece en nosotros entre ciertos sonidos y ciertas ideas expresadas por palabras de nuestra lengua, y lo dispuestos que estamos a encontrar en el sonido mismo de las palabras algo que nos revele su significación. "Las palabras mismas (dice Pope) deben ser el eco del pensamiento." La mayoría de esas supuestas onomatopeyas en inglés desaparecen en cuanto las referimos a las voces anglosajonas y góticas de que derivan, o a las voces congéneres en griego, en latín o en sánscrito. Cuando el lingüista somete a un examen atento todas las voces que se suponen formadas por imitación de ciertos sonidos, ve que el número de las verdaderas onomatopeyas es muy restringido, y no tarda en llegar a la convicción de que, aunque hubiese podido componerse un lenguaje reproduciendo los innumerables gritos y ruidos de la naturaleza, sin embargo, todas las lenguas que nos son conocidas revelan un origen diferente.

Así muchos filósofos, y, entre otros, Condillac, han protestado contra un sistema que colocaría al hombre por debajo de los animales. ¿Por qué suponer, nos dicen, que el hombre haya ido a pedir lecciones a las aves y a los demás animales? ¿No lanza él gemidos y gritos diversos que le arrancan el dolor, el temor o la alegría? Esas interjecciones, esos gritos, ¿no han sido el comienzo natural y real del lenguaje? Y todas las lenguas humanas, ¿no se han formado por un procedimiento análogo? Tal es en algunas palabras el argumento propuesto por los filósofos que preteden explicar el origen del lenguaje por la teoría de la interjección.

Nuestra respuesta a esta hipótesis no se diferencia de la que hemos dado a la teoría precedente. No es dudoso que haya en todas las lenguas interjecciones, algunas de las cuales pueden hacerse tradicionales y entrar en la composición de las palabras. Pero esas interjecciones no se encuentran más que en los confines, y no en el corazón mismo del verdadero lenguaje. El lenguaje empieza allí donde acaban las interjecciones. Hay tanta diferencia entre una verdadera palabra como "reír" y la interjección ¡ja, ja!, entre "yo sufro" y la interjección ¡ay! como entre el verbo "estornudar" y el acto involuntario o el ruido del estornudo. Nosotros estornudamos, tosemos y gritamos de la misma manera que lo hacen los animales; pero, si Epicuro nos asegura que hablamos de la misma manera que ladran los perros, es decir, siendo impulsados a ello por la naturaleza, nuestra experiencia nos dice que ese aserto es erróneo.

Horne Tooke nos proporciona una excelente respuesta a esta teoría de la interjección. "El trono del lenguaje (dice) se eleva sobre las ruinas de las interjecciones. Sin los admirables recursos que nos ofrece el lenguaje, los hombres no hubiesen tenido nunca más que interjecciones para expresar de viva voz las sensaciones y los sentimien-

tos de su alma. El relincho del caballo, el mugido de la vaca, el ladrido del perro, el maullido del gato, el estornudo, la tos, los gemidos, los gritos de terror o de dolor y todos los movimientos convulsivos de los músculos acompañados de ruido, merecen llamarse partes del discurso, casi con el mismo derecho que las interjecciones. Las interjecciones voluntarias no se emplean más que cuando la impetuosidad y la vehemencia de algún afecto o de alguna pasión restituyen de pronto al hombre a su estado natural, y le hacen olvidar por un momento el uso de la palabra, o bien cuando, por una u otra razón, el hombre no tiene tiempo para servirse del lenguaje."

Debemos reconocer que con interjecciones hubiese podido formarse cierto lenguaje, de igual modo que con onomatopeyas; pero no se parecería en nada a las mil lenguas que se hablan en el globo. Es evidente también que una simple interjección puede ser en algunos casos más expresiva, más concluyente, más profunda y más elocuente que un largo discurso; y no es menos cierto que las interjecciones, unidas a los movimientos del cuerpo y al juego de la fisonomía, bastarían ampliamente para alcanzar el fin que alcanza el lenguaje en la mayor parte de la humanidad. En su *Tratado sobre el baile,* cuenta Luciano que un rey cuyos Estados se hallaban en las costas del Pondo Euxino, habiendo ido a Roma bajo el reinado de Nerón, y habiendo asistido al espectáculo dado por un pantomimo, rogó al emperador que le cediese aquel hombre para que le sirviese de intérprete cerca de los pueblos, vecinos suyos, con quienes jamás había podido entrar en relaciones a causa de la diversidad de lenguaje.

Los antiguos, como sabe todo el mundo, llamaban pantomimo al actor que sabía expresarlo todo sin proferir ninguna palabra; y apenas hay un sentimiento o una idea que no se pueda traducir de esa suerte. En nuestros países se ha abandonado ese arte de hablar sin servirse de pala-

bras; pero en el Mediodía de Europa se halla floreciente hoy aún. Si es cierto, pues, que una sola mirada dice a veces tanto como un solo discurso, claro es que en más de una ocasión podríamos evitarnos el trabajo que nos impone el empleo del lenguaje propiamente dicho. Con todo, no hay que olvidar que *¡oh! ¡hem! ¡chit! ¡bah!* distan tanto de ser verdaderas palabras como los gestos expresivos que acompañan generalmente a esas exclamaciones.

En cuanto a las etimologías que se pretende dar a ciertas palabras que se suponen derivadas de simples interjecciones, apenas descansan más que en ilusiones semejantes a las que hemos indicado ya al hablar de las onomatopeyas. Se dice, por ejemplo, que la idea de la repugnancia tiene su origen en los dos sentidos del olfato y del gusto, probablemente en el olfato solo en primer lugar; y se añade que, al tratar de rechazar un mal olor, instintivamente remangamos la nariz, expiramos con fuerza el aire sacando y comprimiendo los labios, y producimos así un ruido representado por las interjecciones inglesas *¡faugh ¡foh! ¡fie!* De esa interjección se propone derivar, no sólo las voces *filth,* suciedad, y *foul,* sucio, sino también, pasando de la repugnancia física a la aversión moral, el inglés *fiend,* demonio, el alemán *Feind.* — Si fuese fundada esta teoría, habría que suponer que el menosprecio se expresa sobre todo mediante una F aspirada, y soplando con fuerza al través de los labios entreabiertos. Pero el hecho es que *fiend* es un participio formado de la raíz *fian,* odiar (el gótico *fijan);* y como una muda aspirada en gótico responde siempre a una fuerte en sánscrito, la misma raíz no podría tener en esta última lengua su fuerza expresiva. Efectivamente: esa raíz existe en sánscrito bajo la forma *pîy,* odiar, destruir. Así *friend,* amigo, deriva de una raíz que encontramos en el sánscrito *prî,* regocijar. No queda ya que hacer más que una sola

observación sobre esas dos teorías de la interjección y de la onomatopeya, y es que, si los elementos constitutivos del lenguaje fuesen simples gritos o imitaciones de los ruidos de la naturaleza, sería difícil comprender, por qué no poseerían el lenguaje los animales. No sólo el loro, sino otras muchas aves, pueden imitar con notable exactitud los sonidos articulados e inarticulados; y no hay casi animal que no pueda profesir algunas interjecciones, como *hiss, bêê,* etc. Es manifiesto igualmente que, si lo que establece una perfecta distinción entre el hombre y el bruto es la facultad de tener ideas generales, un lenguaje formado de interjecciones o por imitación de los gritos de los animales no podría aspirar de ningún modo a ser el signo exterior de esa prerrogativa distintiva del hombre. Todas las palabras, si no más tarde, por lo menos en el momento de su creación (y es el único punto que nos interesa), habrían sido signos de percepciones individuales, y sólo gradualmente habrían llegado a expresar ideas generales. Ahora bien; tal hipótesis es contraria al hecho que nos revela un análisis del lenguaje realizado según los principios de la filosofía comparada. Hemos visto efectivamente, que las raíces componen el residuo dado por ese análisis, y que cada una de ellas expresa una idea general, y no individual. Todos los nombres contienen un atributo por el cual eran conocidos los objetos que designan.

Hay un punto controvertido hace tiempo entre los filósofos, a saber: si el lenguaje ha tenido su origen en apelaciones generales o en nombres propios. Es la cuestión del *primum cognitum,* para usar el término de las escuelas, y tratando de profundizarla, llegaremos a descubrir quizá la verdadera naturaleza de la raíz, el *primum appellatum.*

Ciertos filósofos, entre los cuales citaré a Locke, Condillac, Adam Smith, Brown, y, con algunas restricciones,

Dugald Stewart, sostienen que todos los términos, en su acepción original, expresan objetos individuales. "La elección de palabras especiales (dice Adam Smith) para designar objetos particulares, es decir, la creación de nombres sustantivos, debió ser probablemente uno de los primeros actos con que inauguró el hombre la formación del lenguaje." Dos salvajes que se hubiesen criado lejos de la sociedad de los hombres, y que nunca hubiesen aprendido a hablar, empezarían naturalmente a componer un lenguaje que les permitiese comunicarse el uno al otro sus necesidades mutuas, profiriendo ciertos sonidos siempre que quisiesen designar ciertos objetos. Las cosas más familiares para ellos, y que tuviesen ocasión de nombrar más a menudo, serían las primeras que recibiensen apelaciones especiales. La caverna que los abrigase contra las intemperies de las estaciones, el árbol cuyos frutos aplacasen su hambre, la fuente cuya agua calmase su red, recibirían para sí exclusivamente los nombres de *caverna, árbol, fuente* o cualesquiera otros que adoptasen en su jerga primitiva. Más adelante, cuando se extendiese su experiencia, y tuviesen ocasión de observar otras cavernas, otros árboles y otras fuentes, darían a cada uno de los nuevos objetos el nombre con que solían expresar el objeto semejante que primero había llamado su atención, y cuyo recuerdo se presentaría entonces vivamente a su memoria... Así es como las palabras, después de haber sido originariamente nombres propios consagrados a individuos, llegan a ser nombres comunes, y se aplican a un gran número. Un niño que empieza a hablar llama papá o mamá a todas las personas que van a su casa, y aplica así a la especie entera los nombres que se le habían enseñado a dar a dos individuos. Yo he conocido un campesino que no sabía el nombre del río que pasaba por delante de su puerta. Era *el río*, decía, y jamás le había oído llamar de otro modo. Su experiencia, a lo que parece, no le había dado a

conocer otro río. Para él, pues, la palabra *río* era evidentemente un nombre propio que significaba un solo objeto; y, si se le hubiese hecho ver otra corriente de agua, no es dudoso que inmediatamente la hubiese llamado un *río*.

"Si pudiésemos suponer que un habitante de las riberas del Támesis fuese bastante ignorante para no conocer la palabra general *río*, y no conociese más que el nombre particular *Támesis*, ¿no llamaría un *Támesis* cualquier otro río que viese por primera vez? Por otra parte, podemos observar el hecho inverso en los hombres para quienes es perfectamente conocida la palabra general. Un inglés, al describir un gran río que hubiese visto en país extranjero, diría que es otro Támesis... La aplicación del nombre de un individuo a una gran multitud de objetos semejantes, que recuerdan por esa semejanza la idea de aquel individuo y de la denominación que recibió, es lo que parece haber sugerido el establecimiento de las clases y de las categorías que, en el lenguaje escolástico, se llamaban *genera* y *species*."

La cita que se acaba de leer expone claramente una de las maneras de comprender la formación del pensamiento y del lenguaje. Otros filósofos, al revés, sostienen la tesis contraria, y miran los términos generales como la esencia misma del lenguaje. "Los niños (dice Leibnitz), y los que conocen poco la lengua que quieren hablar o la materia de que quieren hablar, se sirven de términos generales, como *cosa, planta, animal,* en vez de emplear los términos propios que les faltan. Y es seguro que todos los *nombres propios* o individuales han sido originariamente *apelativos* o generales." Un poco después añade: "Me atrevería, pues, a decir que casi todas las palabras son originariamente términos generales, porque rara vez ocurrirá que se invente un nombre expresamente, sin razones, para denotar tal individuo. Se puede decir, por tanto, que los nombres de los individuos eran nombres de especies,

que se daban por antonomasia, o en cualquier otro concepto, a algún individuo, como el nombre de *gran cabeza* al de toda la ciudad que la tuviese más grande o al que fuese más considerado entre las grandes cabezas que se conocía."

Puede parecer presuntuoso, de nuestra parte, querer hacernos árbitros de una cuestión sobre la cual se han pronunciado, de una manera tan afirmativa y tan contraria, hombres como Leibnitz y Adam Smith. Pero hay dos métodos para juzgar a los filósofos que nos han precedido. Podemos rechazar simplemente sus opiniones como erróneas, y no tenerlas en cuenta para nada, siempre que difieran de las nuestras; y esa es, seguramente, la manera menos satisfactoria de estudiar la historia de la filosofía; o bien podemos esforzarnos en penetrar enteramente en el pensamiento de esos autores, en asimilarnos sus opiniones en cierto modo, adoptarlas, por lo menos, temporalmente, hasta que descubramos el punto de vista en que se colocó cada filósofo para observar los hechos que estudió, y hasta que veamos nosotros mismos esos hechos a la luz con que se presentaron a sus miradas. Reconoceremos entonces que en los diversos sistemas filosóficos hay muchos menos errores groseros de los que generalmente se supone, y comprenderemos que nada es más útil para conducirnos al conocimiento exacto de la verdad que una justa apreciación del error con que se mezcla.

Ahora bien: en la materia que nos ocupa, Adam Smith tiene evidentemente razón cuando dice que la primera *caverna* individual que recibió esa apelación dió su nombre a todas las otras cavernas. No de otra suerte todos los palacios llevan el nombre de la primera residencia imperial en el monte Palatino, y *town,* después de designar primitivamente un simple cercado, se ha hecho en inglés la apelación general de todas las ciudades. Se desatienden fácilmente las ligeras diferencias que distinguen a las

diversas cavernas, ciudades y palacios, y el nombre primitivo se generaliza cada vez más a medida que se aplica a nuevos objetos. Todo eso es indiscutible, y la historia de casi todos los sustantivos confirmaría plenamente esta teoría de Adam Smith. Pero también está en lo cierto Leibnitz cuando, remontándose más allá de la aparición de nombres como caverna, palacio, etc., nos explica cómo pudieron formarse esos nombres.

Dirijámonos a la lengua de donde viene la palabra caverna. Caverna se dice en latín *antrum, cavea, spelunca.* Ahora: *antrum* tiene en realidad la misma significación que *internum. Antar* significa en sánscrito *entre* y *dentro. Antrum* significó, pues, originariamente, lo que está dentro o en el interior, ya de la tierra, ya de cualquier otra cosa. Así, es evidente que no pudo darse ese nombre a una caverna particular hasta que el espíritu del hombre hubiese concebido la idea general de la existencia dentro de algo. Una vez concebida esta idea general por la mente, y expresada por la raíz pronominal *an* o *antar,* el origen de la apelación, se hace muy claro y muy inteligible. La cavidad de la peña donde el hombre primitivo podía ponerse a cubierto de la lluvia o defenderse de los ataques de las fieras, se llamaba su *dentro,* su *antrum;* y desde entonces, las cavidades semejantes, así de la tierra como de un árbol, debían designarse con el mismo nombre. Y la misma idea general debía dar nacimiento a otros nombres: así vemos que las *entrañas* se llamaban en sánscrito *antra* (neutro), y en griego *entera,* originariamente "cosas de dentro".

Pasemos ahora a otro nombre de la caverna: *cavea* o *caverna.* Aquí también Adam Smith podría decir con perfecta razón que ese nombre, cuando fué dado por primera vez, se aplicaba a una caverna particular, y se extendió después a otras cavernas. Pero Leibnitz podría sostener con no menor fundamento que la primera cavidad

no hubiese podido llamarse *cavea* hasta que la idea general de lo *hueco* se hubiese formado en la mente y hubiera recibido su expresión fonética *cav*. Podemos profundizar más aún en esas capas primitivas del pensamiento y del lenguaje, porque *cavus* o hueco es una idea secundaria, y no primaria. Antes de que una caverna recibiese la denominación de *cavea,* cosa hueca, habían pasado ante los ojos del hombre otras muchas cosas huecas. ¿De dónde ha venido, pues, la elección de la raíz *cav* para designar una cosa hueca o un agujero? De que ese hueco debía servir ante todo de lugar de seguridad o de protección y de abrigo en que podría estarse a cubierto; y por eso se designó mediante la raíz *ku* o *sku,* que expresaba la idea de cubrir. La idea general de cubrir existía ya, pues, en la mente antes de aplicarse a los retiros en las peñas o en los árboles, y sólo cuando se creó una expresión general para sugerir la idea de un sitio seguro, de un retiro protector, pudieron llamarse *cavea* las cavernas en particular.

Otra forma de *cavus* era *koîlos,* que significaba igualmente hueco. La concepción era originariamente la misma: una cavidad se llamaba *koîlon,* porque servía para poner a cubierto. Pero este sentido de *koîlon* no tardó en extenderse, y esa palabra designó sucesivamente una caverna, una caverna abovedada, una bóveda, y, en fin, la bóveda celeste que parece cubrir la tierra *(coelum,* cielo).

Tal es la historia de todos los sustantivos. Todos han expresado en su origen uno solo de los numerosos atributos que pertenecen a un mismo objeto, y ese atributo (fuese una cualidad o una acción) estaba representado necesariamente por una idea general. Desde luego la palabra formada así designaba exclusivamente el objeto que la había sugerido; pero no podía menos de extenderse casi inmediatamente a toda la clase de que parecía formar par-

te ese objeto. Cuando se formó la palabra *rivus,* no cabe duda de que designaría un río particular, cuyo nombre se sacaba de la raíz *ru* o *sru,* correr, a causa de su agua corriente. A veces, sin embargo, una palabra que significa río ha quedado como nombre propio de una sola corriente de agua, sin elevarse nunca a la dignidad de un nombre común. Así, *Rhenus,* el Rin, significa una cosa que se mueve, que corre; pero ese nombre ha quedado asociado a un solo río y apenas se usa para designar otros. El Ganges es el sánscrito *Gangâ,* literalmente el *Va-va;* es el nombre del río sagrado y de otros menos importantes de la India. El Indo, el sánscrito *Sindhu,* de *syand,* regar, significa el *regador;* no obstante, en este último caso, el nombre propio no ha dejado de extenderse, y ha podido emplearse como apelación de todo gran río.

La cuestión del origen de nuestros conocimientos se ofrece, pues, a nosotros bajo un aspecto nuevo y perfectamente claro. Empezamos realmente por conocer las ideas generales, y por ellas conocemos y nombramos después los objetos individuales a que nos es posible ligar una idea general. Sólo en una tercera fase de nuestra inteligencia esos objetos individuales, después de haber sido conocidos y nombrados de tal suerte, vienen a representar, a su vez, clases enteras, y sus nombres propios se convierten en nombres apelativos.

Hay en el lenguaje toda una filosofía petrificada. Así, examinemos la palabra más antigua que significa nombre, y veremos que es *nâman* en sánscrito, *nomen* en latín y *namo* en gótico. Ese *nâman* está en lugar de *gnâman,* que nos ha sido conservado en el latín *cognomen;* se dejó caer la *g* en *nâman,* de la misma manera que en *natus* por *gnatus. Nâman* deriva, pues, de la raíz *gnâ,* conocer, y significó originariamente aquello por lo cual conocemos una cosa. ¿Y cómo conocemos las cosas exteriores? Las percibimos por nuestros sentidos, pero los sentidos no nos

instruyen de nada, si no es de los fenómenos que los impresionan en los objetos individuales. Ahora bien; el conocimiento es algo más que la sensación, que la percepción, que el recuerdo y que la comparación. Verdad es que frecuentemente abusamos de las palabras: decimos que un perro *conoce* a su amo, que un niño de pecho *conoce* a su madre, sin que eso implique en nuestra mente más que un simple reconocimiento. Pero reconocer un objeto no equivale, seguramente, a conocerle. Hablando con exactitud, no conocemos más que lo que podemos comprender, ya en todo, ya en parte, bajo una idea general. Decimos entonces que tenemos, no la percepción, sino el concepto de una cosa, o que tenemos una idea general de ella. Los hechos de la naturaleza son percibidos por nuestros sentidos; los pensamientos de la naturaleza, para usar una expresión de Oersted, sólo pueden ser concebidos por nuestra razón. La base primera de este conocimiento verdadero es una facultad de nuestro espíritu, más humilde que otras en apariencia, pero que separa para siempre al hombre de los demás animales: el poder de *nombrar las cosas* o de hacer que las cosas puedan ser conocidas. Nombrar es clasificar, es decir, incluir los hechos individuales en hechos generales; y todo lo que conocemos, ora por nuestra propia experiencia, ora por la ciencia, no lo conocemos más que con ayuda de nuestras ideas generales. Los demás animales tienen la sensación, la percepción, la memoria, y, en cierto sentido, la inteligencia, pero no aplican esas facultades más que a objetos individuales. El hombre tiene la sensación, la percepción, la memoria, la inteligencia y la razón, y sólo su razón concibe las ideas generales.

La razón no se limita a elevarnos un grado por encima del bruto; hace que pertenezcamos a un mundo diferente. Nosotros podemos analizar y estudiar los diversos fenómenos de nuestra vida animal, y ver que nuestras

sensaciones, nuestras percepciones, nuestra memoria y nuestra inteligencia forman parte de nosotros mismos, pero que no constituyen nuestro ser íntimo e imperecedero. Nuestros sentidos, nuestra memoria y nuestra inteligencia son como las lentes de un telescopio; pero hay un ojo que, al través de todo eso, mira las realidades del mundo exterior: es nuestra alma racional y consciente, poder que se diferencia de nuestras facultades perceptivas tanto como se diferencia el sol del mundo que vivifica con su calor y su luz.

En la línea misma de separación entre el hombre y el bruto, allí donde el primer rayo de la razón revela la luz que hay en nosotros, vemos el verdadero génesis del lenguaje. Analícese la palabra que se quiera, y se verá que expresa una idea general perteneciente al individuo que la palabra designa. ¿Qué significa *luna?* La que luce. ¿Qué significa la palabra inglesa *moon?* El medidor. La antigua apelación de animales como las vacas y los carneros era *pasú* en sánscrito, *pecus* en latín, y significaba *los que pacen.* El nombre *animal* es de formación más reciente, y deriva de *anima,* alma. Esa misma palabra *anima* significaba originariamente soplo o respiración, como derivada que es de la raíz *an,* soplar, que nos ha dado *anila,* viento, en sánscrito, y *anemos,* viento, en griego; de igual manera, *spiritus* viene de *spirare,* respirar. El inglés *ghost,* espíritu, el alemán *Geist,* se ha formado con arreglo a la misma concepción, y viene de la raíz que nos ha dado *gust,* bocanada de aire, *yeast,* levadura, fermento, *gas,* y aun los *geysers* de Islandia, de donde brota silbando el agua hirviente. *Soul,* alma, es el gótico *saivala,* que está emparentado evidentemente con otra palabra gótica, *saivs,* el mar. *Saivs,* procedente de la raíz *si* o *siv,* de donde vino igualmente el griego *seio,* agitar, significaba el agua agitada, en oposición al agua estancada o corriente. Por consecuencia, el nombre de *saivala* nos indica que los teu-

tones se representaron originariamente el alma humana como un mar que se agita en nosotros, levantándose y volviendo a caer a cada movimiento del pecho, y reflejando el cielo y la tierra en el espejo de los ojos.

El amor se dice en sánscrito *smara,* que deriva de *smar,* acordarse; y es posible que esa misma raíz nos haya dado el alemán *Schmerz,* dolor, y el inglés *smart.*

Si la serpiente se llama en sánscrito *sarpa,* es porque se la había clasificado dentro de la idea general de arrastrar, que era expresada por la palabra *srip.* Pero la serpiente se llamaba también en sánscrito *ahi,* en griego *ehis* o *echidna,* en latín *anguis.* Este nombre se deriva de una raíz y de una idea muy diferentes: la raíz es en sánscrito *ah* o *amh,* que significa comprimir, ahogar, estrangular. Aquí la nota distintiva que hizo dar a la serpiente el nombre que recordamos, fué la costumbre que tiene de ahogar su presa; y *ahí* designa la serpiente, expresando la idea general del animal que ahoga. Es una raíz interesante esa raíz *amh,* que subsiste aún en varias palabras modernas, y merece que nos detengamos en ella un momento. La encontramos en latín en *ango, anxi, anctum,* estrangular; en *angina,* y en *angor,* sofocación. *Angor* no significó sólo esquinancia o sofocación, sino que, pasando del sentido físico al sentido moral, expresó también la ansiedad o la angustia. De ese mismo origen emanaron los dos adjetivos *angustus,* estrecho, comprimido, y *anxius,* intranquilo. En griego nuestra raíz conservó su sentido natural y propio en *eggys,* cerca, y en *echis,* serpiente, *víbora;* pero en sánscrito se empleó figuradamente, y se eligió con gran acierto para traducir de la manera más viva la idea del pecado. Ciertamente el mal se presentó al espíritu bajo aspectos muy diversos, y las denominaciones que ha recibido son muy numerosas; pero ninguna de ellas es tan expresiva como las que derivan de la raíz *amh,* ahogar, estrangular. *Amhas* en sánscrito significa el

pecado, pero su sentido primitivo fué estrangulación, porque la conciencia del pecado es como el apretón del asesino que estrangula a su víctima. Aquellos a quienes ha sido dado contemplar el grupo de Lacoon y sus hijos, retorciéndose entre las serpientes enroscadas, han tenido delante de los ojos lo que veían en su mente los hombres primitivos que llamaron al pecado *amhas,* el estrangulador. La palabra *amhas* es la misma que el griego *agos,* pecado, mancha. La raíz *ah* ha dado en gótico *agis,* temor, y en inglés *awe,* terror, y *ug* en *ugly,* feo. El francés *angoisse* y el italiano *angoscia* son corrupciones del latín *angustiae,* lugar estrecho, ahogado.

Esos primeros pensadores, esos primeros creadores del lenguaje ¿cómo distinguieron al hombre de los demás animales? ¿Qué idea general asociaron a la primera concepción que tuvieron de su propia identidad? La palabra latina *homo,* hombre (que se ha reducido a la forma *on* en *on dit)* deriva de la raíz que nos ha dado *humus,* suelo, y *humilis,* humilde. *Homo* significa, pues, el que ha sido formado del *limo* de la tierra.

Otra antigua apelación del hombre era el sánscrito *marta,* el griego *brotos,* el latín *mortalis* (derivado secundario), nuestro *mortal. Marta* significa el que muere; y es un hecho curioso que, cuando todo en la naturaleza cambiaba de continuo, se marchitaba y moría, se hubiese elegido ese nombre de mortal como apelación distintiva del hombre. Si esos poetas de las primeras edades se llamaron mortales, es seguramente porque creían en la existencia de otros seres a los cuales atribuían la inmortalidad.

Hay un tercer nombre que designa al hombre llamándole *el pensador;* y ese nombre, que es el título verdadero de nuestra especie, le encontramos aún en la palabra inglesa *man. Mâ* en sánscrito significa medir; de ahí se sacó la raíz derivada *man,* pensar, la cual dió,

a su vez, el sustantivo sánscrito *manu,* que significó primero el pensador, y después el hombre. En el sánscrito moderno encontramos otros derivados, como *mânava, mânusha, manushya,* todos con la misma significación. En gótico encontramos *man* y *mannisks,* que se han convertido en el alemán moderno *mann y mensch.*

Ha habido otros muchos nombres para expresar el hombre, de igual manera que ha habido una multitud de apelaciones diversas para todas las cosas en las lenguas primitivas. Cada particularidad de un objeto cualquiera, que llamaba la atención de los primeros nomenclatores como especialmente característica, podía sugerirles un nuevo nombre para ese objeto.

Así, los diccionarios sánscritos ordinarios nos dan cinco palabras para mano, once palabras para luz, quince para nube, veinte para luna, veintiséis para el verbo hacer, treinta y tres para matanza, treinta y cinco para fuego, treinta y siete para sol.

Se podía llamar al sol "el brillante, el ardiente, el globo de oro, el conservador, el destructor, el lobo, el león, el ojo del cielo, el padre de la luz y de la vida". De ahí esa exhuberante sinonimia de las lenguas primitivas; de ahí también esa lucha entre las palabras, que ha terminado por la desaparición de las menos afortunadas, las menos fecundas y las menos vivaces, y por el triunfo de una *sola* palabra, que ha pasado a ser desde entonces el nombre propio de cada objeto en cada dialecto. En una escala muy reducida nos es posible observar esa eliminación de las palabras, la cual se realiza aún a nuestra vista en las lenguas modernas, como el inglés y el francés, que tienen ya tantos siglos de existencia. Pero, si queremos formarnos una idea de lo que ha sido esa superabundancia de sinónimos en el primer desarrollo del lenguaje, hay que recordar ciertos casos particulares, como, por ejemplo, las cinco mil setecientas

cuarenta y cuatro palabras relativas al camello, enumeradas por Hammer en una memoria especial.

Hemos visto, pues, que todas las palabras expresaron originariamente un atributo, y que todos los nombres sin ninguna excepción, aun designando objetos concretos, individuos, presuponen una idea general de la cual reciben su fuerza significativa; este descubrimiento ha sido de la más alta importancia para la ciencia del lenguaje. Se sabía ya que el lenguaje es la prerrogativa característica del hombre; se sabía también que la facultad de formar ideas generales es la que establece una distinción absoluta entre el hombre y el bruto; pero que existiese una conexión tan completa entre esos dos hechos, que no son en realidad más que un solo y único hecho mirado bajo dos aspectos diferentes, he ahí lo que se ignoraba mientras no se comprendió que el lenguaje está formado de raíces, y no compuesto de onomatopeyas ni de interjecciones. Con todo, lo que ha pasado inadvertido para nuestros filósofos modernos debió llamar, sin duda, la atención de los creadores del lenguaje, porque en griego el lenguaje se dice *logos*, que significa también la razón, y *alogon* fué adoptado como el término propio para designar al bruto. Ningún animal piensa, y ningún animal habla, excepto el hombre. El lenguaje y el pensamiento no pueden separarse. El pensamiento sin las palabras no es nada; las palabras sin el pensamiento no son más que vanos ruidos. Pensar es hablar bajo; hablar es pensar alto. La palabra es el pensamiento revestido de un cuerpo.

Y ahora no me quedan ya más que algunos instantes para resolver el último problema que nos ofrece nuestra ciencia, a saber: ¿cómo puede el sonido expresar el pensamiento? ¿Cómo se han hecho las raíces signos de ideas generales? ¿Cómo la idea abstracta de medir se ha expresado por *mâ*, y la de pensar por *man*? ¿Cómo la raíz

ga a venido a significar *ir,* y cómo las raíces *stha, sad, mar, car* y *kar* han podido significar respectivamente estar en pie, sentarse, dar, morir, andar y hacer?

Procuraré responder a estas preguntas lo más brevemente posible. Las cuatrocientas o quinientas raíces que nos quedan, después del análisis más minucioso, como elementos constitutivos de las diferentes familias de lenguas, no son onomatopeyas ni interjecciones. Son *tipos fonéticos* producidos por un poder inherente al espíritu humano. Esas raíces han sido creadas por la naturaleza, como diría Platón; pero con el mismo Platón nos apresuramos a añadir que por la *naturaleza* entendemos la mano de Dios.

Hay en el mundo físico una ley casi universal: todo lo que sufre una percusión resuena. Cada sustancia da un sonido particular. Podemos reconocer la mayor o menor pureza, la composición más o menos perfecta de los metales, por sus vibraciones, por la respuesta que nos dan. El oro no suena como el estaño; la madera no suena como la piedra; y percusiones diferentes producen diferentes sonidos. Esta misma ley alcanza también al hombre, la obra más delicadamente organizada de todas las de la naturaleza. El hombre da también sonidos: en su estado primitivo y perfecto no estaba dotado solamente del poder de traducir sus percepciones por onomatopeyas, ni de expresar sus sensaciones por gritos, como los animales. Poseía juntamente la facultad de dar una expresión articulada a las concepciones de su razón. Esa facultad no se la había dado él mismo. Era un instinto, un instinto mental tan irresistible como otro cualquiera. En cuanto producido por ese instinto, el lenguaje pertenece claramente al dominio de la naturaleza. Pero el hombre pierde sus instintos a medida que se le hacen inútiles, y sus sentidos se atrofian en cuanto dejan de ejercitarse. Así, la facultad creadora

que dió una expresión articulada a todas las concepciones de nuestra mente en el momento de su primer albor, esa facultad, digo, desapareció, no bien quedó falta de objeto.

Especulaciones de esta especie pueden tener algún valor, pero no quería asumir la responsabilidad de ellas, porque no tenemos el derecho de presentar vagas analogías como una solución del problema del origen de las raíces. Si hay alguna verdad en las conclusiones a que hemos llegado después de un análisis atento de todos los hechos que se nos ofrecían después de investigaciones empezadas sin ninguna preconcepción, todo lo que tenemos el derecho de afirmar es que el lenguaje empieza por raíces, y que esas raíces no son ni más ni menos que tipos fonéticos o sonidos típicos. Lo que hay más allá no es ya, o, para seguir el orden histórico, no es aún lenguaje, por interés que puedan tener esos elementos primordiales para las investigaciones psicológicas. Pero todo lo que existe en el lenguaje real no es otra cosa que vástagos nacidos de esas raíces. Las palabras son pruebas sacadas por medio de esos moldes fonéticos y variadas de diversos modos; son, si se prefiere, variedades y modificaciones perfectamente inteligibles en su estructura, de esos sonidos típicos en que hemos reconocido, guiados por experiencias infalibles, lo que hay en el fondo de todo lenguaje humano, los cuerpos simples que resisten a toda descomposición.

En las primeras edades de la humanidad el número de esos *tipos fonéticos* debió de ser casi infinito; sólo poco a poco, y mediante ese procedimiento de eliminación natural, de que nos ofrece otro ejemplo la historia primitiva de las palabras, fueron reduciéndose a un solo tipo determinado los grupos de raíces más o menos sinónimas. Lejos de derivar todas las lenguas de nueve raíces, con el doctor Murray, o de una sola, como ha pretendido hacerlo el doctor Schmidt, debemos suponer

que a la elección definitiva de los elementos *radicales* del lenguaje debió preceder un período de vegetación exuberante, primera primavera del hablar humano a que debían suceder tantos otoños.

Con ese procedimiento de la eliminación o de la adopción de ciertas raíces con exclusión de las demás, entró en la ciencia del lenguaje el elemento histórico. Por primitivo que sea el chino en comparación de las lenguas aglutinantes y de las lenguas de flexiones, es manifiesto que sus raíces o palabras han atravesado un largo período, durante el cual pugnaron, si cabe hablar así, por ahogarse y reemplazarse unas a otras. El papel de la tradición es evidente aún en el chino. La regla de que, en una proposición simple, la primera palabra es el sujeto, la segunda el verbo y la tercera el atributo o el régimen, es una regla tradicional. La tradición es la que da a *ngo gin* la significación de "mal. hombre", y a *gin ngo* la de "el hombre es malo". Los chinos mismos distinguen entre las raíces *llenas* y las raíces *vacías*, siendo las primeras atributivas y respondiendo las otras a nuestras partículas, puesto que modifican el sentido de las raíces *llenas* y determinan las relaciones que mantienen entre sí. Sólo por la tradición pasan a ser vacías, ciertas raíces. Originariamente, todas las raíces, ya atributivas, ya demostrativas, han sido *llenas;* y, puesto que hay en el chino palabras vacías que no es posible referir a las palabras llenas que fueron sus prototipos, debemos inferir de aquí que el chino, aun en su forma más arcaica, había atravesado ya diversas épocas de desarrollo. Los comentaristas chinos admiten que todas las palabras vacías han sido primitivamente palabras llenas, de igual modo que los gramáticos indios reconocen que todo lo que es hoy formal en la gramática empezó por ser independiente y *sustancial.* Pero no podemos fundar este principio más que en pruebas parciales, y hay que espe-

rarse encontrar tantas etimologías de pura fantasía en chino como en sánscrito. Este otro hecho: que en chino no se pueden emplear ya todas las raíces indiferentemente como nombres, como verbos y como adjetivos, prueba también que, aun en ese estado, el más primitivo que conocemos, el lenguaje presupone aún un desarrollo anterior. *Fu* significa padre, *mu* madre, *fu-mu* padres; pero ni *fu* ni *mu* se emplean nunca como raíces en su acepción original y atributiva. Como quiera que sea, la prueba más convincente de las diversas fases que ha debido atravesar aun una lengua tan primitiva como el chino, nos la ofrecen el número comparativamente restringido de sus raíces y la significación precisa y determinada que se asocia a cada una —resultado que no ha podido deberse más que a esa larga lucha entre las palabras que ya hemos descrito empleando una comparación tomada de la historia natural.

Aunque nos sea imposible atribuir exclusivamente a la acción de la naturaleza o de nuestros instintos naturales esa selección de las raíces, y, sobre todo, la combinación ulterior de las raíces conservadas, menos aún podemos suponer que esos hechos sean producto de un arte reflexivo y premeditado, como lo son, por ejemplo, los cuadros de Rafael o las sinfonías de Beethoven. Dada una raíz que signifique volar o ave, y otra que signifique montón o porción, la unión de esas dos raíces para expresar *varias aves* es un producto natural del poder sintético del espíritu humano, o (para dejar a un lado este término psicológico) del poder que nos permite combinar dos o varias cosas. Ciertos filósofos dicen, es verdad, que esta explicación no es tal explicación, y que el verdadero misterio que hay que dilucidar es saber cómo nuestro espíritu puede formar una síntesis, o concebir varias cosas como no formando más que una sola: entran entonces en profundidades adonde no podemos

seguirlos. Otros filósofos opinan que esa combinación de las raíces, por cuya virtud se han formado las lenguas aglutinantes y las lenguas de flexiones, de igual suerte que la primera formación de las raíces ha sido consecuencia de un instinto natural. Así, Heyse sostenía que "la filosofía debe explicar las diferentes formas de desarrollo que observamos en las lenguas humanas como necesarias evoluciones, que tienen su razón de ser en la esencia misma del lenguaje". Es un profundo error. Podemos seguir con los ojos el desarrollo del lenguaje, y podemos comprender y explicar todo lo que resulta de ese desarrollo; pero no podríamos probar que todo lo que existe en el lenguaje existe en él necesariamente y no hubiese podido revestir una forma distinta.

Cuando tenemos, como en chino, dos palabras como *kiai* y *tu*, que significan *montón, reunión, conjunto*, podemos comprender perfectamente que se haya utilizado la una o la otra para formar el plural; y si una de las dos es adoptada por el uso y se hace tradicional, en tanto que la otra cae en desuso, entonces podemos registrar ese hecho como un hecho histórico, pero no hay filosofía en el mundo que pueda demostrar su necesidad absoluta. Nos es igualmente fácil comprender que, con raíces como *kûo*, imperio, y *cung*, medio, los chinos hayan formado lo que nosotros llamamos un locativo, *kûo cung*, en el imperio; pero decir que ese era el único modo de expresar tal idea, es pronunciar un aserto que contradicen los hechos y la razón.

Hemos visto las diferentes maneras de formar el futuro. Todas son igualmente inteligibles y posibles; pero ninguna de ellas es inevitable y necesaria. En chino, *yaó* significa querer, y *ngò*, yo; *ngò yaó* significa, pues, yo quiero. La misma raíz *yaó*, añadida a *kiú*, ir, nos da *ngò yaó kiu*, yo quiero ir, el primer germen de los futuros ingleses. Sostener que *ngò yaó kiú* era la forma necesaria del



futuro en chino, sería introducir en el lenguaje un fatalismo que no descansa en ningún fundamento. La construcción del lenguaje no se asemeja a la de las celdas de una colmena, ni a la construcción de un edificio erigido por un arquitecto humano. El lenguaje es efecto de innumerables causas, que obran conforme a ciertas leyes, y dejan al fin el producto de sus fuerzas combinadas libre de todo lo que era superfluo o inútil. Desde la yuxtaposición primitiva de dos palabras como *gin*, hombre, y *kiai*, mucho, para formar el plural *gin kiai*, hasta la gramática tan perfecta del sánscrito y del griego, todo se explica en el lenguaje como resultado de los dos principios de desarrollo que hemos estudiado en nuestra segunda lección.

La formación de las raíces es obra de la naturaleza; lo que sigue a esa formación es obra del hombre, considerado, no como agente individual y libre, sino como agente colectivo y moderador.

Yo estoy muy lejos de decir que se haya llegado a explicar todas las formas del griego o del sánscrito. Hay en esas lenguas, como en todas las demás, ciertas formas que han resistido hasta el presente a todos los análisis; y hay varios procedimientos gramaticales, como el aumento en griego, el cambio de las vocales en hebreo, la inflexión *(Umlaut)* y la deflexión *(Ablaut)* en los dialectos técnicos, que casi nos harían suponer que el lenguaje admite distinciones de pura eufonía, las cuales responden a distinciones muy reales y palpables del pensamiento. Sin embargo, tal suposición no se funda en ninguna inducción legítima. Puede parecernos imposible explicar por qué el alemán *bruder* hace *brüder* en plural, o por qué *brethren* es el plural del inglés *brother*, hermano. Pero lo que es inexplicable y en apariencia artificial en nuestras lenguas modernas se hace inteligible en cuanto estudiamos esas lenguas en épocas más primi-

tivas. Ese cambio de *u* en *ü* que hemos observado en *bruder, brüder,* no fué intencional; menos aún fué introducido para expresar la pluralidad. Fué un cambio fonético debido a la influencia de una *i* o de una *j* que existía realmente en la última sílaba y que ha reobrado regularmente sobre la vocal de la sílaba anterior: aquí, pues, ha subsistido el efecto después de desaparecer la causa. Por una falsa analogía, semejante cambio, perfectamente regular en cierta clase de palabras, puede extenderse a otras palabras donde nada le justifica; y entonces puede parecer que se ha querido expresar un cambio gramatical por medio de un cambio arbitrario de vocales. Pero la filología comparada puede seguir el lenguaje hasta esos oscuros rincones, y descubrir la razón de lo que ha sido en realidad un yerro y un defecto.

Parece difícil creer que el aumento en griego tuviera en su origen una existencia independiente y sustancial; sin embargo, todas las analogías nos lo hacen presumir. Suponiendo que el inglés no se hubiera escrito nunca hasta el siglo XIV, encontraríamos que el tiempo pretérito se había expresado en ciertos casos por medio de una *a* breve. Wycliffe pronunciaba y escribía *I knowlech to a felid and seid thus,* en vez del inglés moderno *I ackowledge to have felt and said thus,* yo reconozco haber pensado y hablado así. Hoy aún, en ciertas partes de Inglaterra, dice también el pueblo *I should a done it,* en vez de *I should have done it,* yo hubiese debido hacerlo. En algunos antiguos libros ingleses esa *a* y el verbo que la sigue se imprimen como una sola palabra; de suerte que una gramática inglesa hecha con arreglo a esas antiguas ediciones nos daría *to afallen* como infinitivo pasado del verbo *to fall.* No necesito advertir que no entra en mi pensamiento establecer ninguna conexión entre esa *a,* que es una contracción del verbo *to have,* y el aumento que se coloca delante de los tiempos pasados en

griego. Sólo quiero decir que, si hasta ahora no se ha podido encontrar ninguna explicación satisfactoria del origen del aumento en griego, esa no es una razón para desesperar de encontrarla nunca, o para decir que el aumento no es otra cosa que una vocal que se convino en poner delante de ciertos tiempos de los verbos, como signo convencional del pasado.

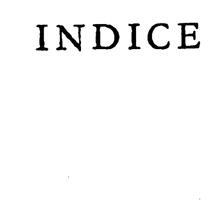
Si nuestras inducciones pueden tener algún alcance, estamos autorizados para creer que todo el dominio del lenguaje obedece a leyes, cuya acción se ha reconocido en tan gran número de casos y hasta en los hechos que parecían menos sometidos a su influjo. No es menester intervención sobrenatural ni convenios entre los sabios para dar cuenta de las realidades del habla humana. Todo lo que es *formal* en el lenguaje es producto de combinaciones racionales; todo lo que es *sustancial,* todo lo que hemos llamado *raíces atributivas,* es producto de un instinto mental, de un poder innato que no se revela ya a nosotros directamente ni se deja estudiar apenas más que en sus efectos. En la asombrosa fecundidad de la primera emisión de los sonidos instintivos y naturales, y en la diversa elección de esas raíces que hicieron después diferentes tribus, podemos encontrar la explicación más completa de la divergencia de lenguas nacidas de un mismo origen. Podemos comprender, no sólo cómo se ha formado el lenguaje, sino también cómo ha debido escindirse necesariamente en una multitud de dialectos; y llegamos a la convicción de que, por diversas que sean las formas y las raíces de las lenguas humanas, no se puede sacar de esa diversidad ningún argumento concluyente contra la *posibilidad* del origen común de esas lenguas.

Así es como la ciencia del lenguaje nos conduce a la cima elevada desde donde podemos contemplar la aurora misma de la vida del hombre en la tierra, y donde estas

palabras del Génesis que hemos oído tantas veces desde nuestra infancia, "toda la tierra no tenía más que un solo lenguaje y un habla sola", nos ofrecen un sentido más natural, más inteligible y más científico que el que antes podíamos atribuirles.

Y ahora, al terminar estas lecciones, no puedo menos de expresar mi sentimiento de que el bosquejo que me he esforzado en ofrecer de la ciencia del lenguaje haya sido necesariamente tan ligero y tan imperfecto. Hay puntos que me ha sido imposible tocar, y otros muchos que no he podido más que desflorar; y entre tan diversas cuestiones, apenas me ha sido posible profundizar una sola, como hubiese querido. Con todo yo me felicito de la ocasión que se me ha dado, y que agradezco, de llamar la atención del público sobre una ciencia que, a mi juicio, tiene un gran porvenir por delante; y me congratularé si he podido excitar, aun sin satisfacerla, la curiosidad de las personas que me han dispensado el honor de seguir estas lecciones, y si les he inspirado el deseo de estudiar más de cerca las diversas capas de que se compone nuestro lenguaje y de analizar los elementos de que está formado el granito de nuestros pensamientos.

FIN



INDICE

INDICE